

AIRE LIBRE

cisne[®] 2

Pocos escritores galardonados con el Premio Nobel de Literatura han conseguido la unánime admiración lograda por

SINCLAIR LEWIS

el popular autor de
"El doctor Arrowsmith"
y "Calle Mayor".



Una historia deliciosa, narrada con la mordacidad y la ternura cautivadoras de un autor inimitable.

Sinclair Lewis

Aire libre

ARGUMENTO

Sinclair fue el pionero de una generación de escritores que precedió a Hemingway, Faulkner y Dos Pasos, y uno de los más destacados críticos de la vida americana. Sus personajes son representativos, y su conjunto forma una verdadera «comedia humana» de la burguesía de los Estados Unidos. Así, en *AIRE LIBRE*, Milt Daggett representa a la juventud pueblerina que aspira a instruirse para alcanzar una posición; y Clara Boltwood sintetiza a las innumerables hijas de familia acomodada que quieren «vivir su vida».

Nació Sinclair Lewis en 1885, hijo de un médico de Minnessota, y cursó estudios en la Universidad de Yale. Viajó por toda Europa, y fue secretario de Jack London. Su carrera de escritor se vio coronada en 1930 al serle concedido el Premio Nobel. Falleció en Roma en 1951.

I

MISS BOLTWOOD, DE BROOKLYN, SE PIERDE EN EL BARRO

La lluvia empañaba de tal manera el guardabrisa, que Clara tenía la sensación de conducir un automóvil por las oscuras profundidades del mar. Y si lo levantaba, las gotas le golpeaban los ojos y le helaban las mejillas. Se sentía nerviosa y desdichada en extremo. Ciertamente, las carreteras de Minnesota eran más difíciles de recorrer que las llanas avenidas de Long Island. En esos momentos se sentía mujer, no chófer.

Pero el magnífico *roadster*, de setenta caballos, marchaba alegremente. Desde que pasaron Minneapolis nada les había sucedido. Pero, con anterioridad, un camión que les cerró el paso había hecho caer el coche en una cuneta y trepar nuevamente el desnivel para volver a la carretera. A la sazón, tenía por delante una vista más hermosa que un panorama de montañas coronando un jardín: una extensa faja de buen camino. Clara se dirigió al pasajero, su padre:

—¡Espléndido! Hay afirmado. Vamos a correr un poco hasta la próxima ciudad. Allí nos secaremos.

—Bueno. Pero no te preocupes por mí. Haz lo que te plazca —suspiró el padre.

Instantáneamente, Clara vio con terror que el tramo de afirmado terminaba allí mismo. El camino que tenía delante era una negra y húmeda mancha agrietada en todas direcciones. El coche entró en un cenagal de *gumbo*, que es un barro que parece una mezcla de alquitrán, papel matamoscas, gelatina de pescado y caramelos de chocolate bien masticados. Cuando el ganado se mete en el *gumbo*, los granjeros mandan comprar dinamita y lo hacen volar.

Era en realidad, su primer contratiempo. Estaba espantada. Pero en seguida tuvo demasiadas ocupaciones para sentir el espanto, o para acordarse de que era Clara Boltwood, o para consolar a su atribulado padre. Tenía que seguir adelante. Sus brazos, delicados y frágiles, pusieron en el manejo del coche un vigor excepcional.

En cuanto tocaron el lodo, las ruedas resbalaron, chapoteando, y el coche se ladeó, ya sin dominio. Clara luchó con el volante como si estuviera boxeando con su sombra, pero el coche continuó bamboleándose despreciativamente hasta quedar atravesado en medio del camino. De un modo u otro, se enderezó de nuevo, y, siguiendo una huella, marchó hacia adelante. Clara no sabía cómo lo había conseguido, pero lo había hecho, y ansió tomarse un descanso para considerar su propia habilidad en el manejo de un coche. Sin embargo, no lo hizo. Continuó conduciendo.

El coche, algo frenado, disminuyó la velocidad. Clara pasó la palanca a primera y apretó el acelerador. Mientras el motor rugía como un condenado, el coche avanzaba trabajosamente, pulgada a pulgada, sobre el barro inmundo que no tenía fin.

Clara luchaba por mantener las ruedas del coche en los surcos principales. Con un rápido movimiento levantó el guardabrisa y sólo se preocupó de seguir la huella. Durante un rato trató de impedir que las ruedas treparan por los costados, unas paredes de barro de seis pulgadas en las que chispeaba la arenisca. Pero de pronto la mente le ordenó a los brazos: «Dejad que la huella sirva de guía. Estáis luchando contra ella.» Y eso bastó. En cuanto dejó a las ruedas por su cuenta, éstas siguieron sin vacilación los surcos, y, por tres segundos, Clara gozó esa deliciosa creencia de todo automovilista después de un percance: «¡Ahora que pasó, ya nunca más volverá a suceder!»

Pero, ¿y si el motor se recalentaba por falta de agua? La ansiedad la sobrecogió. Además, la huella, tan nítidamente marcada hasta aquel momento, estaba transformándose en un conjunto de surcos entremezclados como los rieles de una estación terminal de tranvías. Clara siguió las marcas del último automóvil que había pasado por allí, dejando señalado el dibujo de las gomas traseras. Aquellas huellas le parecieron amigas, y Clara tuvo un amable recuerdo para el conductor del coche que jamás había visto.

Estaba fatigada. ¿Podría descansar un momento? Apenas se hubo formulado esta pregunta, el automóvil llegó a una pendiente. Parecía negarse a subir. Clara apretó el acelerador mientras sus manos empujaban el volante como si quisiera impulsar todo el coche. El motor no le hizo caso, y el automóvil siguió andando perezosamente. En realidad, se trataba apenas de una elevación de la carretera, pero, en su ansiedad, ella veía toda una montaña por delante, y sólo al llegar a la cima se sintió segura... por un momento. El barro parecía no tener fin.

«¿Hasta cuándo durará esto? —pensó alarmada—. No podré continuar mucho tiempo... ¡Oh!»

Las huellas se perdieron súbitamente en una masa de lodo blando, salpicado de burbujas, como un *batido* de pasta negra. El coche avanzó con valentía; se lanzó a la

ciénaga, la atravesó y entró de nuevo en la huella salvadora.

El padre habló:

—Te estás mordiendo los labios. Te van a sangrar si no pones cuidado. Sería mejor que detuvieses el coche y descansaras un poco.

—¡Imposible! En cuanto se parase o perdiera fuerza, nos atascaríamos sin remedio.

Pasaron diez minutos antes de llegar a una especie de puente formado por unas tablas colocadas sobre un canal de desagüe. Allí, con pavimento firme, podría detenerse. El silencio los sobrecogió al parar el motor. De la tapa del radiador salía una nube de vapor de agua. Clara sintió la rigidez de los tendones del cuello; además, le dolía la nuca. Su padre la miró con curiosidad. «Debo de parecer un esperpento. Seguramente tengo el cabello revuelto», pensó; pero se olvidó de sí misma al mirar a su padre, que estaba muy pálido y desencajado. «Es necesario continuar», determinó.

Clara era ordenada por hábito. Detestaba los cabellos despeinados, los guantes sucios y el barro en los zapatos. Cautelosamente, como un gato ante un charco, descendió del coche. Pero, incluso sobre las tablas, el barro tenía tres pulgadas de espesor, y los pies se hundieron en él.

—¡Huy! —gritó.

Caminando de puntillas llegó al cajón de herramientas y sacó un balde plegadizo de lona. Luego rodeó las tablas y bajó hasta la orilla del canal, no sin resbalar peligrosamente y llenarse de barro hasta las rodillas.

El motor había consumido tanta agua en cinco kilómetros que hubo de ir cuatro veces al arroyo para llenar el radiador. Cuando ocupó de nuevo su asiento contempló su vestido y los zapatos, que parecían dos terrones grises. Sin embargo, no estaba desconsolada, sino enojada consigo misma.

—¡Idiota! Debí ponerme las botas de goma. Bueno, ya es tarde —observó al reemprender la marcha.

Siguió otra vez la huella. Para evitar un bache situado en medio de la carretera, el conductor desconocido lo había rodeado, siguiendo el borde de un maizal sin alambrado. Clara lo advirtió e hizo lo mismo, pero de pronto se encontró frente a otro bache lleno de agua y sembrado de pajitas y restos de plantas, lo cual le hizo pensar aterrorizada que el coche de su desconocido predecesor debía de haberse atascado allí...

E instantáneamente su propio automóvil se inclinó hacia adelante, dio varios tumbos y se detuvo. El motor dejó de funcionar. Clara lo puso en marcha, pero las ruedas giraron y giraron alegremente, sin realizar tracción alguna. No avanzaba ni una pulgada. Cuando

paró de nuevo el motor, fué para dejarlo así definitivamente. Miró de soslayo a su padre.

En aquel momento no parecía su padre, sino un pasajero que intentaba no irritar al conductor.

—¡Mala suerte! —dijo con una sonrisa amable—. Has hecho todo lo posible. El otro bache, el de la carretera, parecía peor. Conduces el coche muy bien, chiquilla.

—No —repuso Clara—. Soy una tonta. Me dijiste que pusiera las cadenas al coche y no te hice caso. Lo tengo merecido.

—Bueno, admitámoslo; pero cualquier hombre estaría echando juramentos. Tu mérito aumenta al no desahogarte conmigo, como se hace generalmente en estos casos. Si quieres, me bajaré y me arrastraré por el barro como una tortuga para ayudarte.

—No, gracias, papá. Me siento muy bien. He estado en tensión constante, y creo que ahora puedo alegrarme de que el coche se haya atascado, pues probablemente no saldremos de aquí en todo el día.

El cansancio de la larga lucha la dominó súbitamente. Se deslizó en el asiento y dejando caer las manos, inclinó la cabeza y cerró los ojos. Al hacer esto sintió un crujido en la vértebra del cuello entumecido por la tensión.

El padre se quedó en silencio, como una figura brumosa, envuelto en su manta de viaje. La lluvia golpeaba las ventanillas de las cortinas. Un tren distante silbó desoladoramente o través de los campos humedecidos. El interior del coche olía a moho. La quietud era infinita. Clara presintió en medio de su letargo que nunca más podría conducir un automóvil.

II

CLARA HUYE DE LA RESPETABILIDAD

Clara Boltwood vivía en Heights, barrio elegante de Brooklyn. Mucha gente de Nueva York y de otros lugares del Oeste Medio creen que Brooklyn es, en cierto modo, un foco de humorismo. En los chistes de los diarios y de las revistas teatrales lo presentan de tal manera que los seres que nutren su filosofía en tales fuentes creen que los principales ciudadanos de Brooklyn son diáconos, empresarios de pompas fúnebres y tocólogos. La verdad es que ni North Washington Square ni Gramercy Park, con sus mansiones cubiertas de hiedra, son tan aristocráticos como el barrio de Brooklyn llamado Heights. Allí predica Henry Ward Beecher. Allí, en casonas que parecen mausoleos, en la avenida que domina los diques donde atracan los vapores que llegan de Surabaya y Singapur, reinan los amos de las flotas comerciales, los cuales constituyen, además, un núcleo de riqueza demasiado sólido para tener necesidad de emular el autobombo, ágil y chispeante, de la Quinta Avenida. Allí habita la quinta generación de los propietarios de fundiciones y astilleros. Allí, en una gran casa, muy digna, muy fea y muy tradicional, vivía Clara Boltwood con su viudo padre.

Henry B. Boltwood era vicepresidente de una compañía de suministros para ferrocarriles. No era rico, pero tampoco, de ninguna manera, pobre. Todos los veranos, y a pesar de las delicadas insinuaciones de Clara, alquilaban la misma villa en la costa de Jersey, y Mr. Boltwood pasaba allí los fines de semana. Clara había sido educada en un buen colegio, en las afueras de Filadelfia. Se había habituado al ocio elegante, a una inutilidad atractiva, a los bombones rellenos de nuez y a cierto asombro respecto a la misteriosa razón de su existencia.

Quería viajar, pero su padre no podía dejar sus ocupaciones. Mr. Boltwood se pasaba los días trabajando, y las noches lamentando haberse atareado tanto. Era afable lozano, de mejillas rosadas y bigote blanco, y tenía un tic nervioso producido por los años de labor intensa.

En un tiempo, Clara sonó con niños y un marido adecuado, pero a medida que se fueron presentando diversos ejemplares de la especie, entonando sus cánticos y desplegando sus plumajes recién bruñidos, Clara descubrió que el defecto de los jóvenes «adecuados» consistía precisamente en serlo. Aunque le gustaba el baile, los bailarines la aburrían. Y no comprendía bien a los intelectuales del distrito; podía escuchar con gusto los conciertos sinfónicos, pero nunca tuvo suerte al discutir la habilidad con que los vientos del bosque se convertían en el *motivo* principal. No se falta a la verdad al decir que ella rechazó a un universitario que poseía un violín antiguo, buen gusto para las corbatas y una renta de ocho mil dólares.

El único hombre que la inquietaba era Geoffrey Saxton, conocido en los núcleos sociales de Heights como «Jeff». Jeff Saxton tenía treinta y nueve años, y Clara sólo veintitrés. Era cortés y laborioso, y carecía de vicios y de sentido del humor. Para él debían de haberse inventado especialmente el clásico traje de mañana, los pantalones grises inarrugables y esos lentes montados al aire que simbolizan la moralidad. Se había graduado en un buen colegio, vivía bien, era de buena familia, se cuidaba las manos y trabajaba con éxito en negocios de cobre con una firma de Nueva York. Cuando alguna persona impertinente, inteligente o pobre le hacía preguntas, Jeff la miraba de arriba abajo con suma frialdad antes de responder, y a menudo su interlocutor se sentía tan molesto que Jeff no necesitaba responder en absoluto.

Los muchachos de la edad de Clara, recién salidos de Yale o Princeton, iniciados ya en sus prometedoras carreras de negocios, que todos los días a las seis y media se precipitaban a ponerse el *smoking*, ligeros de corazón y admiradores entusiastas de los héroes deportivos, entretenían ciertamente a Clara, pero ella no podía distinguirlos entre sí. En cambio, a Jeff Saxton no tenía que distinguirlo; se distinguía solo. Jeff la visitaba... no demasiado a menudo. Cantaba... no con demasiado sentimiento. Los llevaba, a su padre y a ella, al teatro... no demasiado rumbosamente, se decía —no demasiado en serio— que ella era su diosa Atenea, su único tesoro en el mundo entero. La informaba de la solidez de su posición... no con demasiada claridad. Y estaba siempre allí, firme, cortes, tranquilo e inconmovible.

Desde el frágil esqui de sus aspiraciones, Clara veía marchar a la deriva el carcomido casco del matrimonio, y navegaba en círculos desesperados.

Luego, su padre cayó en una gran postración nerviosa a causa de su intenso trabajo. El médico le ordenó que descansase. Entonces Clara lo tomó a su cargo. Mr. Boltwood no quería viajar, pero como en Minneapolis había una sucursal de su Compañía, ella lo indujo a llegar por lo menos hasta allí.

Clara, establecida en Brooklyn, desconocía casi por completo el Oeste. Creía que

Milwaukee era la capital de Minnesota. Sin embargo, no estaba tan mal informada como alguno de sus amigos. Había oído decir que en Dakota los sembrados de trigo ocupaban extensiones enormes. Cien hectáreas, tal vez...

Mr. Boltwood no aceptó ser entretenido por la gente con quien le relacionó su representante en Minneapolis. Se puso a trabajar de firme otra vez, y esto le hizo feliz. Esperaba encontrar algún defecto en la marcha de la sucursal. Clara lo tentó invitándole a un paseo por los lagos. Todo fué inútil. Entonces, con gran chisporroteo, el fusible de su sistema nervioso se fundió de nuevo.

Clara estaba acostumbrada a manejar a su grupo de amigas, pero nunca se le había ocurrido dirigir a su enérgico padre, excepto con insinuaciones y graciosas reprimendas. Pero a la sazón, en complicidad con el médico, llegó a atemorizarlo. Mr. Boltwood, ante el fantasma de la muerte como única alternativa, se sometió mansamente. Y diciendo a todo que sí, consintió en viajar con ella en automóvil, cruzando el Continente, hasta Seattle, para hacer una visita a sus primos Eugene Gilson y señora.

Allá, en el Este, tenían chófer y dos automóviles: la *limousine* y el *roadster* «Gómez-Duperdussin», el preferido de Clara. Esta pensó, con objeto de que el cambio fuera más completo, que era conveniente suprimir al chófer; de esta manera, mister Boltwood no tendría a nadie a quien mandar. El padre no conducía nunca el coche, pero ella sí, e insistió en que se bastaba sola perfectamente. La manera de acceder de él fué patética. La miraba con ojos de perro faldero. El *roadster* les fué enviado desde Nueva York.

Una mañana de julio partieron de Minneapolis en medio de la niebla, y como les habían pronosticado, se detuvieron sesenta millas al norte, en plena lluvia, atascados en el barro. En realidad, el único indicio de su aproximación al Océano Pacífico era el borde de un maizal oceánicamente mojado, entre Schoenstrom y Gopher Prairie, Minnesota.

* * *

Clara salió de su marasmo, suspiró y dijo:

—Bueno... Tengo que sacar el coche de aquí. Y pronto.

—¿No te parece mejor que busquemos a alguien para que nos ayude?

—¿A quién? No. Una de las buenas circunstancias que tiene esta aventura es que debo hacerlo todo por mi misma. Siempre he estado rodeada de personas que me han ayudado: doncellas, maestras y tú, papá querido. Eso me ha hecho débil. Me gustaría tener un sillón cómodo, una novela y una caja de bombones, para comerlos hasta

enfermarme, en lugar de sentirme tan enormemente viril como ahora. Pero...

Clara se levantó el cuello de su chaqueta gris de mezclilla, descendió trabajosamente del coche —le dolían los músculos de la espalda— y examinó las ruedas posteriores. Estaban enterradas hasta el eje: delante de ellos, el barro formaba una masa sólida, de brillante negrura. Sacó el gato y las cadenas. Demasiado tarde. No había sitio para meter el gato bajo el eje. Entonces recordó haber oído decir que cubriendo el barro con hojas y ramas se obtenía una superficie bastante firme para que treparan las ruedas. Un poco más lejos, al otro lado de la carretera, había una vieja pila de leña. Clara se dirigió allí, tratando al principio de mojarse lo menos posible; pero bien pronto abandonó todo cuidado y hasta sintió placer en empaparse y ensuciarse de barro. Incluso llegó a meterse de intento en los charcos. Junto a la pila de leña crecía una hierba alta que le pinchaba los tobillos. Clara no había pensado nunca que llegaría a intimar tanto con una pila de leña. Como si fuera la mujer de un colonizador que hubiera trabajado allí durante años, fué conociendo rápidamente las ramas y los tallos, especialmente una rama larga de gran utilidad que no podía sacar enteramente de debajo de las otras, y un arbusto espinoso que le lastimaba las manos cada vez que trataba de alcanzar un manojito de varillas.

Siete viajes tuvo que hacer, cargada de ramitas y arrastrando solemnemente las ramas mayores. Con todo cuidado fué colocándolas y aplastándolas delante de las cuatro ruedas. Sus manos parecían las de un niño que estuviera construyendo un castillo de barro. Los uñas le dolían a causa del lodo, que se había secado formando cuñas debajo de ellas. Le costaba gran esfuerzo levantar los pies debido al peso de los zapatos.

Con una exquisita satisfacción por su obra, se sentó en el estribo, extrajo de las suelas grandes pedazos de lignito alquitranado, subió al coche y oprimió varias veces el botón de arranque.

El coche se agitó, avanzó una pulgada y retrocedió... otra pulgada. La segunda vez trepó con más decisión, pero no hizo mayor adelanto. Entonces Clara sollozó de veras.

Restregó la mejilla contra el hombro de su padre, mientras éste le daba unas palmaditas y le decía sonriendo:

—¡Eres una muchacha valiente! Voy a bajar a ayudarte.

—¡No! —exclamó Clara irguiéndose—. Me corresponde a mí. Y no voy a insistir más en el papel de héroe. Buscaré a un granjero para que nos ayude.

Mientras se dejaba caer en el barrizal reflexionó que todos los granjeros tienen un corazón de oro, fenómeno que no suele ocurrir entre los jóvenes elegantes o los empleados de Nueva York. Pero el corazón de oro más próximo latía seguramente a un cuarto de milla de allí.

Se dirigió por un sendero enlodado hasta llegar al corral, igualmente enlodado, de una granja, donde un perro también enlodado se puso a ladrarle a las piernas, mientras los gansos nadaban a placer en un charco de lodo. La casa era pequeña y vieja. Alguna vez debía de haber sido pintada. Había un cobertizo grande y nuevo, con relucientes recuadros de pintura roja y blanca. No había chapa en la casa, pero en el cobertizo, con grandes letras, se leía: «Adolph Zolzac, 1913».

Clara subió por los escalones de madera hasta un porche posterior, estrecho y atestado de restos de una desnatadora rota. Pensó que era más sencillo y amistoso dirigirse a la puerta posterior que a la principal, y golpeó con aire alegre la desvencijada tabla de la puerta, que respondió con un sonido lúgubre.

—¿Ja? —dijo una voz desde el interior.

Clara golpeó otra vez.

—¡Adelante!

Abrió y se encontró en una cocina cuya característica principal consistía en una mesa repleta de fuentes con budines de puerco salado. Un hombre, con las mangas de la camisa subidas, todo bigotes y calma, estaba sentado a la mesa, y continuó sentado al preguntar:

—¿Qué desea?

—Mi automóvil se ha atascado en el barro. No maniobré bien, quizá... En fin, si usted fuera tan amable que...

—Generalmente son tres dólares, pero no sé si esta *fez* me decidirá a hacerlo por cuatro. Hoy no me siento muy bien que digamos... —gruñó el «corazón de oro».

Clara oyó decir a una mujer, a la cual no había visto todavía, de pequeña que resultaba al lado de los budines:

—¿No te da *fergüema* abusar así de la señorita, que conduce sola? ¿Qué *ta* a pensar de la gente de Sherman?

El granjero le respondió con un gruñido, y dijo a Clara:

—Ja. Cuatro dólares. Ese es el precio que yo cobrar generalmente.

—¿Generalmente? Por lo visto, usted deja ese enorme bache a propósito en el camino para que la gente se atasque en el otro. ¡Oh! Si yo fuera funcionario...

—Bueno, no crea que estoy aquí para *serfir* a ustedes los ricachones...

—¡Adolph! —interrumpió la esposa—. ¡Vaya una manera de tratar a la señorita!

—...que *fienen* de la ciudad. Si no gusta, quédese en Minneapolis. Yo saco auto por tres dólares y medio. Eso es lo que pagan todos. El último mes gané cuarenta y cinco dólares. Me los pagaron contentos. No sé por qué patalear tanto. ¡Oh, estos gusanos!

—¡Es un abuso! Si no fuera por mi padre, que está esperando allí solo, no se los pagaría. Pero, ¡qué le vamos a hacer! ¡Apresúrese!

Clara tomó asiento mientras Zolzac realizaba ruidosamente la tarea de engullir los budines. Después se desperezó, se rascó y luego cubrió sus ropas mugrientas con un mono que parecía hecho de barro. Cuando se hubo marchado a la cuadra para sacar los caballos, la mujer se acercó a Clara. Por la cara enflaquecida de la esclava se deslizaban copiosamente las lágrimas.

—¡Oh, señorita! No sé qué hacer. Mis muchachos *fan* a la escuela pública, y ellos hablar el idioma del país así bien como usted. ¡Oh, yo querer amar América! Pero Adolph dice que es un disparate: usted gana dinero, él dice, y a nadie importarle usted ser americano o del viejo país. ¡Yo gustaría tanto poder andar en auto! Pero tengo tanta *fergüema*, tanta *fergüema*, que yo quedar sentada y ver a mi marido hacer esto. Cuarenta años casada con él y yo morir pronto...

Clara le dio unos golpecitos en la mano. Nada se pedía decir ante una tragedia que superaba a toda esperanza.

Adolph Zolzac zapateó pesadamente por el camino real detrás de sus caballos, gordos y grandes, mucho más limpios y mejor alimentados que su escuálida esposa. Clara lo siguió, y en lo íntimo de su alma cometió un asesinato, alegrándose de haberlo cometido. Mientras mister Boltwood observaba con benévola curiosidad al nuevo amigo de su hija, Zolzac ató su yunta al eje. No parecía posible que dos caballos de fuerza desatascaran al coche cuando setenta caballos de fuerza habían fracasado. Pero, fácilmente, bostezando y pensando sin duda en la comida, los caballos arrastraron al coche fuera del bache y..

Los arneses se rompieron de pronto con gran estruendo y el automóvil cayó, con perfecta exactitud, en su lecho primitivo.

III

UN JOVEN DE IMPERMEABLE

—¡Huy! ¡Qué coche! Mire, ya romper mis arneses. Dos dólares le cuesta componerlos. ¡El coche pesa mucho! —protestó Zolzac.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Pero, por Dios, vaya a buscar otros arneses! —chilló Clara.

—Cinco cincuenta *fa* a ser el total —rezongó Zolzac.

Clara estaba parada frente a él. Pensaba en otros conductores, gente pobre, con automóviles viejos, que habían estado a merced de aquel hombre de corazón de oro. Su mirada pasó tras él, en la dirección en que ella había llegado. Otro coche estaba a la vista.

Era una especie de escarabajo de lata, uno de esos modelos ágiles y livianos a los que se suele llamar «cacharros», con la carrocería remendada y pintada a mano y claveteada a un desguarnecido chasis del más pequeño y barato de los automóviles «Teal». El solitario conductor llevaba un viejo impermeable negro, con un espantoso cuello de terciopelo y una gran gorra escocesa nueva. El «cacharro» atravesó con toda facilidad el lodazal donde el «Gómez» de los Boltwood había patinado peligrosamente. Su piloto lo condujo hasta el sitio en que se hallaban y, parándose detrás, saltó del coche y se acercó corriendo a Clara y a Zolzac. Sus ojos indicaban que debía de tener veintisiete o veintiocho años, pero sus mejillas rosadas le hacían parecer de veinte, y cuando sonreía, con su ingenua y radiante sonrisa, se hubiera dicho que era un muchacho. Clara tuvo la vaga impresión de haberlo visto antes, en algún lugar del camino.

—¿Atascados? —preguntó, no muy inteligentemente—. ¿Cuánto les quiere sacar Adolph?

—Quería tres dólares y cincuenta centavos, pero se rompieron los arneses y ahora pide dos dólares más...

—¡Oh! ¡Por lo visto sigue con el mismo cuento! Ya conozco a Adolph. Tiene esos arneses especialmente para sacar coches, y siempre se rompen. Sin embargo, la última vez sólo pidió un dólar por la compostura. Déjeme tratar con él.

El joven se volvió con gran velocidad y, por primera vez, Clara oyó esa jerigonza en que se entienden los americanos que nunca han aprendido alemán y los alemanes que lo han olvidado:

—*Schon sechs* cien veces *ich höre* muy bien por la forma en que usted hace el negocio, Zolzac, *verfluchter Schweinhund*¹, y le voy a denunciar al *sheriff*...

—No es *ferdad*; tal vez *einmal die Woche kommt* alguno y *ich muss die Arbeit immer lassen und in den Regen ansgehen, und sieh mal* como las botas *sind mit* cubiertas de barro; dos dólares no pagan *die* botas...².

—¡Basta! Son más que suficientes. *Seien die* botas *verdammt*. *Mach das du fort gehs*³. Tal vez le arreste yo mismo. Soy delegado especial del *sheriff*.

El joven, que era de buena estatura, parecía crecer mientras sacudía su mano embarrada directamente debajo y alrededor de la peluda nariz de Adolph Zolzac. El granjero era aún más corpulento, pero retrocedió. Levantando las riendas, aulló:

—¿No tengo derecho cobrar por rotura de arneses?

—Ciertamente... ¡Diez años a la sombra!

Desde treinta pasos de distancia, Zolzac lanzó la última bravata:

—¡Usted creerse demasiado listo! Con cierta torpeza, como si no tuviera costumbre, el joven se quitó la gorra ante Clara, descubriendo un pelo lacio, de color de arena, bien alisado y peinado hacia atrás.

—Disculpe si he tenido que gritar y proferir juramentos. Lo siento mucho, pero eso es lo único que entiende Adolph. No vaya a creer que hay muchos como él por aquí. Dicen que es el ser más miserable de todo el distrito.

—Le agradezco inmensamente lo que usted ha hecho; pero... pero... ¿entiende bastante de automóviles? ¿Cómo podría salir del barro?

Clara se sorprendió al ver ruborizarse al joven. Luego, su simpática sonrisa apareció otra vez, mientras respondía vacilante:

—Permítame que remolque su coche. —Clara comparó con la vista los dos automóviles. El joven contestó a la mirada: —Lo puedo hacer perfectamente. Estoy acostumbrado al *gumbo*. No hay más que agregar el poder de mi máquina al de la suya. ¿Tiene una soga?

—No. Nunca se me ocurrió que pudiera hacer falta.

—Usaremos la mía.

Clara lo acompañó hasta el «cacharro». No solamente carecía de capota y cortinas, sino también de guardabrisas y estribos. Era un juguete, una especie de cajita de cartón sobre ejes de mondadientes. Afuera, en la parte posterior, y atada con correas, había una cesta de mimbre parcialmente cubierta con un lienzo encerado. Una carita peluda espiaba desde el asiento.

—¿Un gato? —exclamó Clara, cuando el joven volvió con un cable de alambre que había extraído de la parte trasera de la carrocería.

—Sí. Es una gata, la capitana del barco. Yo no soy más que el maquinista.

—¿Cómo se llama?

Antes de responder, el joven se dirigió al frente del otro coche, hasta donde lo siguió Clara sumisamente; se agachó para examinar el eje y luego, levantando la cabeza, la miró ruborizándose otra vez.

—Se llama *Vere de Vere* —confesó, y volvió corriendo al «cacharro». Manióbró con él hasta colocarlo delante del «Gómez-Dep». El bache de la carretera era tan hondo como el del borde del maizal, pero lo acometió sin vacilar, ante la admiración de Clara, levantando chorros de agua negra a cada lado, torciendo a derecha e izquierda y luego enderezando la dirección a medida que seguía las huellas del piso más firme.

Atada sobre el angosto escalón de hierro que hacía las veces de estribo había una azada vieja. Con ella cavó el joven sendos canales delante de las cuatro ruedas para que éstas pudieran subir en plano inclinado en lugar de tener que trepar por las paredes verticales del barro. Sobre dichos canales colocó las ramas que Clara había llevado, deteniéndose para preguntar con la cabeza apenas levantada:

—¿Tuvo usted misma que traer toda esta leña?

—Si. ¡Fué horrible!

El se limitó a mover la cabeza en señal de conmiseración.

Amarró el cable al eje trasero de su coche y al delantero del otro.

—Ahora ¿está lista para dar la máxima potencia al motor de su coche cuando yo empiece a tirar? —preguntó respetuosamente.

Cuando el «cacharro» hubo avanzado hasta poner tirante el cable, Clara apretó el acelerador. El cable crujió, y por un instante pareció que el «Gómez» se resistía, pero luego empezó a salir del atolladero, a desatascarse realmente, que es el gozo más grande que puede sentir un conductor. Sintiendo gran alegría al ver que el coche se movía de

nuevo, aunque fuera con la velocidad de una culebra, ella continuó hacia adelante, más y más, y no se detuvo, ni él tampoco, hasta que estuvieron a salvo a un cuarto de milla de distancia.

Clara paró el motor, y súbitamente se sintió embargada por un profundo cansancio que la mareaba. Estaba exhausta y se abandonó completamente, pero aún entonces tuvo conciencia de que el muchacho, en vez de mirarla, le daba la espalda para retirar el cable, que luego guardó en su «cacharro». Clara se preguntó si habría obrado así por tacto o por simple indiferencia.

La voz del padre se oyó por primera vez desde que había aparecido el caballero andante del «cacharro».

—¿Cuánto crees que debemos darle a ese individuo?

De todos los problemas de magnitud cósmica que aún quedan por resolver, no son el cáncer ni el futuro e las clases menesterosas los más difíciles, sino estos dos: ¿Qué es peor: presentarse sin *smoking* en una fiesta y encontrarse con que todos lo llevan, o concurrir con él a una casa donde, según se advierte, no lo usan nunca? Y, ¿qué es peor: no dar propina cuando ésta se espera, o darla cuando la propina equivale a un insulto?

Aturdida y con los tobillos húmedos, Clara se estremeció.

—¡Oh, papá! No creo que nos ayudase pensando en el pago. Parece una persona muy independiente. Tal vez le ofenderíamos al ofrecerle...

—Lo único que puede ser ofensivo en este valle de lágrimas es no recibir un ofrecimiento de dinero.

—Como quieras... ¡Oh, papá, estoy tan asustada!... Pero tu buena hijita se bajará del coche y tratará de obrar con diplomacia.

Se oprimió la frente, para contener el cerebro que quería estallar, y quedó bamboleándose entre charcos de lodo y agua; pero luego se acercó al muchacho con la más natural de las sonrisas.

—¿No quiere ir hasta allí y conocer a mi padre? Le está sumamente agradecido, lo mismo que yo. Tal vez podamos retribuirle de algún modo... Usted ha trabajado mucho, y casi nos ha salvado la vida... ¿Podemos pagarle por ese trabajo? Le debemos tanto...

—¡Oh, no ha sido nada! Encantado de haber podido ser útil.

Cambió un cordial apretón de manos con el padre, diciendo:

—Mucho gusto en conocerle, mister...

—Boltwood.

—Mr. Boltwood. Mi nombre es Milt, Milt Daggett. Veo que su matricula es de Nueva York. Aquí vemos muy pocos de esa ciudad. Me alegro de haberles sido útil.

— ¡Ah! Sí, Mr. Daggett...

Despreocupadamente, Mr. Boltwood estaba explorando uno de sus bolsillos. Detrás de Milt Daggett, Clara movía violentamente la cabeza y batía las manos como si estuviere tocando castañuelas. Mr. Boltwood se encogió de hombros. No comprendía. Sus relaciones con muchachos de impermeable barato eran puramente monetarias. Cuando hacían algo por él, les pagaba —no demasiado— y dejaban de existir. Pero aquel Milt Daggett continuaba existiendo, respetuosa pero tercamente, mientras su propia hija se empeñase en detener el curso de los sucesos con preguntas inoportunas.

—¿Acaso no nos hemos visto en...? ¿Cómo se llama ese pueblo que atravesamos a unas doce millas de aquí?

—¿Shoenstrom? —sugirió Milt.

—Sí. Me parece que sí. ¿No lo pasamos en ese pueblo? Nos detuvimos allí, en un garaje, para cambiar un neumático.

—No creo. Yo estaba en la ciudad esta mañana. Diga, ¿se metieron algo en el buche?

—¿Qué?

—Quiero decir, si comieron algo allí.

—No. ¡Ojalá lo hubiéramos hecho!

—Bien dicho. Yo tampoco he comido, y... me alegraría muchísimo que ustedes quisieran comer algo conmigo.

Clara trató de sonreírle, pero todo lo que pudo hacer fué una mueca. No podía asociar el pensamiento de una buena comida con Milt y su enlodado «cacharro». El pareció satisfecho con la mueca, y sugirió que avanzaran un poco hasta un lugar en que los coches podían dejarse sobre pasto firme, resguardados bajo unos robles.

Durante la marcha, Mr. Boltwood, consternado, levantó la voz. Su postración nerviosa no le había vuelto maniático ni violento; conservaba intacto su gusto por la buena comida.

—Podríamos encontrar algún hotel aceptable y comer unas costillas con setas y guisantes —insistió el hombre de Brooklyn.

—¡Oh! No creo que los hoteles campestres sean tan buenos como para tener esos manjares —arguyó Clara—. Además, ese pobre muchacho...

Milt Daggett extrajo del misterioso fondo de su coche un pequeño calentador de

alcohol solidificado; una sartén, tal vez demasiado grande para muñecas, pero pequeña para sus manos de dedos cuadrados; una lata de jamón; una bolsita con huevos; una cafetera; un tarro de leche condensada, y una pila de platos de latón surtidos y tazas de loza. Mientras Clara, por propio impulso fregaba los platos y las tazas, él preparó el jamón con huevos y el café, resguardando con su cuerpo al calentador colocado en el piso del «cacharro». El olor a comida hizo olvidar a Clara que estaba completamente empapada y que la lluvia le resbalaba por el cuello.

El joven, levantando la mano, le ordenó:

—¡Quítese los zapatos!

—¿Eh?

Milt tragó saliva y luego tartamudeó:

—Este... Quiero decir... Tiene los zapatos empapados. Si se sentara en el coche, yo los pondría junto al motor. Está muy caliente por la fuerza que ha hecho en el barrizal. Puede secarse las medias bajo el *capot*

A ella le hizo gracia la deliberación con que él se abstuvo de mirarla mientras se quitaba los zapatos e introducía las delgadísimas medias bajo el *capot* protector. Y reflexionó: «Es realmente muy simpático, a pesar de su torpeza. Pero ¡qué mal gusto! Mis tobillos son bonitos. Por lo visto, no se fijan en ellos en el círculo de los poseedores de «cacharros». Seguramente, sus hermanas ni siquiera tienen piernas. Pero, ¿tienen hermanas los ángeles? Porque es un ángel. Cuando yo esté fuera del barro, cambiará su impermeable por un par de magnificas alas blancas y desaparecerá. ¿Y qué será de la gata?»

Así especulaba su cansado cerebro, como un gorrión en una jaula giratoria, mientras con toda formalidad raspaba la herrumbre de un plato de hojalata y observaba cómo él manipulaba con los huevos y el jamón. Ante la duda de si la familia Daggett utilizaba a los gatos para aquellos menesteres, tomó a la infeliz *Vere de Vere* que estaba empapada, y la puso sobre sus pies, sintiendo una gran sensación de bienestar; también la gata parecía contenta. El coche era abierto, la lluvia seguía cayendo, y, a un paso de ella, un hombre extraño cuidaba un fuego que no crepitaba; sin embargo, rara vez se había sentido Clara tan aficionada a las labores domésticas.

Milt parecía luchar por decir algo. Después de mover varias veces la cabeza, se aventuró a hacerlo.

—¡Qué mojada está! —dijo—. Me haría un favor si aceptara mi impermeable.

—No, gracias. Realmente no lo necesito. Estoy calada hasta los huesos. Usted

manténgase seco.

La negativa entristeció a Milt, que comenzó a dar tirones de un botón de su chaqueta. Ella cambió de tema:

—Espero que lady *Vere de Vere* vaya entrando también en calor.

—Parece que sí. Es muy mimosa. Quería un coche para ella sola, pero nunca pensé que pudiera arreglarse conmigo en una excursión tan larga.

—¿Un cochecito? ¿Con las patitas sobre el volante? ¡Qué lista! ¿Va usted lejos, Mr. Daggett?

—Sí, bastante. Voy a Seattle, en Washington.

—¿De veras? Es extraordinario. Nosotros también vamos allí.

—¿En serio? ¿Conduciendo usted todo el tiempo? ¡Oh, no puede ser! Su padre...

—No, él no conduce. Y, a propósito, espero que no sienta demasiado la soledad en la parte posterior del coche.

—¡Quién lo iba a decir! Usted y yo en viaje a Seattle. Es una verdadera coincidencia. Espero verla alguna vez por el camino. Aunque no lo creo, porque su «Gómez» me dejará atrás en seguida.

—Eso no es forzoso. Usted es el que mejor conduce de los dos, y yo no pienso apresurarme mucho. ¿Se va a quedar largo tiempo en Seattle?

La pregunta no era de mera cortesía. Clara estaba extrañada; no podía imaginarse que aquel joven de frescas mejillas hiciera un viaje tan lejos de su casa.

—Este... Tengo la esperanza de... Bueno, trataré de conseguir algo, un empleo en los ferrocarriles de Alaska probablemente. Nunca había salido de Minnesota, pero había un par de cordilleras y océanos y otras cosas que deseaba ver. Así, pues, metí la maleta y la gata en el coche y me lancé adelante. El viaje me sale barato, porque el cochecito apenas consume. Si alguna vez llegara a tener cinco dólares juntos, podría ir hasta el Japón.

—Eso sería muy divertido.

—Aunque supongo que tendría que comer mucho pescado en escabeche. Conozco a una mujer de mi pueblo que estuvo en Oriente como misionera. Según cuenta, para construir una casa en el Japón basta un frasco de goma de pegar, un par de diarios viejos y algunas varillas de madera. Y, si se quiere, se puede levantar la casa sobre una montaña colorada, con ciruelos abajo, y... —Milt se llevó el puño cerrado a los labios—, ¡Y el océano! Usted lo podrá ver en Seattle. La bahía, por lo menos. Allí hay vapores que llegan de la India. ¡Ah! ¡Me estoy volviendo demasiado poético! Ya están los huevos.

El joven no volvió a divagar. Con actividad pasmosa, le sirvió el jamón con huevos, llevó un plato de ellos a Mr. Boltwood, que permanecía en el «Gómez», y volvió para ingerir el suyo. Habiendo fregado por si misma los platos, Clara no sintió repulsión alguna: y el café, servido en tacitas sin asas, era bastante pasadero. Milt lo tomó en la tapa de un termo. Estaba silencioso. En cuanto se acabó la comida, guardó todas las cosas. Clara esperaba una despedida prolongada, llena de peticiones insinuadas con tacto, pero él subió a su «cacharro» y dijo simplemente:

—Adiós, miss Boltwood. ¡Buena suerte! —y desapareció.

El camino le pareció triste y desierto sin él. Clara no creía que su cuerpo resistiera la prosecución de la marcha. Sus músculos estaban completamente relajados, y tenía los nervios deshechos. Pero en el momento de arrancar el coche experimentó ese cambio mágico que reconoce todo automovilista al recorrer largas distancias. Instantáneamente estuvo alerta, lista para seguir conduciendo durante todo el día. La guiaba el instinto, y sus ojos eran incansables y sus manos tenaces y vigorosas. Debía de ser un sueño que hubiera estado cansada: en adelante nunca lo estaría, mientras le correspondiese a ella la obligación de marchar.

Habría andado unas seis millas cuando llegó a una aldea llamada St. Klopstock. En la calle principal, sucia y enlodada, un hombre estaba cargando grava en un camión. A su lado, otro hombre muy corpulento dio un paso hacia adelante y levantó la mano. Clara se detuvo.

—¿Es usted la señorita que se atascó en un lodazal, cerca de la granja de Adolph Zolzac?

—Sí. Y por cierto que el tal Mr. Zolzac no estuvo muy amable conmigo.

—Pues ahora tendrá que aprender cortesía, y el bache va a desaparecer. Creo que Zolzac lo ha estado manteniendo a propósito, y ha ganado un montón de dólares a costa de los turistas. Bill y yo vamos para allá en seguida. Lo vamos a rellenar con piedra. Milt Daggett pasó por aquí. ¡Qué buen muchacho es! Me hizo reír.. Me dijo: «Barney...» Esto sucedió hace poco: acababa de salir del pueblo. Sí, me dijo: «Barney, usted es el hombre más rico de todo el pueblo, el banquero, y tiene un coche estupendo, y presume de cacique. Sin embargo, permite que ese Zolzac mantenga un océano privado y luche contra la paz y los condenados intereses públicos de Minnesota.» Así dijo. Tiene mucha labia el mozo. Me contó cómo se había atascado el coche de usted, y me dio mucha vergüenza, pues yo también he estado en Nueva York. Entonces llamé a Bill, y ahora vamos a darle una lección y una *surprise party* al amigo Adolph al llenar el bache.

—¿Pero no lo volverá a cavar de nuevo?

Los ojos del banquero adquirieron una expresión de firmeza. Sacando un revólver del camión, repuso:

—En ese caso, en el programa quedará incluido un elegante fin de fiesta.

—Pero como Milt... ¿Quién es ese extraordinario Milt Daggett?

—¿Quién? ¿Milt? ¡Oh!, no es ningún ser maravilloso. No es más que un individuo de Shoenstrom. Pero aquí todos lo conocemos. Asiste a todos los bailes en treinta millas a la redonda. Lo que sucede con él es lo siguiente: en cuanto ve algo que le parece mal, elige a un pobre hombre como yo y le espeta lo que piensa.

Clara prosiguió la marcha. Sin proponérselo deliberadamente, buscaba el «cacharro» de Milt. Pero no estaba a la vista.

—Papá —dijo de pronto—, ¿te has fijado en que no nos dijo que iba a hacer rellenar el bache? Simplemente, lo hizo. Me da miedo. A lo mejor, cuando llegemos esta noche a Gopher Prairie nos encontraremos con que ya nos ha reservado las habitaciones en que durmió una vez el archipámpano.

—¡Hummm! —bostezó el padre.

—Es un muchacho raro. Dijo «mucho gusto» cuando te lo presenté.

—¡Hum! Este aire fresco me da sueño.

—¡Ah, y te habló en tono de broma! Pero, de cualquier modo, nos sacó del atolladero. Y dijo: «¡Miren el campo, cómo se extiende ahora, sin un árbol, excepto esos saúcos!» Y dijo «comida» en vez de almuerzo. Además, tenía las uñas... No, seguramente es hijo de algún granjero.

Mr. Boltwood no respondió. Su sonrisa, que parecía forzada, denotaba una absoluta falta de interés por los muchachos que viajaban en «cacharros».

IV

UNA HABITACIÓN AL AIRE LIBRE

Gopher Prairie cuenta con cinco mil habitantes. Su club comercial asegura que tiene por lo menos mil más, y una banda infinitamente mejor que la ridícula y envidiosa ciudad vecina: Joralemon. Pero no había signos visibles de que se les hubieran reservado habitaciones, o que el archipámpano se hubiese detenido allí en su excursión real a través de América. Clara llegó poco antes de las siete. Observó el lugar un tanto confusa. Aunque aquél era el primer pueblo de la pradera en que debía quedarse, no pudo mirarlo con el debido interés.

El estado mental del automovilista que entra de noche en un lugar extraño es tan peculiar y definido como el de un explorador. Siente gratitud por haber llegado a salvo; alegría al ver un nuevo pueblo, aunque con el anhelo por las novedades velado por el cansancio; esperanza de encontrar un buen hotel, aunque con el terror de no hallarlo.

Clara sólo conservaba una borrosa impresión de casas puntiagudas de madera y achatadas tiendas de ladrillo con toldos descoloridos; de un elevador de granos pintado de rojo, una estación y un depósito de maderas; y después, de la enlodada y lúgubre carretera, que se internaba de nuevo en el campo. Comprendió que si no se detenía inmediatamente dejaría atrás al pueblo en seguida. Su instinto de chófer la sostuvo; dobló una esquina, luego otra, divisó un garaje y enfiló el coche directamente hacia el, haciéndolo pasar por el piso de cemento.

El encargado del garaje la miró bostezando.

—¿Dónde pongo el coche? —preguntó Clara sin más trámites.

—Métalo en aquella cochera —gruñó el hombre, y le volvió la espalda.

Clara frunció el ceño, irritada por la descortesía. Pero... ¡Oh!, estaba demasiado cansada para pedir explicaciones. Trató de introducir el «Gómez» en la cochera vacía, que no era

una cochera, sino un espacio, como el producido por la falta de un diente, entre dos coches, tan estrecho, que tuvo miedo de estropear sus magníficos guardabarros. Intentó meterlo una y otra vez, sin conseguirlo; entonces, convencida de que era imposible maniobrar de otra forma, colocó el «Gómez» detrás de un camión, de costado en la cochera.

—¡Vaya adelante otra vez y gire el volante rápidamente! —ordenó el hombre.

Clara deseaba decirle lo que pensaba de él, pero se limitó a preguntar;

—¿Querría usted tener la bondad de hacerlo?

—Desde luego, no faltaba más —contestó el hombre despreocupadamente. Con esta respuesta, la furia de Clara se vino abajo. Había sido defraudada.

Al bajar del coche y apoyar una mano sobre las maletas del estribo, la fatiga acumulada la venció de pronto. Podría haber seguido conduciendo durante varias horas, pero en el momento en que el automóvil quedaba a salvo para pasar la noche, Clara se sintió agotada. Le silbaban los oídos, le dolía la espalda y tenía la boca como si fuera de cartón. Entonces fué su padre quien tomó la delantera para salir en busca del único hotel aceptable del pueblo.

En el hotel, Clara tuvo conciencia suficiente para notar la fealdad de las paredes, de un verde que producía náuseas; las escupideras de bronce; el calendario de una compañía de seguros, y el piso sin alfombras de la oficina. Reparó en que todo el aire respirable había sido reemplazado por un olor a tabaco y a cebollas cocidas. Advirtió las miradas de los huéspedes, ociosos y aburridos, y la falta de interés en el recibimiento por parte del empleado nocturno, un hombre pálido y encanecido, con enormes patillas.

Trató de parecer importante:

—Dos habitaciones con baño, por favor.

El empleado la miró fijamente y luego empujó hacia adelante el libro registro y una pluma con el mango manchado de tinta. Clara firmó. Entonces el hombre tomó las maletas y, haciéndoles una seña, se dirigió a la escalera. Clara preguntó ansiosamente:

—¿Tienen baño las dos habitaciones?

Desde el segundo escalón, el empleado nocturno la miró como a un bicho raro y dijo en voz alta:

—No, señorita: ninguna de ellas. No hay habitaciones con baño disponibles. No es que la casa no los tenga. Este es un hotel de categoría. Pero uno está tomado, y en cuanto al otro, ignoro lo que le pasa, pero no funciona desde hace tres o cuatro meses.

Un murmullo en el que se mezclaban las risas surgió del grupo de huéspedes.

El enojo y el cansancio impidieron responder a Clara. Cuando, después de varios kilómetros de escalera y muchas leguas de vestíbulo mal ventilado, llegó a la covacha que le estaba destinada, con su cama de hierro que rechinaba al menor movimiento y su anémica silla de tijera, se dejó caer en el lecho, jadeando y con los ojos echando chispas a pesar de tenerlos cerrados. Se sentía como cloroformizada: tal era su sensación de impotencia. Ni siquiera pudo resolverse para ver cómo se sentía su padre en la habitación de al lado.

De algo estaba segura: no conduciría hasta Seattle. No iría a ninguna parte en automóvil. Mandaría aquél de vuelta a Minneapolis por tren, y ella volvería también por tren... ¡*Pullman!* Y en un departamento con salita.

Por pensar en su padre no se quedó dormida de aquella forma, con la ropa empapada. Cuando pudo adquirir la energía suficiente para levantarse, tuvo que buscar apoyo en el escritorio, que estaba a los pies de la cama: en esta forma se desnudó, colgó la ropa a los pies de la cama, se restregó con una toalla resbaladiza y se puso un vestido de seda oscura y unos zapatos ligeros. Su padre estaba sentado, inmóvil, con los ojos fijos en la pared. Clara fingió reírse de él por su aspecto tétrico. Luego, en su compañía, pasó por el vestíbulo. Cuando llegaron al pie de la escalera, el viejo empleado nocturno se estiró sobre el mostrador y, con un tono que invitaba a todos los presentes a tomar parte en la conversación, dijo irónicamente.

—Conque de Nueva York, ¿eh? Bueno, están bastante lejos de casita, ¿no?

Clara afirmó con la cabeza. Sentía mayor vergüenza ante la mirada de los solemnes huéspedes que la que jamás sintiera en un palco de la ópera.

En la puerta doble que daba acceso al comedor, por donde llegaba el olor de cebolla, un hombre de mediana estatura, bigote vulgar y traje común, uno de esos hombres de término medio en todo, de los cuales uno nunca se acuerda, detuvo a padre e hija y tartamudeó:

—Los vi llegar a la ciudad. Tienen matrícula de Nueva York, ¿no es cierto?

Clara no podía negarlo.

—Están bastante lejos de su casa, ¿verdad?

Ella tuvo que reconocerlo.

Una camarera de ojos negros, que parecía a punto de caerse a cada paso, la escoltó hasta la mesa, que era para cuatro. En la mesa vecina había siete viajantes o comerciantes de la localidad, cuyas esposas pasaban el verano en los lagos, los cuales cesaron al punto

de tratar de extraer alimentos de los platos que tenían delante y la miraron con la boca abierta. Antes de que los Boltwood tomaran asiento, la camarera examinó las servilletas, movió las copas y los ex plateados tenedores, y, fingiendo ignorar la existencia de una corteza de pan, visible frente al plato de Clara, preguntó:

—Viajan en automóvil, ¿no?

Clara retiró la silla, se dejó caer en ella y suspiró:

—Sí.

—¿Van lejos?

—Sí.

—¿Dónde viven?

—En Nueva York.

—¡Diablo! Están bastante lejos de casa, ¿no es cierto?

—Así parece.

—Jamón, huevos, asado, costillas de cerdo, salsa, manzanas, esturión frito, estofado...

—Perdón...

La camarera repitió la cantinela.

—¡Oh! Traíganos jamón con huevos. ¿Te parece bien, papá?

—Yo... no... Bueno...

—¿Le traigo lo mismo? —preguntó la camarera.

Mr. Boltwood se sintió intimidado.

—Sí, por favor —respondió débilmente.

La camarera estuvo de vuelta al instante, llevando sopa y un surtido de loza que parecía recolectada por alguien que viajaba mucho y carecía de gusto.

Uno de los platos confesaba por sí mismo pertenecer al hotel de Omaha. La camarera empujó un tarro de leche condensada hasta el sitio exacto en que la manga de Mr. Boltwood debía rozarlo, barrió la corteza de pan hasta esconderla debajo del azucarero, hizo desaparecer un mondadientes que tenía escondido detrás de los labios, escarbó un poco, dejó de escarbar y, poniéndose en jarras, se enfrentó con Clara:

—¿Hasta dónde van ustedes?

—Hasta Seattle.

—¿Tienen parientes allí?

—Algunos.

—¿Se van a quedar mucho tiempo?

—Realmente... No hemos decidido todavía.

—Así que de Nueva York, ¿eh? Es un buen viaje. ¿Tiene su padre negocios allí?

—Sí.

—¿En qué trabaja?

—Perdón...

—¿En qué trabaja? ¡Huy! ¡Cómo me aprietan estos zapatos! Antes podía bailar toda la noche, pero ahora estoy engordando. ¡Ja, ja! Cinco kilos el mes pasado. ¡Huy! Me aprietan de veras. ¿En qué me dijo que trabajaba su padre?

—No se lo dije, pero... ¡Oh! En asuntos de ferrocarriles.

—¿Grand National o North Pacific?

—Realmente, no comprendo...

Mr. Boltwood intervino:

—¿Están listos el jamón y los huevos?

—Voy a ver. —Cuando los llevó puso una cuchara en la salsa de guisantes de Clara y preguntó—: Diga, usted no usa ese vestido de seda en el auto, ¿verdad?

—No.

—Le quedaría mejor con un cinturón encarnado. Así parece muy sencillo, aunque es buena tela. Con un cinturón encarnado quedaría bonito de veras. Las señoritas morenas como usted necesitan algún detalle de color. —Entonces, Clara tuvo la certeza de que la camarera la estaba hostigando para divertir a los hombres de la mesa vecina, y estalló. Probablemente, la camarera no advirtió que había habido una explosión cuando Clara levantó la vista fríamente, enarcó las cejas, bajó la mirada y hurgó la tajada de jamón, pues continuó diciendo—: Una muchacha de tez blanca como yo no necesita mucho color. Mi cabello es negro, como usted ve, pero soy blanca, como dice Peter Livequist, que asegura que soy trigueña. ¡Ah, mi madre!, lo está matando. Ese hombre es un caso. ¡Oh!, seguramente le gusta oírse hablar. El viejo Walters, que es el telefonista del hotel, me dijo que fué a St. Cloud, número dos, pero sospecho que no lo hizo. Debe de estar cantándole a los amigos para que le paguen un plato de sopa y un par de tajadas de buey. Es mejor que lo eche. Sí, lo voy a echar. Hasta luego.

El comentario de Clara fué tan agrio como las pálidas remolachas que tenía delante, tan amargo como los guisantes y tan duro como los grumos del acuoso puré de patatas.

—No sé —dijo— si esa mujer está loca o es una ignorante. Me gustarla saber si ha querido hacerme enojar para divertir a aquellos horribles hombres sin afeitarse, o simplemente para su propia satisfacción.

—¡Así está este pastel, muñeca! Tomemos algo ligero que nos permita subir al lecho. ¡Hum!... Creo que será mejor no ir hasta Seattle en el coche. ¿Qué te parece si llegáramos hasta Montana solamente? ¿O quizás hasta Bismarck?

—¿Seguir en automóvil con hoteles como éste? Mi querido papá, si pasamos otro día como el de hoy, interrumpiremos el viaje en el lugar donde nos hallemos. Ahora nos vamos a encontrar con el encargado de la oficina. Tengo el presentimiento de que anda por ahí, pensando algo insultante que decirnos. ¡Oh, papá!, espero que no estés tan horriblemente cansado como yo. Mis pobres huesos parecen hierros candentes.

El empleado sólo pudo dirigirles una pregunta cínica antes de que Clara cogiese a su padre del brazo y empezara a subir la escalera.

—¿Van muy lejos?

Por primera vez desde los diez años, Clara se permitió el lujo de no cepillarse los dientes antes de acostarse. Durmió como si estuviera narcotizada. Aquello no era sueño, sino una dolorosa postración del cuerpo, que no impedía a su mente recordar la carretera y la estúpida marcha sobre el barro; luego fué teniendo conciencia del lecho en que se hallaba, de la almohada bajo la espalda, de la inclinación del colchón y del crujido que hacia la cama cada vez que ella se volvía.

Así fué el primer contacto de Clara Boltwood con la democracia.

No fué tanto el suave brillo del sol mañanero como la brisa fresca que entró por la ventana lo que hizo descubrir a Clara que aún conservaba el deseo de seguir viajando, de ver nuevos lugares, de recorrer nuevos caminos. Ella no deseaba que todos los caminos fuesen buenos. Quería luchar de vez en cuando. Trataría de hacerlo un día más. Al descender de la cama estaba entumecida, pero unas friegas con agua fría la hicieron sentirse más fuerte que nunca; era una mujer, no una muchacha sin independencia. En la pradera, bañada por el sol radiante, la avenida principal de Gopher Prairie se estaba ya secando; las crestas del barro se achataban. Fuera del pueblo revoloteaba el canto de una alondra, como un rayo de sol sonoro. «¡Oh, es una mañana deliciosa! ¡Estupenda! ¡Seguiremos el viaje! ¡Me siento entusiasmada!», se dijo riendo.

Encontró a su padre ya vestido, pero sin saber todavía si tenía ganas de continuar o no.

— Me parece haber perdido la voluntad —dijo—. Antes era mas decidido. Pero, si quieres, probaremos un día más.

Cuando bajaba con él alegremente, recordó de pronto con disgusto a la gente con la que aún tenía que enfrentarse y las preguntas burlonas que habría de soportar.

El empleado nocturno estaba todavía en su despacho, como si hubiera dormido de pie. Los saludó gritando:

—¡Bueno, bueno! Ya levantados y rozagantes... Espero que hayan dormido bien. Las camas no son tan buenas como deberían serlo, pero tenemos el proyecto de cambiar los colchones. De todos modos, tienen aspecto de haber dormido bien. Espero que hoy tengan un buen viaje.

Su voz reflejaba cordialidad. Parecía un antiguo amigo que se preocupara fielmente por su estado. Clara tuvo que sonreírle.

En el comedor, la camarera preguntona corrió solícita hacia ellos.

—Siéntense ustedes. Esta mañana hay pasteles. Tienen que alimentarse para el viaje. ¡Oh, y qué hermosa mañana! Espero que hoy tengan un viaje feliz.

—¡Cómo! —balbuceó Clara—. ¡Cómo! No son malévolos. Al contrario, se preocupan por gente que nunca han visto. ¡Por eso hacen tantas preguntas! Nunca lo hubiera pensado... ¡Nunca! ¡Hay personas que quieren conocernos sin haber visto nuestros nombres en la guía social! Estoy avergonzada. Pero la luz del día no hace cambiar mi impresión sobre el café. ¡Es espantoso! También mejorará mi opinión con el tiempo. Y la gente de aquí... Todos fueron cordiales. ¡Oh, Mr. Boltwood, usted y su hijita Clara tienen que aprender mucho en el mundo!

Al llegar al garaje, el descortés encargado que habían conocido la noche anterior parecía estar de tal mal humor como entonces, pero Clara intentó decir alegremente:

—¡Buenos días!

—¡Buenos! ¿Van hacia el norte? Deben tomar la carretera de la izquierda, en Wakanim. Está en mejor estado. ¿Les saco el coche?

Mientras llenaban el depósito de gasolina, un hombre se fijó en la matrícula de Nueva York, miró a Clara y a su padre y observó:

—Bastante lejos de casa, ¿verdad?

Esta vez Clara no dijo: «¡Si!», malhumorada. Por el contrario, le contestó:

—Sí, bastante lejos.

—Bueno. Les deseo un feliz viaje. ¡Buena suerte!

Clara apoyó la cabeza en una mano y pensó intensamente.

—He sido yo la maleducada —explicó a su padre—. ¡Cuanto he perdido! Sin embargo, sigo opinando que el café es muy malo.

Entonces se fijó en el nombre del garaje: «Aire libre»⁴.

—¡Ese es el objeto de nuestra peregrinación! —exclamó.

Así fué el segundo contacto de Clara con la democracia.

En los momentos en que ella partía, el joven que la había sacado del barro y ofrecido su merienda estaba doblando la tela impermeabilizada y las mantas en que había dormido, junto a su «cacharro» en un bosque, tres millas al norte de Gopher Prairie. Milt Daggett dirigió en voz alta sus reflexiones a la bien nacida gata *Vere de Vere*:

—Vuestra señoría, como dice Shakespeare, «el hombre que deja enfriar sus pies nunca logra la victoria». Y yo tengo miedo, morronga, mucho miedo.

V

SE SUELTA EL FRENO. CAMBIO A DIRECTA

Milt Daggett no fué veraz al dar a entender a Clara que no la había visto en el garaje de Shoenstrom. Por lo pronto, aquel garaje le pertenecía.

Milt era el joven más emprendedor de Shoenstrom⁵. Ni el pueblo mismo ni el cercano «Strom» (río), eran realmente «Shoen» (bellos). Todo el comercio de Shoenstrom consistía en la tienda de artículos variados de Heine Rauskukle que era de ladrillos: la «Leipzig House», que era un tinglado; el restaurante y billares «Old home», que era de madera; la agencia de aperos de labranza, que era de hierro galvanizado; las tres tabernas, la iglesia y el garaje «Red Trail», que era también, según sus múltiples letreros: Agencia de los coches «Teal»; Estación de Servicio; Reparación de máquinas de coser; Dr. Hostrum, veterinario, todos los jueves; Gasolina, precio del día: 27 centavos.

El garaje «Red Trail» era de cemento y mampostería. En el despacho había un limpio entarimado, una máquina de escribir y una fotografía de Elsie Ferguson. El establecimiento contaba con un estirador automático de llantas, un artefacto para inyectar aire y buena reputación.

El padre de Milt fué el viejo Dr. Daggett, nacido en Maine, el cual había llegado a la frontera en los tiempos en que los indios acampaban a las puertas de las casas y entraban en ellas para tomar café, que se hacía con cebada tostada. El, viejo médico luchaba con los huracanes del noroeste, leía a Dickens y a Byron, salvaba a la gente de la tifoidea, y al final dejó a Milt su gastada caja de instrumentos y varios miles de dólares... en cuentas incobrables. Años atrás, Mrs. Daggett había cruzado sus manos rugosas en el sueño de la muerte.

Milt estudió los dos primeros años de la escuela secundaria con el cura del pueblo, y luego completó los otros dos años en St. Cloud. Su padre quería enviarlo a la Universidad, pero la vocación innata de Milt era la mecánica. A los dos años construyó un

teléfono que funcionaba. A los dieciocho era maquinista del pequeño molino de Shoенstrom. A los veinticinco, cuando Clara Boltwood acertó a cruzarse en su vida, arrebatándole su propio albedrío, en un «Gómez-Dep», Milt era dueño, gerente, tenedor de libros, mecánico, obrero, cobrador de cuentas y única fuerza activa del garaje «Red Trail».

Dos partidos imperaban en Shoенstrom: los granjeros retirados, que consideraban el alemán como lenguaje suficiente para entenderse y los impuestos para construir carreteras como una locura, y el grupo que consideraba las pocilgas como algo muy útil, pero sólo para los cerdos. Pertenecían a esta segunda pandilla revolucionaria unos pocos individuos de la primera generación, muchos más de la segunda y todos los de la tercera. Y Milt Daggett era su caudillo. Por lo común no hablaba mucho, pero cuando se creía obligado a defender una causa actuaba como una ametralladora.

Si hubiera estallado una guerra, seguramente Milt habría tomado parte en ella como al descuido, aclarándose la garganta, calculando que sus hombres podrían intentar el asalto de una colina... y sin duda la habría tomado. Pero toda esta historia se refiere al año anterior a aquel en que América tuvo que entenderse con Alemania; y en aquel pueblo, enterrado en campos de trigo y de maíz, los hombres todavía se preocupaban más del precio de los granos que del espíritu nacional.

La noche anterior al día en que Clara Boltwood partió de Minneapolis en su aventura por el reino de la democracia, Milt estaba en el garaje. Tenía puesto un mono que donde no estaba negro por la grasa era de cuero de color de canela. Llevaba una camisa azul desteñida y la copa de un sombrero cuyas alas habían sido cortadas no muy regularmente con un cuchillo embotado de matar sapos.

Milt, sonriendo a su ayudante, Ben Sittka, le sugirió:

—Bueno, *wie gets mit* el trabajo⁶-, ¿en? ¿Quieres quedarte y sacar a flote el carricoche del profesor, para que lo tenga dispuesto por la mañana?

—Sí, patrón.

—Llegarás a ser un buen mecánico, Ben.

—¡Claro que si!

—Si te ves apurado, vete a buscarme al «Old Home».

—No hay cuidado, patrón. Todo irá bien. —Ben hizo una mueca a Milt, por quien sentía gran afecto.

Milt se despojó del mono y de la copa del sombrero, y se lavó las manos, grandes y vigorosas, con jabón amarillo. Se limpió las uñas con una lima que llevaba en el bolsillo

superior del chaleco, en un estuche de imitación de tafilete, que contenía, además, un peine, un espejito, un lápiz de tinta, una libretita con direcciones de cinco muchachas de St. Cloud y un memorándum sobre el automóvil de Rauskukle.

Se puso una corbata castaña, torcida; un viejo traje de sarga azul, y un sombrero tan estropeado y tan viejo que resultaba cómodo. Luego salió a deambular por la calle. No podía recorrer más de tres manzanas si quería permanecer en la calle. Shoenstrom tendía a perderse en selvas de altos maizales.

Un hombre lo detuvo para preguntarle:

—Diga, Milt, ¿es bueno el *whisky* para el dolor de muelas? El médico dice que no sirve; pero, ¡diablos!, acaba de terminar la carrera.

—Creo que tiene razón.

—Bueno, entonces me abstendré de tomarlo.

Un poco más allá, otro hombre, un granjero robusto, le gritó:

—Oiga, Milt, ¿le parece que debo comprar una segadora nueva?

—Si —contestó Milt con el acento de quien sabe demasiado para estar seguro de nada

—Creo que en su lugar yo la compraría, Julius.

—Entonces la voy a comprar.

Minnie Rauskukle, la regordeta y cordial Minnie, heredera de la tienda de artículos variados, demostró que había advertido la presencia de Milt irguiendo la cabeza empinando su cuerpo de paloma; pero Milt siguió adelante sin dirigirle la palabra y entró en el «Old home, Restaurante y billares». Se acercó al pequeño mostrador, frente a la mesa de billar en que los mocetones de las granjas golpeaban las bolas furiosamente y liaban cigarrillo tras cigarrillo. Trepó con soltura a un alto y desvencijado taburete y se dirigió bostezando al propietario, Bill Mac Golwey, su mejor amigo:

—Puedes envenenarme con un bocadillo de salchichas y una tajada de tarta de manzana, Mac.

—En seguida, Milt. No pareces muy contento esta noche.

—Hay mucha excitación en este villorrio. Vi a tres personas en la calle, todas a un tiempo.

—¿Qué comiste hoy?

—¿Yo? Nada. Simplemente, me estoy cansando de esta gran ciudad. Uno de estos días me marcharé a un lugar importante.

—¿Gopher Prairie, tal vez? —sugirió Mac, en medio del vapor sibilante producido al freír las salchichas para el bocadillo.

—¡Bah! Eso es una ratonera.

—¿Qué? ¡Si tiene cinco mil habitantes!

—Ya sé, pero... yo quiero ir a una verdadera ciudad, como Duluth o Nueva York.

—¿Y qué diablos vas a hacer allí?

—Eso ya se resolverá después. Lo único que sé es que quiero salir de aquí. Siempre podré aterrizar en un garaje, aunque eso no sea una novedad. Tal vez encuentre trabajo en Detroit, en alguna fábrica de automóviles.

—¡Qué especial eres, Milt! Siempre andas buscando aventuras...

—Esa es la manera de prosperar. En este pueblo tienen miedo a las novedades. ¿Te acuerdas de cuando propuse que nos juntáramos todos para comprar una dinamo con una máquina de gas, para tener luz eléctrica? ¡Nuestros paisanos casi se murieron del susto!

—Sí, es verdad. Pero... Tienes que quedarte aquí, Milt. Tú y yo vamos a manejar el pueblo como queramos.

—¡Sin duda! Pero, Mac, ¡si supieras las ganas que tengo de ver mundo! Ir al teatro, saber cómo funciona la radio, ver colocar un puente colgante...

Milt salió del «Old Home» sin rumbo fijo. Una cosa se había propuesto, y era volver al taller para ayudar a Ben Sittka a concluir de arreglar el coche del profesor. Por lo tanto, volvió al garaje y ayudó a Ben a concluir el arreglo del coche, y luego lo llevó él mismo a casa del profesor. El profesor —comúnmente el «Prof.» o Mister— James Martin Jones y su esposa lo recibieron casi tan ruidosamente como Mac, y le invitaron a entrar. Allí discutió con Mr. Jones, no los temas que podrían suponer las muchachas de Brooklyn Heights, sino asuntos tan serios o importantes como la cría y reproducción de los peces, las actividades de Elihu Root, las opiniones sobre la inmortalidad del espíritu, el arte del gobierno, el arranque automático para automóviles y los cuentos de Irvin Cobb.

Milt volvió a su casa más temprano de lo que pensaba, como, aparte del cura, Mr. Jones era el único hombre del pueblo que leía libros, y Mrs. Jones era la única mujer capaz de reír sobre cualquier tópico no relacionado con los niños y las enfermedades de la familia, y como deseaba ir a visitarlos todas las noches, Milt consideraba su recibimiento como algo sagrado, y se abstenía de acudir a su casa más de una vez por semana.

Se detuvo en el camino para acariciar a la gata gris de Emil Baumschweiger, conocida públicamente por *Rags*, pero reconocida por Milt y por la propia dama como la

infortunada condesa *Vere de Vere*, quizá la única persona de noble abolengo y pasado misterioso de que Milt tenía noticia. Los Baumschweiger no trataban bien a los animales; Emil daba puntapiés a la yegua baya y tiraba tenedores a *Vere de Vere*. Milt saludó a la gata con simpatía.

—Estáis pasando una vida de perros, ¿verdad, condesa? ¿Os gustaría hacer una escapada a Minneapolis conmigo?

La «condesa» asintió ronroneando. Con esto concluyeron las diversiones nocturnas de Milt. El cine de Shoenstrom sólo funcionaba una vez por semana. Se sentó en el despacho de su garaje y leyó de cabo a rabo un semanario. Le gustaba leer, aun cuando no lo hiciera con mucha facilidad. No aspiraba a ser poeta, ni lingüista, ni conferenciante del club femenino, ni secretario de Estado. Pero se estremecía ante las maravillas, apenas columbradas, de los libros y las revistas; ante las grandes muchedumbres, el mecanismo de los submarinos, las palmeras, las mujeres graciosas...

Dejó la revista y se quedó... mirando a la pared. No pensaba en nada. Parecía buscar algo para deleitarse pensando si lograba hallarlo. Sin imaginar enteramente una pared o el mar... recordaba, sin embargo, antiguos sueños de un muro iluminado por la luna, junto a un agitado mar tropical. Veía a una muchacha en el sueño, pero era tan intangible como el aroma de la noche. Poco a poco se fué quedando dormido, en una postura romántica, con el cuerpo caído hacia un lado del sillón y los zapatos, grandes y fuertes, apoyados en el escritorio.

Medio dormido, se dirigió hacia lo que él llamaba su casa, un cuarto en el *cottage* de una vieja que tenía grandes prejuicios contra el peligroso ambiente nocturno. Estaba soñoliento, y sólo se lavó superficialmente en el pequeño palanganero, cuyo resquebrajado barniz ostentaba la huella redonda del vaso que contenía el cepillo de dientes.

«Me siento como si tuviera que librarme de alguna estúpida timidez... ¿Qué será?», pensó, quejándose, al meterse en la cama.

A las seis ya estaba despierto, y a las siete menos cuarto empezó a trabajar en el garaje. Perdió gran parte de la mañana en tratar de convencer a un cliente de que un coche «Teal», que era el que resistía mejor todas las pruebas, no podía dar un rendimiento perfecto si el cliente persistía en olvidarse de llenar el depósito de aceite, de engrasarlo o de cargar la batería.

A las doce menos tres minutos, Milt salió del garaje para ir a almorzar. La niebla de la mañana se había transformado en lluvia. Mac Golwey no estaba en el «Old Home». A veces, Mac se cansaba de servir comidas, y por un día o dos se dedicaba a la bebida. Entonces, sus clientes habituales recurrían a los tarros de conservas de Rauskukle. Milt lo

encontró bajo el alero de cinc de la tienda de artículos variados. Tenía la vaga esperanza de impedirle que se tomara unas vacaciones demasiado largas en compañía de su botella de bolsillo. Pero Mac tenía ya los ojos inyectados. Casi no reconoció a su amigo.

—¡Hermoso día! —dijo Milt.

—¡Hum!

—El camino está lleno de barro.

—Debería lamentarlo, querido amigo. Pero ¡me siento tan bien!...

A las doce y once minutos, un *roadster* «Gómez-Dep» apareció por el camino y se detuvo en el garaje. Este acontecimiento excitó tanto a Milt como la aparición de un cometa inesperado a un astrónomo.

—¿De qué marca es ese coche, Milt? —preguntó un ocioso.

—«Gómez -Deperdussin».

—Nunca lo he oído nombrar. Parece muy pesado.

Esto era un sacrilegio, y Milt montó en cólera.

—¡Imbécil! Es uno de los mejores coches del mundo. Importado de Francia, aunque ése parece que tiene carrocería americana, fabricada por encargo. Lo que sucede con vosotros, insectos, es que tenéis pánico a todo lo nuevo. ¡Demasiado pesado! ¡Ah! Siempre había deseado ver un «Gómez», y hasta ahora no lo había conseguido, excepto en fotografía. ¡Oh! Creo que tiene matrícula de Nueva York. ¡Allá voy! Se olvidó del hambre del mediodía, y a zancadas, bajo la lluvia, se dirigió al garaje. Una muchacha estaba bajando del coche. Lleno de timidez, Milt se detuvo a la puerta del «Old Home». Mientras la observaba se dijo a sí mismo: «No sé lo que tiene; en realidad, no es extraordinariamente hermosa que digamos... Sin embargo, ¡diablos!... Por cierto, no es una muchacha para galantearla. Que la atienda Ben. Me gustaría hablar con ella, pero tengo miedo de meter la pata.»

Era la primera vez que veía a una mujer elegante.

Aquella muchacha morena, delgada y fina, con su traje gris, sencillo y poco ajustado, su sombrerito negro inclinado sobre el pelo suave, sus pequeños guantes de cabritilla y su velo, debía de estar tan delicadamente hecha como un motor de aeroplano.

Milt sentía deseos de gritar su admiración ante todo el mundo; por lo tanto, le susurró a un hombre que estaba junto a él:

—¡Hermoso coche y hermosa muchacha!

—Algo flacucha. A mi me gustan con un poco más de carne —dijo el hombre

bostezando.

No, Milt no lo hizo voltear de un puñetazo. Insistió débilmente:

—Viste bien, sin embargo.

—¡Oh! No tan bien. Ayer vi a una mujer que pasó por aquí. ¡Aquella si que era elegante! Llevaba un vestido rojo vivo, zapatos blancos y un sombrero tan grande como un paraguas.

—Bueno, no sé... A mi me gustan los trajes sencillos —dijo Milt como si se disculpara.

Se dirigió hacia el garaje. La muchacha estaba dentro. Milt inspeccionó el cajón posterior del automóvil, que estaba tapizado de cuero y tenía la tapa inclinada. Luego observó que dentro del coche esperaba un señor de mediana edad. «Debe de ser su padre —pensó—. Probablemente..., tal vez... no esté casada.» Entró en el despacho y espió desde allí a la muchacha, que estaba hablando con el ayudante sobre el cambio de un neumático.

No pudo menos de admirar la calma con que Ben Sittka preguntaba:

—¿Quiere uno gris o uno colorado?

—Realmente, no lo sé. ¿Cuál es mejor? —La voz de la muchacha era extraordinariamente clara.

Milt pasó junto a miss Boltwood como si no la viera y se detuvo al fondo del garaje, de espaldas a ella, dando patadas a las gomas de un camión y diciéndose a si mismo: «Si yo conociera a una muchacha como ésa... Es una pintura. ¡Es como una copa de plata sobre un paño azul!

Ben permaneció en silencio mientras colocaba la cámara en la cubierta. Sólo cuando terminó la maniobra y los extremos del aro de acero, colocados en su sitio, quedaron unidos, preguntó:

—¿Va lejos?

—Si. Bastante. Vamos a Seattle.

Milt miró a la ventana, oscurecida por las telarañas «Ahora ya sé lo que estaba planeando. Me voy a Seattle», se dijo.

La muchacha se marchó a las doce y media. Medio minuto más tarde, Milt le decía a Ben Sittka:

—Voy a salir de excursión, ¿eh? Ahora, nada de preguntas. Te dejo a cargo del garaje hasta nuevo aviso. Busca a alguien que te ayude. Adiós.

Sacó su «Teal» del garaje, y a las doce y treinta y tres minutos estaba en su habitación empaquetando desordenadamente su cesta de mimbre y cerrándola a fuerza de golpes. En ella guardó todos sus refinados objetos de tocador y todo su guardarropa, es decir, la importante parte de él que tenía en uso, a saber: cuatro pares de calcetines gruesos de algodón, blancos y amarillos, y dos camisas, cinco cuellos, cinco pañuelos, un par de zapatos de baile, otro par de botas con cordones, tres mudas de ropa interior barata, su traje negro de los domingos, cuatro corbatas, un cepillo de dientes bastante gastado, un peine y un cepillo para el cabello, la navaja, el suavizador, el jabón de afeitarse y una toalla no muy limpia. Nada más.

A esto agregó toda su biblioteca, que consistía en *Ivanhoe*, *Ben Hur*, las obras de Byron que pertenecieron a su padre, un manual de radiotelefonía y la edición de 1916 de *Motor Construction and Repairing*: un cromó del suplemento dominical de un periódico, que representaba a una princesa almorzando en un patio de Provenza, y un grabado del coronel Paul Beck aterrizando en un biplano militar, a cuyo pie, en un trazo de lápiz ya borroso. Milt había escrito: «Cuando yo sea aviador»

Pero, ¿qué se iba a poner para el viaje? Hasta las doce y once minutos esta cuestión no le había importado. La gente aceptaba su mano para todo menos para los bailes, y en los bailes él era único que usaba zapatos especiales. Pero al ver a Clara Boltwood había descubierto que el vestirse bien constituye todo un arte. Antes de empaquetarlo, había examinado su precioso traje dominguero, el cual le pareció estúpido. «¡Parece de pompas fúnebres!», masculló.

Con un encogimiento de hombros que significaba que no le quedaba otro recurso, se cambió el mono por una camisa de franela, una corbata negra de gran nudo, unos zapatos gruesos de cuero de cerdo y el traje que había usado la víspera, de sarga azul, que ya tenía dos años y que, sin él saberlo, sentaba admirablemente a su cuerpo bien formado y a su tez blanca.

En los bolsillos tenía un montón de apuntes y un estupendo reloj de oro. Para abrigarse llevaba un chaleco de punto de forma anticuada, un abrigo y un pesado impermeable de lienzo embreado. Se puso el impermeable, salió corriendo, galopó hasta la tienda de Rauskukle y compró la gorra más escandalosa que pudo encontrar, de tela escocesa de siete colores (garantizados de moda). Luego se cuidó de procurarse la comida para cuando acampara en el camino.

En el fondo posterior del «cacharro», bajo el depósito de gasolina, había un espacio bastante grande. Lo llenó con repuestos para el motor, una carabina y un revólver, un par de patines y todo el equipo de *camping*, tal como lo usaba en sus vacaciones anuales cuando iba a cazar patos en el lago Man Trap.

«Soy un tonto al llevar todo lo que tengo, pero... Tal vez esté fuera un mes entero», reflexionó.

Sólo le faltaba el talonario de cheques, oculto a la interesada curiosidad de la patrona bajo la alfombra de la escalera. Lo sacó de su escondite, y vio que tenía un saldo a su favor de doscientos dólares. En la caja del despacho había diez dólares para Ben Sittka. El garaje, deducida la hipoteca, podría valer cerca de dos mil dólares. Esta era toda su fortuna.

Irrumpió en la cocina, y velozmente informó a gritos a la dueña de la casa:

—¡Me han llamado fuera de la ciudad!, ¡voy a viajar!, ¡creo que no le debo nada!, ¡aquí le dejo seis dólares por una quincena!, ¡no sé cuándo volveré!

Antes de que ella empezara su interrogatorio, ya estaba él en el «cacharro». Atravesó el pueblo.

—¡Adiós, Mac! Cuídate, amigo. Me voy de viaje —le gritó a su amigo Mac Golwey al pasar. Se detuvo en la casa del «Prof.», tocó la bocina hasta que las cabezas de los Jones aparecieron en la ventana, y, agitando la mano, gritó:

—¡Adiós, amigos! Me voy del pueblo. Entonces, mientras la libertad y el lejano Pacífico parecían acuciarle, salió como un torbellino de la ciudad. Habían transcurrido cuarenta y siete minutos desde que Clara Boltwood entró en Shoenstrom.

Sólo se detuvo una vez. Su amiga, lady *Vere de Vere*, realizaba una excursión científica por las afueras del pueblo, para estudiar la etnología de las ratas de campo. Lo saludó así: «¡Miau, marramiau!»

—¡No me digas! —respondió Milt sorprendido—. Bueno, si te lo prometí, cumpliré mi palabra.

Saltó del coche, acomodó a *Vere de Vere* en el asiento, la protegió de la lluvia con el lienzo encerado con que cubría en invierno el radiador. Su «cacharro», excelente para seguir las huellas, alcanzó al «Gómez-Dep» en una hora, y lo sacó del barro. Antes de dormir aquella noche en el campo, a tres millas de Gopher Prairie, Milt cumplió una especie de rito religioso.

«¡Qué muchacha! Se preocupa de estar bien arreglada. Yo soy un perro sucio. Era más cuidadoso con mi ropa cuando estaba en el colegio. Ahora me estoy haciendo haragán, como Mac. ¡Pensar que anoche dormí vestido!»

«¡Miau, marramiau!», pareció asentir la gata.

«Tienes toda la razón. La palabra es dura. Nunca volveré a dormir con el traje puesto, morronga. Es decir, mientras tenga una cara decente, humana. Por supuesto, el *camping*

es diferente. Sin embargo... Veamos lo que puedo hacer.»

Se afeitó cuidadosamente. Se cepilló el pelo. Se arregló luego las uñas, aunque las tenía tan estropeadas por la grasa del motor que otro cualquiera se hubiese sentido descorazonado. Y durante aquella tan interesante cuanto dolorosa ceremonia mantuvo una conferencia con la gata. Cuando ya no hubo nada más que hacer, mientras se iba extinguiendo el fuego y *Vere de Vere* dormía en la manga del abrigo, su voz aterida se fué apagando, y en una especie de agonía susurró:

—¡Oh! ¿Para qué sirve todo esto? ¡Nunca podré mejorarme! ¡Limpiarme las uñas para impresionar a una muchacha que tiene unas manos como las tuyas! Hay que recorrer una larga distancia para llegar a Seattle; pero hay que recorrer un espacio muchísimo mayor para llegar a ser... a ser..., ¡bueno!, un caballero. ¡Oh! A propósito, ¿qué diablos voy a hacer en Seattle, si acaso llego allá?

VI

LA TIERRA DE LAS NUBES ONDULANTES

Nunca un océano de tostadas playas tuvo la dulzura de la laguna de las praderas. Rizada y azul, con altos pastos hasta los bordes, parecía un alegre foco de luz en medio de los inmensos trigales, y conservaba aún en julio, cuando las tardes estaban llenas de resplandor y de cigarras descaradas, la frescura de una mañana primaveral. Clara pasó mil charcos y cien lagunas, flanqueados de centeno y de lino. Había dejado atrás los bosquecillos de robles, álamos y hayas, para entrar en la gran pradera sin árboles.

Aprendió a llamar *pugholes* a los charcos, y a fijarse si había patos en ellos al anochecer. Se enteró de que alrededor de los *pugholes* flotaba un coro de pajarillos negros con las alas rojas; de que los pájaros castaños, feos, que se agazapaban en las alambradas, eran las alondras silvestres, que cantaban con maravillosos trinos; de que entre los humildes ciudadanos alados de los pastizales lucía a veces el brillante plumaje de un petirrojo o de una oropéndola, y de que ninguna rosa de los jardines tenía la extraña y rústica belleza de los pintados arbustos indios, de la artesanía y del vencetósigo amarillo, que crecían entre el pasto quemado a orillas de la carretera.

Se enteró de que lo que parecía rudeza en los mozos de hotel y en los empleados de los garajes no era a menudo más que un resentido reflejo de su propia actitud de superioridad hacia una gente que le habían enseñado a considerar como baja o vulgar. Si ella les hablaba con franqueza, inmediatamente la tomaban como si fuera uno de ellos y le prestaban amistosa ayuda.

Durante dos días de sol radiante, Clara siguió una carretera recta a través de la planicie sembrada de trigo, que luego se curvaba entre pequeñas colinas. A menudo no había alambradas; ella estaba tan cerca de los sembrados que los guardabarros del coche rozaban las espigas de trigo, y dejó de ser una extraña para convertirse en parte integrante de aquella tierra de vastos horizontes. Se olvidaba de que estaba conduciendo,

mientras dejaba correr el coche, como si la transportaran los ejércitos de nubes, nubes de la pradera, mechones de vapor o montes de cúmulos que se hinchaban hasta semejar picos nevados.

La amistad de la tierra fecunda le proporcionaba una calma que la hacía insensible al paso de las horas. Hasta su padre, el abstracto hombre de negocios, saludaba a gente polvorienta que encontraba en el camino: a un viejo alegre cuyo cuerpo se bamboleaba y sacudía en un *sulky*², a mujeres de los pueblecitos que aparecían de pronto con sus elevadores de grano pintados de rojo y sus tiendas chatas...

Clara había descubierto a América, y se sentía más fuerte, porque el sol iluminaba su vida.

También había descubierto su capacidad para la aventura. Ya no sentía aquella aprensión que la inquietó al salir de Minneapolis. Se emocionaba de alegría cada vez que saludaba el paso de un coche, como si fuera un barco, y experimentó una sensación nueva de fraternidad humana cuando el maquinista de un tren de carga, que corría paralelamente a la carretera, agitó la mano y tocó el pito en señal de saludo.

Su padre se cansaba fácilmente, pero dormitaba durante varias horas cuando un almuerzo poco digerible, tomado en alguno de los poblados, le caía como plomo en el estómago. A pesar de la belleza del paisaje y de la alegría de continuar el viaje, ambos experimentaban ciertos sufrimientos.

Para Clara era a veces una verdadera agonía el mantenerse despierta después de las comidas. Sentía que se le cerraban los ojos, y no podía resistir el resplandor del sol. Cuando ya no soplaba la brisa matutina y el aire se volvía caliente y tranquilo, el calor del motor en los pies era un tormento; y si otro coche marchaba delante, la polvareda que levantaba se le metía en la garganta. A menos que el tráfico la mantuviese despierta, cabeceaba sobre el volante; parecía una parte de la máquina, que corría y corría, sin dejar ninguna huella en la pradera infinita.

Una y otra vez se repetían las mismas operaciones: aminorar la marcha para el descenso de una loma; prestar atención a la arena del suelo; dejar correr el coche durante un trecho de camino suave; saludar con la mano a alguna mujer parada en la puerta de su casita, quemada por el sol; tener cuidado cuando pasaba un carro repleto de forraje; abrir el carburador para subir la próxima cuesta, y otra vez repetir el ciclo íntegramente. Pero hasta mediodía gozaba de veras; y, transcurridas las primeras horas de la tarde, resurgía, como las flores, con nuevo vigor.

Estaba descubriendo también los secretos del automovilismo a largas distancias, que se reducen a eso: a devorar distancias. Había que marchar continuamente, midiendo los kilómetros de ciento en ciento, no de uno en uno, y sin preocuparse por nada más. Clara

parecía estar bajo los efectos de un encantamiento. Si se quedaba sin gasolina, ¡bueno!, cualquiera que pasase le prestaría unos litros. Nada, aparentemente, podría detener su gigantesco vuelo a ras de la tierra.

Muy pocas veces erraba el camino. La guiaban las amistosas señales —esas grandes letras rojas. Erres y Eles— que desde los postes telefónicos o los palos de las alambradas le indicaban mágicamente la ruta desde el Mississippi hasta el Pacífico.

La conversación ocasional de su padre, casi siempre caviloso, le evitaba la sensación de soledad. Era un buen compañero de excursión. Los viajes en automóvil no son los más apropiados para epigramas, sátiras o la repetición del último chiste que se ha oído en el club. Clara y su padre se limitaban a decir: «Hermosa granja... Es de adobes», o: «Hermosa vista»; luego se sonreían, y continuaban callados durante largo rato, como el amigable cielo que los cubría.

Clara pensaba en la gente que conocía, especialmente en Jeff Saxton. Pero no podía recordar con claridad su cara, delgada y seria. Entre ella y Jeff se interponían leguas de sol. Nada le parecía extraño. Ciertamente, no le parecía raro conocer a un joven de impermeable que tenía una gata y se interesaba por el Japón.

Ningún cantante, después de su primer concierto, gozó de un triunfo mayor que Clara cuando cruzó el primer límite entre dos Estados. Así pasó, sobre el puente del Red River, de Minnesota a Dakota del Norte. La matrícula de los automóviles de Dakota, que veía por todas partes, le daban la sensación de contemplar letreros de calles en otro idioma. Y cuando encontró un buen hotel en Fargo, con un baño digno de tal nombre, sintió que su propio esfuerzo le daba derecho a disfrutarlo.

Mr. Boltwood se contagió de su entusiasmo. La comida pareció una fiesta. Al final, con té helado, los pacíficos conquistadores brindaron por el Nuevo Continente de los españoles, y luego, del brazo, salieron charlando para ir a un cine.

Frente al *Royal Palace*, Great Turns, 4, estaba paciando un cochecito de hojalata que parecía un escarabajo.

—¡Papá! ¡Mira! Seguro que es... Si, estoy segura, por la canasta posterior, que es el coche de aquel muchacho... ¿No te acuerdas? El que nos sacó del barro en... Ya olvidé el nombre del lugar. Parece que continúa el viaje. ¡Ah, es cierto! También va a Seattle. Lo veremos dentro del cine. ¡Oh, la gata! ¡Qué cariñosa era! ¿Cómo se llamaba?... Le había puesto un nombre gracioso. La Marquesa de Montmorency o algo por el estilo...

Lady *Vere de Vere*, temerosa de Fargo y de las muchedumbres de los cines, pero confiada en su castillo andante, el «cacharro», permanecía enroscada sobre el abrigo de Milt Daggett, en el fondo del coche. En señal de reconocimiento por la caricia de Clara, agitó

los bigotes y se puso a ronronear.

Con la excitación de quien trata de encontrar la dirección de un amigo en tierra extraña, Clara, al encenderse las luces, recorrió toda la sala con su mirada ansiosa. Allí estaba Milt, en la segunda fila, pero sólo se le veía el pelo de color de arena, bien liso y suave, sobre el cuello asombrosamente limpio de una camisa nueva de seda artificial.

Milt se reía furiosamente con el diálogo entre Pete Rosenheim y Larose Betuna, aunque incluía los chistes del queso, de la suegra y de la mujer que revisa los bolsillos de su esposo.

—Nuestro joven amigo parece disfrutar de una envidiable alegría infantil —comentó Mr. Boltwood.

—¡Por favor, nada de superioridades, papá! Seguramente el muchacho no ha visto nunca un verdadero teatro de revistas. ¿No te parecería divertido llevarlo al *Winter Garden* o al *Follies* por primera vez?... Estoy cansada de ser invitada por Jeff Saxton, y de que éste me explique, ¡oh!, con tanta precisión, la gracia de los chistes.

Acabaron las variedades. Proyectaron una película que, con una docena de títulos diferentes, Clara conocía de memoria, aun cuando los habitantes de Brooklyn Heights no dedicaban las noches de los sábados al cine. Vio de nuevo al traidor, al *sheriff*, una reunión de viejos con patillas y botas, la detención, los ojos tristes de la hija del *sheriff*; otra reunión, esta vez de viejas con bonete; la regeneración del malvado y su consecuente aceptación de la ley y del orden... Sí, Clara había visto a menudo aquella especie de folletín en la porción de Estados Unidos que queda al oeste del meridiano 101. Arrastró a su padre de vuelta al hotel, lo mandó a la cama y entró en su cuarto. Encontró un telegrama sobre la mesita de escritorio.

Había enviado a sus amigos una lista de los lugares donde probablemente se detendría. El telegrama era de Jeff Saxton. Hizo acudir a su mente el inalterable brillo de sus anteojos —que eran los anteojos más caros, con los cristales más perfectos del mundo— al leer:

«Recibí carta sobre viaje. Sorprendido, ansioso. Fatiga te postrará. Carreteras de pradera, malas para tu padre. Carreteras de montaña, peligrosos. Aconsejo seriamente vayas coche sólo parte camino. Luego, viaja tren. *Geoffrey.*»

Ella tomó el telegrama y tabaleó sobre uno de sus extremos mientras pensaba. Recordó cómo el extenso mundo había surgido ante ella sobre el *capot* del «Gómez» durante todo aquel día, y escribió la respuesta:

«Peligros espantosos en carretera. Dos pinchazos. Vestido roto. Huevos dudosos en hoteles. No obstante, seguimos luchando.»

Antes de enviarlo tuvo una entrevista con su padre. Se sentó a los pies de su cama, y trató de parecer sumisa y obediente.

—No quiero incurrir en nada que te haga daño, papá. Pero, ¿acaso no te distrae este viajecito?

—Sí, creo que sí. De cualquier manera, probaremos unos días más.

—Me imagino que podremos soportar el esfuerzo y los peligros. Creo que, llegado el caso, podríamos contar con la ayuda de alguno de esos robustos granjeros si encontrásemos una morsa o un cocodrilo en medio de los trigales. Y tengo la impresión de que si volvemos a atascarnos en el barro, nuestro amigo el del «cacharro» nos salvará.

—Quizá no volvamos a encontrarle. Debe de llevarnos mucha ventaja.

—Efectivamente, no le hemos visto en todo el camino. Debe de haber llegado a Fargo mucho antes que nosotros. Sin embargo, tal vez mañana...

VII

EL GRAN PUEBLO AMERICANO

Fué el primer día desagradable para Clara desde que su coche se atascó en el barro. Había partido con toda felicidad, tomando la carretera, bastante llana, que salía de Fargo directamente hacia el Oeste. Pero a mediodía encontró un restaurante cuya comida parecía un instrumento del mal.

Para que los automovilistas pudieran tener una noticia fidedigna de su fama, el Club Comercial de Reaper había puesto este letrero a la entrada del pueblo: «Bienvenido a Reaper. —Ciudad del movimiento—. Velocidad máxima, 15 kms.», el cual significaba al ser interpretado que si alguien pasaba a cuarenta kilómetros por la calle principal la gente se fijaría en él, y que la verdadera bienvenida, la impresión máxima que los automovilistas podían llevarse de Reaper, era el recibimiento en su único restaurante. Este se llamaba «El Jardín de las Comidas». Al entrar, Clara y su padre se sintieron sofocados por una bocanada de humo que salía de una sartén, en la cocina próxima. La habitación estaba bloqueada por un gran mostrador; no había más que una sola mesa, cubierta con hule decorado y lleno de venerables manchas de yema de huevo.

El mozo cocinero, cuyo delantal tenía lamparones de grasa, mientras que el delantalito adicional estaba constituido simplemente por mugre, rezongó:

—¿Qué desean?

Clara se recobró lo suficiente como para distinguir las letras entre las suciedades de moscas de la minuta, y pidió una costilla y café para su padre, y para ella, té, huevos pasados por agua y tostadas.

—¿Tostadas? No tenemos.

—¿Y no podrían hacerlas?

—¡Bueno! Creo que sí.

Cuando llegaron comprobaron que tenían una pulgada de espesor, que estaban quemadas por un lado y sin tostar por el otro. Mr. Boltwood se quejó de la costilla, que estaba cruda, y en cuanto al café..., bueno no sabía qué ingrediente habían usado para sustituirlo, pero creía que era quinina tibia.

Clara montó en cólera:

—¡Pensar que este pueblo tiene realmente aspiraciones! Han empezado a construir varios *bungalows*, todos muy bonitos, y hay un Banco bueno y limpio... ¡Y permiten que este sinvergüenza haga mala propaganda de la ciudad ante los extraños, que pueden ser personas influyentes, sirviendo comidas como ésta! Supongo que aquí encarcelarán a los criminales, y, sin embargo, este hombre es un ladrón al cobrar una comida de esta clase. ¡Sí, un ladrón y un asesino!

—¡Oh, calma, muñeca, calma! —le contestó su padre.

—Sí, lo es literalmente. En su gloriosa carrera debe de haber producido indigestiones crónicas a miles de personas, acortándoles la vida en quién sabe cuántos años. Eso son auténticos asesinatos. Si yo fuera autoridad aquí, sería indulgente con los que matasen a una o dos personas, pero a este cocinero lo encerraría para toda la vida. ¡En serio!

—Tal vez cocine lo mejor que puede.

—¡De ninguna manera! Estos huevos y este pan debían de ser excelentes antes de que él empleara su magia negra contra ellos. ¿No recuerdas la mirada llena de desprecio que me lanzó cuando tuve la osadía de pedirle tostadas? ¡Oh, Reaper, Reaper!, aspiras a ser una ciudad moderna, y apuesto a que no sabes cuántos miles y miles de turistas van de costa a costa maldiciéndote. ¡Oh, gran pueblo americano! No pretendo que los hombres que construyen una ciudad nueva tengan tiempo para leer a Hugh Walpole y a Janes Branch Cabell, pero si pretendo que tengan un cocinero que sepa freír huevos.

Al pagar la cuenta, Clara buscó una expresión de protesta que pudiera impresionar el obtuso intelecto del dueño del restaurante, pero al ver su rubicunda gordura abandonó todo intento. Este fracaso de ciudadana reformadora la hizo salir del lugar hecha una furia: puso en marcha el coche en medio de un torbellino de polvo, y forzó tanto el motor que éste empezó a fallar y a dar muestras de no querer seguir adelante.

Entonces Clara recobró la calma.

«Falta gasolina —pensó—. Afortunadamente, tengo una lata de repuesto.»

Pero el depósito tenía gasolina en abundancia. No había razón aparente para que el motor no funcionase. Clara apretó el arranque de nuevo. El coche anduvo medio minuto y se detuvo. Todas las bujías despedían chispas; no había alambres sueltos en el

distribuidor: no faltaba agua, y había suficiente aceite. Con esto terminaban todos los conocimientos que Clara tenía de un motor de automóvil.

Detuvo a dos chóferes al pasar en sus coches. El primero aseguró que la punta de la aguja del carburador estaba sucia. Mientras Clara temblaba por el resultado de la operación, el hombre abrió la válvula, sacó la aguja, la limpió cuidadosamente y la volvió a colocar en su sitio. El motor arrancó de nuevo, pero casi al momento dejó de funcionar otra vez.

El segundo comprendió en seguida que uno de los alambres del distribuidor debía de estar desconectado, y aunque ella le aseguró que los había revisado, él miró con aire de conmiseración su elegante vestido deportivo, y dijo:

—Bueno, voy a echarle un vistazo —y levantó la tapa del distribuidor. Se rascó la cabeza lo mismo que el otro, tanteó los fusibles, se rascó la mejilla, metió un dedo en el carburador y añadió: —Bueno, bueno... —Después miró si había agua y gasolina, y dijo suspirando—: No puedo descubrir lo que le sucede—. Luego se metió en su coche y partió a toda velocidad.

Clara les había dado las gracias a ambos con palabras laudatorias, pero se quedó allí, a veinte kilómetros de la población. Era un hermoso lugar... El trigo bajaba por la pendiente de una colina hasta una aldea cuyo elevador de granos formaba una torre reluciente. De un charco vecino llegaba el bullicio de las gallinas cubiertas de barro; la alfalfa brillaba con un verde extraterreno, y las abejas pasaban zumbando a banquetearse en un campo de tréboles rojos. Pero ella sentía un deseo febril de seguir avanzando. La carretera, por detrás y por delante, era muy larga, muy blanca... y estaba muy vacía.

El padre, después de mucho pensarlo, pues ignoraba todo lo concerniente a las cuestiones automovilísticas, excepto la contratación del chófer y el pago de las cuentas, sugirió:

—Bueno... Dime, muñeca, ¿has mirado a ver si esos... esos...? ¿Está bien el carburador?

—Sí, papá. He mirado tres veces, hasta ahora... —contestó la hija con extremada suavidad.

Sobre la colina, a cinco millas al este, apareció una nube de polvo y luego un coche. A medida que se aproximaba, el conductor debió de divisarla y aumentar la velocidad, pues al llegar iba a setenta kilómetros.

—¡Ahora hay esperanzas! ¡Mira! Es un «cacharro»... Un auto barato, un «Teal», seguramente. Creo que se trata del mismo muchacho que nos sacó del barrizal.

Milt Daggett se detuvo y los saludó despreocupadamente:

—¡Hola, miss Boltwood! No pensaba encontrarlos por aquí. Creí que estarían ya muy lejos.

—No, hemos andado despacio, mister... No recuerdo bien su nombre.

—Milt Daggett.

—Sucede algo misterioso en el coche. El motor arranca cuando se le deja descansar un rato, pero en seguida se detiene. ¿Podría decirnos usted de qué se trata?

—No sé. Voy a ver si lo descubro.

—Entonces, lo sabrá. Otros dos viajeros que encontramos lo sabían todo de antemano. Uno parecía el inventor de las ruedas, y el otro el de los neumáticos. De modo que, por supuesto, no pudimos ayudarnos.

Milt no la siguió en su irónica crítica, pero le sonrió amistosamente. Levantó la tapadera de goma del distribuidor, y entonces la fe de Clara se derrumbó. Los alambres habían sido probados dos veces. Milt los volvió a examinar. Ella estaba demasiado cansada para decirle que perdía el tiempo.

—¿Tiene una alcuza? —preguntó Milt dudando.

En un agujero minúsculo que había en la placa del distribuidor dejó caer dos gotas de aceite. Sólo dos gotas.

—Creo que esto es todo lo que necesitaba. Puede probar ahora cómo anda —dijo tranquilamente.

Clara, con gran desconfianza, puso en marcha el motor. Este sonó jubilosamente y no se detuvo. Otra vez el camino estaba libre de obstáculos. Otra vez estaba la población a la vista, a seis minutos, cuando hubiera tardado una hora en llegar a ella caminando.

Detuvo el motor y se volvió, radiante, hacia Milt, que la miraba parado en medio del polvo. Con un acento de disculpa, como si la falta fuera suya, Milt dijo:

—El distribuidor se seca. Hay que ponerle algo de aceite, poco más o menos una vez cada seis meses.

—¡Cuánto se lo agradecemos! Nos ha salvado la vida por segunda vez.

—¡Oh! Lo mismo habrían seguido viviendo sin mí. Y si los automovilistas no se ayudan unos a otros, ¿quién los va a ayudar?

—Ese es un buen punto de partida para la fraternidad del género humano, ¿no es cierto? Desearía poder devolverle... este... Devolverle su almuerzo, o... ¿Le gustan los libros, mister Daggett? Quiero decir...

—Si, me gustan. Leo cuando puedo.

—¿Podría yo darle... prestarle estos dos volúmenes que he traído por casualidad? Ya los he leído, y creo que papá también.

De entre los pliegues de la capota, doblada hacia atrás, sacó *Youth's Encounter*, de Compton Mackenzie, y *Congo*, de Vachel Lindsay. Con cierta curiosidad observó cómo él pasaba las páginas. Sus bastos dedos se introducían entre ellas como si estuvieran acostumbrados a hojear libros. Al revisar *Congo*, Milt exclamó:

—¡Versos! ¡Es magnífico! Me gustan mucho, aunque muy pocas veces se me presentó ocasión de leerlos. Le estoy... ¡Le estoy muy agradecido!

Había levantado su juvenil rostro, franco y tostado por el sol, que reflejaba su adoración. Clara no tenía costumbre de encontrar a hombres que la miraran así. Por cierto, la calmosa adoración de Jeff Saxton no le hacía parecer un caballero antiguo rodeado de estandartes. Sin embargo, el buen Geoffrey la quería, mientras que para Milt Daggett ella no podía ser más que una extraña, encontrada al azar en un coche con matrícula de Nueva York. Si su pequeño regalo le hacía tan feliz, ¡qué pobre debía de ser! «Probablemente vive en alguna granja improductiva —pensó—, o es un mecánico sin un centavo, que espera encontrar algún buen trabajo en Seattle. ¡Qué frente tan blanca tiene!»

Pero, en alta voz, Clara estaba diciendo:

—Espero que el viaje le resulte muy agradable.

—¡Oh, sí! Me gusta mucho viajar. Y a usted, ¿cómo le va? Bueno, gracias por los libros.

Ella partió antes que él. De pronto exclamó, dirigiéndose a Mr. Boltwood:

—¿Sabes? Ahora se me ocurre que es una extraña coincidencia que nuestro amigo aparezca precisamente cuando lo necesitamos...

—¡Oh! Simple casualidad, supongo —respondió el padre con una tosecita fingida.

—¡Hum! No estoy muy segura —meditó ella, mientras un miembro del Club de Gallinas Suicidas salió corriendo de una cuneta, se preparó para la inmortalidad, luego cambió su estúpido parecer, revoloteó sobre el *capot* del coche, cayó y salió corriendo y chillando su indignación hacia el corral—. No estoy segura de que sea casualidad. No... Tal vez... ¿No crees tú que nos haya venido siguiendo deliberadamente?

—¡Oh, no! Espero que no sea así tampoco. Me halagaría, pero...

—¡Tonterías! Es un muchacho absolutamente decente.

—Lo sé. Por supuesto. Probablemente trabaja todo el día en un garaje, y en su casa es

un modelo de respeto y cariño para su madre y sus hermanas. Quiero decir... No quisiera que ese cordero se transformase en mi guardia de corps, en manera alguna. Sería una tarea sin remuneración.

Disminuyó la velocidad a treinta por hora. Por primera vez empezó a mirar la carretera que dejaba atrás. A los pocos minutos, un punto movedizo apareció en medio del polvo. ¡Oh!, era natural que él estuviese todavía detrás de ella. Pero... si se detuviera, solamente para observar el panorama, él tendría que pasarla. Se detuvo un momento, un tiempo demasiado breve para indicar que algo le sucedía al coche, y mirando hacia atrás vio que el «cacharro» se detenía también. Hasta le pareció que Milt se ponía de pie y se llevaba la mano a los ojos para espiarla mejor.

Era algo antinatural y perturbador en medio de aquella paz inmensa.

Continuó la marcha un par de kilómetros e hizo un alto de nuevo; su seguidor se detuvo también. Según el cálculo de Clara, mantenía una distancia de tres a cinco kilómetros.

«Eso no está bien —se dijo—. Es halagador, pero en cierto modo... Aunque yo fuera una muchacha ligera, no querría... No quiero que ningún muchacho me corteje para abusar de él y divertirme con sus esfuerzos. Por otra parte, ¿y si tomara excesiva confianza, aumentándola cada vez que nos encontramos, de aquí a Seattle? Un fresco... No, no sería conveniente.»

Detuvo el coche junto a una cuneta y esperó.

—¿Otro inconveniente? —gruñó el padre.

—No. Me detuve para ver el paisaje.

—¡Oh!... ¡Me parece que hay paisajes por todas partes sin necesidad de pararse!

—Sí, pero...

Clara miró hacia atrás. Milt estaba ya a la vista, pero había hecho una pausa para observar. Mr. Boltwood lo vio:

—¡Ah! Ya veo. Perdóname. Nuestro escudero continúa siguiéndonos. ¿Dejarás que pase delante? ¡Eres una muchacha prudente!

—Sí. Creo que es mejor evitar complicaciones.

A los cinco minutos vio que Milt se ponía en marcha. Al momento llegó junto al «Gómez» y dijo: «¿El distribuidor en huelga otra vez?», tan alegremente que a Clara le dolió tener que negarlo. Pero ella había manejado una casa, así que pudo contestarle con toda suavidad:

—No, todo está perfectamente. Y lo seguirá estando.

Temo que lo estemos deteniendo. No debe preocuparse por nosotros.

—¡Oh! Por mi no importa. Les puede suceder alguna otra cosa. Diga, ¿este libro de versos...?

—No, estoy segura de que ya no puede sucedernos nada. No debe usted preocuparse por nosotros. Pero... comprenda usted... Le estamos muy agradecidos por cuanto ha hecho, y... ¿Nos encontraremos en Seattle? —Marcó bien la interrogación.

—¡Oh! Comprendo.

Sus manos se aferraron al volante. Tenía las mejillas tan tostadas por el sol de Dakota que no se notaba el rubor, pero se mordió los labios. Como el «cacharro» carecía de arranque automático, tuvo que bajarse, en medio de su turbación, para hacer girar la manivela. Lo hizo sin mirarla. Ella observó que le temblaba la mano. Cuando se atrevió a dirigirle la mirada, al partir, lo hizo con una expresión triste, de arrepentimiento. El pie le temblaba sobre el pedal.

El polvo que levantaba el «Teal» lo envolvió, ocultándolo a la vista. Durante cincuenta kilómetros, Clara permaneció en silencio, salvo cuando dijo a su padre:

—Confío en que te guste el viaje. ¡Qué fácil es hacer desgraciada a la gente!... Creo que... No. Tenía que proceder así.

VIII

DESCUBRIMIENTO DE LOS CAMARONES EN LATA Y DE LAS HESPERIDES

La mañana en que se había despertado bajo el sol en aquel bosque al norte de Gopher Prairie, Milt Daggett había descubierto su felicidad. Cuando, milla a milla, trepaba por nuevas colinas, sin tener que preocuparse de llegar al garaje a tiempo para componer un coche ajeno, se iba dando cuenta con toda claridad de que durante los dos últimos años se había forzado a si mismo a contentarse con un negocio que no tenía porvenir.

Ahora reía y gritaba; conducía con un pie colocado inelegante y encantadoramente sobre el tablero del volante; hacía que *Vere de Vere* saludase a los granjeros sorprendidos; iba al cine todas las noches, y en Fargo lo hizo dos veces; y cuando la carroza de algún joven príncipe escalaba la cima de una loma, murmuraba, no del modo como puede hacerlo el conductor de un «cacharro», sino con gran respeto:

—¡Tenemos por delante todo este gran país! ¡Todo nuestro, para verlo nosotros, querida gata! Alguna vez nos estableceremos y nos convertiremos en ciudadanos de posición, con familia y.. Pero, ¡tenemos todas estas colinas para navegar sobre ellas!... ¡Adelante! ¡Larguemos las velas!

Milt iba al cine todas las noches y veía las películas desde un nuevo punto de vista. Hasta hacia apenas una semana había preferido esos melodramas en que unos personajes laboriosos de gran moralidad tenían que defenderse con el revólver o montar incómodamente a caballo para trepar por los montañas. Pero a la sazón, con una disculpa mental para aquel propagandista de la incultura, el ausente Mac, elegía las películas en que los hombres vestían de etiqueta y donde nadie hacía nada sin la asistencia de un sirviente. Aparte de las películas, los mejores instructores de Milt eran los viajantes de comercio. Aunque no malgastaba ni un centavo, y para sus comidas al aire libre compraba una modesta tajada de carne, al menos una vez al día comía en un hotel, para observar a los viajantes.

Para Clara, éstos no eran más que comerciantes con trajes toscos. Los relacionaba con la escritura de órdenes de compra sobre largas mesas desordenadas, y con los hoteles que convertían el delicado arte de comer y dormir en el cumplimiento de una desagradable necesidad. Pero Milt conocía a los viajantes. Sabía que eran no solamente misioneros de los negocios, que complementaban el acto de ordenar compras aconsejando a los tenderos cómo hacer prosperar sus comercios, cómo arreglar los escaparates y tratar a los clientes, sino que también eran, como los clérigos, los médicos, los maestros y los periodistas, agentes que extendían el reino del saber y de la justicia. Eran ellos quienes enseñaban a los muchachos a hacerse cortar bien el pelo, a lavarse detrás de las orejas y a afeitarse diariamente; quienes animaban a los aldeanos a que elevaran su espíritu sobre su pequeño mundo de escándalos y murmuraciones para captar algo de las grandes ciudades, de la política y de los deportes, del arte y de la ciencia.

Clara, y por supuesto su padre, y también Jeff Saxton, habían llegado vagamente a la conclusión de que a los viajantes, como se los veía en hoteluchos sucios, en trenes de segunda clase y en esas salas de espera que daban dolor de cabeza, les tenían que gustar esos sitios. Pero Milt sabía que los viajantes eran mártires; que durante meses, pensando sin cesar en la mujer y en los hijos que los esperaban, sufrían y soportaban incomodidades de todas clases; que eran los mejores aliados de Clara en su lucha contra la vulgaridad del país; que tenían conocimientos útiles y combatían la indolencia y las imposiciones de los que se dedicaban a regentar hoteles porque habían fracasado como granjeros, y que cuando encontraban a un dueño de hotel competente y cordial sabían elogiarlo con todo entusiasmo. Los viajantes de comercio eran colonizadores en potencia.

De ahí que Milt acudiera a los viajantes, y no a los orgullosos turistas de lujosos automóviles, para que le ayudasen a realizar el milagro de transformarse de muchacho ambicioso en «un hombre encantador», como diría Clara. No había tropezado con muchos viajantes en Shoenstrom. Los pocos que allí llegaban resolvían rápidamente sus asuntos y escapaban de la «Leipzig House» para pasar la noche en St. Cloud o Sank Centre.

En los pueblos más importantes de Minnesota o Dakota, después de la función de cine y antes de irse a dormir a su tienda, Milt se introducía en el hotel entre el grupo de viajantes que charlaban sentados en grandes sillones de cuero, y aventuraba este comentario:

—Hoy he visto un «Gómez-Dep» con matrícula de Nueva York en el camino.

—¡Oh! ¿Viaja usted en auto?

—Sí. Voy a Seattle.

Esto lo distinguía de los gandules ordinarios que hacían corrillo, y era admitido como miembro de la asamblea de hombres que viajaban, veían «cosas» y cambiaban ideas sobre la sociedad humana. Oía buenas charlas. Se hablaba mucho de hoteles, se pronunciaban demasiadas frasecitas triviales sobre la necesidad de ahorcar a los «agitadores» para resolver los problemas económicos, pero además obtenía una valiosa acumulación de impresiones sobre Vancouver y San Diego, Florida y Kansas.

—En Duluth tienen una granja experimental maravillosa —decía uno, y otro tomaba la palabra:

—A propósito, estuve en Chicago la semana pasada y vi una comedia...

Durante sus dos años de colegio en St. Cloud, y durante su niñez, bajo la cordial aunque abstraída mirada del viejo médico, Milt había aprendido que no era correcto usar el cuchillo para llevarse el puré a la boca, como era costumbre en el «Old home» de Mac, allá en Shoenstrom. Pero el arte de comer con elegancia las ostras, la ensalada y los guisantes le era casi desconocido. Ahora estudiaba el manejo de los tenedores, como antes había estudiado el funcionamiento de los carburadores, y ponía una devoción espiritual en el refinado acto de comer una menestra con camarones en conserva.

Se fijaba con igual seriedad en los calcetines y en las camisas de los viajantes. Los primeros habían sido para él, no un artículo de fe, sino un detalle de economía. Su actitud hacia ellos había carecido de reverencia y de técnica. No había advertido que los calcetines podían ser un símbolo de cultura. Había sido capaz de pensar con respeto en las corbatas y en los cuellos blancos de piqué prendidos con un alfiler de oro, y había otorgado una celosa atención al abrigo con cinturón que había llevado el hijo del banquero de St. Klopstock al regresar de St. Paul. Pero acababa de graduarse en cálculo diferencial de calcetines.

En su campamento nocturno, con un suspiro ante la soñolienta *Vere de Vere*, Milt extrajo de la canasta de mimbre, con gran desprecio, su mejor par de calcetines de algodón, amarillos con rayas blancas, y pronunció el anatema:

«¡Afuera vosotros, indignos harapos! ¡Ya os conozco! Sois una birria: dos pares por unos centavos... Pero os declaro al nivel de Adolph Zolzac y de un agente de accesorios de coches baratos, ¡vosotros, generación de gusanos, toscos, deformados y llenos de arrugas, harapos indignos!»

Al día siguiente, en medio del campo, un feliz vagabundo encontró, como maná del cielo, cuatro pares de buenos calcetines.

Milt compró cinco pares de calcetines de hilo y seda, de alto precio; todos los que el

tendero de Jeppe tenía en sus cajas. Lo que perdían en propiedad para el viaje y para ser lavados en arroyos, lo ganaban en calidad de símbolos. Milt se sintió menos alejado de la vida de lujo. Se dijo que ya podría alojarse en Seattle en un buen hotel sin temer tanto a la gente.

Agregó unas camisas atractivas, algunas corbatas, ni demasiado fúnebres por lo negras ni demasiado escandalosas por lo rojas, y un cepillo de uñas que desprendía fácilmente la grasa del motor que se introducía en las grietas de sus manos. También añadió un libro.

El libro era una Retórica. Milt sabía perfectamente que existía una impertinente ciencia llamada Gramática, pero ésta nunca le había molestado. Sabía que muchas personas prefieren decir *haya* en lugar de *haiga*, y se ponen nerviosas cuando oyen decir *artefato eléctrico*. Un maestro de St. Cloud había insistido mucho en aquellas minucias. Pero Milt descubrió que la Gramática era sólo el principio de muchas angustias. Conoció la existencia de esas hipotecas mentales de las figuras de dicción y el uso de los sinónimos. Siempre había sabido, pero sin darle importancia, que el empleo invariable de exclamaciones, como «¡diablo!», «¡de rechupete!», «¡bestial!», dejaban sin expresar ciertas sutilezas. A la sazón hallaba muchas sutilezas que debía expresar.

Tan alegre como su aventura de viaje le resultó la experimentación en alta voz de sus nuevas observaciones. Prestaba a ellas mucha mayor atención que Clara Boltwood. Declamando con gusto ante *Vere de Vere*, que el interlocutor perfecto, pues nunca decía más que ¡Miau!», y no le importaba que la interrumpieran, Milt ponía a gritar:

Las praderas son como el mar. A gran distancia, parecen plateadas. No, son de plata mate. Y allá lejos, sobre la línea del horizonte, surgen las islas de... de... ¿Cómo se llamaban aquellas islas en el libro de Mitología que tenía en el colegio? ¿De los benditos? ¡Eres una gata muy ignorante, Vere! ¿De las *Hespéridis*? ¡No! Hespérides! ¡Sí, eso mismo! Ahora, me encuentro con empleado del hotel: «¿Podría hacerme el favor de restarme el horario de trenes? ¡Muy agradecido!»

Así como Clara sintió que se liberaba al tener conciencia del sol y de la tierra, la odisea de Milt adquiría mas valor en sus intentos de analizar y criticar la vida, comprendió que la casa de Mac no era una hostería muy satisfactoria; que aquella costumbre de Mac de decir a los clientes que protestaban: «Si no le gusta, márchese», no era muy cortés. Observando las ciudades a lo largo de la ruta, vio que las casas no eran simplemente grandes y cómodas, o chicas y mal cuidadas, sino que había otro detalle interesante, llamado, según recordaba haber oído decir a sus maestros, «buen gusto». No parecía el mismo Milt preocupado del garaje, sino bizarro mozo de aire alegre, el que llevó aquella tarde una maestra desde la escuelita rural hasta su casa en pueblo vecino, entre las rosas

silvestres y las espinas. Era una maestra pulcra, ligera y bien ataviada, de diecinueve o veinte años.

—¡Oh! ¿Va usted hasta Seattle? ¡Dios mío, qué viaje! ¿No se cansa? —le preguntó maravillada.

—No, de ninguna manera. Voy viendo el mundo. Antes creía que todos los paisajes dignos de verse estaban los alrededores de mi pueblo.

—¡Qué bien hace en instruirse viajando! La mayoría de los muchachos que conozco creen que no hay más mundo que Jimtown y Fargo. Lo miraba resplandeciente. Milt se decía a si mismo: «¿Seré un tonto? Probablemente me sería fácil lograr que esta muchacha se enamorara de mí. Es mucho mejor que yo... ¡Va tan bien arreglada y es tan simpática! Seríamos felices. Es como un fuego sereno y reanimador, y en cambio voy como un tonto detrás de una estrella fría y solitaria que se llama Miss Boltwood, y probablemente caerá en todos los charcos del camino. Pero... me gustaría dormir junto a un fuego reanimador.»

—¡En qué está pensando? Frunce el ceño de una manera... —se aventuró a decir la joven.

—Oh! No me daba cuenta. Perdóneme —rió Milt.

Llevando con una mano el volante, tomó con la otra una de las de ella, fresca y virginal, sintiendo a su contacto una repentina excitación. Quería apretarla con más fuerza. El narrador de este peregrinaje de amor lamenta tener que decir aquí que el peregrino, por lo menos durante un par de segundos, perdió el hilo divino de la diosa Clara e hizo el rápido cálculo de que podía ir de Shoenstrom al pueblo de la maestra en dos días y una noche, y que, por lo tanto, el amor y aquella dulce mano que descansaba en la suya no eran imposibles de conseguir. Milt no supo qué le hizo retirar su mano y decir, tan débilmente que apenas se oyeron sus palabras entre el ruido del motor:

—¿No es ésta una tarde serena y alegre? El cielo está rosado, y ese tono lila, tan curioso, me hace pensar en... en la muchacha que quiero.

—¿Tiene novia? —preguntó ella con ansiedad.

—No exactamente, pero... Diga, ¿estudió Retórica en la Escuela Normal? Yo tengo un libro de Retórica que tiene fragmentos poéticos, ¿sabe?, y citas y todo, de grandes escritores, Stevenson y todos los demás. Siempre me he preocupado de lo práctico, de obtener ganancias de mi garaje, no pensando cómo decía las cosas mientras pudiera exclamar «¡no!» lo más rápidamente posible... Excepto, quizá, cuando hablaba con el profesor de allí. Pero es magnifico lograr que las palabras suenen musicalmente. ¿No es maravilloso el sonido de algunas palabras, como *Shenandoah*?... ¿No le hace pensar en un

gran palacio blanco y muchos pájaros?... Me pregunto, ¿sabe?, si un individuo puede llegar a ser un gran ingeniero, a construir puentes y algo por el estilo, y a hablar al mismo tiempo de... cosas bellas. ¿Qué opina usted?

—¡Oh! Estoy segura de que usted podría hacerlo.

La admiración de la joven y la proximidad de su fragante y esbelto cuerpo eran muy agradables en la oscuridad creciente, pero él no volvió a cogerle la mano, ni siquiera cuando ella murmuró:

—Buenas noches, y gracias. ¡Oh, muchas gracias!

Si Milt hubiera marchado a la velocidad que empleaba habitualmente en sus rápidas correrías por los alrededores de Shoenstrom, habría cruzado ya Dakota y entrado en Montana. Pero estaba manteniendo deliberadamente una velocidad reducida. En una ocasión en que la carretera ofrecía un largo trecho recto, sintió la tentación y dejó correr el coche, pero luego hizo un alto y, sentándose en la cima de una loma, con las manos abrazadas a las rodillas, colmó su espíritu con visiones de ambarinas lejanías.

Trataba así de regular la marcha para acomodarla al tiempo empleado por Clara, con objeto de mantenerse a una distancia de ella suficiente como para no ser visto y, al mismo tiempo, bastante aproximada para ayudarla en caso de necesidad. Porque la mayor ilusión de su vida, aparte de dominar la expresión poética y el uso de los tenedores, era conocer a Clara.

Cuando miss Boltwood adivinó su propósito y le dijo que «no debía preocuparse de ella»; cuando él comprendió que Clara no quería portarse como una compañera de viaje ni estaba interesada en que él se retrasase para escoltarla, experimentó un loco deseo de huir, de no volver a verla jamás.

Durante sesenta kilómetros tuvo encendidas las mejillas. Milt, el conductor más considerado con los demás, cerró el paso a una mujer que iba en su cochecito y pasó a un automóvil de reparto en la curva de una pendiente con tal violencia que el conductor, aterrado, saltó del asiento y cayó a una cuneta. En realidad, no los había visto. Las maniobras habían sido ejecutadas maquinalmente. Iba murmurando:

«¡Ha pensado que trataba de entretenerme! Lo tengo merecido. Me he comportado como un colegial enamorado de su maestra. ¡Y yo que creía ser tan vivo y prudente!... Maldije a Mac, anatematicé a Mac... ¡No, al diablo con las palabras finas! Maldije a Mac por ser el borrachín del pueblo. Pero borracho y todo es dos veces más sensato que yo. Vi a una muchacha con un traje bonito... y me largué tras ella. ¡A Seattle! ¡Dos mil millas! Por supuesto, me mandó a paseo. Y con toda razón. ¡Tonto! ¡Idiota! ¡Imbécil!

Tomó a *Vere de Vere* y la restregó contra su mejilla, lamentándose así:

—Morronga, tienes que ser muy cariñosa conmigo. Creí que era capaz de grandes hazañas, pero el despertador sonó con todas sus fuerzas. Me vuelvo a Shoenstrom. Para siempre, supongo. Creí que tenía la piel de un rinoceronte. Pero... ¡Oh! No es que me sienta avergonzado por haber sido un tonto, sino que... No la volveré a ver más, ni una vez siquiera, como la contemplé por la ventana de aquel hotel, con un vestido de seda azul que tenía una línea de botones, y la garganta... Nunca comeré con ella en la carretera...

Reaccionando con rabia, preguntó a *Vere de Vere*:

—¿Qué diablos me importa? Si es tan presumida como para despreciar a un mecánico que se ha dedicado a ayudarla con su mejor voluntad y desinteresadamente, que se vaya y que caiga en algún garaje donde la exploten, y que se quede por ahí sin poder continuar el viaje. ¿Qué me importa? Hice una hermosa excursión: eso era todo lo que yo quería. En realidad, nunca me propuse en serio llegar a Seattle. Iré hasta Bute, y luego daré la vuelta y me iré a casa. Se acabaron esas tonterías de urbanidad y de lenguaje, y, desde luego, se acabó eso de andar tras ella. ¡No, señor! ¡Nunca más! —y fué un poco inconsciente lo que agregó—: Hay un sitio magnífico para esconderme y dejarla que pase; pero, ¡no me va a sorprender siguiéndola otra vez!

Mientras alimentaba su digno rencor, se dirigió al patio de una granja abandonada y buscó un escondrijo para el coche detrás de las plantas de algodón y la maleza.

Las ventanas de la casa desierta parecían mirarlo fijamente; una puerta, medio deshecha, golpeaba a cada ráfaga de aire. Los líquenes parecían observarlo de reojo desde las grietas del porche. El pasto crecía por todas partes, y la cizaña había invadido el jardín. La puerta del granero estaba abierta. Las semillas de trigo habían germinado entre los rayos de una rueda mohosa. Una rata se deslizó por el borde de un pesebre semidestruido. A medida que avanzaba el crepúsculo aparecían sombras grises que pasaban tras las ventanas altas de la casa, y de alguna parte, bajo el techado, surgía un gemido. Milt estaba convencido de que se debía al viento que silbaba por algún agujero de la madera. Se dijo a sí mismo que estaba absolutamente seguro de ello. Y cada vez que lo oía, daba palmaditas cariñosas a *Vere de Vere*, como si quisiera apaciguarla. Pero, una vez, cuando el gemido terminó con un golpe más fuerte de la puerta, no pudo contener una exclamación.

El muchacho, acostumbrado a los tangibles cilindros y magnetos, nunca había visto una casa embrujada. Estaba habituado a los caminos llenos de sol, a las labores del campo durante las cosechas y a las máquinas de las fábricas: pero nunca se había agazapado a mirar los huidizos espíritus y las frustradas aspiraciones, los fantasmas etéreos del primer recién casado que había ido, anhelante, a aquel lugar, y del hombre

arruinado que, por la pérdida del trigo y las hipotecas, lo había abandonado. Quería volver al «cacharro» y marcharse de allí. Sin embargo, el asedio de susurrantes recuerdos iluminaba su infelicidad. En la suavidad del patio ensombrecido por los árboles, en medio de las planicies secas y reverberantes, le parecía inadecuado seguir gruñendo. Era un joven poeta, un poeta inarticulado y sin rimas, el que se acurrucaba tras la muralla de arbustos y pensaba en la muchacha que ya no volvería a ver.

Tenía hambre, pero no comió. Sentía calambres, pero se movió. Recogió los libros que ella le había regalado. La belleza vaporosa de *Youth's Encounter* lo fué reanimando; saboreó la visión de risas y de danzas bajo la radiante luz del gas en la niebla de Londres, y de la juventud que se escapaba de sus hogares para buscar diversiones; experimentó, a pesar de la frágil belleza y el descolorido carmesí de las imágenes, una exaltación que jamás había conocido en Shoenstrom. Pero cada página le recordaba a Clara, y apartó el libro de sí.

En *Congo*, de Vachel Lindsay, en un poema titulado *The Santa Fe Trial*, halló reproducido su propio peregrinaje desde otro punto de vista. Allí el poeta se encontraba perturbado por el incesante ronquido de las bocinas de los autos que pasaban. A Milt, en cambio, le gustaba el ruido de las bocinas, y no disfrutó del lirismo que emanaba del paisaje, sino de su propio vuelo iluminado por el sol:

Como una flecha avanza el coche desvergonzado.

Arde en el Oriente como arde el orto del Sol.

Vence grandes llamaradas donde se curva el camino.

Atraviesa la delicada niebla de la madrugada;

como un relámpago llega y pasa con bronco rugido.

Saludará a todos los molinos de viento, insultante y cascabelero,

a través de las distancias que el perro de las praderas ladra,

amedrentando a su paso al ganado de las mil colinas.

¡Basta de bocinas desgarradoras, de trompetas que asustan, de cuernos osados!

¡Basta de cuernos alegres, de cuernos que ladran, de cuernos que aúllan!

Milt no reflexionó que si el poeta hubiera visto pasar a su «cacharro» no habría hablado de trompetas que asustan, ni de cuernos audaces ni de ninguna otra clase, excepto de su bocina de juguete. Milt se vio a sí mismo como un corredor que cruzaba a toda velocidad el Continente, mientras el envidioso poeta quedaba atrás, como un punto en la colina, celebrando su paso.

«¡Dios mío! —pensó—. ¡No sabía que hubiera libros o éste! Creí que toda la poesía era como la de Longfellow y Byron, son unos tipos viejos. Europa... Pero en cambio, estos libros... ¡me reflejan a mí! ¡Y ella me los dio! ¡He de verla otra vez! Pero sin que ella lo advierta. ¡Sé sensato, muchacho! ¿Qué pretendes? ¡Oh, nada! Simplemente seguir, y captar una última visión de ella para llevarla conmigo al sitio que me corresponde.»

Media hora después que Clara hubo pasado inocentemente ante el lugar donde estaba emboscado, Milt empezó a seguirla. Pero obró con mucha prudencia; cuando la alcanzaba a ver en el horizonte, se detenía hasta que el «Gómez» desaparecía. Se compró unos prismáticos de larga vista, ridículamente caros, para no fallar en el caso de que necesitara su ayuda. Con ellos la observaba cuando se detenía. Una vez en que se le pincharon sucesivamente uno de los neumáticos posteriores y el de repuesto, Milt la vio de lejos pegar un parche e inflar el neumático en medio del polvo de la carretera. Sentía oprimido el corazón por no acudir en su ayuda, aunque inflar neumáticos no era su entretenimiento favorito.

Para no encontrarla en las calles, acampaba siempre un poco antes del pueblo en que ella pasaba la noche. Llegada la oscuridad, cuando era seguro que Clara daría por terminada su jornada en el primer poblado del camino, escondía el «cacharro» entre los árboles y, como un espía, recorría los garajes para ver si estaba el «Gómez». Entraba, miraba y preguntaba al encargado: «¿Ha visto a un viajero llamado Smith?» Generalmente el hombre respondía: «No, no he visto a ningún Smith. ¿Alguna otra cosa?» Pero una vez tuvo la desgracia de encontrar al tan buscado Smith.

Mr. Smith, sorprendido, insistió en sus preguntas. Milt tenía que salir del paso con una rápida mentira. En aquellos momentos sintió que el suelo era demasiado duro para sus pies nerviosos, y hasta creyó oír al encargado del garaje que decía desde el locutorio telefónico:

—No creo que conozca a ningún Smith. Tengo la sospecha de que se trata de ese ladrón de automóviles que anduvo por aquí el verano pasado.

Cuando Clara no se detenía en el primer pueblo que encontraba al anochecer, sino que continuaba su marcha en medio de la oscuridad, Milt tenía que emprender una peligrosa carrera para no perderla. Los faros de un «Teal» son un adorno excelente, pero no sirven de mucho provecho en materia de iluminación. Dependen de una magneto que, a su vez,

depende sólo de la fe.

En una de estas ocasiones, Milt advirtió de pronto que el coche parado que acababa de pasar era el «Gómez». Hasta creyó oír un grito; pero, presa del pánico, siguió adelante.

Luego se puso a gruñir:

«Ahora si que probablemente no la veré más. A no ser que ella piense que soy tan cobarde que me oculto de intento. ¡Desde luego, soy un enamorado con suerte! Ganaré la Copa Vanderbilt como Príncipe Encantado. Voy a volver atrás con tanta velocidad que, en cuanto pase la primera colina, no me detendré hasta llegar al Atlántico.»

IX

EL HOMBRE DE LOS OJOS DE AGATA

Al cruzar con su coche el río Missouri en el *ferry-boat* que va de Bismarck a Mandan, Clara salió del Oeste Medio para entrar en el Lejano Oeste. Inició su viaje en una elevada planicie de praderas vírgenes, tan desprovistas de árboles y de casas y tan cubierta de ásperos pastos que pudo vislumbrar, con un leve esfuerzo de imaginación, una manada de búfalos. En una hondonada había acampado una galera, y los vagabundos que iban en busca de la Tierra Prometida estaban cocinando junto a ella. Desde una colcha echada sobre el heno del carro, una criatura asomaba la cabecita, y Clara sintió que el corazón le daba un brinco.

Más allá se divisaba el primer monte aislado, con sus abruptas laderas de un amarillo reverberante. Clara imaginó en su cima al último centinela de los indios *sioux*, inmóvil y erguido sobre su caballo, con un cerco de plumas caídas hacia la espalda.

Le parecía que respiraba más hondo y que veía más lejos. Después de un corto trecho pasó de nuevo entre campos de trigo y populosas poblaciones.

Su impresión de la nueva tierra no se limitaba a la inmensidad bañada de sol. A veces, en un día nublado, la sabana de los trigales era tan oscura y misteriosa como los páramos ingleses bajo la niebla. A lo lejos, las casas parecían de juguete, por efecto del poderoso encantamiento. Sentía una melancolía llena de sugerencias de una oscura y antigua belleza.

Aun cuando salió el sol y la tierra ostentaba un descarado optimismo, Clara vio algo más que la simple prosperidad. En una casa nueva, con granero y molino, cuadrados y prosaicos, situada en un campo de trigo que llegaba hasta la misma puerta, sin árboles ni protección de ninguna especie, Clara vio reflejada la pulcritud y la franqueza, como si los habitantes miraran de frente, sin miedo, a la vida. Comprendió que los fuertes vientos debían de barrer de aquel puesto avanzado de la civilización todo el mohó y la cobardía, todo el polvo momificado de los antiguos temores.

No, aquellos granjeros no eran rústicos. No se parecían tampoco, según fué advirtiéndolo, a los labriegos de los chistes. La manera de presentarlos en Broadway falseaba totalmente la verdad. Porque ella había pasado una hora conversando con un granjero de Dakota, de ojos vivos y de hablar seguro y calmoso. El le había explicado los efectos de los abonos químicos sobre la alfalfa; le había hablado de su hija, que era profesora de Economía en la Universidad del Estado, y había preguntado a Mr. Boltwood cómo se instalaban las turbinas en los trasatlánticos.

En una palabra, Clara se enteró de que puede haber un sistema tolerable de existencia sin gardenias ni novedades de París.

De una forma abrupta, la vasta y suavemente ondulada campiña de trigo se transformó en las torturadas maravillas de las Tierras Malas, y la carretera se retorció entre los sombríos recodos que formaban las altas fortalezas y las tumbas, llenas de terrazas, de los caciques indios. Mientras Clara trataba de hallar su camino entre un rebaño de ganado arisco, criado a la ventura, se olvidó de maniobrar y quedó suspensa al ver un bloque de roca escarlata, terminado en punta, que marcaba el sitio donde un yacimiento de lignito había ardido durante varios meses.

A menudo, Clara había llevado en su coche a peones que servían de auxiliares durante las cosechas, y aun a vagabundos que iban a pie por la carretera; y había gozado al ver sus bolsas de utensilios atadas a la espalda y al oírlos hablar sobre la gente y las cosechas de la región, mientras iban encaramados al estribo. En el largo trecho de lomas y montes solitarios que hay entre las Tierras Malas de Dakota y Miles City, se detuvo para gritar a un hombre cuyos hombros encorvados reflejaban claramente la fatiga:

—¿Quiere que lo lleve?

Generalmente, los invitados subían al estribo del lado derecho, junto a Mr. Boltwood. Pero aquel hombre, aunque estaba a la derecha de la carretera, pasó por delante del coche, mientras Clara esperaba, y trepó al estribo del lado izquierdo, junto a ella. Antes de que el coche arrancara, Clara se arrepintió de haberlo invitado. La miró de arriba abajo, con una expresión de desprecio en los ojos brillantes y duros como ágatas. Tenía la nariz un poco torcida, la boca insolentemente levantada en una de las comisuras, y el

mentón grande, cuadrado y poblado de barba.

En general, los pasajeros esperaban a que ella iniciara la conversación, y se dirigían con preferencia a Mr. Boltwood. Pero aquel hombre, en cuanto arrancó el coche, le espetó a Clara:

—¿Va lejos?

—Sí. La distancia es larga.

—¿Es muy caro este coche?

—¿Cómo?...

—¿No tiene miedo de que le asalten?

—No he pensado en eso.

—¿Lleva un cachorrillo?

—No comprendo lo que dice.

—¡Un cachorrillo! ¡Una pistola! ¡Que si no lleva pistola!

—Esto... No, no tengo. —Clara se sintió molesta. Notaba que los ojos del hombre se fijaban en su garganta de una manera soez. Trató de desviar la conversación hacia el tema de las cosechas. La carretera se iba curvando en forma de herradura alrededor de un valle de unos diez o doce metros de profundidad y cortado casi a pico sobre el borde del camino. Añadió: —Es muy hermoso el trigo de allá abajo, ¿no es cierto?

—¡No! No tiene nada de hermoso. —La mirada del hombre parecía agregar: «Y usted lo sabe perfectamente, a menos que sea una tonta.»

—Bueno... A mí me parecía...

—¿Llegaremos a Glendive esta noche?

—Espero que sí.

—Diga, señorita, ¿me quiere prestar un par de dólares? Estuve trabajando para un tal Fiunski, aquí cerca, y me engañó. No me quiere pagar hasta fin de mes.

—Esto... Yo...

El se rió.

—Vamos, vamos, no sea tacaña. Tiene un coche magnifico... Soy un pobre hombre que no tiene qué comer, ni dónde pasar la noche... Ablándese un poco, y déme un par de *pavos*.

Mr. Boltwood intervino. Parecía tan molesto como Clara.

—Veremos. Va contra mis principios el dar dinero a un hombre sano y fuerte como usted, aunque sea un placer poder llevarlo...

—¡Claro! Como no le cuesta un centavo...

—...Y si puedo conseguirle trabajo, aunque me será difícil, porque aquí soy un extraño... De todos modos, es raro que se encuentre usted en la indigencia, cuando veo que casi todos los granjeros tienen coche...

La actitud de súplica del hombre se transformó inmediatamente en jactancia.

—¿En la indigencia? ¿Quién diablos dice que estoy en la indigencia, eh? —refunfuñó dirigiéndose a Mr. Boltwood e inclinándose sobre Clara.

Esta se echó hacia atrás todo lo que pudo. El hombre pareció divertido por su movimiento de repugnancia. Hizo un guiño y prosiguió gruñendo:

—¡Tengo dinero más que suficiente! Sólo porque ando a pie me quieren insultar. ¡No necesito el dinero de nadie! —Se veía que trataba de montar en cólera a propósito—. ¿A quién le dice que está en la miseria? Todo lo que he pedido es un anticipo hasta el día de pago. Estoy esperando un cheque. Ustedes, los encopetados individuos del Este, con guantes y todo, van a ver a quién se atreven a insultar. ¡Les apuesto a que yo gano más dinero que muchos de sus presuntuosos amigos!

Clara pensó detener el coche y decirle que bajara. Pero... aquella mirada chispeante y violenta la atemorizaba. Antes de apearse proferiría insultos, palabras espantosas y viles, que la dejarían herida para siempre. Su padre le dijo por lo bajo:

—¡Hagámosle bajar!

Pero ella le mintió con aparente tranquilidad:

—No. Su impertinencia me divierte.

Continuó la marcha y rogó interiormente que el hombre se apeara por propia voluntad en el próximo pueblo.

El acosamiento proseguía, pero esta vez tuvo un final manso, humilde:

—¡Ya les digo! ¡Puedo ganar dinero en cualquier parte! Soy un mecánico de primera... Déme un par de monedas para comer, por lo menos.

Mr. Boltwood buscó en sus bolsillos. Pero no tenía dinero suelto. Sacó un montón de billetes. Sin mirar al hombre, Clara notó que le brillaban los ojos y abría la boca ante la vista del fajo. Mr. Boltwood le alargó un billete de un dólar.

—Tome esto y cambiemos de tema —dijo como prueba.

—Muy bien, señor. Diga, ¿no tiene una moneda en lugar de este papel de envolver? Me gusta tocar el dinero en el bolsillo.

—¡No, señor! No tengo.

—Está bien, caballero. No quise molestarlo.

Desde aquel momento dejó de preocuparle la existencia de Mr. Boltwood. Sus miradas se concentraron en el rostro de Clara. Para mantenerse firme en el estribo había puesto la mano izquierda en el costado del coche y la derecha sobre el respaldo del asiento. Dejó deslizar esta última por detrás de ella. Clara sentía el calor de la mano en su espalda.

—¡Tenga la bondad de no tocarme!

—¡Oh! ¿La he llegado a tocar, chiquita? ¡Qué vergüenza! —contestó arrastrando las palabras y haciendo una mueca.

Un instante después, en una curva más pronunciada de la carretera —alta y sin protección del lado de la hondonada—, el hombre aparentó perder pie en el estribo y apoyó deliberadamente la mano mugrienta sobre el hombro de Clara. Antes de que ella pudiera protestar, gruñó irónicamente:

—¡Dios del cielo! Perdón, señorita. Por poco me caigo.

Con toda dignidad y compostura, Clara respondió:

—No, eso no fué accidental. Si me vuelve usted a tocar, detendré el coche y le pediré que siga caminando.

—¡Es mejor que lo hagas ahora mismo, querida! —intervino Mr. Boltwood.

El hombre pasó su brazo izquierdo por el marco lateral del guardabrisa, que estaba levantado, agarrándose a él. Era un brazo fuerte y musculoso. Se agarró la muñeca izquierda con la mano libre. Aunque todo el tiempo sus ojos mostraban una grotesca expresión de hilaridad, gritó con voz bronca:

—¡No se detendrá!—. Dejó deslizar la mano derecha hasta el volante—. Puedo conducir tan bien como usted. ¡Al primer movimiento que haga para parar, doy vuelta al coche y lo mando al barranco! —Y acompañó la amenaza torciendo el volante hasta que el coche llegó al borde mismo de la peligrosa carretera.

Clara miró, palpitante. Si se despeñaba, el coche caería dando tumbos a más de diez metros de profundidad.

—Usted no se atre... treverá, porque se ma... mataría tam... también —tartamudeó.

—Bueno, palomita, haga la prueba. ¡En cuanto trate de jugarme una mala pasada verá si yo también me mato! La mando al barranco y pego un salto, ¿sabe? ¡Quite ese pie del

pedal!

Clara obedeció.

—¡Hermoso piececito!, ¿eh? ¡Muy lindo! Y los zapatitos habrán costado unos doce *pavos*, ¿verdad? Mientras que un pobre trabajador como yo tiene que andar con zapatones de tres dólares... ¡Siéntese, imbécil!

Las últimas palabras iban dirigidas a Mr. Boltwood, quien levantándose en una inclinación del coche, le había lanzado un golpe a la cara. Con su poderoso brazo, el hombre empujó a Mr. Boltwood, sentándolo de nuevo; pero, sin decir ni una palabra al padre, siguió dirigiéndose a Clara:

—Y deje las manos quietas. No trate de alcanzar esa palanca. ¡Sea prudente, jovencita! ¿Qué haría usted si se parase el coche? Yo podría asestarles un buen cachiporrazo a cada uno antes de que el coche se detuviera del todo, ¿sabe? No quiero gastar mi moneda en un abogado, si me acusan de tentativa de asesinato. ¿Me comprende? Así que tómelo con calma y nada de aspavientos. —Tenía la mano constantemente en el volante. Era evidente que sabía conducir. Guíaba el coche tanto como ella—. Cuando hayamos andado un poco más, vamos a meternos en un caminito que yo sé, por donde entran las parejas, y voy a revisarle esa cartera que tiene su papá, ¿no? Y me está pareciendo también que le voy a dar un besito a la hija, ¿eh? Después seguiré el viaje en el auto, les haré un saludo amistoso con la mano, y los dejaré allí para que vayan a pie hasta el pueblo.

—¡No se atreverá a hacerlo! ¡No se atreverá! —dijo Clara.

—¿No? ¡Hum! No haga reír al conductor.

—¡Conseguiré ayuda!

—Sí. Desde luego. Vea, allí viene un coche. Está a un par de kilómetros. Bueno, cara de muñeca, en cuanto diga una palabra o haga un ademán, ¡al barranco! Allí se estrellarán los dos. Quedarán aplastados contra esas piedras. ¿Entiende? Y yo..., bueno, voy a lamentar el terrible accidente, porque le aseguro que saltaré a tiempo... Y exploraré el bolsillo de papá mientras esté ayudando a levantar los cuerpos.

Hasta aquel momento, Clara no le había creído. Pero no se atrevió a mirar el coche que se aproximaba. Era su interesante invitado quien guiaba el «Gómez», y corría demasiado cerca del borde de la carretera... Clara miró hacia abajo.

El hombre continuó, radiante:

—Yo lo terminaré todo aquí mismo, en lugar de perder el tiempo llevándola a contemplar el panorama desde ese caminito de los enamorados, pero aquí todo el mundo nos puede ver; los campesinos del valle y cualquiera que acierte a pasar por la carretera.

Es una vergüenza que haya esta gran curva... Se ve desde lejos. En realidad, usted me está dando mucho trabajo. Pero me daría también un beso, ¿verdad, preciosa?

Se inclinó sobre ella, riendo entre dientes. Clara sintió el mentón barbudo que le rozaba la mejilla. Se irguió y lo rechazó de un golpe. El hombre levantó la mano del volante. Por un segundo, el coche corrió sin dirección. El empujó a Clara con el codo y la lanzó violentamente contra el asiento.

—No trate de hacerme una trastada si no quiere saber lo que es bueno —dijo con toda calma, y siguió manejando el volante.

A Clara le parecía encontrarse en medio de la niebla; sólo tenía conciencia de que su padre le acariciaba la mano. De pronto oyó un agudo *pit-pit-pit-pit* detrás de ella. ¿Un coche que pedía paso? Tendría que dejarlo pasar... ¿Cómo encontrar algo que pudiera hacer...?

Pocos instantes después oyeron una voz a su lado:

—¡Hola, amigos! ¿Van de excursión? ¿Quién es el amiguito que llevan en el estribo?

Era Milt Daggett. Milt, al que suponía cincuenta kilómetros más adelante. Su «cacharro» les había alcanzado y estaba corriendo junto a ellos por la ancha carretera.

X

EL CURIOSO INCIDENTE DE LA CARRETERA PELIGROSA

Milt se dirigió riendo tan inesperadamente, con tanta naturalidad, al maleante del estribo, que Clara dudó si él se daba cuenta de lo que estaba haciendo:

—¿Tiene prisa por llegar a algún sitio, hermano?

El indeseable huésped pareció perplejo. Por primera vez, sus ojos de porcelana dejaron de chispear. Respondió sin firmeza:

—No, sólo me llevan un trecho —y dio mayor velocidad al coche con el acelerador del volante. Milt aceleró también.

Clara se levantó; quería gritar. La aterrizzaba la idea de que Milt les dejara. La última vez que lo había visto ella le sugirió que le haría un favor no molestándola.

El hombre le ordenó con un gruñido que salía a través de la comisura levantada:

—¡Siéntese, o la despeño!

Milt, inocentemente, parloteaba:

—Es preferible que venga conmigo, compañero. Hay más lugar en este hermoso *cupé*.

Entonces el individuo respiró, y sus ojos chispearon de nuevo al responder a Milt, aunque sin mirarlo:

—Gracias, compinche. Prefiero seguir con mis amigos.

—¡Oh! No. No puedo renunciar al placer de su compañía. Usted me es muy simpático. Me parece una islita florecida perfilándose en la línea plateada del firmamento. —Clara arrugó el entrecejo; no conocía la retórica de Milt—. Usted me parece una isla de las Hespérides. Acento en la e. ¡Oh, rayo de luna, venga conmigo! No he decidido todavía — y el tono de Milt se volvió más suave— si matarlo o hacerle detener solamente. ¡Miss

Boltwood! ¡Pare el motor!

—¡Si lo hace —gritó el maleante—, la despeñaré por el barranco!

—No, no lo hará, amorcito. ¿Sabe por qué? ¿Será por lo que yo le voy a hacer después?

—Usted no hará nada, muñeco, porque le voy a arrancar los ojos.

—¿Qué dice, amor de mi alma? ¿Cree que hablaría de esta forma a un mocetón como usted si no tuviera un revólver a mano?

—Si. Ya lo sospechaba, querido. Pero antes de que pueda usarlo lo voy a aplastar allí. Puede que yo me mate, pero de usted no va a quedar más que una mancha de grasa.

Empezó a desviar el «Gómez» hacia el «cacharro», forzándole a acercarse cada vez más al terraplén que formaba una verdadera pared al borde de la carretera.

Clara se sintió enferma de miedo, y luego de desprecio, cuando, de pronto, Milt gritó:

—¡Me la ganado! —y se quedó atrás.

El «Gómez» siguió corriendo solo.

A Clara no le quedaba otra alternativa que saltar. Y eso representaba la muerte.

El facineroso la atormentaba:

—¡A su amigo le salió el tiro por la culata! Muchas pretensiones, y nada más.

El agudo *pit-pit-pit* se dejó oír de nuevo. Clara miró hacia atrás. El «cacharro» avanzaba a tanta velocidad que, en un salto, las cuatro ruedas giraron en el aire. Milt se había parado en el lado izquierdo, sosteniendo el volante con la mano izquierda. Clara vio extenderse su otra mano —recia, formidable, de nudillos cuadrados— hacia el individuo, y agarrándolo luego por el cuello.

El facineroso tuvo que soltar el volante. Fué arrancado del estribo. Y cayó revolcándose por el suelo.

Clara tomó el volante. Iba a noventa por hora. Pasó un par de kilómetros antes de dominar su miedo y poder frenar. Entonces vio que Milt hacía dar vuelta a su cochecito como si fuera un trompo; las ruedas delanteras parecieron patalear en el aire. Salió disparado en persecución del hombre, que corría tambaleándose por la carretera. A aquella distancia ya no tenía el aspecto formidable de antes; por el contrario, parecía una figura grotesca, al correr agachado y saltando como un conejo.

Cuando el «cacharro» lo alcanzó, el facineroso levantó las manos y saltó por el empinado terraplén.

Milt giró de nuevo y volvió despacio hacia el «Gómez», después de ponerse junto a él y

cerrar el contacto, se quitó la gorra en actitud de disculpa.

—Siento haber tenido que ahuyentarlo así. Temía que la despeñase de veras. No supo actuar. Y tenía razón; pudo haberme aplastado. Creí que conseguiría hacerlo venir a mi coche y entregarlo al *sheriff* en el próximo pueblo.

—Pero usted tenía un revólver, muchacho, ¿no? —dijo jadeando Mr. Boltwood.

—¡Hurra! Bueno..., es verdad. Hubiera tardado de cinco a diez minutos en sacarlo de la canasta. Y creo que llevo algunas balas. Deben de conservarse en buen estado todavía... No las he visto desde el último otoño. Entonces no parecían húmedas.

—Pero, ¿y si él hubiera tenido revólver? —preguntó Clara.

—¡Eso! Yo temía eso, ¿sabe? Y me corría un frío por el cuerpo... Pero, en último caso, tenía una llave inglesa para atacarle —confesó Milt.

—¿Cómo se dio cuenta de que estábamos en peligro?

—Pues..., yo iba detrás..., a cinco kilómetros tal vez, cuando vi a su padre que se levantaba para pegarle, ¿no? Entonces sospeché que algo iba mal. Verá, miss Boltwood, cuando usted me dijo aquello, ¿sabe?, allá en el camino, yo no tenía intención de molestarla. En serio. Pensé que ya que íbamos al mismo sitio, tal vez...

—¡Oh, ya lo sé!

—... a usted no le incomodaría que yo la viese de vez en cuando; además, podría serle de utilidad si...

—¡Oh, ya sé, ya sé! Estoy avergonzada, muy avergonzada por haberlo tratado así. ¿Me perdona? ¡Ha sido usted tan bueno con nosotros!...

—¡Oh, claro que la perdono!

—Usted comprenderá lo agradecidos que estamos mi padre y yo. Sobre todo, esta vez ha sido una verdadera suerte que usted fuera detrás. Yo lo creía muy delante de nosotros: pero, afortunadamente, debemos de haberlo pasado sin darnos cuenta.

—Así es. Bueno, ahora seguiré el viaje. Puede que nos encontremos en alguna parte antes de llegar a Seattle. ¿Va a tomar la carretera que cruza Yellowstone Park?

—Sí, pero... —empezó Clara.

Su padre la interrumpió.

—Vea. Mr..., Mr. Daggett, este... ¿No querría seguir cerca de nosotros el resto del camino? Yo... A mí me estaba sentando bien el viaje, pero ahora, si usted no lo tomase a mal, yo le rogaría que fuera cerca de nosotros mediante una... remuneración..., ¿sabe?..., y

usted podría...

—Gracias, muchas gracias, señor. Pero no podría aceptar. Estas son mis vacaciones, ¿comprende? Si he hecho todo lo que he podido...

—Bueno, pero quizá —rogó ardientemente Mr. Boltwood, al que hasta entonces le había parecido insignificante joven—, quizá consintiera usted en ser mi huésped, siempre que no le causase una extorsión en los hoteles del Park, por ejemplo.

—Temo no poder complacerle, señor. Soy una especie de lobo solitario.

—¡Diga que sí! ¡Acepte, por favor! —le rogó Clara, mirándolo con una sonrisa irresistible.

Milt se mordió los dedos. Parecía a punto de ceder. Pero insistió:

—No. Pronto se olvidarán de este incidente. A propósito, avisaré a la policía del próximo pueblo; así el malvado no podrá escapar del distrito. Después, nada les va a suceder. Pueden seguir con toda tranquilidad. Usted conduce muy bien, y el camino es perfectamente seguro, siempre que se fije mucho en las personas que invita a subir. No hay más peligro aquí que en Nueva York. Al contrario, me atrevo a decir que en estas soledades se corren menos riesgos que en cualquier gran ciudad. No creo que usted haya demostrado excesiva discreción al invitar a ese bandido, ¿verdad? ¡Por favor, no lo vuelva a hacer más!

—No. Se lo prometo. Fui una tonta; pero no me ocurrirá dos veces. Sin embargo, no se alejará mucho de nosotros, ¿no es cierto?

—Eso quisiera, pero tengo que seguir el viaje. Quiero estar en Seattle a tiempo, ¿sabe?, y.. Vea, miss Boltwood... —Se interrumpió para saltar del «cacharro», dar a la manivela del coche y subir nuevamente. Luego continuó con cierta torpeza—: Leí los libros que usted me dio son de rechupete... ¡oh!, quiero decir, muy interesantes. Ese muchacho, en *Youth's Encounter*, que quiere ser obispo, y soldado, y muchas cosas más... Lo mismo que yo, excepto que Shoenstrom es muy distinto de Londres en algunos aspectos. Yo quería ser maquinista de tren, y después pistolero. Pero no tenía condiciones para ninguna de las dos cosas, y me hice mecánico de automóviles. ¡Ah, pero un día voy a dejar de hablar como la gente ordinaria! ¡Voy a estudiar mucho!

El «cacharro» estaba ya en marcha. Clara se lamentaba:

—¡Oh, el pobre! ¡Qué corderito! Preocupándose por su manera de hablar, cuando no tuvo miedo en toda esa pesadilla... ¡Si pudieras ayudarle en algo!

—No te preocupes por él, muñeca. Es un muchacho muy decidido. Y, a propósito, ¿no podríamos avanzar un poco? Confieso que al pensar que todavía ese hombre se halla aquí

cerca...

—Sí. Y... ¡Oh, ya no tengo vergüenza! Si nuestro Mahoma Milt no quiere ir con nosotros, seré yo quien le siga el rastro.

Pero cuando llegó a la cima de la primera loma, desde donde se divisaba una gran distancia, no se veía a Milt ni a ningún «cacharro» en toda la longitud de la carretera.

XI

TURISTAS EN LA GRAN CARRETERA

Clara había descansado dos días en Miles City, donde visitó el mercado de caballos y comió con oficiales del Ejército en el Fuerte Keogh, que había servido de baluarte contra los *sioux* y a la sazón parecía dormitar sobre el pasto seco de su campo de ejercicios.

Siguiendo el curso del río Yellowstone, pasado el pantano de Crow, Clara había entrado en el verdadero Oeste por la Gran Carretera. Las dos rutas llamadas Red Trail y Yellowstone Trail se habían unido, y Clara parecía uno de los nuevos peregrinos de Canterbury. Hasta el mismo Mr. Boltwood adquirió el vicio de fijarse en las placas de matrícula, y gritaba de pronto:

—¡Ahí va un coche de Connecticut!

Para el habitante del Este, un viaje en automóvil de Nueva York a Cape Cod, sobre asfalto, es toda una proeza; pero allí se veían coches que, sin darle importancia, hablan empezado su viaje a mil quinientos kilómetros del lugar en donde se hallaban. Acompañaban a Clara no sólo grandes coches de St. Louis o Detroit, sino también familias de trabajadores en busca de una nueva ciudad y de un nuevo destino, que utilizaban pequeños automóviles comprados de segunda mano —que pronto venderían a su vez—, simplemente porque les resultaba más barato que viajar en tren.

Tales aventureros eran llamados turistas de *sagebrush*⁸. Clara se acostumbró a sus cochecillos desvencijados, que solían llevar atrás tinajas y cocinas portátiles, maletas de fibra atadas a los estribos, sartenes y damajuanas que tintineaban desde los guardabarros. Y hasta vio una vez los pañales de un chiquillo colgados de una soga y ondeando sobre la parte posterior.

En cada cochecillo viajaba toda una familia, como la muchedumbre que se suele ver en las terrazas de las grandes granjas: abuelo, padre, madre, un par de hijos y dos o tres hijas, con unacriatura al menos en los brazos de cada adulto, todos hacinados en dos

asientos, llenos ya con baúles y cochecitos de niños. Y eran felices, increíblemente más felices que la gente adinerada que se dejaba llevar, aburrida, por el chófer.

Los turistas de *sagebrush* acampaban cerca de la carretera. Cubrían el *capot* con una manta vieja de algodón, sacaban la tina, se lavaban, cocinaban, comían y cantaban alrededor del fuego. Tanto el más viejo como el niño más pequeño retozaban al mismo tiempo, mientras los inválidos de los grandes coches cerrados, aislados de la vida por ventanas de cristal, preservados por la velocidad de ver vulgaridades en su camino, miraban apenas por un segundo los campamentos, resoplaban y seguían su viaje, pensando angustiados si encontrarían un buen hotel donde pasar aquella noche..., y lamentando no haber tomado el tren.

Si Clara Boltwood hubiera gozado de la protección de Jeff Saxton, o de un chófer, también se habría maravillado de los coches grises por el polvo, de los hombres sin afeitar, con chaquetas de dril, y de las mujeres quemadas por el viento, bajo las cofias que usaban como capellinas de viaje. Pero Clara sabía que a la sazón engrasar los cubos de las ruedas no era una operación favorable para la delicadeza de las manos; que cuando uno se lava con un jabón rojo petrificado y un jarro de agua áspera y fría, las manchas no desaparecen, sino que apenas pierden la capa superficial de polvo, dejando el fondo de grasa, y entonces murmuraba: «Un poco de grasa limpia no estropea la comida», y bajaba soñolienta del coche para comer.

Clara vio una gran cantidad de interesantes novedades desconocidas en el Este: cochecillos suplementarios, que de día se bamboleaban sobre sus dos ruedas detrás de los automóviles y que se abrían de noche para convertirse en tiendas con camas, nevera y mesa; toldos que tapaban un lecho cuya cabecera descansaba en el estribo; camas improvisadas en el automóvil, con los almohadones como colchón.

El aspecto pintoresco de la Gran Carretera Transcontinental no se debía solamente a los automóviles. Es cierto que el viejo Oeste de las historias casi había desaparecido, que Billings, Miles City y Bismarck sobresalían más por sus Bancos de estilo dórico que por los antiguos garitos infernales. Pero aún quedaban algunos restos de los días de los valerosos colonizadores. Todavía los carromatos cruzaban la pradera. Todavía se veían *cow-boys* parados a la puerta de una cabaña de madera..., cuando se habían aburrido de tocar la pianola, e indios envueltos en sus mantos, «piesnegros» y *crows*, mirando embobados los edificios de cinco pisos... cuando no llevaban una segadora moderna a sus granjas.

Todos ellos saludaban a Clara. Los obreros de las líneas telefónicas, con sus pipas y con sus pantalones con tirantes para trepar, apoyados o tendidos en grandes camiones, cantaban para ella; los peones de los tractores y las máquinas acopladas la saludaban

gritando: pertenecían a su propio pueblo. Una sola vez perdió la alegría; cuando vio, en la plataforma de observación de un tren que iba a Seattle, a un inglés con traje de franela y monóculo, que viajaba probablemente hacia el Extremo Oriente. A medida que el tren se deslizaba suavemente ganando distancia, el «Gómez» parecía lento, pesado, torpe, y el esfuerzo para llevar el volante, intolerable. Aquel inglés debía de ser muy simpático... Luego, una mujer de pelo tirante, solitaria a la puerta de una choza de papel alquitranado, la saludó agitando la mano, y en aquel ademán Clara advirtió un sentimiento amistoso.

A veces, en las tierras aún no labradas, Clara hacía un alto al costado de la Gran Carretera y permanecía inmóvil, olvidada de la pasión por el dinamismo. Se sentaba sobre una piedra junto a algún riachuelo, con tanto barro diluido en el agua que ésta parecía leche amarilla. No se veían más que arbustos de algodón, desparramados en matas aquí y allá; el resto de la vegetación en aquel mundo muerto estaba constituido por la artemisa y unas pocas muestras de la delicada hierba blanquecina llamada «nieve de las montañas». Los habitantes eran liebres o urracas americanas de librea blanca y negra, que trataban de balancear sus largas colas contra el viento mientras cotorreaban la opinión que les merecían los turistas.

Entonces no deseaba ver jardines, ni la mezquindad de las terrazas convexas de las lomas. Se hallaba en el verdadero Oeste, que le pertenecía, puesto que lo había conquistado por su propio esfuerzo. Su espíritu —si no lo hubiera tenido se lo habrían creado especialmente en el preciso momento de sentarse allí— volaba con los halcones en el aire diáfano y cantaba aleluyas al descender, porque el aroma de la artemisa era más saludable que el de un bosque de pinos; porque los escarpados contornos de los montes solitarios parecían de coral, oro, basalto y turquesa, y porque una persona de existencia real, un tal Milt Daggett, aunque ella no volviera a verlo más, la había encontrado digna de su adoración.

Pocas veces pensaba en Milt; no sabía si éste continuaba llevándole la delantera o si se había quedado atrás de nuevo. Cuando se acordaba de él, era con un respeto totalmente distinto del centelleo que sus compañeros de baile le producían a veces, o de la impresión de agrado y corrección que causaba Jeff Saxton.

Cuando la conducción se hacía difícil por cualquier causa, Clara dirigía una súplica al ente mítico de Milt. La marcha, el simple hecho de seguir adelante, era su propósito en la vida, y la rutina de llevar el volante era su consigna. Corría todo lo posible, gozando de la frescura de las mañanas, con objeto de poder descansar después de la comida. Descubría a los dos de la tarde que tenía los ojos irritados, y se ponía unas grandes gafas de cristales ambarinos, que añadían a su elegancia un falso aspecto de maestra de escuela. Pero, a pesar de ello, había algunos momentos, al atardecer, en que el sol la deslumbraba,

impidiéndole ver el camino. Al llegar al crepúsculo, se sorprendía de que aún hubiera luz, y muchas veces se olvidaba de quitarse las gafas. El peor cuarto de hora surgía cuando la carretera tomaba ese color de amatista, grato para los pintores, pero exasperante para los conductores, y que era demasiado claro todavía para ser disipado por los faros. Después llegaba el místico momento en que se hacía de noche y los faros proyectaban su abanico de oro. Entonces, Clara y su padre se complacían en su afanoso contento, libres ya del trabajo de admirar los panoramas.

Al salir de Billings, Clara se sorprendió al ver una nube baja que mantenía su forma persistentemente. Luego se dio cuenta de que era un monte lejano, lo primero que veía de las Montañas Rocosas. Entonces lanzó un grito, y deseó tener a Milt para compartir su alegría. Seriamente dijo a su padre:

—Las montañas han de parecerle maravillosas a Daggett, después de pasarse la vida en la llanura. ¡Pobre Milt! Espero...

—¡Oh! No te preocupes por ese joven. Le creo bien capaz de bastarse a si mismo con su instintiva alegría. Naturalmente, le estoy agradecido en extremo por habernos salvado la vida, pero creo que él tenía razón; si se hubiese quedado con nosotros habría sido un poco embarazoso tratarlo. No está acostumbrado a los convencionalismos sociales...

—Debería acostumbrarse. Le gustaría mucho. Es un norteamericano auténtico. Tiene imaginación y habilidad para adaptarse. Es una vergüenza: todos los pastelillos y los recitales de Bach los he disfrutado con Jeff Saxton, mientras un Milt Daggett...

—¡Sí, sí! De acuerdo.

—¡No! Hablo en serio. Es un cordero, tan dulce, tan ingenioso, y realmente... Sí, es más bien un buen mozo. Vive solitario, cuando su espíritu necesita compañía... Parece un perrito que implora que jueguen con él... Y yo le pegué cuando levantó las patitas haciendo una cabriola... ¡Oh! Fué horrible. Nunca me lo perdonaré. ¡Ordenarle que siguiera adelante, como si tuviese derecho a mandarlo!... Me siento como si le hubiera estropeado sus vacaciones. ¿Llegará realmente hasta el Yellowstone Park?

—Sí, sí. Olvidémonos del muchacho. ¡Mira! ¡Qué curioso!

Estaban cruzando un puente muy elevado sobre la vía férrea, por la cual pasaba en aquel momento un tren que transportaba a un circo. Mr. Boltwood se dedicó a hacer una serie de juiciosas reflexiones sobre el hábito trashumante de los circos, y el recuerdo del caballero andante del «cacharro» fué pasando a segundo término, hasta que Clara, repuesta de sus juveniles ensueños, volvió a sentirse una Boltwood llena de sensatez. Después de todo, Milt no era un príncipe encantador de las azules montañas.

Antes de doblar hacia el sur, en Livingstone. Clara hizo su primera experiencia en las

carreteras montañosas; hasta tuvo que vadear un arroyo, metiendo el coche en el agua y viendo como ésta se rizaba levantándose en un velo delicadamente plateado. Sintió que lograría vencer las dificultades de las sierras como había sabido dominar las de la pradera.

Se detuvo en una meseta para examinar la batería entonces notó que el borde de una cinta del freno asomaba fuera del tambor, con la trama desgarrada y mostrando los alambres de cobre. No, no estaba en condiciones de seguir adelante.

—¿Crees que esto puede ser peligroso? —preguntó a su padre, quien contestó con una serie de palabras tranquilizadoras sin significado alguno.

Clara pensó en Milt. Detuvo a un coche que pasaba. El conductor *descubrió* que la cinta del freno estaba destruida y dijo que era peligroso continuar en aquellas condiciones por la montaña. Clara caminó entonces casi cuatro kilómetros hasta llegar a una casa, desde donde telefoneó al garaje de un pueblecito llamado Saddle Back.

Tuvo que esperar una hora, que le pareció interminable, antes de ver acercarse al desvencijado cochecillo en el que iba el encargado del garaje, un mozalbete de catorce años.

—¡Demonio! —exclamó al ver el desperfecto—. No tenía necesidad de mandarme a buscar. Podía haber ido usted tranquilamente. Vamos, andando.

Clara contempló con admiración al despreciativo muchacho, cuyas arrobadas mejillas ostentaban manchas de grasa. Y lo siguió en el «Gómez». Pero en su interior deseaba que hubiera peligro, porque siempre es un poco humillante recurrir a un garaje sin motivo. Cuando entró en el de Saddle Back, apeló al dueño, un hombre serio de unos cuarenta y cinco años.

—¿Cree usted que había peligro en venir hasta aquí con la cinta del freno en estas condiciones?

—Desde luego. Es muy peligroso. ¿Verdad, Mike?

El Mike a quien se dirigió como autoridad era el mismo chico de catorce años, quien respondió prontamente:

—¡Pamplinas! Eso no es nada. Le pondremos una cinta nueva. Rápido. Tráigame la llave. Apresúrese, tío.

Mientras el hombre andaba dando vueltas, o tratando vanamente de impresionar a la gente que entraba a hacerle alguna pregunta, que tenía que transmitir invariablemente al muchacho, éste, como un experto, desguarneció la rueda hasta reducirla, según la impresión temerosa de Clara, a algo así como un tarro de leche. Luego el chico pareció no

saber qué hacer. Se rascó la oreja muchas veces y pensó intensamente. El hombre sólo podía rascarse.

Así, durante dos horas, padre e hija pasaron por la experiencia más desagradable que puede ocurrirle al automovilista de viaje: esperar. Esperar, mientras la tarde, que prometía ser tan excelente para adelantar camino, transcurría en vano. Cada quince minutos volvían de la tiendecita donde estaban sentados, frente al garaje, y veían que la reparación no había adelantado nada. El muchacho parecía constantemente ocupado en la búsqueda de la llave inglesa apropiada —la que tenía a mano no le servía— y en reprender, al viejo por haberla escondido.

Cuando salió de Brooklyn, Clara no soñaba siquiera que iba a adquirir tantos conocimientos en los garajes y los quioscos de los pueblos del camino. En aquél examinó el contenido de los baldes y cajones que había en el garaje.

Una observación del muchacho, oída al pasar, la intranquilizó:

—¡Diablo! No nos queda ninguna cubierta decente para el freno. Tendremos que usar esta chapa de hierro.

Pero cuando el coche estuvo listo, nada, ni aun la duda sobre el freno, pudo apartarla de su deseo de partir. Los primeros kilómetros los recorrió experimentando una deliciosa sensación de facilidad.

Cruzó la región montañosa y llegó a Livingstone. Sentado sobre el zócalo de una verja cerca de la ciudad, y golpeándose los talones mientras acariciaba a una gata gris, Milt Daggett la saludó con un grito de entusiasmo.

XII

LAS MARAVILLAS DE LA NATURALEZA CON TODOS LOS MODERNOS PERFECCIONAMIENTOS

—¡Hola!

—¡Hola! —respondió Clara.

—¿Cómo le va? —preguntó Mr. Boltwood.

—¡Cuánto placer! ¿Dónde está su coche? Espero que no le haya sucedido ningún percance —dijo Clara, sonriente por la alegría del encuentro.

—No. Está ahí detrás, cerca de la carretera. Me detuve para acampar esta noche. Recordé que usted nunca había ido por carreteras montañosas, y como hay unas cuantas subidas empinadas en el Park, y trechos resbaladizos, y las montañas son muy frías, pensé que... bueno..., que yo le podría dar algunas indicaciones, si a usted le parece bien.

—¡Oh, por supuesto! Muy agradecida.

—Entonces, mañana voy a ir pisándole los talones y le diré todo lo que hay que hacer.

—¡Qué suerte que usted también vaya por el Park!

—Sí, pensé que era mejor. Veremos lo que los guías llaman las «Maravillas de la Naturaleza». La única maravilla de la Naturaleza que he visto en Shoenstrom ha sido mi amigo Mac, una vez que se zambulló por accidente en un barril de cerveza. Bueno... Hasta mañana.

En ningún momento había sonreído. Su tono fué completamente impersonal. Saltó de la verja y se marchó.

Cuando, a la mañana siguiente, salieron de la ciudad, Milt estaba esperándolos en la carretera, y los siguió hasta mediodía. Ante la insistencia de los Boltwood, aceptó compartir el almuerzo, y se explayó sobre las ventajas de usar la primera y la segunda

velocidad en los descensos largos para ahorrar los frenos, y sobre el empleo del embrague y la chispa retrasada en las subidas. Su «cacharro» anduvo al lado del «Gómez» al pasar la puerta de la verja del Park, cuando el Ejército de los Estados Unidos se acercó para sellarles las armas e informarse sobre qué montaña habían elegido para matarse en caso de tener frenos defectuosos. Los siguió de cerca durante todo el ascenso al Mammoth Hot Springs.

Cuando Clara se detuvo para echar agua al hirviente radiador del «Gómez», el «cacharro» se le unió jadeando, y en el rostro de Milt apareció la primera sonrisa desde Dakota, al decir:

—El «Teal» es un gran coche para las montañas. Aparte de recalentarse, de tener las luces pésimas, de su mal tapizado, de su ignición defectuosa, de sus frenos de papel y de su motor de aviación especialmente construido para un vuelo de abejas, es lo que los catálogos llaman una «máquina poderosa».

Clara y su padre hacían alto en los hoteles del Park. Milt estaba siempre cerca de ellos, pero no en los hoteles. Prefería los campamentos.

Los Boltwood le invitaron a comer en uno de los hoteles, pero él rehusó y..

* * *

Temiendo que Clara se disgustase por su *entrometimiento*, Milt se mantenía serio y grave en su presencia. No podía contagiarse del entusiasmo que ella sentía por el cañón y el estanque de colores, ni de su indignación por los turistas que, según decía, preferían las piezas de museo a las bellezas naturales y nunca admiraban un paisaje a menos que ostentara un letrero y un guía lo proclamase con su megáfono como algo digno de admirarse.

Cuando ella trató de expresar el enojo que esto le causaba, Milt sólo respondió con dificultad:

—Sí. Creo que hay algo de eso.

Clara era observadora y exigente, según pensaba Milt amedrentado. ¿Cómo podía saber él lo que debía hacer? No, gracias. Le quedaba muy agradecido, pero era mejor no aceptar su invitación a comer. Sentía muchísimo no poder aceptarla, pero había prometido a un amigo ocasional del campamento compartir con él unas chuletas.

Si esto era verdad, Milt se portó como un infiel con su nuevo amigo, pues mientras Clara terminaba su comida, un muchacho la contemplaba con aire solemne desde la

ventana.

Ella estaba instalada en una mesa para seis. Escuchaba a un hombre de unos treinta años, con pantalones de montar, pañuelo al cuello y una nariz puntiaguda, el cual inclinaba la cabeza cada vez que se dirigía a ella, y como esto lo hacía con mucha frecuencia, daba la impresión de estar comiendo una toronja en un calesín. En Shoenstrom, apoyado por Mac y los contertulios del «Old home», Milt hubiera llamado al hombre «lechuguino», y, aunque menos ruidosamente que los otros, hubiera gritado: «¡Bonitos pantalones para un recluta! ¿Para qué se ha vendado el cuello, amigo? Apuesto a que tiene un forúnculo.»

Pero ahora Milt se decía: «Es un tipo elegante. Me gustaría poder vestir como él, aunque no sé lo que parecería así, todo abotonado. Y hay otros dos con traje de etiqueta. Esos no me importan tanto. ¡Diablo! Ha de ser espantoso tener un montón de trajes finos y no saber cuál ponerse... Ese individuo y Clara hablan con mucha facilidad. Parece que a él le funcionan bien los *pistones*. ¿De qué estarán hablando? De música, literatura, pintura, paisajes... El estará diciendo que no hay lengua ni pluma que pueda describir las bellezas de Park, y luego se pondrá a describirlas. Tal vez tengan amigos comunes en Nueva York... ¡Dios mío, qué extraño me sentiría yo allí!»

Milt hizo un mondadientes con un fósforo; después pensó que el uso de los mondadientes era inelegante, y siguió con sus reflexiones: «Hasta ahora no la había visto en su propio ambiente. Desearía poder hablar yo también de música y cosas por el estilo. He de educarme. ¡Voy a aprender! ¡Soy capaz! En tres meses me puse al corriente de los autos. Yo... ¡Bah! Soy un presuntuoso. ¿Y si estuvieran hablando en francés o en otro idioma extranjero? Podría ponerme a la altura de cualquier conversación, siempre que fuera en mi propia lengua. Podría desarrollar temas elevados si me dedicara bastante tiempo a la retórica. Pero en cuanto empiezan con *parlez vous, oui, oui*, soy hombre perdido. Sin embargo, ¿acaso no me puse a hablar holandés y alemán con el mayor desenfado? ¡No! No exageremos. Puedo desenvolverme un poco siempre que emplee los verbos y substantivos americanos. Soy algo despierto, pero no tengo facilidad para aprender idiomas.

Ahora el lechuguino ese se está dando un baño con el bol para lavarse las manos. Yo nunca pude manejaran, ni cortar un pollo sin que me resultara un combate de *jiu-jitsu*. Pero ese tipo es una perfecta damisela. Se pasa la servilleta por la boca como limpiaría un relojero el *carburador* de un reloj de pulsera.

»Ahora se pone de pie y le hace una reverencia, preguntándole algo... ¡Diablos! Sale hacia el vestíbulo con ella... Camina como un gato sobre un montón de ceniza mojada. Es muy delicado. No, no podría mezclarme con los de su clase. No sabría cómo vestirme ni

comer. Y él parece conocer a todos los presentes. Se inclina ante todas las solteronas que se exhiben allí. Ahora, si yo estuviera en el lugar de él, no vería a nadie más que a ella; las demás personas podrían balancear tontamente la cabeza, que yo no vería otra cosa para criticar que ese lunarcito suave y gracioso que ella tiene un poco más abajo de la nuca. No, Milt; tú sirves para andar con tu gata, pero no has nacido para los dúos en los salones.»

Aquel mismo joven meditativo podría haber sido descubierto al pasar el porche del hotel, caminando con las manos en los bolsillos y mirando probablemente hacia las estrellas. Lo cierto es que no dio señales de observar a Clara y a su acompañante de los pantalones de montar. Ambos, inclinados sobre una baranda, miraban las cimas de las montañas, visibles a la luz estelar, mientras, de una forma que parecía rociada con agua de colonia, el pisaverde declamaba:

*¡Ah! Comprendo cuan lejos está el cielo
que busca con temor mi corazón,
cuando contemplo los gigantes picos.*

Milt le oyó comentar:

—¿No sugiere esta vista el sentimiento de la gran inmensidad, miss Boltwood?

Milt no alcanzó a oír la respuesta. Gruñó para si mismo:

«Nunca me han sugerido nada esas poesías que están llenas de ¡ah, ah! y de ¡oh, oh!»

* * *

Clara vió a Milt en el justo momento en que éste desaparecía:

—¡Oh! ¡Mr. Daggett! —gritó, y luego añadió dirigiéndose a su compañero—: ¡Un momentito! —y corrió hacia Milt, que estaba aterrorizado. ¿Le iban a dar su merecido por andar espiando?

Pero Clara estaba implorándole en voz baja:

—Por favor, sálveme de ese amigo que está en el porche.

No podía creerlo. Sin embargo, hizo un intento.

—La invito a caminar un poco —vociferó.

—Con mucho gusto. Demos un paseo, pero que no sea muy largo... —dijo ella con voz cantarina.

Permanecieron silenciosos hasta que Milt recobró sus nervios y pudo expresar su admiración:

—Me alegro de que se encontrara en el hotel con gente conocida.

—No; no encontré a ningún conocido.

—¡Oh! Pensé que ese individuo de los bombachos a un amigo suyo.

—Yo pensé lo mismo —repuso Clara casi bufando.

—Bueno... Es un muchacho elegante. No pude menos que admirar esos bombachos. Yo nunca me atreví a usar nada parecido.

—¡Espero que no se los ponga nunca... para comer! Ese me parece un burro meloso. Estoy segura de que jamás ha montado a caballo. Cree que usar pantalones de montar es...

—¡Esa es la palabra! Pantalones de montar, no bombachos.

—... la última moda. Cuidar demasiado la vestimenta es diez veces peor que descuidarla.

—¡Quién sabe! Fíjese en el viejo traje azul que llevo...

—Está muy bien. Es sencillo y está muy bien cortado. Probablemente tiene usted un buen sastre.

—Sí. Está en Nueva York o en Chicago, según creo.

—¿De veras? ¿Cómo fué a parar a Shoenstrom?

—Nunca estuvo allá. Es un sastre muy ocupado. El año pasado vistió a once mil personas.

—Ya comprendo. Ropa hecha. Bueno, ¡alégrese! Mister Henry B. Boltwood adquiere la mayoría de los suyos en el mismo sitio. Mr. Daggett, si alguna vez lo descubro representando el papel de niño bonito, abandonaré mi excursión para pedir por su alma.

—Pues a mí me parecía que su amigo tenía mucha personalidad. Hablaba con tanto aplomo... No sé por qué se me ocurría que discutía con usted algún tema de escultura. Que tal vez hablaba de Rodin.

—¿Qué sabe usted de Rodin?

—He leído sobre él algunos artículos en los periódicos. Lo mismo que usted, seguramente. —Pero Milt no fué grosero. Lo dijo riendo.

—Tiene razón. Probablemente hemos leído los mismos artículos. Bueno, nuestro amigo me decía en la mesa: «Ha de ser terrible para usted encontrarse con tanta gente vulgar en el camino.» Yo le contesté: «En efecto», con el tono más insultante que pude, y él se limitó a revolotear los ojos, sin la menor idea de que me refería a él. Después se alisó el pelo y cacareó: «¿No es maravilloso contemplar todas esas manifestaciones de los secretos de la Naturaleza?», y yo contesté: «¿No lo es?» Y él continuó: «Uno presiente que si llegara a encontrar a una damita comprensiva que compartiera con uno la copa rebosante de gozo que ofrece la Naturaleza inmensa y sin trabas...» Le juro, Milt... digo, Mr. Daggett, que hablaba de esa manera. Debe de haber leído muchas novelas rosas. Y una vez me miró como si quisiera cogerme la mano; estoy segura de que lo habría hecho si yo se lo hubiese permitido.

»Me invitó a salir al porche para contemplar el solemne hechizo de la noche, y me sentí tan débil ante su afectación, que no pude rehusar. Entonces me presentó a una señora del propio Brooklyn, la cual se compadeció de mí por haber tenido que hablar con gente del Oeste en mi viaje, ¡Oh, parece mentira que existan personas así!... ¡Que la inquieta y curiosa Clara haya tenido que conocerlas!... Pero, felizmente, le vi a usted a tiempo.

Durante este soliloquio habían permanecido parados, muy juntos, resplandeciente la cara de ella por la luz del hotel, mientras Milt estaba encantado. Pero respondió:

—Temo haber sido tan poco de su gusto como el otro. Ni siquiera he llegado a la etapa de los pantalones de montar en mi evolución. Tal vez nunca la alcance.

—No, no la alcanzará. Pasará a través de ella. Poco a poco, cuando llegue a ser tan rico que no nos sea permitido a mi padre y a mi tener relación con usted, usará pantalones de montar, pero para andar a caballo, no como un simple contemplador de las hermosuras de la Naturaleza.

—¡Oh! Ya soy rico. Pruebas a la vista: una camarera del campamento me preguntó de quién era el coche en que yo viajaba.

—Quería decirle algo... Puesto que usted no quiere ser nuestro huésped, ¿qué le parece que lo seamos nosotros de usted? Sería muy divertido para mi padre y para mi ir a su campamento, en el cañón, mañana por la noche, en lugar de quedarnos en el hotel. Si vamos, ¿me servirá de guía en el cañón?

—¡Oh! ¡Con... muchísimo... gusto!

XIII

AVENTUREROS A LA LUZ DEL FUEGO

Ninguno de los Boltwood había visto el Gran Cañón del Colorado. El Cañón de Yellowstone fué para ellos la primera revelación de un país de espantables profundidades y fastuoso colorido. Cuando su coche y el de Milt quedaron depositados en el corral, en la parte posterior del campamento donde iban a quedarse, los tres salieron charlando hacia el borde del cañón, y se detuvieron enmudecidos.

Mr. Boltwood no quiso bajar. Volvió al campamento para fumar un cigarro. Ambos jóvenes emprendieron el descenso por interminables escalones húmedos hasta una roca saliente, que parecía colgada en el aire, a una distancia impresionante del lecho del río. Clara experimentó un repentino temor de que el púlpito de piedra se desplomara. Asió la mano de Milt, y al sentir su firme tibieza, se tranquilizó. Cogida de ella, se dejó conducir por el sendero que se arrastraba hasta el río. Desde allí contempló hacia arriba las columnas formadas por la erosión, de vivos tonos carmesíes, azafranados y castaños; las cascadas y manantiales, y los pinos que se adherían a las rocas prominentes, que parecían a punto de derrumbarse sobre los espectadores. En medio de tanto esplendor, Clara conoció el miedo, que es la reacción más profunda ante la belleza.

Milt se limitó a mover la cabeza al mirar hacia arriba.

No había dicho nada, ni le había apretado la mano amorosamente al conducirla. Clara llegó a la conclusión de que prefería aquel muchacho americano, en aquel escenario americano, a un ágil caballero que saludara a los Alpes con su sombrerito verde adornado con una pluma.

Cuando se sentaron después de haber trepado de nuevo, sonriéndose mutuamente en medio de su agradable cansancio, Milt le hizo ver el cañón, no como algo monstruoso, sino como la obra milagrosa de un río que había arrastrado granos de arena durante millones de años hasta hacer aquel tajo en la corteza terrestre. Parecía haber leído mucho

de geología, y hablaba de manera convincente. Sin embargo, Clara no prestaba mucha atención a lo que decía; le impresionaba más el hecho mismo de que estuviera hablando así, con tanta capacidad.

Lo acompañó de buena gana a explorar el campamento nocturno: la gran tienda que servía de comedor, las pequeñas tiendas de campaña, con entarimado y pequeñas estufas para las heladas mañanas de aquellas altitudes. Se maravilló por la noche al oír a su camarera comentar las novelas de Blasco Ibáñez, Jeff Saxton conocía por lo menos los nombres de media docena de novelistas rusos, pero no era una autoridad en literatura española.

—¿Será una maestra que trabaja aquí durante las vacaciones? —le dijo Clara en voz baja a Milt, sentado junto a ella en la larga y poblada mesa del campamento.

—¿La camarera? Creo que sí. Me parece haber oído decir que es profesora de Literatura en algún colegio —contestó Milt sin el menor asombro. Y no captó la relación que podía tener esto con la siguiente exclamación de Clara:

—¡Existe América! ¡Me alegro de haberla encontrado!

La gran fogata del campamento estaba hecha con troncos apoyados en una barra de hierro. Mientras los troncos ardían, los huéspedes, instalados en un círculo de bancos, entonaron el *Suwanee River* y el *Old Black Joe*, y Clara se unió al coro. Al principio temió que su padre se aburriera, pero luego lo vio con el cigarro en la mano, dormitando plácidamente. ¿Habría cantado alguna vez las antiguas canciones populares?

El fuego se redujo a brasas. La muchedumbre se desparramó, dirigiéndose cada cual a su tienda. Mr. Boltwood desapareció también, después de decir:

—Buenas noches. No tarden mucho.

Sólo quedaba una media docena de personas en los bancos, y el vasto círculo parecía desierto. Clara y Milt, inclinados hacia adelante, con los mentones apoyados en las manos, estaban solos en el campamento, junto a la lumbre, en medio de las montañas.

Las estrellas descendían hacia las sierras. Los pinos formaban un muro de tinieblas. Un lobo agujereó la calma con su aullido, mientras la enorme pila de brasas encendidas irradiaba un calor placentero en el aire procedente de las montañas.

El silencio de los grandes espacios vuelve temeroso a quien lo interrumpe. Así, pues, Clara bajó el tono de su voz al rogar:

—Cuénteme algo de usted, Mr. Daggett. En realidad, no sé nada de su vida.

—¡Oh! No podría interesarle. Casi nunca he salido de Shoenstrom.

—Sí; pero, aunque no conociera más que Shoenstrom, puede resultar muy interesante.

—¿Y no pensaría usted que yo... me... me extralimito?

—Ya sé lo que está pensando. Se acuerda de aquella vez, allá en Dakota, cuando le di a entender que prefería que no me siguiera tan de cerca. Parece que no se olvida de eso. Yo he tratado de borrarlo, pero... No lo censuro, realmente. Me porté muy mal y merezco que me castigue. Pero usted continúa castigándome, en lugar...

—¿Castigándola? ¡Dios mío! ¡No lo he hecho adrede, se lo juro! Aquello no tuvo importancia. Usted tenía toda la razón. Parecía como si yo me estuviera entremetiendo... Pero, por favor, miss Boltwood, no vaya a creer que era esa mi intención...

—Entonces, cuénteme. ¿Quién es ese Milton Daggett que usted conoce tanto y que yo no puedo llegar a conocer?

—Bueno —dijo Milt cruzando las piernas y apoyando la barbilla en una mano—. No sé si lo conozco tan bien como usted supone. En un tiempo creí que sí, pero estaba equivocado. Milton Daggett era hijo de un médico *pioneer* de Maine.

—¿De veras? Mi madre era de Maine también.

Milt no trató de hallar parentesco entre ellos. Continuó:

—Ese chico, Milt, asistió a la escuela elemental en St. Cloud, que es una ciudad veinte veces más grande que Shoenstrom, pero tuvo que volver a su casa, porque su padre estaba viejo y lo necesitaba después de la muerte de su madre.

—¿No tenía hermanos ni hermanas?

—No. Nadie. Excepto a lady *Vere de Vere*, a quien por cierto tendré que amarrar si continúa mascando pedazos de mi abrigo esta noche. Bueno, el muchacho trabajó en diversas cosas, máquinas principalmente, se interesó por los automóviles y puso un garaje. Su primer taller parecía un infame tugurio. Lo instaló en el granero de Rauskukle. Tenía seis llaves, un destornillador y una bomba. ¡Y Milt no distinguía un cojinete de bolas de una suspensión a tres puntos! Pero... se fué desarrollando; formó clientela, construyó un edificio adecuado y poco a poco fué pagando la hipoteca...

—Ahora recuerdo que me detuve en un garaje de Shoenstrom. Estoy casi segura... Y era un buen garaje. ¿Es de su propiedad? ¿De veras?

—Sí. Es decir, lo que hay en él.

—Pues en él hay algo más que el edificio. Es eficiente y está bien equipado. Usted ha trabajado mucho, lo cual es muy honroso.

—¿Lo dice de veras? Bueno, yo no sé...

—¿Qué diversiones tenía en Shoenstrom? ¡Oh, cuánto me gustaría haberme fijado en ese pueblo! Pero entonces no me figuraba que... Bueno, ¿de que muchacha se enamoró?

—¡De ninguna! ¡En serio! ¡De ninguna! No me he enamorado nunca.

—No ha tenido esa suerte. Yo sí, muchas veces. Recuerdo que una vez me gustó que me besaran en un baile.

Cuando Milt respondió, su voz sonaba diferente:

—Supongo que estará usted comprometida...

—No. Y no creo que llegue a estarlo nunca. En un tiempo creía que me gustaba un hombre, se llamaba Jeff, tenía hermosos ojos, gafas muy correctas, y era muy bueno con su madre. Debía heredar de quinientos a seiscientos mil dólares, y sus opiniones sobre George Moore y los asuntos financieros eran igualmente sanas y carecían de originalidad... ¡Oh! No debería hablar de él, y menos despreciativamente. Soy demasiado franca, y no me porto como una señorita. Pero... no puedo imaginármelo aquí, en medio de estas montañas.

—Usted no estará siempre aquí, entre las montañas. Algún día volverá a su casa... en... ¿en qué lugar de Nueva York?

—Confieso que en Brooklyn. Pero no lo que se entiende generalmente por Brooklyn. Su observación prueba que tiene usted buen sentido. Debo recordarlo. No estaré siempre viajando por estas tierras inmensas. Pero, ¿volveré a aquella agitación trivial, a sentirme otra vez atada?...

—No volverá a eso. Usted conduce un coche como un hombre.

—¿Que tiene que ver eso?

—Tiene mucho que ver. Un hombre del oficio, como yo, cuando sigue a otro coche, puede figurarse qué clase de persona es la que va delante por el modo de guiarlo. Usted lo hace con suma habilidad. No se acerca demasiado a la cuneta cuando pasa a otro auto, ni toma las curvas demasiado abiertas. No volverá a la trivialidad. Pero supongo que le gustará volver a estar entre los suyos, y se olvidará del impetuoso Milt que andaba pisándole los talones...

—¡Milt... o Mr. Daggett...; no, Milt! Jamás me olvidaré, ni cuando sea una viejita con cofia y siempre esté arrimada al fuego, de ese medio segundo en que su mano, alargándose como un relámpago, agarró a aquel hombre y lo arrancó del estribo. Pero no sólo se trata de ese melodrama. Si no hubiera sucedido habría ocurrido alguna otra cosa que lo simbolizara. Es que usted... ¡oh!, usted me tomó a su cuidado, a mi, que era una extraña; me vigiló, me enseñó las costumbres del país, y nunca perdió la paciencia. No,

no me olvidaré de eso; ninguno de los Boltwood se olvidará. —Iluminado por el rosado resplandor de la hoguera, Milt se enderezó y la miró intensamente, pero cayó de nuevo en su timidez cuando Clara prosiguió—: Tal vez otros hubieran hecho lo mismo. No lo sé. En ese caso también lo recordaría. Pero ha sido usted, Milt, y yo... mi padre y yo, se lo agradeceremos siempre. Ambos esperamos verle de nuevo en Seattle. ¿Qué piensa hacer allí? ¿Cuál es su ambición? ¿O es ésta una pregunta indiscreta?

—Yo... esto...

—Quiero decir lo siguiente: ¿Por qué se le ocurrió ir a Seattle, teniendo un garaje en su pueblo? ¿Le pertenece todavía?

—Si. Dejé a mi mecánico a cargo de él. Bueno, decidí el viaje casi repentinamente. Fué una especie de inspiración. Siempre había deseado salir de allí, viajar, y pensé que tal vez en Seattle pudiera encontrar algo mejor que en Shoenstrom. Alguna ocupación en Alaska, quizá. Mi deseo ha sido siempre llegar a ser ingeniero mecánico, o ingeniero civil, de manera que...

—¿Y por qué no sigue la carrera? Usted es joven... ¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco.

—Los dos somos niños comparados con Je..., con algunos de mis amigos. Aún está a tiempo de entrar en la Escuela de Ingeniería. Y para seguir también otros cursos académicos, como el de inglés, por ejemplo. ¿Por qué no lo hace? ¿Lo ha pensado alguna vez?

—No, no he pensado en hacerlo, pero... ¡Muy bien! ¡Lo haré! ¡En Seattle! Creo que la Universidad de Washington está allí.

—¿Lo dice en serio?

—En serio. Usted manda.

—Eso... Eso me halaga, pero... ¿siempre se decide así, tan rápidamente?

—¡Cuando el patrón da órdenes...!

Milt sonrió y Clara le devolvió la sonrisa, pero esta vez fué ella quien se sintió turbada.

—Usted me abruma... Cambia su vida, si realmente se propone hacerlo, sólo porque una *jeune fille*, desde la altura olímpica de sus conocimientos adquiridos en una escuela graduada, tiene la impertinencia de sugerir que lo haga.

—Yo no sé lo que es una *jeune fille*, pero sé que... —Milt se levantó de un salto. No la miraba. Se puso a caminar de un lado para otro, dando tres pasos hacia la derecha y tres hacia la izquierda, con las manos en los bolsillos y hablando con voz impersonal—. Pero

sé que es usted la mejor persona que he conocido. Usted es como... Yo sé que hay gentes como usted, porque conozco a los Jones. Son mis únicos amigos de Shoenstrom que poseen... ¡oh!, eso que llaman cultura.

Sin que Clara lo interrumpiera, habló en un largo monólogo del profundo afecto que sentía por el «Prof.» de Shoenstrom y por su esposa. Milt, hasta entonces práctico y descuidado en el hablar, se transformó en un entusiasta adorador del instructor universitario que alienta en el maestro o el médico de todo pueblo, aun cuando no posea el título legal. Cuando terminó, se dejó caer sobre el banco, al lado de ella, y dándose una palmada en la frente, suspiró:

—¡Como me he remontado! Sin duda, la he aburrido.

—¡Por favor, Milt! Lo comprendo... Debió de ser maravillosa la velada aquella en que Mrs. Jones leyó en alta voz el *Highwayman* de Noyes. Dígame, ¿se sentía usted muy solo cuando era un chiquillo?

Milt no se había sentido terriblemente solo durante la niñez. Dirigía una pandilla de muchachos que se dedicaban a pelear, a nadar, a tirar al blanco con cortaplumas, a robar nabos y a viajar de incógnito en los carros y en los vagones. Pero creía ser exacto al explicar su vida infantil.

Si, me sentía muy solo. Me acuerdo que acostumbraba a sentarme en el umbral, durante las largas tardes de verano, deseando ardientemente tener a alguien con quien jugar. Siempre deseaba representar el papel de Robin Hood pero los otros chicos no querían (casi todos eran alemanes y no conocían a Robin Hood), por lo cual yo jugaba solo.

—¡Oh, si yo hubiera podido estar allí para representar a la doncella Marian! Habríamos aprendido a unir con el arco y las flechas ¡Pobre chico solitario, sentado en el umbral! — Sus dedos tocaron la manga de Milt. Al hacer este ademán, el cristal del reloj de pulsera reflejó la luminosidad de los rescoldos. Se inclinó para mirarlo, y su comprensiva ternura se trocó en una agitada exclamación—: ¡Cielos! ¿Es posible que sea tan tarde? ¡A la cama! Buenas noches, Milt.

—Buenas noches, Cla..., miss Boltwood.

—No. Llámame Clara y tutéame. Normalmente, no soy de las que en seguida tutean a los demás, pero me parece que a ti no podría hablarte de otra manera. Buenas noches.

Mientras reflexionaba en su tienda, Clara pensó: «No abusaré de la confianza, porque yo le brinde mi amistad... Pero lo cierto es... No me atreveré a mirar a mi padre cuando él me tutee en su presencia. ¡Pobre corderito, tan solo durante aquellas tardes!...»

XIV

LA BESTIA DEL CORRAL

Se encontraron a la mañana siguiente, entre las montañas escarchadas, al dirigirse al corral para preparar sus coches antes del desayuno. Estaban avergonzados, por lo cual se mostraron ruidosos y dicharacheros, sin referirse en absoluto a las confidencias de la noche anterior. Miraron el agua destilada de las baterías y se informaron del precio de la gasolina en el Park. *Vere de Vere*, encaramada sobre el hombro de Milt, alivió una pausa observando con su modo original: «¡Marramiau!»

Cruzaron el portón del corral antes de que apareciera ningún otro turista, y se detuvieron estúpidamente a contemplar un oso, grande, negro, gordo y sin cadena alguna, que se balanceaba a lo largo de los coches, husmeando; alzó una oreja al llegar al «Gómez», trepó al estribo y se inclinó sobre el asiento. Sus asentaderas llenaban todo el costado del coche mientras olfateaba el interior.

—¡Oh! ¡Mira, Milt! Dejé la caja de caramelos en el asiento... ¡Oh, échalo, por favor!

—¿Yo? ¿Que eche... eso?

—Asústalo. ¿No dicen que los animales temen al hombre?

—Pero no aquí, en este parque. Está prohibido disparar armas de fuego. Los animales están protegidos por el Ejército, el Presidente, el Congreso, el Tribunal Supremo, la Doctrina de Monroe y la Asociación de Jóvenes Cristianos. Pero voy a probar... con prudencia.

—¿No quieres que te considere un héroe?

—Sí, sí, siempre que no me obligues a demostrarlo.

Se dirigieron cautelosamente hacia el coche. El oso agitó las patas traseras, miró a los intrusos, hizo «¡Uf!» y volvió a los caramelos.

—¡Vete! ¡Vete! —contestó Milt cortésmente.

—¡Uf!

Milt extrajo de su «cacharro», que estaba al lado del «Gómez», una bolsa de herramientas, y desplegando considerable habilidad, lanzó una serie de llaves inglesas a las asentaderas del oso. El protegido del Gobierno se sintió ofendido en su dignidad. Terminó con la tapa y las cintas de la caja de caramelos y la emprendió con Milt... que corrió hacia Clara, la cual estaba ya en el portón.

Lady *Vere de Vere*, gata de cien batallas, lanzó un chillido horrendo y saltó del hombro de Milt, con las uñas fuera y los pelos erizados, para atacar al oso. Pero éste con toda displicencia, batió su manaza una sola vez y la gata voló por los aires. Luego, satisfecho, se dirigió a la verja, trepó por ella y pasó al otro lado.

—¡Bravo, *Vere de Vere*! —exclamó Milt riendo—. Pero ese zarpazo debe haberla atontado... —Entraron corriendo en el corral. La gata no se movía; tampoco los saludó con el galante «miau» con que, mañana tras mañana, había saludado a Milt en su viaje solitario. El muchacho la levantó.

—Está... está muerta —dijo, mientras se le escapaban las lágrimas.

—¡Oh, Milt! Anoche dijiste que *Vere* era toda tu familia. ¡Ahora tienes a los Boltwood!...

Sin decir una palabra se encaminaron solemnemente al otro extremo del corral y enterraron a lady *Vere de Vere*. Durante el desayuno hablaron de la etapa de aquel día, que comprendía la salida del Park y la marcha hacia el norte, pero en sus palabras se traslucía un acento de mayor intimidad.

Fué en el desayuno cuando su padre oyó a un tal Milt Daggett tutear a la hija de los Boltwood, La sorpresa le hizo carraspear y atacar su plato de avena con un empeño reñido totalmente con su parsimonia habitual.

Mientras Clara pagaba la cuenta, mister Boltwood encendió un cigarro, miró a Milt, carraspeó de nuevo y dijo:

—¡Hermosa mañana!

Era la primera vez que ambos hablaban sin la presencia de Clara.

—Sí. Hoy tenemos que adelantar camino, señor. —El «señor» salió un poco forzado—. Podríamos pasar por el monte Washburn, lo cual nos haría subir a cerca de tres mil quinientos metros de altura.

—Si... Dígame, ¿es verdad lo que he oído a mi hija, que usted también va a Seattle?

—Sí.

—Tendrá amigos allí, ¿no es cierto?

Milt hizo una mueca irresistible.

—Ni un amigo. Pero los tendré. Voy a estudiar Ingeniería, y algo de francés probablemente, en la Universidad.

—¡Ah! ¿En serio?

—Sí. He sido muy limitado en mis ambiciones. No veo por qué no he de progresar y construir ferrocarriles, carreteras y fabricas eléctricas... Siberia, África, tantos lugares interesantes...

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Pues... ¡Ah! Yo... ¡Oh! ¿Ha visto a mi hija?

—Vi a miss Boltwood abajo.

—¡Oh, claro! Naturalmente... Pues... ¡Oh, allí viene!

Cuando el «Gómez» hubo partido, Mr. Boltwood empezó la escaramuza.

—Ese joven... ¿Crees tú que puedes permitirle que te tutee?

—¿Por qué no? Yo empecé a tutearle. Le llamo Milt porque Mr. Daggett es muy largo para llamar a un hombre que está salvándonos constantemente de tantos peligros, barrizales, despeñaderos, osos y ¡qué sé yo! ¡Oh! No te he dicho que el pobre Milt perdió su gata...

—Sí, sí, muñeca; me lo dirás a su debido tiempo, pero no nos apartemos de este problema social. ¿Crees que debes tratarlo con tanta intimidad?

—Es muy respetuoso, papá. No se tomará ninguna libertad...

—Ya lo sé. No estoy hablando por ti, sino por él. Estoy seguro de que es un muchacho amable y lleno de ambiciones. ¿Sabías que ha estado ahorrando dinero para ingresar en una Universidad?

—¿Cuándo te dijo eso? ¿Cuánto tiempo habrá estado planeando...? Creí que era yo...

—Esta misma mañana. Hace un momento.

—¡Oh, qué alivio!

—No te entiendo, querida, pero... ¿Dónde estaba yo? ¿Te das cuenta de lo tirana que eres? Si me has arrancado de Nueva York y me has traído a estas tierras salvajes, y conste que no me gustó la avena, ¿qué no harás con ese inocente? ¡Yo quiero protegerlo!

—¡Protégelo! Porque lo voy a formar de nuevo, aunque quizá lo eche a perder. La

creación de un hombre, de un hombre que sepa desenvolverse, es algo mucho más maravilloso que la creación de pinturas absurdas, o estatuas, o novelas. Voy a inducirlo a que complete sus estudios. Aprenderá a comportarse..., o tal vez pierda su sencillez y se estropee. Lo casaré después con alguna señorita de buena familia, simpática y saludable, como la prima de Jeff Saxton..., que tal vez lo transforme en un bestial acaparador de dinero. Estoy usurpando el papel del destino, y deberían darme una paliza por ello. Lo comprendo perfectamente, pero no lo puedo remediar. Siento que se levanta en mí todo el instinto latente de la femineidad entremetida, y.. ¡zas!, casi me salgo de esta curva.

XV

EL DIA NEGRO DEL VIAJE

Aquél fué el día negro del viaje; negro con reflejos rojos. Empezó con la intrusión del oso en el coche, que dio por resultado largos rasguños en la tapicería, la pérdida de una espléndida caja de caramelos comprada en el hotel del Park, una pena sincera causada por la trágica muerte de *Vere de Vere*. El segundo acto fué producido por el motor del «Gómez», que se las arregló ingeniosamente para perder toda su fuerza. Antes del desayuno, Milt se había ofrecido a llenarle el depósito de aceite. Clara se olvidó, y cuando se detuvo para reponer la gasolina el hombre le preguntó: «¿Una lata de aceite?», asintió ella distraída. Como resultado, los cilindros se llenaron con el exceso de aceite, las bujías se ensuciaron y la potencia del motor se redujo a la de una máquina de coser.

No pudo alcanzar el monte Washburn. Ni siquiera pudo subir las pendientes preliminares de la carretera. Conoció entonces las angustias del coche sin fuerza por los montes, angustias que son los más vergonzosas y anhelantes del automovilista: la brusca iniciación de la subida; la creencia de que aquella vez todo iría bien; la sensación de que todo el motor estaba agotado; el camino loco de los engranajes; los patinazos del embrague; la duda de si convenía abrir o no la llave del carburador, y el golpeteo aterrador cuando finalmente se le había dado demasiada gasolina; el recordar, cuando ya era tarde, que se hubiese podido retardar la chispa; el arrastre, más o menos en salvo, hasta la última pendiente empinada, a sólo quince metros de la cima; el sentir que el coche se detenía y gritar al pasajero para que se bajara y empujase; el doloroso par de metros siguientes, y la detención final cuando precisamente las ruedas delanteras empezaban a trepar. Luego, la ansiosa operación de echar los frenos de pie y de mano, para evitar el retroceso y la caída fuera de la carretera. Entonces empezaban a doler los tendones de la pierna, por la presión excesiva sobre el pedal, y con un esfuerzo infructuoso para ser cortés, se vociferaba al pasajero que se había quedado parado junto al coche, mirando condolido: «¡Ponga una piedra detrás de cada rueda! ¡De prisa, por

favor!»

Clara tuvo ocasión de observar detalladamente toda esta rutina. Milt subía siempre con gran estruendo, la animaba con palabras alegres y ora remolcaba al «Gómez» hasta pasar la pendiente atándolo a su «cacharro», ora se bajaba y lo empujaba hasta que las venas del cuello parecían reventarle.

—¿Querría usted empujar un poquito de aquel lado? —sugirió en cierta ocasión a mister Boltwood, quien, cesando en su concienzuda ocupación de fumar cigarrillos, se frotó las manos y obedeció con gravedad, mientras Clara esperaba en el volante las órdenes del nuevo capitán.

—Desearía que no nos creásemos tantas obligaciones con ese joven —dijo el padre, después de uno de aquellos contratiempos.

—Sí, pero, ¿qué podemos hacer?

—¿No te parece que podríamos pagarle?

—Henry B. Boltwood; si tratas de hacerlo... No sé... Tal vez el hecho de ser mi padre te salve, pero, aun así, temo arrojarte de la carretera por ese precipicio.

—Bueno. Entonces, ¿tendremos que invitarlo en Seattle?

—¿Tendremos? ¡Mi querido padre, no me lo podrás impedir! Los amigos de Gene Gilson a quienes no les guste ese muchacho recto, fino y con aspiraciones, pueden irse a... Bueno, no pienso abusar, ¿comprendes? Lo invitaremos al teatro... Dime, ¿vamos a trepar al monte Rainer antes de...?

—Escucha, muñeca: no trates de apartarme de mis débiles esfuerzos paternales. ¿Deseas sentirte obligada?...

—Con Milt, no importa. No cobrará intereses, como haría Jeff Saxton. Milt es... ¡una persona educada!

—Es verdad. Pero, ¿lo somos nosotros? ¿Lo eres tú?

—Estoy aprendiendo a serlo.

Entre discusiones, cuando no subían las cuestas, Clara limpiaba las bujías, donde se acumulaba el hollín producido por el exceso de aceite, o fingía ayudar a Milt a limpiarlas. Estas estaban siempre recalentadas, y al destornillar el vástago se quemaba los dedos; entonces sentía deseos de lanzar un juramento... y a veces lo lanzaba.

Después de mediodía, cuando ya habían salido del Park y entrado en Gardiner, Milt anunció:

—Voy a tener que quedarme un rato por aquí. La llave de la dirección parece gastada.

Tal vez tenga que cambiarla. Hay un garaje bastante cerca. Si no les importa esperar, tendré el mayor placer en ayudarlos hasta que el aceite se limpie.

—Voy a seguir despacio —dijo Clara, pero aceleró hasta el máximo.

Le molestaba discutir con su padre, y además no quería resultar demasiado embarazosa para Milt. Lo vería en Livingstone; allí le contaría lo bien que le había ido en el camino. Las bujías se estaban portando entonces mucho mejor, de manera que el motor tenía más potencia. Pero...

Entre el Park y la ruta transcontinental había muchas cuestas, cortas, pero muy empinadas. La carretera parecía una montaña rusa. Pretender seguirla con un motor que fallaba equivalía a hacer una carga a pie contra varias ametralladoras. Clara dilapidó su energía nerviosa, tanto que después de cada intento tenía que descansar y darse un masaje en la nuca, donde la acometía un dolor repentino. Estaba tan cansada que no se preocupó de hacer descansar los frenos cambiando a segunda en los descensos. Los usaba hasta que echaban humo, mientras el río y el ferrocarril de abajo parecían elevarse hacia ella.

Hubo una bajada larga. No pudo adivinar dónde concluía, porque el final estaba oculto por una curva. El descenso parecía interminable. Los frenos chirriaban. Trató de cambiar a primera, pero se produjo un ruido desagradable y ya no pudo poner la primera ni volver de nuevo a directa. Corría en punto muerto, mientras trataba de aminorar la velocidad apretando a fondo el pedal del freno. Esto surtió efecto, porque el coche se detuvo, pero empezó a descender de nuevo. La cinta de Saddle Black se había quemado.

Clara tuvo la impresión de que perdía la dirección del coche, que parecía dispuesto a salirse por una cuneta en cualquier momento. Pensó saltar, pero haciendo un gran esfuerzo se contuvo. Forzó la cinta que quedaba al máximo de presión. Con una mano mantenía la dirección en el centro de la carretera, y con la otra trataba de tirar aún más de la palanca del freno de seguridad. Pero no lo conseguía. Sus fuerzas no eran suficientes. Más ligero, cada vez más ligero, el coche se acercaba a la curva fatal...

Dominándose, dijo a su padre con la mayor calma posible:

—Tira de esta palanca con todas tus fuerzas. Con las dos manos.

—No comprendo.

—¡Dios mío! ¡Tira para atrás! ¡Tira, te digo!

La velocidad aminoró de nuevo. Clara pudo pasar a segunda. Pero ni aun eso impedía al coche marchar a sesenta kilómetros, lo cual, para quien desea bajar a menos de treinta, equivale en piso llano a una velocidad de ciento veinte, con un chófer borracho, en una

noche de niebla y con mucho tránsito.

Clara mantuvo el coche sin desviarse y pudo llegar al llano. Allí, en medio de un vallecito quieto y solo, dejó caer la cabeza sobre las rodillas de su padre y se puso a gemir.

—¡No puedo más! ¡No puedo resistir otra bajada! —sollozó.

—No, querida. No debes hacerlo. Mejor será... Sí, tenías razón. El joven Daggett es un caballero. No me gustan sus maneras en la mesa, pero... nos quedaremos aquí, mirando la flora y la fauna, hasta que nos alcance. El nos sacará del apuro.

—¡Sí! Seguro que nos sacará. ¡En serio, papaíto!... —Clara dijo esto con el acento de admiración que puso en sus exclamaciones la primera vez que vio a un aviador hacer el rizo—. ¡Es tan activo y eficaz! ¿No prefieres que sea él quien nos ayude, en lugar de algún otro como Jef Saxton?

—Debemos... debes recordar que Geoffrey no hubiese permitido que fallaran los frenos. Lo hubiera previsto. Habría instalado una sucursal de su oficina sobre esa loma, con cable telegráfico especial para comunicarse con la Bolsa y no interrumpir sus negocios. El entusiasmo es una buena cualidad, muñeca, pero hay que saber dónde emplearlo. Este muchacho, aunque sea digno de toda confianza, quizá no fuera aceptado para trabajar con un hombre como Geoffrey Saxton. Tal vez más adelante, cuando termine los estudios...

—No. Milt trabajaría con Jeff sólo dos horas. En cuanto Jeff le lanzara esa mirada despectiva de superioridad, Milt le pegaría un puñetazo y saldría de la oficina para irse al Polo Norte o a algún otro sitio; descubriría un pozo de petróleo y daría al delicado y competente Jeff el empleo de gerente. Pero... ¡que se apresure Milt, por Dios!

Era casi de noche cuando oyeron el *pit-pit* del «cacharro» al bajar la colina. La expresión alegre de Milt se trocó en timidez al ver a Clara correr por la carretera con los brazos abiertos en un adorable ademán de súplica, mientras le gritaba:

—¡Te hemos esperado mucho tiempo!... Una de las cintas del freno se quemó, y la otra está como yesca.

—Bueno, bueno. Veamos lo que se puede hacer.

Clara se quedó esperando reverentemente mientras su ángel de la guarda, sin moverse del «cacharro» miraba las ruedas del «Gómez» y pensaba. Abajo, la planicie salpicada de artemisas se desvanecía en un crepúsculo de sonidos apagados y de color de malva. El mundo conocido de amarillos luces y de seguridad estaba muy lejos. Milt era su único recurso para volver a él.

—Lo que podemos hacer —dijo Milt reflexivamente— es amarrar mi coche al tuyo, de

modo que yo le pueda sostener al bajar las cuestas.

Clara ni siquiera trató de ayudarlo cuando él limpió de nuevo las bujías y examinó los frenos y los depósitos de aceite, de gasolina y de agua. Se sentó en el estribo, contenta de haber sido relevada de su responsabilidad. Milt no pronunció una palabra; mientras trabajaba, silbaba la popular cancioncilla *Quiero volver a Oregon*.

Partieron, gritándose con optimismo el uno al otro, con los faros encendidos, que las dificultades estaban vencidas... y se pararon después del primer descenso. Clara tenía los ojos llenos de lágrimas. El amarre no había tenido éxito. El «Gómez», enorme y pesado, tiró de la soga como un *bulldog*, hasta romperla, y se lanzó de nuevo cuesta abajo en un delirio de velocidad.

Milt siguió al «Gómez», se apeó del «cacharro» y se acercó a ella diciendo:

—Soy un pésimo inventor. Tenemos que probar otra cosa.

Pero su tono era tan despreocupado que Clara, en su extrema nerviosidad, gritó:

—¡Oh, no seas tan bestialmente alegre! ¡Todo te importa un comino!

En medio de la oscuridad pudo ver cómo él se erguía. La voz de Milt sonó duramente, prescindiendo de la presencia de Mr. Boltwood:

—Alguien tiene que conservar la alegría. En cuanto a lo ocurrido, yo hice lo que pude.

Clara empezó a sentir que el sueño la vencía; se puso a dormitar, olvidándose de que en pocos minutos tendría que recuperar toda su conciencia y serenidad para realizar las difíciles maniobras de la conducción. Milt, con un hacha de su equipo de *camping*, estaba cortando un pino bajo y copudo. Lo arrastró hasta el «Gómez» y lo ató al eje posterior. Los nudos de las ramas se introducirían en la tierra, mientras que el follaje se trabaría en cada guijarro.

—¡Ya está! ¡Este árbol sirve hasta para un camión! —exclamó.

Sirvió. Clara bajó las dos cuestas siguientes con toda facilidad. Pero estaba agotada. Tenía tan embotados los antebrazos como el cerebro. Apeló a Milt:

—Ya no puedo seguir más. Hay tanta oscuridad y estoy tan cansada...

—Muy bien. No hay casas a la vista, así que acamparemos aquí, si Mr. Boltwood no se opone.

Clara se movió para ayudarle a preparar la comida. No había que hacer muchos preparativos. En ambos coches había pocas provisiones. Tenían jamón, unos pedazos de pan petrificado, algo que se parecía a café y mermelada.

Milt arregló una cama para Mr. Boltwood con los almohadones de los asientos. El del

«Gómez» era diez centímetros más grueso que el del «cacharro» dando como resultado un colchón de dos pisos en la cabecera y de uno a los pies, lo cual lo hacía muy resbaladiza. Pero con una frazada de Milt resultó suficiente. Milt le cedió a Clara otra manta, su colección de abrigos en desuso y unos cuantos consejos. Luego habló vagamente de una tercera manta para él. Y la tenía. Era una de cuarenta centímetros por noventa, de lana blanca. La había comprado en Dakota para *Vere de Vere*, y aquel día la había acariciado más de una vez murmurando: «¡Pobre gatita!»

Metido en su lecho. Mr. Boltwood pensó en serpientes de cascabel, en osos, en reumatismo, en Brooklyn en su deuda con Milt y, aunque no había tenido ocasión de decírselo a Clara, en que creyó en una muerte segura cuando tallaron los frenos.

Clara, en su somnolencia, se sentía feliz. Ya había pasado todo. Percibía aún el murmullo de las hojas de las artemisas, los rabiones del Yellowstone que corría más abajo, el cielo abierto, el aire suave, cierto desdén por la gente encerrada en cuartos caldeados, y la reanimadora presencia de Milt, quince metros más allá. Por él sentía el interés de un joven médico por su nuevo aparato de rayos X, de un impresor por su nuevo tipo de imprenta, de un inventor por un nuevo artefacto surgido en su imaginación. Ella se empeñaría para que sus primos de Seattle, los Gilson le ayudaran a introducirla en los círculos apropiados, durante su estancia en la Universidad. Ella, naturalmente, volverla a Brooklyn, pero tal vez Milt le escribiera... Le escribiría cartas... Brooklyn... Estaba en Brooklyn... ¡No, no! ¿Dónde estaba? ¡Ah, si, en el campo!... Mal día... Los frenos...

¡No, no se casaría con Jeff Saxton!... Brooklyn... El susurro del río... Las estrellas...

Mientras tanto. Milt, cuando no pensaba prosaicamente en que tenía frío en la espalda, se alborozaba así: «No volverá a su ambiente hasta que llegue a Seattle. Probablemente, allí me olvidará. No se lo reprocho. Pero, hasta entonces, yo seré su compañero. Hablaré con ella mañana por la mañana. ¡La tengo aquí cerca, a un paso de mí!»

Amanecieron entumecidos, pero contentos al ver el sol sobre las artemisas y sobre el río. Los dos jóvenes se desayunaron cantando. Mientras Milt estaba juntando leña, levantó su rostro para mirar a Clara; la vio parada, perfilada sobre el fondo de las colinas rugosas, con la falda y los zapatos aún impecables, pero sin chaqueta, con la blusa abierta en la garganta, el cabello alborotado por el viento, las mangas arrolladas a los codos, con una mano en la cintura, erguida y llena de vigor... como el espíritu de la aventura.

Cuando tuvieron arreglados los frenos, en Livingstone, prosiguieron juntos su viaje hasta Butte. Y al día siguiente, cuando Milt marchaba a un kilómetro detrás del «Gómez», un hombre de pelo colorado, con un gran revólver, salió de entre unos arbustos y lo saludó cortésmente. En este punto se detuvo Milt.

XVI

LOS LENTES DE LA AUTORIDAD

Clara siguió hacia el Oeste, y luego hacia el Norte, por Butte, que brillaba en la oscuridad como un diamante sobre las colinas; por Missoula, que tenía árboles y una Universidad, con una montaña en el patio de cada casa; por Flathead Agency, donde los indios de mantas de color escarlata acechaban desde sus pequeñas tiendas puntiagudas, mientras sus mujeres llevaban a los hijos colgados a la espalda, como en otras épocas, y por St. Ignatius, una aldea que parecía de los Alpes italianos, con su antigua misión al pie de las montañas, que semejaban el sostén del cielo. Estaban bordeando el lago Flathead, en el cual se reflejaban cien kilómetros de montañas; por todas partes se veían terrenos escalonados y sembrados de trigo, en plena cosecha, llenos de ruido de maquinarias y remolinos de paja voladora. Pero aquellas praderas en miniatura se hallaban circundadas por las abruptas montañas.

Mr. Boltwood observó:

—Preferiría poseer una de esas granjas y pasear la vista sobre mis campos hasta esas colinas, que ser rey de Inglaterra.

A pesar de su opinión, no hizo el menor esfuerzo para comprar una de aquellas granjas; tampoco había hecho el menor esfuerzo para ser rey de Inglaterra.

Clara no había visto a Milt durante día y medio; desde la mañana en que ambos coches salieron de Butte. Estaba extrañada, un poco resentida, y se sentía sola. Al caer la tarde, cuando empezaba a dudar si llegaría a Kalispell casi sobre la frontera canadiense, vio a una mujer que corría hacia la carretera desde una casa situada en la ribera del lago. Levantó una mano y la agitó en el aire. Clara detuvo el coche.

—¿Es usted miss Boltwood?

La pregunta era tan desconcertante como si se la hubieran hecho en una aldea de la

China.

—Si..., si... ¿Por qué?

—La están llamando por teléfono. Desde larga distancia.

—¿A mí? ¿Por teléfono?

Un temblor le recorrió el cuerpo. «Algo le ha sucedido a Milt. ¡Me necesita!», pensó.

No pudo dominar su voz al llegar junto al telefonista, y chilló:

—¿Quién quiere hablar con miss Boltwood?

—¿Es usted miss Boltwood? El hotel de Kalispell ha estado tratando de localizarla desde hace dos horas. Ha telefoneado a toda la línea desde Butte a Somers.

—Bue... bueno... ¿Quiere ponerme en comunicación?

No fué la voz plácida, un tanto nasal, de Milt, sino una más suave, más decisiva, más extrañamente familiar, la que vibró al final:

—¡Oiga! ¡Oiga! Miss Boltwood... No oigo, telefonista; conecte mejor. ¿Miss Boltwood?

—¡Sí, sí! Soy miss Boltwood —repetía ella suplicante, durante la larga controversia, no desprovista de calor, entre el desconocido y el telefonista.

Este parecía no saber más que estas palabras del idioma:

—Está comunicando. ¿Por qué no habla? ¡Hable más fuerte!

Luego hubo una pausa:

—¿Me oye ahora?

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Miss Boltwood?

—¡Sí!

—¡Oh! ¡Hola, Clara! Soy Jeff.

—¿Jess... qué?

—No. Jess no. ¡Jeff! ¡Geoffrey! ¡Jeff Saxton!

—¡Oh! —Sonó como un sollozo—. ¿Có... cómo, co... cómo? Pero, ¿estás en Nueva York?

—No, querida. Estoy en Kalispell, Montana.

—Pero... ¡entonces estás muy cerca!

—¡Así es!

—Pe... pero...

—Vine al Oeste por asuntos de cobre. Te seguía la pista desde el Yellowstone Park, pero la perdí en Butte. Pensé que podía dar contigo en algún punto del camino. ¿Estás en Barmberry?

La mujer que la había llamado no perdía una palabra de la conversación telefónica, que podría referirse a alguna muerte, incendio, rapto o cualquier otro acontecimiento igualmente dramático. Clara se volvió para suplicarle:

—Por favor, ¿desde qué lugar estoy hablando?

—Desde la posada de Barmberry.

—Si —contestó Clara por teléfono—. Parece que estoy en Barmberry. ¿Sigo el viaje?...

—No. Tengo un plan mejor. Quédate ahí. Un buen coche me está esperando. Vamos a comer juntos. Hasta luego.

La comunicación se cortó. No hubo respuesta a los apremiantes «¡oye!, ¡oye!» de Clara. Esta colgó el receptor cuidadosamente. No podía soportar la idea de tener que enfrentarse con los espectadores, Mr. Henry B. Boltwood, Mr. James Barmberry, Mrs. Barmberry y cuatro Barmberrys en capullo, de uno a cinco años de edad. Fingió ignorar la presencia de la familia Barmberry, aunque su silencio parecía lleno de bulla y de curiosidad, y se dirigió a su padre:

—Es Jeff Saxton. Vino a ver unas minas de cobre. Telefoneó a todo lo largo del camino para dar con nosotros. Dice que tenemos que esperar aquí hasta que él llegue, para comer juntos.

—Sí, señor —aclaró Mrs. Barmberry—. Me dijo que sí yo conseguía detenerlos a ustedes, que matara unos pollos y los tuviera listos para asarlos, con un poco de crema batida... ¡Jim Barmberry, vete inmediatamente a terminar de batir esa crema, en lugar de quedarte ahí con la boca abierta! ¡Y vosotros, chicos, fuera de aquí!

Clara aprovechó para escabullirse el momento en que Mr. Boltwood se inclinaba ceremoniosamente ante la posadera. Alrededor de la primitiva cabaña de madera había una serie de tiendas y chozas donde estaban instalados los dormitorios: el comedor se hallaba en un corredor con mamparas, dando vista al lago. Los escasos huéspedes, terminada la comida, se hablan marchado a sus tiendas.

Clara paseó por la ribera del lago. Se sentía más débil y desazonada que cuando Milt había atado una copa ce árbol al eje de su automóvil, tres días antes. Un plano de sus pensamientos sobre Jeff Saxton hubiera mostrado un laberinto. Murmuraba: «¡Querido Jeff! ¡Qué atento! ¡Cómo se ha dado maña para encontrarme! ¡Qué alegría volverlo a

ver!» Y luego: «Queda perfectamente entendido que no estoy comprometida con él, y no me voy a dejar sorprender hasta el punto de besarlo cuando caiga como un lobo sobre el redil...» Y luego: ¡Jeff Saxton aquí! Me trae nostalgia de Brooklyn, de los elegantes comercios de Manhattan, de los teatros...» Y luego: «¡Oh!... ¿Y si no me deja proseguir el viaje en el coche? ¡Es tan autoritario..., y papá se va a poner de su parte! Y trató de asustarnos con el telegrama que mandó a Fargo.» Y luego: «Se va a horrorizar si llega a saber lo del freno. A Milt no le importó. A Milt le gusta que sus amigas sean audaces. En cambio, Jeff quiere que su harén lo admire con sumisión.»

Se acurrucó en la orilla del lago. Parecía así una figura abandonada en la soledad. Los picos de la cordillera Mission, a través del espejo violáceo del Flathead Lake, adquirieron de repente un tono rosado intenso, reflejo de la puesta de sol; luego parecieron volverse otra vez de piedra, impresionantes. Desde el otro lado de la carretera, en el porche de la posada de los Barmberry, le llegaba la voz de Mr. Boltwood, que decía: «¿Ah?» y «¿De veras?», al oír los cuentos de James.

Por la carretera, Clara percibió los ronquidos de una bocina, poderosas luces cada vez más deslumbrantes, una embestida ruidosa, el frenar de un coche, y, saliendo de él, una silueta borrosa, un hombre que cambiaba, Jeff Saxton, como un símbolo del hogar y de la gente que ella quería, de las formas de vida que ella conocía y amaba. Apenas había gritado él: «¿Está miss...?», cuando ya ella, corriendo, se había echado en sus brazos y lo besaba.

Clara se apartó en seguida, tratando de aparentar que nada había sucedido, pero temblaba al decir:

—¡No puedo creerlo! ¡Es maravilloso verte aquí!

Se retiró hacia el porche de Barmberry; Jeff la seguía con las manos estiradas. Entraron en el círculo iluminado por las luces de la casa. Mr. Boltwood exclamó:

—¡Ah, Geoffrey! ¡Nunca he tenido una sorpresa más agradable que ésta!

—¡Mr. Boltwood! ¡Lo encuentro espléndidamente! Parece otro hombre. William Street debe tratar de conservar sus laureles cuando usted vuelva y se reincorpore a sus negocios.

Entonces, en el porche iluminado, los dos hombres se estrecharon las manos y trataron de manifestar de alguna otra forma su cordialidad. Ambos pensaron en ofrecerse cigarrillos. Sonriendo, se separaron y sonrieron de nuevo, de esa manera tonta e indeterminada que tienen los varones, privados del desahogo del beso. Mr. Boltwood salvó la situación diciendo:

—Tengo que ir corriendo a lavarme las manos. Nos veremos en seguida.

James Barmberry y el escuadrón infantil lo siguieron desilusionados. Clara se quedó sola con Jeff; estaba asustada. Admitía que Jeff, con su gorra inglesa y su immaculado abrigo londinense, su aguda sonrisa y la tersura de su rostro recién afeitado, era más atrayente que el recuerdo que de él tenía.

—¿Contenta de verme? —preguntó Jeff.

—¡Claro!

—Estás...

—Eres muy...

—¿Buen viaje? Lo pregunto porque no me has enviado más que postales que decían «Hermoso pueblo», o alguna frase igualmente sentimental.

—Sí, he sido poco cortés. Estas montañas y estos grandes espacios me transportan, me inspiran simplemente —dijo con un leve tono de desafío.

—¡Por supuesto! ¡Lástima que, estando tú ausente, no me haya quedado nada en Nueva York que me inspire!

—¿Acaso necesitas algo más que tu oficina y tu club?

—¡Clara!

—¡Oh, perdón! Me he portado mal.

—Sí. Pero no importa. Estoy seguro de que me he vuelto manso y dócil a fuerza de añorarte. No tengo inconveniente en que me regañes y me recuerdes que no soy sino un simple hombre de negocios.

Clara tuvo que decirle que no era un simple hombre de negocios, y que su intención había sido expresarle sencillamente lo *práctico* que era.

—Pero ya no soy tan prosaico como antes —declaró él. Y continuó—: ¡Pensar que estabas viajando en medio de desiertos y montañas!... ¡Oh! Me he sentido muy solitario. ¿Puedes adivinar cuánto? Una docena de veces, cada noche, tomé el teléfono para llamarte y pedirte que me permitieras ir a verte un ratito; luego me daba cuenta de que no estabas en la ciudad, y me quedaba sentado mirando el teléfono... ¡Oh, las demás personas son tan aburridas!...

—¿De veras me echaste de menos?

—Quisiera ser poeta para poder expresártelo en forma adecuada. Pero no me has dicho que tú también me echabas de menos a mi, Clara. ¿Acaso no te has acordado un poquito de mi? ¿No hubiera sido intolerable tener al pobre Jeff viajando ansioso, a través de las peligrosas montañas?...

—¡Y llenando depósitos de grasa! Esa porquería que se pega en los dedos...

—Si. También tuve que hacer eso. Pero he ideado varias sorpresas durante el camino. ¡Soy amigo de las sorpresas! Contraté una lancha automóvil para que exploremos el lago. Por eso quería que te quedaras aquí, en lugar de seguir a Kalispell. Mañana por la mañana, desgraciadamente, tengo que tomar un tren para California. Me han llamado de allá, y probablemente tendré que seguir el viaje hacia el Norte. Pero, mientras tanto... El chófer debe de haber llevado ya mis pequeñas sorpresas a la cocina.

—¿Qué son?

—Adivina.

—Comida. Algo delicioso para comer.

—Puede ser.

—¿Pero qué? Por favor... ¡Estoy tan hambrienta!

—Lo veremos a su debido tiempo, chiquilla. No hay que apurar al tío Jeff.

—¡Ah!... déjame ver de qué se trata ahora mismo. ¡Si no, me pondré a patalear!

Jeff había llevado de Nueva York una canasta pantagruélica. A los pollos asados pedidos en la posada agregó unos tarros de puré de pichones y alcachofas preparados por el cocinero de su club; caviar y anchoas; una maravillosa torta de frutas, creadora de pesadillas, para acompañar la crema batida; dos botellas del más famoso jerez, y una caja de frutas escarchadas. La comida no fué servida en el comedor, sino junto a la chimenea, en el cuarto de estar de los Barmberry. Clara miró las frutas escarchadas y luego se quedó contemplando a Jeff de un modo extraño, como si en realidad estuviera pensando en otra persona. Luego musitó:

—Yo no sabía que pudieran gustarme tanto estos lujos vanos. Ahora habría preferido un baño levemente perfumado, un verdadero tocador, con espejo triple, de estilo francés... y bajar a comer en traje de noche. ¡Oh, el viaje me ha hecho gozar, Jeff! Pero mi pobre cuerpo se cansa y se llena de polvo, y luego apareces traidoramente con todas estas cosas producidas por arte de magia y... No, no soy la mujer de un colonizador. Y mi padre no es un hombre de las cavernas. Observa ese rico idólatra que ejecuta con la sopa.

—Es que me siento idólatra. Había olvidado la suprema importancia ética que tiene la sopa. Nunca más me permitiré olvidarla de nuevo —dijo Mr. Boltwood con el tono de quien ha vuelto a su casa.

Clara le quedó reconocida a Jeff, porque no le permitió seguir agradeciéndole sus atenciones. Desvió la conversación hacia temas de Brooklyn. Fué prolijo y explícito, y hasta casi gracioso, al describir una representación al aire libre del *Sueño de una Noche de*

Verano, en la cual una dama que pesaba más que trece piedras del basamento del escenario desempeñó el papel de Puck. Cuando, terminada la comida, tomaron asiento lejos de la mesa, Clara se estremeció; entonces Jeff le puso un chal sobre los hombros, dirigiéndole una sonrisa de ansia y desamparo. Ella le tomó la mano.

— ¡Jeff, qué bueno eres! — susurró.

— ¡Oh, querida mía! — imploró él. Movi6 la cabeza de un modo cari6ioso que le lleg6 al coraz6n, y se volvi6 para cumplir con el deber de informar a Mr. Boltwood sobre el estado real de los mercados.

— ¡Háblame a mi tambi6n! — le pidi6 ella, y se detuvo con la mirada fija en el vaci6. Acababa de oír un *pit-pit-pit*, y luego las voces indistintas de James Barmberry y otro hombre, que dialogaban afuera.

Milt Daggett irrumpi6 en escena, con el desplanchado traje azul cubierto de polvo, los ojos cansados y una sombra de barba en el ment6n, diciendo:

— Creí que no te iba a alcanzar, Clara... Yo...

— ¡Oh, Milt!... Mr. Daggett... ¡Oh, Jeff! Aquí est6 nuestro buen amigo Milt Daggett, que nos ayud6 tanto en el camino.

Los di6fanos lentes, montados al aire, de Jeff parecieron mirar los ojos de Milt enrojecidos por el viento; su impecable vestimenta pareci6 husmear con desd6n el chaleco de lana de Milt, y su voz mesurada respondi6 al gru6ido de sorpresa que lanz6 Milt, con un cortante:

— ¡Ah! ¡Mr. Daggett!

Jeff hizo una inclinaci6n de cabeza y, dando media vuelta, continu6:

— El hecho es, Mr. Boltwood, que todo el mercado de metales...

Milt miraba alternativamente a uno y otro. Clara comparaba, por primera vez, las frutas escarchadas con la grasa del motor. Se levant6 y, dirigi6ndose a Milt, murmur6:

— ¿No has comido todavía?

La puerta se abri6 otra vez. Un hombre de rostro y pelo colorados, con un traje absurdo de color verde, entr6 en el cuarto de estar, barri6 el suelo con el ala de su gran sombrero de fieltro, y declam6 como un actor de ínfima categoría:

— Amigos de mi amigo Milt: nosotros, los que vamos a comer, os saludamos. Permitidme que me presente. Soy Westlake Parrot, mejor conocido por el vulgo como Parrot el Rojo, caballero de aventuras, nacido durante la conjunci6n de Marte con Venus, cuando Saturno estaba en ascenso.

Jeff había fingido ignorar la presencia de Milt. Pero ante esta segunda intrusión, que echaba a perder de una manera tan grotesca su reunión privada, avanzó al centro de la habitación y exclamó:

—¿Qué significa esto? —con un aire tal de jefe de oficina que el misterioso personaje interrumpió su perorata. Clara sintió que se bamboleaba. No sabía si Milt había adquirido un bufón para su uso particular, ni qué le iba a suceder a Milt... ni a ella misma.

XVII

EL VAGABUNDO DEL TRAJE VERDE

Cuando, al salir de Butte, el coche de Milt corría pacíficamente por la carretera, un hombre surgió de detrás de unos arbustos y le apuntó con un revólver 44 del Ejército.

No era un bandido de película. Tenía una chaqueta verde, con cinturón, y una ancha sonrisa en su roja cara. Se inclinó ceremoniosamente quitándose el sombrero y mostrando una pelambarrera rojiza, estriada de gris, y habló de esta manera:

—Perdone mi excéntrico saludo, camarada del camino, pero deseaba hacerme oír en mi obsequiosa pregunta: ¿qué probabilidades tengo de que me transporte? He aprendido que la obsequiosidad se aprecia mejor cuando está apoyada por los ruegos y las balas.

—¿Qué pretende decir? Me parece comprender que lo que usted desea es que lo lleve. Suba.

—Veo que no comulga usted con el estilo ciceroniano —rió el hombre al subir.

Milt no estaba impresionado. Clara lo hubiera estado, pero Milt había oído demasiadas discusiones sobre política y religión en torno a la estufa de Rauskukle para que le sorprendiera la *polisilabomanía*. Sabía que ésta suele ser la característica de los que leen mucho sin orden ni concierto.

—¡Eh! —rezongó—. ¿Qué es usted: periodista, político, abogado, predicador o tahúr?

—Un poco de cada una de esas interesantes profesiones. Y acróbata a ratos perdidos y narrador honorario del distrito, y vendedor del «Rápido Sensibilizador Vegetal» del doctor Thunder. ¿Hasta dónde va usted?

—Hasta Seattle.

—¿En serio? ¡Muchacho, eso es...! Hijo mío, gozaremos del raro privilegio de juntar nuestras aventuras hasta Blewett Pass, que está a cuatro o cinco días de aquí, a un día

antes de Seattle. Allí tengo una mina de oro, y allá voy. Partiré con usted mis comidas. Noto por su equipo que acampa durante la noche. Muy bien, muchacho. Parrot el Rojo no es hombre que tema el aire de la noche—. Dio unas palmaditas en el hombro de Milt con un insolente aire de condescendencia. Llenó su pipa y, aunque el auto marchaba a una apreciable velocidad, la encendió con elegante parsimonia y reanudó el hilo de su discurso—: Usted cree haberme clasificado en la flor de la juventud, más aún desde que yo admito que, aunque poseo dinero suficiente para compartir los gastos de la comida, me falta metálico para pagar el billete de ferrocarril a Blewett, y los topes de los vagones de carga que utilizan los argonautas no convienen a mi temperamento. Levantan demasiado polvo. Pero su análisis peca por falta de síntesis, aunque usted apenas capte mi paradójica metáfora.

—¿Quién dice que no la capto? ¡Diablos! He estudiado Química y Retórica —gruñó Milt, atento sólo al volante y al deseo de verse libre de su parásito.

—¡Oh! ¡Oh, ya veo! Bueno, de cualquier modo, yo no soy un simple caballero de ingenio, como tal vez crea usted. En realidad, soy señor de varios acres en Arcadia.

—No conozco ese pueblo. ¿Montana o Idaho?

—¡Ni en uno ni en otro! En el valle del ensueño.

—¡Oh! Allí... ¿eh?

—Pero los tengo sustentados por una mina de oro perfectamente real. Situada en un cañón cerca de Blewett Pass y descubierta ¡por Dios! Mi señora esposa, que es la más bella entre las damas de la sociedad en North Yakima, la guarda y defiende ahora hasta el regreso de su consorte. ¡Hermosa mina! ¡Producción segura! Estuve en Butte para obtener un préstamo sobre ella, pero los reyes del comercio están celosos. No se dignaron escucharme. Esos pajarracos no abren la mano ni por casualidad. De manera que torcí mi ruta para regresar al lado de mi recatada cónyuge, la hurí de mi corazón. La próxima vez ensayaré un juego de pistolas, en Seattle. No me olvidaré de usted. Le recompensaré generosamente por llevarme a Brewett, a lo largo del largo, lánguido y languideciente camino...

—Lástima que tenga que quedarme un par de días en Spokane.

—Bueno, entonces tendrá el placer de llevarme hasta allí.

—¡Y alrededor de una semana en Kalispell!

—Eso me incomoda un poco; pero, por mi honor, me ha gustado tanto su rostro sencillo y honesto que no le abandonaré. Además, conozco a cierta persona en Kalispell que me facilitará los mezquinos mantenimientos que necesitaré mientras le espero,

amigo de mi corazón. No imagina usted qué cerebro diestro y accesible conduce en su ómnibus. Cuando yo haya obtenido el precio de la mina, ocuparé el lugar que me corresponde entre la aristocracia social que posee automóviles. No solamente desempeño papeles de actor y narrador, promotor e inventor, soldado y periodista audaz, sino que soy también un místico, un iniciado, clarividente y psicoanalista, un adepto de la Rosacruz, y un profundo conocedor de las teorías herméticas. ¡Cómo que mi guía es el propio Hermes Trimegisto! Tengo también el grado de doctor en *mentepráctica*, y mis estudios en *astrobioquímica*...

—Voy a parar. Estoy cansado. Haré un poco de café —interrumpió Milt.

Ni deseaba parar ni quería café, pero ansiaba desesperadamente no imponer la presencia de Parrot el Rojo a los Boltwood. Cumplía con sus principios al no oponerse nunca a llevar a nadie en su coche, siempre que tuviera espacio libre, pero esperaba libertarse de sus principios con la insinuación contenida en el acto de detenerse. La reacción del Rojo no fue nada alentadora:

—¡Hola! Veo que tiene una chispa de la llama psíquica. También yo deseo café. Pero no se moleste en hacer fuego. Eso lo haré yo. Usted conduce y yo hago los trabajos de campamento. Esto no significa que yo no conduzca mejor que usted, si me permite que lo diga. En otro tiempo tomé parte en algunas carreras, antes de dedicarme a la aviación.

—¡Oh! ¡Aviación! ¿En qué aparato voló?

—¿Eh?... En un biplano...

—¡Ajá! ¿Qué motor tenía?

—¡Hum!... Era un motor extranjero. El... el... Bueno, un motor francés.

—¡Aja! ¿En qué carrera corrió usted?

—En la... Excúseme hasta que encienda el fuego para nuestra colación al aire libre; luego desarrollaré la historia de mis hazañas *carreriles*.

Pero no hizo ninguna de las dos cosas.

Después de haber llevado siete ramitas, un pedazo de artemisa y una tabla de seis pulgadas, el Rojo dejó que Milt concluyera de hacer la fogata, mientras él hablaba de sus extensos conocimientos sobre los antiguos sacerdotes y misterios de Egipto.

Milt perdió la esperanza de que el Rojo se aburriera de esperar y se marchase. Después de una hora de diluvio de palabras. Milt decidió dejar el volante al Rojo, para obligarle a confesar que no sabía conducir. Pero se equivocó. Parrot el Rojo sí sabía. No lo hacía muy bien, pues el volante se le desviaba y el motor se paraba en las pendientes, pero mostraba al llevar el volante algo de la audacia que caracterizaba su charla. Milt,

temeroso de que volcara en una salida por la cuneta, tuvo que pedirle que le dejara de nuevo conducir el coche.

Siete veces durante aquel día trató Milt de desembarazarse de él. En una ocasión se detuvo sin excusa alguna y se dedicó a mirar simplemente las altas rocas que flanqueaban la carretera. El Rojo no se incomodó. Repantigado en el asiento, se puso a cantar unas canciones de amor españolas. Otra vez, Milt tomó a propósito un camino equivocado que subía por la falda de la montaña. Se perdieron y tardaron cinco horas en volver a la carretera. El Rojo se entusiasmó con la aventura, pues amaba las emociones, y lo expresó en un breve discurso que duró quince minutos.

Milt trató de cansarlo disminuyendo la velocidad a veinte kilómetros. El Rojo, con todo afecto, aprovechó la oportunidad para estudiar los estratos de la sierra. Cuando acamparon por la noche, el Rojo lo amaba como a un hermano, y le dijo que estaba pensando en no detenerse en Blewett Pass para ver su mina de oro y a su querida esposa, sino continuar el viaje hasta Seattle con tan buen compañero.

El forzado invitante no pegó los ojos, y cuando el Rojo se despertó y empezó a lanzar una serie de palabras escogidas sobre el canto de los pájaros en la madrugada, Milt lo interrumpió:

—Parrot, no me gusta hacerlo, pero... Nunca me he negado a llevar a nadie en mi coche, pero en esta ocasión me temo que tendrá usted que seguir su camino solo.

El Rojo se incorporó en sus mantas.

—Tiene miedo de mi, ¿eh? No le faltan motivos. Soy un tipo peligroso. Yo maté al primer marido de mi esposa y la rapté, ¿sabe? Yo...

—¿Quiere asustarme ahora? Usted no es más que una burbuja de aire. —La mano derecha de Milt se estiró, con los dedos arqueados, con la alegre tensión de un hombre que se despereza.

—No. Estoy leyendo sus pensamientos simplemente. ¡Y le digo que tiene miedo de mi! Cree que si seguimos juntos le voy a robar el coche. Me teme porque soy tan suave, ¡No se atreve a que le acompañe ni un día más!

Tiene miedo de que le robe su miserable cochecillo esta misma noche. ¡No se atreve!

—¡Demonio! ¡Que no me atrevo! Si usted cree que es miedo lo que tengo, sólo por demostrarle lo contrario le permitiré que siga hoy.

—Eso es hablar bien, muchacho. Sería una vergüenza que tuvieran que separarse dos seres que han nacido para compañeros.

El Rojo se había levantado de sus mantas y estaba estrechando calurosamente la mano

de Milt.

Este sabía que había caído en una trampa, pero no tenía esperanzas. ¿Era posible insultar al Rojo? Lo intentó de nuevo:

—Seré franco. Usted es el mentiroso más grande que he visto en mi vida. Ahora, no trate de coger ese pistolón suyo. Tengo una piedra bien puntiaguda aquí, al alcance de la mano.

—Pero, mi querido muchacho, no tengo la menor intención de coger ninguna máquina infernal... Además, no tiene nada dentro. Empeñé las balas en Butte. No estoy enojado, mi querido amigo, sino resentido. Discutiremos esto en cuanto tomemos el desayuno y nos pongamos en marcha. Le probaré que, si bien es cierto que ocasionalmente permito a mi fantasía que coloree los hechos desnudos y desprovistos de todo tutor con los pigmentos de un Robert J. Ingersoll... A propósito, ¿sabe lo que dice del *whisky*?

—No se aparte del tema. Terminaremos nuestra discusión ahora mismo; le daré el desayuno y nos despediremos inmediatamente. Cada uno por su lado.

—¿Sólo porque soy más ligero de espíritu que este mundo sórdido y lúgubre? ¡No! No acepto ser abandonado. Le perdonaré y continuaré con usted. Tenga en cuenta que soy muy sensible; no me gusta inmiscuirme donde no me llaman. Pero tiene que ofrecerme una razón más poderosa para darme esquinazo que mis reconocidas dotes de conversador. Mi lógica es aún más fuerte que mi olímpico desdén por dar en el clavo.

—¡Bueno, se acabó! Ya que usted quiere saberlo... Me cuesta decirlo, pero haría cualquier cosa por verme libre de usted. La verdad es que hay una especie de excursión turística con una señorita y su padre, y ¡usted me incomoda!

—¡Aaaaaa! ¿Ve usted? No solamente le voy a acompañar, sino que hasta haré por usted el papel de John Olden y le conquistaré a la bella dama. Adornaré de tal modo sus viriles aunque rudas y prácticas cualidades que... Bueno, las mujeres son mi especialidad. Entran...

—¡Psh! Usted es un tonto. No se trata de una de esas muchachas de tres al cuarto, como las que usted acostumbra. Se trata de una verdadera señorita.

—¡Qué ciego es usted, mi cruel amigo! No es capaz de comprender que, cualesquiera que sean mis vicios, la posición social que ocupó...

—¡Oh! ¡Cállese de una vez! ¿No se da cuenta de que estoy tratando de ser generoso con usted? ¿O voy a tener que darle una paliza para que empiece a sospechar que su presencia no me es grata? Su posición social no figura ni siquiera en la guía telefónica. En cuanto a su vocabulario... puros disparates... ¿Tendré que llegarle?...

—Bueno. Tiene razón. Soy un zoquete. Déme la mano, y santas pascuas.

—Bien. Entonces, ¿puedo seguir adelante, solo y en paz, sin necesidad de arrancarle las orejas?

—Por supuesto. Haremos un convenio: usted me lleva unos cuantos kilómetros más, hasta algún lugar poblado, y allí le dejaré.

Así fué como aquella noche, cuando Milt divisó el «Gómez» en el patio de Barmberry, aún iba acompañado por el inseparable Parrot el Rojo, el cual prometió voluntariamente no emplear su elocuencia con Clara ni pedir dinero prestado a Mr. Boltwood. Sin obtener permiso para quedarse, se había quedado. Por otra parte, había cumplido su promesa de comprar la mitad de las provisiones, contribuyendo con cinco centavos de caramelos de limón al pan y al tocino de Milt.

Al detener el coche, Milt le advirtió:

—Allí está su automóvil. Parece que eso es un hotel. Voy a entrar a saludarla. Adiós, Parrot. Encantado de haberle conocido, pero espero no encontrarle a mi salida. Si así no ocurre... ¿Quiere granito o mármol para la piedra de su tumba? ¡Ahora estoy hablando en serio!

—Comprendo perfectamente, muchacho. Admiro su caballeresca delicadeza. ¡Adiós, viejo *compagnon de voyage*!

Milt le preguntó a Mr. Barmberry si los Boltwood estaban dentro, y se lanzó al cuarto de estar. Al gritarle a la joven, que estaba junto a la chimenea, «¡Creí que no te iba a alcanzar más, Clara!», notó que, parado un poco más lejos y conversando con Mr. Boltwood, había un caballero, ni viejo ni joven, muy pálido y presuntuoso. Llevaba un traje de franela gris, zapatos impecables, una corbata azul, de nudo insolentemente bien hecho, y tenía una calva incipiente y rosada, de aire superior. Cuando oyó a Jeff Saxton murmurar: «Ah, Mr. Daggett», Milt percibió el lujo del ambiente, el chal que cubría los hombros de Clara, la caja de golosinas a su lado, el aroma de buenos cigarros y el aspecto de complacencia de Mr. Boltwood.

—¿No has comido todavía? —preguntaba Clara, cuando una voz extraña sonó como un estampido:

—Permitidme que me presente. Soy Westlake Parrot.

Jeff se volvió bruscamente hacia el Rojo, preguntando:

—¿Qué significa esto?

La mirada de Clara hizo mil interrogaciones a Milt.

—Este es un individuo que llevé en mi auto. Es minero..., es decir, actor..., bueno, es uno especie de médium espiritista...

Mr. Boltwood, satisfecho por la comida y el cigarro, suavizó lo escena explicando:

—Jeff, Mr. Daggett nos ha salvado la vida en dos ocasiones diferentes, y nos ha ayudado mucho en el camino. Es un técnico en automóviles. Ha rechazado siempre nuestro ofrecimiento de retribuirle en alguna forma, pero... Veo que allí ha quedado un pollo entero. Tal vez no le disguste compartirlo con... con su nuevo amigo, antes de acampar para pasar la noche, ¿eh?

En tono de frío cortesía, Jeff empezó a decir:

—Me agradecería mucho premiar a cualquiera que haya prestado servicios a...

Pero las palabras fueron ahogadas por la efusividad del Rojo:

—La verdadera hospitalidad es una virtud tan delicada como rara de encontrar. Aceptamos su invitación. A decir verdad, me gustarla también uno de esos deliciosos cigarros que mi sentido olfatorio...

Milt lo interrumpió con dureza:

—¡Parrot! ¡Cierre la boca! Gracias, señores, pero nosotros continuaremos nuestro viaje. Lo único que quería saber era si habían llegado con felicidad. Nos veremos mañana, en la carretera.

Clara, que estaba junto a él, le cogió la manga de la chaqueta.

—¡Por favor, Milt! ¡Papá! La presentación no ha sido completa. Te has olvidado decirle a Mr. Daggett que este es Mr. Saxton, un amigo nuestro de Brooklyn. Por favor, Milt, quédate a comer. No permitiré que te vayas con hambre. Y quiero que conozcas a Jeff... a Mr. Saxton. Jeff, Mr. Daggett es ingeniero, o está en vías de serlo. Va a seguir los cursos de ingeniería en la Universidad de Washington. Algún día haré que tus amigos, los orgullosos magnates del cobre, se interesen por él. ¡Mrs. Barmberry! ¡Mrs. Barmberry! ¡Oh Mrs. Barmberry! ¿Quiere hacer el favor de calentar ese otro pollo para...?

—¡Oh, ahora es imposible! ¡Jim y yo nos lo hemos comido todo! —dijo sollozando la patrona desde la puerta.

—Yo... yo me voy —tartamudeó Milt. Jeff lo miró con indiferencia.

—¡Tú no te vas! —insistió Clara—. Mrs. Barmberry, ¿no podría preparar unos huevos, o una costilla, o cualquier otra cosa para estos muchachos?

—Tal vez —sugirió Jeff— les guste más acampar y comer al aire libre. Ha de ser muy divertido para ellos.

—¡Jeff, soy yo quien invita!

—Está bien. Perdón.

—Milt, siéntate aquí, junto al fuego, y ponte cómodo. No quiero que me priven del placer egoísta de ser hospitalaria. Y ahora, ¡todos tan contentos!

Obligó a todos a sentarse..., excepto al Rojo. Este había tomado asiento, ya hacia un rato, en la silla de Clara, junto a la chimenea, y estaba fumando uno de los cigarros de la caja que Jeff le había llevado a Mr. Boltwood.

Milt se sentó lejos del fuego, junto a la mesa. Estaba pensando angustiosamente: «Este Jeff es un tipo real y verdadero no es ningún currutaco con pantalones de montar. Está acostumbrado a la sociedad. Si me mira una vez más mañana descubren mi cuerpo congelado, cerca del lago Flathead con una mirada de terror en los ojos abiertos y sin ningún signo de violencia, ¡Y yo que pensaba educarme para introducirme en el círculo de Clara! Quisiera estar afuera, en mi «cocharro». ¿Cómo haría para escapar?»

XVIII

LOS ENGAÑOS DE LA ILUSIÓN

Durante la comida, Milt observó la actitud y las maneras de Jeff Saxton. El calor del día había dado paso al frío de la noche. Jeff recogió el chal que cubría los hombros de Clara, cuando ésta volvió a sentarse cerca del fuego. Tenía los movimientos fáciles y suaves. Arregló los leños de la chimenea con el atizador, y mientras tanto no dejaba de sonreír a Clara. Mantenía sin dificultad dos conversaciones a la vez: una con Mr. Boltwood sobre asuntos económicos, y otra con Clara sobre personas misteriosas que se llamaban Fanny, Alden, Chub, Bob y Dot, nombres todos que le hacían a Milt darse cuenta de lo extraño que resultaba él en el grupo. En cierto momento, al pasar junto a ellos, oyó que Jeff le decía a Clara: «¡Eres adorable!» Nada más que eso, y sin mirarla. Pero Milt observó que ella se ruborizaba.

Parrot permaneció en silencio hasta que se hubo comido las dos terceras partes del total de huevos fritos, cordero frío y postre. Cuando Clara se acercó para ver cómo los trataban, el Rojo se levantó con sonriente humildad y se incorporó decididamente al grupo formado por Jeff y Mr. Boltwood. Captó al punto el tema económico y, mientras Clara se dejaba caer en la silla al lado de Milt, les endilgó lo siguiente:

—¡Ah, la economía! ¡Es la reina del panteón sociológico! No sé cómo he podido ser tan agraciado por la Fortuna que haya encontrado en estas soledades salvajes a dos caballeros tan evidentemente versados en las estratagemas del gran juego dorado, pero aprovecharé la oportunidad para ilustrar a ustedes, caballeros, con algunos datos estadísticos referentes a los yacimientos de oro que aún existen en las Cascadas y otras cadenas montañosas, datos que les pueden ser beneficiosos y que seguramente los sorprenderán. Ocurre que, en el momento actual, soy propietario de una mina...

Clara estaba diciéndole a Milt en voz baja:

—Si te puedes librar de ese espantoso pasajero, trata de acercarte a Mr. Saxton. Quiero

que lo conozcas, porque puede serte de utilidad algún día. Es un hombre sumamente dotado y también muy amable. ¡Imagínate! Tuvo que venir por estos parajes y encontró mi pista por teléfono... ¡Oh, él maneja las conferencias telefónicas a larga distancia como yo los alfileres! Me trajo unos regalos preciosos: manjares, ese chal, un frasco de perfume *Renè Bleuzet* auténtico... Todo eso me hacía falta, especialmente después del polvo y la suciedad del camino...

—¿Realmente te interesan esas cosas, esos lujos caros? —preguntó Milt con aire suplicante.

—Por supuesto. Y más cuando tengo que alojarme en incómodas posadas.

—Entonces, ¿no te gusta sinceramente andar a la ventura?

—¡Claro que me gusta! Pero cada cosa en su lugar. Por lo pronto, con ello se logra, por contraste, que una comida bien dispuesta parezca excelente.

—Bueno... Temo no entender mucho de comidas bien dispuestas —suspiró Milt cuando advirtió que Jeff Saxton se acercaba a él diciéndole:

—Daggett, ¿querría tener la bondad de informar a su amigo que ni Mr. Boltwood ni yo estamos interesados en su mina de oro? No podemos convencerlo. Por mí, no importa, pero creo que debe proteger a Mr. Boltwood.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Mi estimado señor, desde que usted lo trajo aquí...

La culpa la tuvo aquel «Mi estimado señor» saturado de cianuro, hielo seco, aceite de ricino y trinitrotolueno. Milt se levantó de un salto, bramando:

—¡Yo no soy un estimado señor! El Rojo es mi huésped y... ¡oh, perdón, Clara! Me he dejado arrebatarse. ¡Perdón mil veces! Te veré durante el camino. ¡Rojo! ¡Tome su sombrero, y andando! —Una vez fuera, añadió—: ¡Métase en el coche! ¡Rápido! Lo llevaré hasta Blewett Pass. Marcharemos toda la noche.

El Rojo demostró poseer el don del silencio y del tacto. Milt se hizo un ovillo en el asiento, a su lado. Pero no inició la marcha nocturna. Quería volver, arrastrarse de rodillas, para pedir disculpas a Clara y dejarse pegar por Jeff Saxton. Llegó a una componenda marchando despacio un corto trecho y acampando allí para pasar la noche.

El Rojo trató entonces de emitir palabras de filosofía y aliento..., pero lo intentó una sola vez.

Durante cuatro horas, junto a una fogata. Milt sufrió intensamente. Todo su orgullo había desaparecido en un invencible anhelo de volver a verla. Y la vio realmente, al llegar la mañana, saliendo en una lancha automóvil con Jeff y Mr. Barmberry. Vio el regreso de la lancha, vio como Jeff subía al auto en que había llegado desde Kalispell, vio la despedida, el largo apretón de manos, la inclinación de cabeza de Jeff y el rápido paso atrás de Clara antes de que Jeff pudiera besarla. Pero ella se quedó agitando la mano largo rato después de partir el coche.

* * *

Cuando Clara y su padre aparecieron en el «Gómez». Milt estaba parado en la carretera. Se detuvieron. Clara sonrió.

—¿Has pasado una noche de remordimientos? Estuviste muy grosero, Milt. También lo estuvo Mr. Saxton, pero ya le he dado una reprimenda y te envía sus excusas.

—Y yo le mando las mías sinceramente —dijo Milt con seriedad.

—Entonces todo está arreglado. Todos estábamos deprimidos por el viaje. Ahora lo olvidaremos.

—Buenos días, Daggett —intervino Mr. Boltwood—. Espero que se haya librado de ese terrible pelirrojo.

—No; no puedo hacerlo, señor. Cuando Mr. Saxton se volvió contra mi, juré que llevaría

al Rojo hasta Blewett Pass..., ¡pero no hasta Seattle, se lo juro!

—Los juramentos tontos deben romperse —dijo Clara.

—Clara, escucha... A ti, en realidad, no te interesan tanto, tanto, esos lujos de comida y regalos y hoteles de quince dólares diarios, ¿verdad?

—Sí. Me gustan mucho.

—Pero no te gustan tanto como las montañas y..

—¡Oh! Está muy bien hablar y sentirse superior ante la prodigiosa grandiosidad de la Naturaleza y ante el heroísmo de los colonizadores. Me gusta contemplarla, pero aunque te parezca que tengo un criterio estrecho, sencillamente me entusiasman.

—Todos esos lujos conducen a la molicie —dijo Milt con intención.

—¡Por lo menos, no son groseros! —replicó Clara, también con intención.

—Son absolutamente triviales. Cierran el acceso a...

—Cierran el acceso a la lluvia, a la nieve y al polvo. Aún no he podido encontrar pintoresco al polvo. ¡Adiós!

Clara emprendió la marcha sin mirar hacia atrás. Iba a Seattle, al Océano Pacífico, a sesenta y cinco por hora y sin compromiso alguno de encontrarse con Milt ni en Seattle ni en el Pacífico.

Antes de proseguir, Milt completó la tarea que se había impuesto la noche anterior, cuando meditaba sobre la elegante impertinencia del traje gris que usaba Jeff Saxton. La tarea consistía en desprenderse de su traje dominguero, aquella estúpida vestimenta negra que en Shoenstrom le parecía tan adecuada para asistir a un baile. El favorecido fué Parrot el Rojo, quien le retribuyó con largos conceptos sobre la caridad y la elevación de los espíritus.

Milt no le escuchó. Estaba pensando, ahora que habían partido, en cuál podía ser el objeto del viaje. No era Seattle, con seguridad. ¿Por qué no detenerse y echar un vistazo a la mina de oro del Rojo? A lo mejor, existía en realidad. Hasta el mismo Parrot debía de decir la verdad algunas veces. Con una buena mina de oro en su poder, Milt podría adquirir cantidades de ropa como la de Jeff Saxton y..

«Y —reflexionó— puedo aprender en una hora toda la urbanidad que él sabe, con una lección de baile por añadidura. ¡Y si no lo consigo, denuncio al profesor!»

XIX

LA NOCHE DE LOS INTERMINABLES PINOS

Sintiéndose más aviadora que automovilista, Clara había seguido por el borde del Cañón Kootenal: y a la sazón, al acercarse a Idaho, acababa de entrar en un bosque nacional. Durante varias horas había estado detenida tratando de cambiar un neumático reventado, pues la rueda de repuesto estaba desinflada. Deseaba que Milt estuviera allí. No volvería a verlo más y este pensamiento la entristecía. Mirando bien las cosas, él no había tenido la intención de...

«Pero ¡qué demonios! —pensó jadeando—. Si me admirase de veras, estaría aquí ahora, colocando este neumático por mí.» Se sentía terriblemente fatigada. ¿No habría una manera respetuosa de impedir que su padre siguiera sonriendo con aquel aire de... benevolencia mientras ella se estaba matando? ¡Oh, cómo se había puesto las uñas! ¡Maldita cubierta!

Para compensar el retraso y llegar a la ciudad más próxima, tuvo que proseguir la marcha ya entrada la noche, entre los enormes pinos del bosque nacional. Era la primera vez que hacía un viaje nocturno tan largo. Alguna que otra cabaña de moradores recientes o de algún guarda, un teléfono metido en su cajón del camino, o una caja rústica, con las letras R. P. D. clavada en el tronco de un pino, indicaban que la civilización aún existía, pero eran señales muy poco perceptibles. Clara estaba como hechizada. Todo en ella se había dormido excepto la habilidad para continuar conduciendo eternamente, sin esperanzas de que cesara el tedio. El temor empezaba a embargarla. Seis veces dejó atrás lo que parecía ser precisamente el mismo claro entre los árboles, viendo la misma cresta a la izquierda del claro, la misma casita oscura y silenciosa a un lado, y, en el pastizal del otro extremo, el mismo caballo que relinchaba. Se encontraba en un panorama de escenario. El paisaje iba pasando a su lado. Sentía el zumbido del motor y se daba cuenta de que estaba guiando el coche, pero creía estar siempre en el mismo sitio, entre los mismos pinos, con la misma negrura de mal cariz

entre los troncos desnudos. Sólo era claramente visible la ruta; un camino angosto, los terraplenes, las raíces de los pinos a cada lado, dos huellas bien marcadas y una maleza de ramas puntiagudas que, a las luces del coche, daba al polvoriento camino un aspecto escabroso a causa de las movibles e incesantes sombras que producía.

La continuada conducción absorbía a Clara totalmente. Jeff y Milt no existían. ¿Habrían pasado diez horas desde que preparó la comida al borde de la carretera? Eso no importaba. Ya no tenía hambre. No llegaría nunca al próximo pueblo, pero eso tampoco le importaba. No era ella, sino un tétrico espíritu que se había metido en su cuerpo muerto el que seguía manejando el volante y vigilando la ruta.

En la oscuridad del exterior, el cono de luz que proyectaban los faros producía sombras saltarinas que simulaban manos grises que se encogían rápidamente y se perdían de vista detrás de los troncos al acercarse ella, fantasmas que la seguían y hombres agazapados que la esperaban para detenerla.

Como suele hacerse en estos casos, Clara trató de ahuyentar el miedo cantando. Entonó lo que ella llamaba su canción viajera, cuyo tema remedaba el eco de un caballo viejo y gordo sobre el pavimento:

*Trota el viejo caballo, con un plom-plom-plom,
con un plom-plom-plom, con un plom-plom-plom.*

*Y hace el viejo camino breve repetición,
al oeste plom-plom y al norte plom-plom.*

*Mientras, bebe el granjero su sidra en un porrón,
en un modesto porrón, en un alegre porrón,
hasta que termina con su glo-glo-glo-glo,
y ríe, ríe, ríe, vacío ya el porrón.*

El canto fué un alivio al principio, pero después se transformó en un tormento. Marchaba para él, manejaba el volante para él. Y cuando trataba de olvidarlo, cantaba por si mismo en su fatigado cerebro:

Plom-plom-plom, gio-glo glo... ¡Oh, maldición!

Su padre había sufrido un enfriamiento. Débil como un niño, se había acurrucado en el fondo del coche, con la cabeza sobre el asiento, y dormía profundamente. Clara estaba

sola. Los postes indicadores iban pasando lentamente. Los postes señalaban que más adelante había una ciudad llamada Pellago, pero ésta no llegaba nunca...

Y cuando llegó, Clara estaba demasiado cansada para que aquello le importara. Sumida en un profundo duermevela, cruzó a medianoche las calles del pueblo. Golpeó, en medio de su entorpecimiento, el cierre metálico de un garaje. No hubo respuesta. Clara no insistió; siguió andando por la misma calle y entró en el patio de un hotel que ostentaba una muestra en la fachada. Despertó a su padre y sacó las maletas.

La, "Pellago Tavern" era una casa corriente transformada en hotel. Los pilares del porche no eran paralelos, y las tablas del piso, arqueadas por las lluvias, se estremecían a cada paso. Clara abrió la puerta con ciertas dudas. El vestíbulo, en tinieblas, despedía olor a moho. Una especie de gemido llegó desde abajo de la escalera.

Parecía haber luz en la habitación de la derecha. Haciendo un esfuerzo para convencerse de que su padre constituía una protección suficiente, Clara empujó la puerta. Se encontró en un cuarto sin ventilación, lleno de botas de goma, viejos sombreros de terciopelo y revistas rotas, todo revuelto. Junto a la estufa cabeceaba una vieja bruja y un hombre alto y apuesto, de unos cuarenta años. La pechera de su camisa, sin cuello, mostraba manchas de tabaco. Las manos eran blancas y grandes.

La vieja se sobresaltó.

—¿Quién es?

—Quisiéramos dos habitaciones para pasar la noche, por favor.

El hombre la miró sonriendo. La mujer chilló:

—Bueno, no sé. ¿De dónde vienen?

—Estamos viajando en automóvil.

—¿Eh? ¿Quién es ese hombre?

—Es mi padre, señora.

—No hay necesidad de tanto lío para eso... «¡Es mi padre, señora!» ¡Bah! Si quiere saberlo, el que está ahí es mi marido.

El hombre se había estado quitando el polvo de la chaqueta y atusando el bigote, sonriendo todo el tiempo con afectada galantería.

—Calla, Teenie —dijo—. Se trata de una verdadera dama. Dale una habitación. El número dos está vacío, y creo que el número siete ha sido preparado desde que lo dejó Bill; si no lo han arreglado, las sábanas no han sido usadas más que una sola noche.

—¿De dónde viene?

—Ahora no empieces a bombardear con preguntas a esta dama. Yo le enseñaré las habitaciones.

La mujer se volvió hacia su marido, que era unos veinticinco años menor que ella: un cuarto de siglo menor en odiosidad. Lo miró con la boca abierta, mostrando la encía superior y unos dientes largos y amarillentos.

—¡Pete! —exclamó—. Si dices una palabra más, te echo fuera. Señora, ¿de dónde viene usted?

Clara se sentía demasiado débil para retirarse. Buscó apoyo en el marco de la puerta. Su padre trató de tomar la palabra, pero la mujer vociferó:

—Le pregunto que de dónde viene.

—De Nueva York. ¿Hay algún otro hotel...?

—¡No! No hay ningún otro hotel. ¡Oh! Así que de Nueva York, ¿eh? Todos los neoyorquinos son unos presumidos. Yo misma les mostraré las habitaciones. Les costarán dos dólares cada una, y el desayuno cincuenta centavos aparte.

La mujer los condujo por la escalera. Clara quería huir, pero... ¡Oh, no podía seguir conduciendo! ¡No podía resistir más!

El piso de la habitación de Clara parecía aún más desnudo en contraste con el minúsculo parecido de alfombra ordinaria y gastada que había al lado de la cama. Esta se hallaba cubierta por una colcha roja, sucia hasta lo indecible. La palangana, de loza amarilla, estaba rajada, y empañado el espejo de pared. Clara se había acostumbrado mal; los dos últimos hoteles habían sido excelentes. Se había olvidado de lo mal que pueden vivir los seres humanos. Protestó:

—¡Me parece demasiado dos dólares por esto!

—Yo no he dicho dos dólares, sino tres. Tres por usted y tres por su papá. Si no le gusta puede seguir hasta el otro pueblo. ¡No son más que treinta kilómetros!

—¿Por qué ese dólar suplementario, o más bien esos dos dólares?

—¿No ve la alfombra? Estas son las mejores habitaciones que tenemos. Y tres dólares... Conozco a los neoyorquinos. Una vez oí hablar de uno que pagaba allá cinco dólares, ¡cinco dólares!, por una habitación, y además, un mozo le llevaba la maleta y había que darle una propina y..

—¡Oh! ¡Está bien! ¿Podemos comer alguna cosa?

—¿Ahora?

—No hemos comido desde mediodía.

—La culpa no es mía. Hay gente que se permite el lujo de andar viajando en automóvil mientras otros tienen que quedarse en su casa. ¡No crea que me voy a poner a cocinar a estas horas! Al final de la calle hay un café que está abierto toda la noche.

Cuando se quedó sola, Clara lloró un buen rato, su padre no quiso ir al café. No se le había pasado el frío de las últimas horas. A través de la puerta gruñó que estaba tiritando y que se iba a meter en la cama seguidamente.

—Si, querido, acuéstate. Yo traeré un bocadillo.

—¿No tienes miedo de salir sola?

—Nada me da miedo después de haberme enfrentado con esa terrible... Ahora creo en las brujas. Escucha, querido, te traeré una bolsa de agua caliente.

Bajó con la bolsa al despacho. La patrona estaba dando cuerda al reloj, mientras el marido bostezaba.

—¿Podría conseguir un poco de agua caliente para mi padre? Está resfriado.

—La estufa está apagada. No hay agua caliente en la casa.

—¿No podría calentar un poco?

—¡Escuche, señorita! Usted viene aquí a pedir comidas y habitaciones a medianoche, y pretende un descuento en los precios, pero yo hago lo que puedo, ¿sabe? ¡Todo tiene un límite!

La mujer salió con paso majestuoso. El marido se levantó y dijo:

—No debe hacer caso de lo que dice la vieja, señorita. Está descontenta. Bueno, en parte tiene razón; cuando Bill se fué le pagó veinte centavos de menos. Pero entiéndase conmigo —agregó con zalamería—. Déjeme la bolsa y yo mismo le voy a calentar el agua.

—Gracias, pero no quiero molestarle. Buenas noches.

Clara se sorprendió al encontrarse con una casa de comidas tan comfortable como el «Café Alaska», cuyo encargado, hombre de unos veintiocho años, de mirada vivaz, la saludó amablemente y se apresuró a despacharle los dos bocadillos de tortilla de jamón que ella le pidió. Clara, sintiéndose más audaz, limpió los cubiertos con una servilleta, como había visto hacer en otros restaurantes del camino. Tres individuos pegaron sus narices a la vidriera, para absorberse en la contemplación de la dama extraña, pero ella fingió ignorar su presencia y terminaron por irse.

El hombre se mostró cordial:

—¿Está usted en algún hotel, señorita? ¿Cuál? ¡Supongo que no será en el «Tavern»!

—Sí. ¿Por qué? ¿Hay algún otro?

—Desde luego. El mejor está aquí cerca, a tres manzanas.

—La mujer me dijo que el «Tavern» era el único hotel.

—¡Oh! Es una arpía. No le haga caso. Le puede gritar sin preocuparse. ¿Cuánto le cobra por cada habitación?

—Tres dólares.

—¿Eh? ¡Diablos! Bueno, ella se aprovecha de los turistas. A los nativos les pide cincuenta centavos por la habitación. La mujer es una fiera, pero el marido no es mejor. Vino de Spokane, nadie sabe por qué. Toma drogas y hace trampas en el juego.

—Pero, ¿por qué los toleran aquí? ¿Por qué permiten que torturen a personas inocentes? ¿Por qué no los meten en un manicomio, que es donde debieran estar?

—¡Cuánta razón tiene! —y el hombre se rió, porque sólo veía una broma en las preguntas de Clara.

Ella pensó irse con su padre al buen hotel, pero no tenía fuerzas.

Clara Boltwood, de Brooklyn Heights, caminó por las calles de Pellago, Montana, a la una de la madrugada, llevando un bocadillo en un papel que había servido para envolver cacahuetes salados, y una bolsa de goma que le habían llenado de agua caliente en el «Café Alaska». Ya en el «Tavern», se apresuró a pasar ante la puerta del despacho. Hizo que su padre comiera el bocadillo; le riñó y se rió con él hasta que la bolsa caliente le hubo aliviado del frió que sentía en la espalda; luego lo besó ruidosamente y se dirigió a su habitación, que estaba en el otro extremo del vestíbulo.

Las luces estaban apagadas, de modo que tuvo que tantear el camino, y al llegar a su puerta tuvo miedo de entrar. Creía percibir voces, pasos apagados, gente que la observaba desde lejos. Entró de golpe; al encender la lámpara vio su maleta de viaje y se sintió más segura. Pero una vez que estuvo en la cama, con el dobléz de la sábana lo más estirado posible sobre la colcha abominable, la quietud y el silencio rondaron en torno suyo sin permitirle descansar. Tenía la sensación de que entregarse al sueño equivalía a abandonarse al peligro, y apenas empezaba a dormirse se despertaba sobresaltada.

Sin embargo, tardó en convencerse de que realmente estaba oyendo un ruido en la puerta, como si alguien hiciera girar el picaporte.

—¿Qué?... ¿Quién está ahí?

—Soy yo, señorita. El patrón. Le traigo el agua caliente.

—Muchas gracias. Ya no la necesito.

—He traído algo más para usted. Venga a la puerta. No quiero hablar fuerte y que se despierte todo el mundo.

Clara fué a la puerta y dijo temerosamente:

—No quiero nada más, gracias. No me moleste.

—¡Cómo! Le traigo un bocadillo, nena, sabroso y caliente, y un trago de licor que le va a hacer pasar el frío por completo.

—No lo quiero. Ya se lo he dicho.

—¡Vamos, pórtese bien! Trate a Pete como él se merece, y él la tratará a usted de igual forma. Es una vergüenza que una dama como usted no tenga quien la sirva. Abra la puerta. ¡Qué sabroso bocadillo! —El picaporte empezó a rechinar de nuevo. Clara no dijo nada. Las palmas de sus manos apretaron la puerta hasta que las molduras se le incrustaron en ellas. El hombre rezongaba—: Después que me he tomado todo este trabajo, no voy a tirar un bocadillo a la basura. Usted me pidió...

—¿Quie... quiere que gri... te?

—¡No sea tonta! Todos los que están en esta parte del vestíbulo son amigos míos. Pero escuche: yo sólo estaba bromeando. No voy a robarla, dulce pajarita. Podría usted tener ahí un millón de dólares, y el viejo Pete no tocaría ni un centavo. Lo que pasa es que me siento muy solo en este pueblo. Me gusta conversar con los que viven en las grandes ciudades, porque yo también soy un ciudadano. He vivido en Spokane y en Cayena.

Clara había cruzado el cuarto, corriendo con los pies descalzos, hasta la ventana que daba al exterior. ¿Podría saltar y dirigirse al «Café Alaska»? Si se veía obligada...

Entonces hizo una mueca burlona. El mundo se acababa de colorear de rosa y tintineaban miles de campanillas. «¡Hasta a ese pelirrojo lo quiero ahora!», pensó. En el patio del hotel, junto al «Gómez», había un «cacharro» y dos hombres que dormían en el suelo, envueltos en mantas.

Clara volvió a la puerta. La abrió de par en par. El hombre retrocedió sorprendido. En la mano tenía una linterna eléctrica. Ella no podía verlo, pero dijo dirigiéndose hacia el revoloteante foco:

—Abajo hay dos hombres, amigos míos, que han llegado en su coche. O usted se va inmediatamente, o los llamo. Y si no me cree, baje y mire. ¡Buenas noches!

XX

A MUJER INDEPENDIENTE

Antes del desayuno, Clara corrió al patio. La cara se le iluminó al ver a Milt, que ponía un parche a uno de los neumáticos, pero en seguida recordó que no estaba en buena armonía con él. Ambos se miraron con turbada e ingenua expresión. Parrot el Rojo fué quien actuó de lubricante social. Estaba siempre en buenas relaciones con todo el mundo.

—¡Ah, aquí está ella! La damita de los ojos turbulentos... Nuestro coronel de húsares motorizados...

Pero no tuvo éxito. Milt se levantó, balbuciendo:

—¡Hola!

Ella respondió en un murmullo:

—¡Hola!

—¡Oh, Clara! Por favor, yo no quise...

—¡Sí, ya sé! Vamos... vamos a tomar el desayuno.

—Tenía miedo de que nos creyeses unos frescos, pero cuando llegamos anoche y vimos el «Gómez», a mí no me gustó nada el hotel; entonces pensé que era mejor que nos quedáramos aquí.

—Y yo me alegro mucho, Milt, que hayas tomado esa decisión. ¡Oh, Milt, y usted, Mr. Parrot!, ¿querrían azotar o pegar, o dar una paliza, como quieran llamarlo, a una persona que yo sé? —Con una sonrisa, Milt y el Rojo cerraron los puños y luego empezaron a remangarse—. Pero no lo hagan hasta que yo les avise. Quiero portarme como es debido. He sido buena durante mucho tiempo, pero ahora...

—¡Muéstremelo! ¡Arriba, muchachos, a ellos! —respondieron al unísono los dos

húsares de su escuadrón.

—Después del desayuno.

El desayuno del «Tavern» era infame. Lo mejor que había eran unos bollos cuya masa estaba cruda. Una docena de trabajadores tomaron asiento en la larga mesa junto a Clara, Milt, el Rojo... y Mr. Boltwood. Los dos últimos conversaron cortésmente, pero eludieron el tema de las minas de oro. La dueña y una esclava servían a la mesa; el patrón andaba por la cocina.

Al final de la comida, Clara llamó con un dedo a la dueña, diciendo en tono autoritario:

—Venga acá, mujer.

La patrona la miró sorprendida, pero no le hizo caso.

—Muy bien. ¡Entonces lo diré públicamente! —y Clara dirigió una mirada afectuosa al grupo de trabajadores—. Caballeros de Pellago, quiero que sepan por boca de uno de los pobres turistas que han sido estafados en este lugar repugnante, que nosotros esperamos algo de ustedes. Esta mujer y su esposo son unos bandidos, por el precio inaudito que cobran por la espantosa comida y..

La dueña se había quedado petrificada. Pero al fin reaccionó y avanzó para responder, seguida por su marido. Milt se levantó. El marido se detuvo. Pero fué el Rojo el que se enfrentó con la patrona, le dio una palmada en el hombro y agregó de su parte:

—Y aún más, vieja bruja: si nuestros nuevos amigos aquí presentes tienen algún sentido, la echarán del pueblo.

Este no fué sino el principio de la conferencia que pronunció el Rojo sobre el arrepentimiento y la caridad. Antes de que terminase, la dueña estaba llorando, y entre hipo e hipo prometió voluntariamente dar pasteles a sus huéspedes una de aquellas mañanas, tan pronto como encontrara el horno para hacerlos.

Acompañada por su guardia, Clara pagó en el despacho un dólar por cada habitación, y no hubo disputa.

Antes de partir, Milt tuvo oportunidad de decir a Clara:

—Ahora me entiendo mejor con el Rojo. Tengo que hacerlo porque estoy pensando en comprarle su mina. Me basta mirarlo de la forma en que lo haría Mr. Saxton para tenerlo completamente dominado...

—¡Oh, no! Por favor, Milt, quiero que me comprendas. Admiro a Mr. Saxton porque es simpático, trabajador y realmente generoso; solamente... Puede que a veces sea un poco altanero, mientras que tú... tú eres un camarada de mi padre y mío, y.. ¡Se las canté a la

dueña!, ¿eh? No soy una muchacha débil ni trivial, ¿verdad? ¡Felicítame!

* * *

Clara continuó a través de la prolongación de Idaho en el Estado de Washington, dejó atrás a Spokane y cruzó los rugosos estratos de lava de Moses Coulee, donde los frutales crecían sobre las cenizas volcánicas. Pasando Wenatchee, con sus hileras de manzanos que cortaban la ascendente planicie como dobleces de terciopelo, había llegado a la famosa subida de Blewett Pass. Una vez que hubiera pasado y dejado atrás a Snoqualmie, irrumpiría en Seattle.

Lamentaba no haber conocido mejor a Milt, pero tenía la esperanza de encontrarse con él en Seattle.

Los nombres de los pueblos de Washington le causaban sorpresa, pues ni Kankakee, ni Kalamazoo, ni Oshkosh podían rivalizar con ellos en rareza y fantasía. Clara trató de combinarlos en un poema, que era una especie de catálogo geográfico de pronunciación casi imposible. Lo hacía no sólo por entretenimiento, sino para apartar de sí la preocupación de Blewett Pass, lugar al que se aproximaban y del que le habían hablado mucho. Eran veinticinco kilómetros de subida, y uno, el último, de brusco descenso. Durante un buen trecho, la carretera estaba aún por construir, por lo cual había de seguir una senda tortuosa, llena de pedruscos y demasiado angosta para permitir el paso de otros coches. Clara se alegraba de que Milt y el Rojo estuvieran cerca.

Si no hubiera recibido tantos consejos officiosos y bienintencionados antes de emprender el ascenso, con seguridad lo habría pasado sin ninguna dificultad. Pero los constantes avisos de los voluntarios aconsejadores la sumieron en un estado de nerviosa inquietud, lo mismo que a su padre, el cual mostraba su preocupación diciendo: «¿Crees que podemos intentarlo?» Cuando se detuvieron a posar la noche en una granja, al pie de la subida, Mr. Boltwood parecía extraordinariamente fatigado. Se quejó del frío. No tomó desayuno. Partieron en silencio, con el ánimo deprimido.

Mr. Boltwood se acurrucó en el rincón del asiento. Clara le observaba con ansiedad. En el primer trecho horizontal del desfiladero, detuvo el coche y exclamó:

—¡Oh, no te encuentras bien! Temo que... Es mejor que veamos a un médico.

—No. Ya se me pasará.

Sin embargo, Clara esperó a que llegara Milt.

—Papá no se siente bien —le dijo cuando éste apareció—. ¿Qué puedo hacer? ¿Dar

vuelta y buscar un médico, en Cashmere tal vez?

—Hay un médico excelente aquí mismo en el desfiladero, un poco más adelante — interrumpió el Rojo—. Es joven, pero dicen que se graduó en Harvard. Se instaló en esta región porque posee bosques en ella. Escuche, Milt de los Daggett, ¿por qué no conduce el ómnibus de la señorita para ir más de prisa y lleva al anciano a casa del doctor? Yo le seguiré en su artefacto.

—¡Oh! —se alarmó Clara—. No quisiera...

Milt, como un nuevo hombre, decidido y autoritario, saltó del «cacharro».

—¡Buena idea! Yo llevaré a tu padre, Clara. ¿En, Rojo? ¿Cómo dice? ¡Ah, si! La segunda vuelta, pasado el almacén. Muy bien. ¡Vamos! ¿Eh? ¡Ah, ya trataremos de eso de la mina después, Parrot!

Apretados los tres en el asiento del «Gómez» y seguidos por el Rojo, empezaron a trepar de nuevo... pero casi no parecía que estuvieran subiendo. Inconscientemente, Clara había dudado antes de lanzarse a cada cuesta curva y empinada; había perdido velocidad pensando: «¿Y si el coche se saliese de esta curva?» Milt no aceleraba, pero tampoco disminuía la velocidad. Su marcha era rítmica como una música.

Estaban tan apretados en el asiento que Milt apenas podía alcanzar la palanca y el freno de mano. Se detuvo en un trecho llano y preguntó secamente:

—¿Hay algún asiento en la parte posterior, bajo ese cierre en forma de trampa?

—Sí, pero nunca lo usamos. No se puede abrir.

—¡Yo lo abriré! ¿Tienes un destornillador grande? Quiero que pases allí. Necesito más espacio.

—Tal vez sea mejor que vaya con el Rojo.

—No. No creo que sea mejor.

Al primer intento levantó la tapa, descubriendo un asiento plegado, en el cual Clara se instaló sumisamente. Desde allí reflexionaba: «¡Qué ancha tiene la espalda! ¡Qué gracioso es ese vello dorado que le sale de la nuca!...»

Llegaron al lugar donde estaba el *bungalow* del doctor Hooker Beach. En cuanto Clara vio el delgado e interrogativo rostro del médico, depositó en él toda la confianza. El doctor Hooker Beach dijo a Mr. Boltwood con acento de convicción:

—Lo único que usted necesita es un buen descanso. El movimiento entorpece sus digestiones. ¿Ha comido carne de cerdo? Puede quedarse aquí un día o dos. Nos encanta ver a la gente del Este.

Mr. Boltwood se acostó en el cuarto de huéspedes de los esposos Beach. Clara y Milt tomaron el refrigerio que les ofreció Mrs. Beach, constituido por buenas tostadas y buen té servido en tazas de delicada porcelana, en un porche desde el cual se precipitaba un arroyo a treinta metros de profundidad. Los abetos perfumaban el aire, y un gramófono tocaba la misma música rusa que en aquellos momentos estaba de moda en Nueva York. Los Beach conocían varias personas que eran amigas de Clara.

Esta pensaba que aquellos seres eran aristócratas por naturaleza, en tanto que Jeff Saxton, a pesar de toda su familia y su modo de vivir, era el eterno advenedizo. Milt, que se había sentido embarazado en presencia de Jeff, demostraba una serenidad absoluta entre los Beach y el doctor le agradeció sus consejos sobre la máquina de gas. «Sí. Tiene la misma simplicidad de los Beach, y la misma espontaneidad para hacer cualquier cosa que considere apropiada o digna de hacerse», concluyó Clara.

Después del tentempié, cuando el médico y su esposo tuvieron que salir apresuradamente a ver a un enfermo, Clara propuso:

—Milt, si te parece bien, podemos ir hasta aquella roca saliente para ver el paisaje.

—Muy bien. Así también podremos ver si viene el Rojo por la carretera. El pobre no ha llegado todavía. ¡Es tan descuidado! Espero que no le haya ocurrido ningún accidente.

Clara se sentó en el borde de la roca, en un lugar en que el miedo le habría paralizado un mes antes, y paseó la vista a través de la carretera hasta una hondonada flanqueada de pinos. Milt tomó asiento a su lado con las manos en las rodillas.

—Los Beach tienen parientes que son jueces, senadores y profesores universitarios en toda Nueva Inglaterra —dijo Clara—. No me extrañaría que este médico fuese nieto del embajador del mismo apellido.

—¿De veras? Yo pensé que eran personas corrientes. ¿Me porté bien?

—Desde luego, te portaste bien.

—¿No hice ninguna perrería?

—No; tú no eres ningún perrito. Yo sí. Tú eres el gran mastín que cuida la casa mientras yo doy ladridos.

Se había vuelto hacia él, sonriente. Su mano estaba muy cerco. Milt la tocó con la punta de un dedo, como si temiese ensuciarla.

Sin razón aparente, temblaba al tartamudear:

—Es... estoy la mar de con... contento por no haber sabido que eran personas de importancia; si no, habría sido tan torpe como el que está acostumbrado a llevar un

carricoche y le dan a conducir un automóvil de doce cilindros... ¡Caramba, qué mano tan chiquita tienes!

Clara la retiró para mirarle.

—Sí, es chiquita. Y también inútil.

—No..., no, no es inútil. Tus zapatos son los que no sirven para nada. ¿Por qué no usos botas cuando vas de excursión?

En su voz había un leve atisbo del tono de mando anterior, que resintió a Clara.

—¡Mis zapatos están muy bien! ¡No podría usar esas horribles botas para excursiones!

—Tus zapatos pueden estar muy bien para Nueva York, pero tú no vas a Nueva York por ahora. Tienes que visitar algunos lugares antes de volver... La Columbia Británica, Alaska...

—Me gustaría, pero ya he tenido bastante traqueteo...

—¡Cómo! Tienes la oportunidad de ver las montañas casi más grandes del mundo y ya quieres volver a la frivolidad...

—¡Déjate de sermones! Ya has sido bastante mandón desde que empezamos la subida...

—¿Mandón? No he tenido intención de serlo. Aunque tal vez lo sea por temperamento. Estoy acostumbrado a dirigir. Hay dos clases de personas: las que dan órdenes y las que las cumplen; yo pertenezco a la primera, y..

—Pero, mi estimado Milt, yo también, y realmente...

—... Sin embargo, respecto a ti soy de los que obedecen. Pero, ¡al diablo con esto! Estamos a un día de Seattle, y allí te olvidarás de mi. Desearía poder raptarte. Casi estoy por intentarlo. Te llevaría a las montañas, y cuando te hubieras acostumbrado bien a la dureza de la vida y a la soledad, dime: ¿me ayudarías a construir una cabaña de madera? Entonces sí seríamos verdaderos camaradas. Tú sirves para eso, pero todavía necesitas fortalecerte...

—Escucha Milt. Tú has leído alguna de esas novelas en que un hombre, a veces un leñador, a veces un cazador o un minero, pero siempre espantosamente peludo, ve a una bella muchacha en la ciudad, la secuestra y la encierra en una de esas chozas abominables, donde la obliga a comer patatas hervidas frías, y entonces, ¡naturalmente!, ello termina por adorarlo. Cientos de hombres han escrito esas fábulas, lo cual demuestra el engreimiento varonil, pero yo, como mujer, rechazo ofendida tal opinión. Shakespeare puede haber sido el primero con su estúpida *Fierrecilla Domada*. Los

hombres de Shakespeare serán todo lo reales que se quiera, pero sus mujeres no son más que muñecos delineados para agradar a los reyes. Puede ser que tú no lo sepas, pero hay mujeres hoy día que viven no solamente para agradar la fantasía de los príncipes. Si una mujer como yo fuera secuestrada, seguiría odiando al bruto que la había ofendido. Y en caso de ceder, el hombre sería el que saldría perdiendo de cualquier modo, porque ella habría degenerado; no sería más que una esclava y habría perdido precisamente todo aquello que a él le gustaba. ¡Ah, los hombres de las cavernas! ¡Crear que pueden obligar a las mujeres a que se enamoren de ellos!... Yo tengo más coraje que esos bárbaros.

—Admito que tienes coraje, pero tendrías mucho más todavía si te enfrentaras con la naturaleza salvaje.

—¡Tonterías! En Nueva York me enfrento diariamente con un centenar de problemas tan complicados que jamás podrías imaginar que se me presentaran.

—Permíteme que te recuerde que Julio César dijo una vez que prefería ser alcalde de un pueblecito en España antes que jefe de policía de Roma. Yo soy un rey en Shoenstrom, mientras que tú no eres más que una de las doscientas mil personas elegantes de Nueva York.

—¿De veras? Hay por lo menos un millón. ¡Gracias!

—¡Por favor, Clara! No he querido descender al terreno personal, ni mucho menos iniciar una disputa, pero, ¿no comprendes?... Estoy desesperado... Seattle está ya tan cerca... —Clara había apartado el rostro; su delicado perfil parecía tener la dureza de un alambre de plata. Milt se sumió en el silencio, y... ¡ya estaban discutiendo otra vez! — No fué mi intención hacerte enojar —añadió Milt con un nudo en la garganta.

—¡Bueno, pues lo has conseguido! ¡Mandonos despóticos!... Tú y esos hombres de granito, con, impermeable y sin afeitar, pretenden que una mujer bien nacida se conforme con la vista de unas rocas y de una sogá con ropa lavada... Permíteme que te diga que, comparado con una calle, el más peligroso desfiladero de las montañas queda reducido a la nada; y todavía hay hombres muy ignorantes...

—¡Un momento! No sé si esos adjetivos me los diriges a mí, pero creo no ser más ignorante que... en tu escuela, según dijiste, te enseñaban francés, ¿no? ¡Bueno, pues en la mía enseñaban americano!

—¡Qué va!

Entonces Milt se enojó.

—Sí, y Química, Física, Griego, Latín, Historia, Matemáticas y Economía; y yo estudié esas asignaturas, todas ¿sabes?, mientras tú te entretenías con cintas, y luego tuve que

aprender mecánica y comercio.

—También me *entretuve* con la educación y las buenas maneras, algo que desgraciadamente faltaba en tu programa. Has sido grosero...

—¡Tú también!

—¡Yo tuve que serlo! Pero confío en que empieces a darte cuenta de que ni aun tu mano, por fuerte que sea, puede dirigir los gustos de una mujer. ¡Secuestrarme! Un muchacho inteligente como tú queriendo imitar esas películas tontas...

—¡No son más tontas que el círculo en que tú actúas, donde se bebe champaña y se celebran orgías en los clubs nocturnos!...

—Se ve que conoces muy bien los clubs nocturnos, ¿verdad? La peor orgía que he visto en uno de ellos ha sido un campeón de *golf* leyendo la sección de belleza en la revista *Boudoir*. ¿Querrías tener la bondad de fundamentar tus afirmaciones respecto a mis vicios y a los de mis amigos?

—¡Oh, tuyos, no! Jamás ha sido mi intención...

—Entonces, ¿por qué dices...?

—Ahora eres tú la que me estás provocando, cuando te consta que si la gente elegante no es viciosa, por lo menos es tan presuntuosa que no ve más que...

—Entonces sus presunciones son sabias, porque el condescienden a...

—¡No permitiré que hables de condescendencia!

—¿Quieres hacer el favor de no gritar?

—¡Está bien! Me quedaré callado.

Hubo un nuevo silencio en el cual ambos parecían desdichados, y en el que trataban de recordar sobre qué habían estado discutiendo. Al principio no vieron un cochecillo colorado que avanzaba alegremente por la carretera, precisamente debajo de la roca en que se hallaban, aunque el conductor era un hombre pelirrojo, de chaqueta verde. Había pasado ya cuando Milt observó, atragantándose:

—¡Es el Rojo!... —y dirigiéndose a él, gritó a voz en cuello—: ¡Eh, Rojo! ¡Parrot!

El Rojo miró hacia atrás; pero, en lugar de detenerse, aumentó la velocidad y continuó la marcha.

XXI

LA MINA DE LAS ALMAS PERDIDAS

—¡Cómo! ¡Ese no puede haber sido el Rojo! —exclamó Clara—. El coche era encarnado.

—Desde luego, pero ese idiota lo ha embadurnado con una pintura para establos que habrá conseguido en cualquier parte. Se quiere escapar con el coche.

—Le podemos dar caza con el «Gómez».

—¿Te animas?

—Por supuesto. No cedo en mis objeciones a tu filosofía de la violencia, pero... tenias razón respecto a mis zapatos... ¡Oh, no corras tanto, que me dejas atrás!

Clara dijo las últimas frases en forma entrecortada, perdiendo pie a cada instante, al descender trabajosamente por las rocas. Milt se detuvo. Sus labios temblaban. La levantó en brazos para llevarla, mientras, en un segundo de duda, su rostro se contraía por la emoción. La depositó suavemente en el suelo y ambos subieron al «Gómez».

A Clara le pareció que Milt guiaba con demasiada precaución, excesivamente despacio. Tomaba las curvas y los ángulos sin variar la velocidad. Su rostro carecía de expresión: era tan antidramático como el de un conductor de ómnibus entonces ella miró el cuentakilómetros. El coche iba a noventa kilómetros en los descensos y a setenta o setenta y cinco en las subidas.

Antes de diez minutos estaban a la vista del fugitivo. El Rojo miró hacia atrás; instantáneamente se caló el sombrero hasta los ojos e inclinó el cuerpo hacia adelante, convertido en un demonio del volante. Milt se irguió levemente y apretó los labios.

El «cacharro» huía por el camino arenoso y serpenteante. Se oyó el chasquido de las gomas al deslizarse en una curva.

—¡Pobre Rojo! La tomó a demasiada velocidad —dijo Milt.

La distancia entre ambos coches se acortó en la subida, pero al empezar el descenso el «cacharro» se lanzó adelante desesperadamente. Un coche que iba si sentido contrario acababa de detenerse, para dejar paso, a un lado de la carretera, en uno de los ensanches que había de trecho en trecho. El Rojo pasó junto a él tan descuidadamente, que Clara pudo ver, con un grito apenas contenido, las ruedas del «cacharro» sobre el borde mismo de la carretera, que estaba a quince metros de altura. Milt pasó cómodamente al coche parado, e incluso saludó con la mano al conductor.

A Clara le parecía que aquella actitud no era adecuada en los momentos en que perseguían a un ladrón. Miró hacia adelante de nuevo y vio al Rojo en el momento en que tomaba una curva en S, cuesta abajo, y entonces... Todo sucedió tan rápidamente, que no llegó a darse cuenta de lo que ocurría. El «cacharro» se dirigió directamente hacia el borde del camino, salió de él disparado como una bala y cayó rodando por el barranco. Allí quedó, en una posición absurda, con las ruedas hacia arriba y la parte inferior del motor, los ejes de la dirección y los frenos en el lugar del asiento y del *capot*.

Milt detuvo cuidadosamente el «Gómez». El día era de calma perfecta; apenas se oía el murmullo del agua que corría en la profunda garganta. El coche volcado también estaba quieto y en calma: no se veía ningún rastro del Rojo, ni se oía ningún sonido.

Milt, emocionado, tomó la mano de Clara y la apretó contra su mejilla.

—¡Clara, tú estás aquí! Podrías haber ido con él, para hacer sitio... ¡Oh, yo te atormentaba porque me estaba atormentando a mí mismo! Hacía esfuerzos por decirte... Pero... ¡tú sabes lo que quería decirte! ¡Me comprendes! ¿Tienes valor para bajar hasta allí? Me duele tener que pedírtelo, pero puede que te necesite.

—Sí. Bajaré contigo —murmuró elle.

Se arrastraron por la pendiente rocosa con una lentitud desesperante.

—Espera aquí —ordenó Milt al llegar al fondo del barranco.

Clara apartó le vista del grotesco cochecillo. Había visto que uno de sus costados estaba arrugado como un papel de seda por una mano impaciente.

Milt, agachado, miraba debajo del coche; parecía estar diciendo algo. Se enjugó la frente.

—Ven. Subamos de nuevo. Ya nada se puede hacer. De cualquier modo, es mejor que no intentes ayudarme. Podría quitarte el sueño.

Le dio la mano para trepar por el barranco, subieron al «Gómez» y fueron hasta la primera casa para telefonar al doctor Beach. Más tarde, ella se quedó esperando

mientras Milt y el doctor Beach, con dos hombres más levantaban el coche. Durante la espera pensaba en el «cacharro» como en un ser humano, como en un viejo amigo al que había recurrido a menudo en sus necesidades.

Milt volvió al lugar donde estaba Clara.

—Hay algo que puedes hacer. Antes de morir, el Rojo me pidió que me comunicara con su mujer, que se llama Dlorus, según creo. Está arriba, en una quebrada lateral, a pocos kilómetros de aquí. A ella le animará la presencia de una mujer. ¿Puedes acompañarme?

—Por supuesto. ¡Oh, Milt!, yo no...

—Yo no...

—...quise decirte que eras un hombre de las cavernas. ¡Tú eres mi hermano mayor!

—...quise decirte que eras una presumida.

Siguieron el camino unos diez kilómetros. Luego tomaron un atajo donde el «Gómez» rozaba las hierbas y los arbustos a ambos lados al luchar desesperadamente contra el barro, las piedras y las raíces, para subir por la pendiente que parecía traicionarlo a cada momento. A su lado, los bosques de la montaña tenían una quietud sagrada. Antes de oscurecer llegaron a un claro. Junto a aquel espacio abierto corría un arroyo, en el cual podía verse una artesa vacía, signo de que el yacimiento estaba agotado. Delante de una cabaña de madera, sentada en una hamaca, se balanceaba una mujer alta, blanca y fofa, que aún presentaba rastros de antigua belleza. Se levantó al ver el coche y se acercó a ellos arrebujándose en su pañoleta.

—¿Adonde piensan ustedes ir? —preguntó con voz chillona.

—Yo... simplemente...

—¡Por cierto, me alegro de ver gente por aquí! He estado a punto de morir de miedo. Hoy hace dos semanas que estoy sola. Tengo un revólver, pero estoy segura de que si viniera alguien me lo quitaría. Yo me he criado en una buena casa, no en un corral o... Digan, ¿han venido a ver la mina de oro?

—¿La mi... mina? —balbució Milt.

—Ya veo que no. El Rojo me dijo que la enseñase, pero estoy tan cansada de esta vida de perros, que juro no tomarme siquiera el trabajo de mentir respecto a esa mina. Hay tanto oro en ella como en mis ojos, o como harina y cerdo existe en la casa.

La mujer estaba alzando la voz. Sus ademanes eran violentos. Clara y Milt permanecían uno junto al otro; sus manos se buscaron.

—¿Qué piensan ustedes de un hombre que se marcha, dejando a una dama con la

mitad escasa de lo que necesita para comer, mientras él anda quién sabe dónde, tratando de sacar dinero del juego, cuando le han ofrecido un buen trabajo por aquí? Es un jugador, y nada más. Me dijo que tenía una valiosa mina de oro, pero jamás ha tocado una mina en su vida. ¡Es un perro embustero! ¡El peor charlatán en cien leguas a la redonda! Y además tiene manos de jugador... ¡Oh, debería habérselas visto antes! ¡Pero esperen a que lo atrape! ¡Ya verán!

Clara pensó en la mano inmóvil, ¡tan inmóvil!, que había visto bajo el borde del coche volcado. Intentó decir algo, pero la mujer continuaba *in crescendo*.

—¡Gracias a Dios, no soy realmente su esposa! Mi marido es un hombre fino... Es Mr. Kloh; Dlorus Kloh es mi nombre. Kloh había conseguido un buen trabajo en el molino de North Yakima. ¡Oh, fui una verdadera tonta! Ese jugador, Parrot el Rojo, apareció con sus maneras elegantes y me mareó con su charla, y yo, sin más ni más, dejé al pobre Kloh con el nene, el nene más lindo del mundo, y... Digan, ¿no podrían llevarme con ustedes a cualquier parte? Tal vez pueda conseguir trabajo otra vez. En un tiempo era camarera, y de las buenas, y ya no quiero quedarme más tiempo aquí esperando a ese perdido, mentiroso, embaucador...

—¡Por favor, Mrs. Kloh no continúe! ¡Ha muerto! —exclamó Clara.

—¿Muerto? ¿El Rojo? ¡Oh, Dios mío! ¡Ya no lo veré más!... ¡Señor!... ¡El, que era tan alegre y tan...!

Se arrojó al suelo, pataleó y se tiró de los cabellos, que eran ralos y muy rubios.

Clara se arrodilló a su lado.

—¡Oh, no haga eso! ¡Seréne! ¡Por favor, cálmese!

—¡Maldita sea usted, su marido, el auto y todo, que viene a meterse en la desgracia de los pobres! —clamó Dlorus.

Clara se levantó y se quedó parada, con la espalda inclinada y apretándose los labios temblorosos con el puño derecho. Milt le suplicó:

—Vámonos de aquí. A mí no me importa la pobreza soportada con dignidad, pero mira alrededor... ¡Mira la mesa!... Platos sucios... ¡Y botellas de ginebra por el suelo!

—¿Abandonarla ahora que me necesita tanto?

Clara avanzó un paso, pero Milt la cogió por la manga y exclamó admirado:

—¡Tienes razón! ¡Tú tienes más firmeza que yo!

—No. No me atrevería a quedarme aquí si tú no estuvieras conmigo.

Clara calmó a la mujer; le arregló el pelo, le lavó la cara, lo cual le hacía mucha falta y

se sentó en el umbral de la cabaña, sosteniéndole la cabeza sobre su regazo, mientras Dlorus sollozaba, lamentándose:

—¡El Rojo muerto! ¡El, que estaba tan lleno de vida! Era tan dulce, tan suave... Era un gran tipo; hablaba tan bien que podía hacer reír o llorar a cualquiera. ¡Era tan educado!... También tocaba el violín. Sabía de todo. Y era atleta... ¡Me hubiera hecho rica! ¡Oh, déjeme sola! Quiero quedarme sola para poder pensar en él. Estaba tan aburrida con Kloh, sin trajes nuevos, sin nada... y... yo quería al nene de veras... ¡Pero chillaba tanto, tanto! Y el Rojo apareció y me habló... ¡Era tan alegre! ¡Oh, déjeme sola!

Clara se estremeció y la fuerza pareció huir de los firmes brazos que habían sostenido la cabeza de Dlorus. El crepúsculo llegaba, y el claro se poblaba de vaguedades grises. Cuando la mujer dejaba de gritar, se oía crepitar al bosque. Cada vez que Dlorus hablaba, sus gemidos parecían los de un animal de la selva, y alrededor flotaban ecos tan siniestros que Milt tenía que esforzarse para no volver la cabeza y mirar hacia atrás.

—Sí —suspiró Clara—, tal vez sea mejor que nos vayamos.

—¡Si ustedes se van me mataré!... ¡Llévenme con mister Kloh! Mr. Kloh era... era mi marido. ¡Oh, era tan bueno! Solamente no comprendía que una dama tiene que entretenerse un poco. ¡Y el Rojo bailaba tan bien!...

Dlorus se levantó de un salto y entró en la cabaña. Al momento apareció con un cuchillo de carnicero en la mano, vociferando:

—¡Lo haré! ¡Me mataré si me dejan! ¡Llévenme esta misma noche con Mr. Kloh, en North Yakima!

Milt se acercó a ella.

—¡No haga tonterías, joven! ¡Lo dicho, dicho! Y lo mataré a usted...

Nada caballerescamente, sin dramatismos, Milt la interrumpió:

—¡Basta de escenas! ¡Déme ese cuchillo!

Ella dejó caer el arma, deshecha en llanto.

—¡Dios mío! ¡Siempre me amenazan!... ¡Y pensar que todo lo que yo quería era distraerme un poco!

Clara la condujo a la cabaña.

—La llevaremos junto a su marido esta misma noche. Vamos, lávese un poco y la ayudaré a ponerse su mejor traje.

—¿De veras? —gritó la mujer, reanimada y olvidándose de su pena—. Tengo un hermoso vestido de seda y unos zapatos blancos de cabritilla completamente nuevos.

Kloh no me va a conocer. Me recibirá muy bien. Yo sé cómo debo manejarlo. ¡Va a ser espléndido volver en automóvil! Tengo también una peineta nueva, con diamantes auténticos del Perú. Diga, ¿no me está engañando?

A la luz de la linterna que Milt había encendido, Clara lo interrogó con la mirada. Ambos se encogieron de hombros. Clara prometió:

—Sí. Esta noche. Si podemos llegar hasta allí.

—¿Y le hablará a Mr. Kloh por mi? Tendré un miedo espantoso. Juro que lavaré los platos y todo lo demás. Es un buen hombre. Es... ¡Oh, tampoco conoce mi nueva sombrilla!

XXII

SOBRE EL TEJADO DEL MUNDO

Clara vistió a Dlorus; luego se dispuso a hacer una comida con guisantes, patatas y una trucha. Mezclando reprimendas y palabras dulces, impidió a Dlorus efectuar demasiadas incursiones hasta la botella de ginebra. Milt pescó la trucha, cortó leña para el fuego y encerró bajo llave los abandonados utensilios mineros del Rojo. Partieron para North Yakima a las ocho de la noche, llevando en el asiento posterior a Dlorus, la cual alternaba sus sollozos con indicaciones de lo que se proponía decir en su pueblo.

Conduciendo con todo cuidado. Milt llegó a la carretera, y después de marchar por ella unos dos kilómetros detuvo el coche ante un almacén, que era a la vez oficina de correos, para telefonar a la casa del doctor Beach. En el portal había un hombre vestido con un mono, delgado y de movimientos rápidos. Cuando levantó la cabeza y sus lentes reflejaron una chispa de luz, Clara tiró a Milt de una manga, balbuciendo:

—¡Dios mío! Sin duda me hallo en un magnífico estado de nervios. Por un instante creí que ése era Jeff Saxton. ¡Debe de ser su cuerpo astral!

—Y creíste que él te iba a prohibir que continuases la expedición y te asustaste por ello —dijo Milt riendo al sentarse de nuevo en el coche.

—¡Claro que me asusté! Y estoy asustada todavía. Sé lo que me vas a decir después. El está aquí, razonando conmigo. ¿No deberla tener yo un poco más de sensatez? ¿No debería quedarme en casa del matrimonio Beach y dejar que tú llevaras a esa mujer con su marido, que a lo mejor comete un asesinato? ¿Por qué no soy sensata? ¡Eso es lo que Jeff está diciendo!

—Por supuesto, debes volver y dejarme ir solo. Es una locura que...

—Pero a ti te gustarla que te acompañase, ¿no es cierto? —preguntó Clara.

—¿Que si me gustaría?... ¡Es nuestro último viaje juntos, de noche, sobre el tejado del

mundo!... No, en realidad es nuestro primer viaje juntos, y mañana desaparecerás.

—No, yo no desapareceré, pero... —y dirigiéndose al estupefacto individuo del mono. Clara añadió—: Tienes toda la razón, Jeff. Y Milt se equivoca. Dice que es una locura. Pero es maravilloso ser joven y correr locas aventuras. Caer en los abismos es más interesante que cruzarlos por los puentes. ¡Yo voy, voy, voy!... Telefonea, Milt.

—¿No te parece mejor que lo hagas tú?

—¡No, Milt! Papá me perdonará. Trata de no hablar con él; dile simplemente al doctor Beach adónde vamos y cuelga el auricular.

Anduvieron toda la noche, descendiendo del Blewett Pass y serpenteando hasta llegar a un valle. Dlorus dormitaba atrás. La soñolienta Clara dejaba oscilar su cabeza. La despertó un rugido que se aproximaba. En sentido contrario iba un gran coche de carreras. Clara lo vio pasar como un bólido, con dos ruedas en la cuneta. Apenas pudo divisar la silueta del chófer, una figura romántica como la de un marino en el timón durante una tormenta.

Milt gritó:

—¡Caracoles! Tal vez sea uno de los corredores transcontinentales. En cinco días estará en Nueva York, conduciendo día y noche y pasando por los barrizales a noventa por hora... Recibirá los accesorios de repuesto directamente de la fábrica... Podrá cambiar los neumáticos en tres minutos... La gente lo esperará toda la noche, para darle gasolina y bocadillos... ¡Esa sería mi diversión favorita!

Clara pensó: «Milt podría hacer lo mismo. Cuando empuña el volante pasa por los lugares peligrosos con la misma serenidad y firmeza que por las buenas carreteras. ¡Es un gran muchacho!»

Pero lo que dijo fué esto:

—Ahora has de pensar en otras cosas. Tus diversiones se reducirán a la Trigonometría, a las fórmulas y los libros de Ingeniería.

—Sí, ya sé. Voy a estudiar. Haré el trabajo de cuatro años en tres... o en dos. Escribiré muchas fórmulas en la pared de mi solitario cuchitril, para estudiarlas mientras me afeito. Voy a estudiar con firmeza y constancia. Pero me tomaré algún descanso para aprender a bailar el *foxtrot*. Si los Estados Unidos entran en la guerra, me alistaré en el cuerpo de ingenieros y después volveré a la escuela.

—¿Tendrás medios económicos?...

—Venderé el garaje por correo. Rauskukle querrá comprarlo. No creo que me robe más de mil dólares sobre el precio verdadero.

—A ti no te gustará Seattle. Haremos algunas escapadas juntos, mientras yo me quede allí.

—¿Hablas en serio? ¿Te gustaría?

—¿Cómo puedes suponer, ni por un segundo, que yo pueda abandonar mi gusto por el aire libre? Sí tú no vas a buscarme, yo iré a verte y te obligaré a que me acompañes.

—Te advierto que probablemente viviré encima de alguna verdulería.

—Probablemente. La escalera tendrá los peldaños sucios. Yo los barreré. Y te haré la comida. Sé hacer muchas cosas, ¿sabes? Ya viste cómo supe manejar a Dlorus.

Milt empezó a susurrar:

—¡Clara, querida!...

Pero ella cambió de tono, y con acento de Brooklyn Heights continuó apresuradamente:

—Ya me comprendes, ¿verdad? Seremos dos buenos amigos.

—Sí —dijo Milt, y siguió conduciendo en silencio.

Aunque iban a gran velocidad por la oscura carretera; aunque las rocas de los costados, iluminadas por los faros, parecían volar hacia ellos; aunque proseguían la marcha siempre adelante como perseguidos por una pesadilla, Clara se sentía perfectamente segura. Su cabeza cayó sobre el hombro de Milt; éste la rodeó con el brazo, apoyando la mano en su cintura. Clara, próxima a dormirse, se preguntó si debía permitirselo. Murmuró entre dientes:

—Siento haber sido tan grosera cuando tú fuiste grosero conmigo...

Advirtió que su helada mejilla, apoyada en el hombro suave y gastado de la chaqueta azul, se iba calentando, y se preguntó otras cosas sobre las cinturas y las manos..., y ya estaba dormida.

Al despertar se asombró de que hubiera llegado la aurora. Durante su sueño, Milt había retirado el brazo y la había cubierto con una manta de viaje. Detrás de ellos, Dlorus dormía plácidamente, con la boca abierta.

Clara percibió la agradable sensación, que le producía el abrigo de la manta; estiró cómodamente las piernas, mientras se imaginaba a Milt llevando el volante toda la noche, rígido, incansable, impersonal como el conductor de un expreso nocturno.

Llegaron a North Yakima a la hora del desayuno y encontraron la casa de Mr. Kloh, una cabaña de madera pintada, limpia y sin molduras, con un frontis pequeño y un patio al fondo. Dlorus estaba despierta, y, cuando no bostezaba, se complacía en su propio histerismo.

—Miss Boltwood —aulló— entre usted y haga que me reciba amablemente.

Milt suplicó:

—Déjame hacerlo a mí, Clara.

Se contemplaron.

—No. Creo que es mejor que vaya yo —decidió ella.

—Bueno. Clara; pero... Desearía hacer todo lo que pudiera por ti.

—¡Lo sé!

Milt bajó del coche el helado y entumecido cuerpo de Clara. Con las manos bajo los brazos de ella, la tuvo un instante sobre el estribo, con los ojos al nivel de los suyos.

—¡Hermanita, hermanita valiente! —suspiró. Luego la depositó suavemente en el suelo.

Clara llamó en la puerta posterior. Un hombre calvo, de aire cansado, con un delantal húmedo sobre las rodillas, acudió a la puerta. El piso de la cocina estaba recién enjabonado, y un cepillo de fregar se deslizó por aquella especie de laguna. Un niño sucio iba cogido de su mano.

—Estoy limpiando un poco, señorita. Todavía no he aprendido a hacerlo. Espero que usted no sea el Hada Mala de los niños. Willy parece una roña, pero la verdad es que no tengo tiempo ni para lavarle la ropa, aunque él es mi única fortuna. ¿En qué puedo servirla? ¿Quiere pasar?

Clara le abrochó los botones al chico antes de responder. Luego dijo:

—Mr. Kloh, quiero ser absolutamente franca con usted. Traigo un mensaje de su mujer. Ella es muy desdichada; le ama y admira más que a ningún otro hombre en el mundo, y está dispuesta a volver a su lado... ¡Añora tanto a la criatura!...

El hombre se enjugó las manos amoratadas.

—No sé... No le deseo ningún mal... Yo soy un poco lento, algo torpe... Esa fué la causa de todo. Yo trataba siempre de llevarla a los bailes, pero cuando había trabajado hasta muy tarde me daba mucho sueño y.. Ella es hermosa, elegante y está llena de vida; yo creo que soy demasiado torpe para ella. No, no volverá a mi lado.

—¡Está frente a su casa, ahora mismo, esperando!

—¡Gran Dios! ¡Y el piso todavía sin fregar!

Con un ronquido de ansiedad se abalanzó sobre el cepillo, y cuando Milt y Dlorus aparecieron a la puerta, Mr. Kloh y miss Clara Boltwood estaban secando el piso de la

cocina.

Dlorus los miró, con los brazos en jarras, y lanzó un suspiro:

—¡Hola, Johnny! ¡Qué hermoso es regresar!... ¡Oh, hiciste pintar el sumidero! ¡Oh, perdóname, Johnny, he sido mala e ingrata contigo!... Ya no me importará que no me lleves a los bailes. ¡Willy, ven acá, querido! ¡Oh, es un chico tan bueno!... ¡Qué sucia tiene la boca. ¡Señor! ¿Me perdonarás, Johnny? ¿Está guardado mi abrigo con naftalina?

Cuando Mr. Kloh hubo partido para el molino —no sin antes regresar tres veces desde la puerta para besar a Dlorus y dar las gracias a quienes se la hablan llevado—, Clara tomó asiento y, bostezando, recorrió con la mirada, centímetro a centímetro, todo el blanco y hermoso cutis de Dlorus. Luego dijo:

—Ya está instalada aquí. No debe aprovecharse del perdón de ese buen hombre poniéndose altanera con él y admirándose a sí misma como a una pecadora espectacular. Usted es una mujer perezosa, ignorante y poco aseada. Creo que es un trabajo demasiado superior a sus fuerzas el hacer felices a Mr. Kloh y a Willy. Pero escuche: si al volver de Seattle me encuentro con que usted ha vuelto a las andadas...

Desarmada, Dlorus contestó:

—¡Le juro que no, señorita! Me dedicaré a criar gallinas, como a él le gusta. ¡Se lo juro!

—Entonces puede usted prepararme una habitación para que yo duerma un poco. Tal vez Mr. Daggett pueda acomodarse en ese sofá. Tenemos que descansar antes de emprender el regreso.

Tanto Milt como Dlorus obedecieron sumisamente a Clara.

Se despertaron poco después de mediodía. Dlorus les había preparado huevos revueltos y apio en conserva, sobre un mantel bastante limpio. Mr. Kloh volvió para almorzar, y mientras Dlorus se sentaba sobre sus rodillas en la sala de estar, repitiendo que había sido «una muchachita mala y desagradecida» y preguntándole que decían los individuos del molino, Clara y Milt se instalaron melancólicamente en el porche posterior, mirando el paisaje, que estaba constituido por siete latas, una máquina rota de lavar y un peral raquítico.

—Debemos ponernos en marcha —recordó Clara.

—No tengo muchas ganas —confesó Milt.

—Parecemos dos muchachos que están cansados de tanto jugar.

—¡Pero que no quieren volver a casa!

—¡Exactamente! Aunque no tengo la misma idea que tú de lo que debe ser un patio de

juegos... Mira esas latas... Sin embargo, es mejor jugar que tener que comportarse de nuevo como personas mayores.

En medio de esta charla se dieron cuenta de que mister Henry B. Boltwood y el doctor Hooker Beach hablan llegado por el costado de la casa y los estaban mirando con la boca abierta.

XXIII

EN UN PATIO INTERIOR DE YAKIMA

—¡Qué hermoso escenario pastoril han elegido ustedes! —observó Mr. Boltwood.

—¿Co... co... cómo llegaste hasta aquí? —tartamudeó Clara.

—En autobús por Blewett Pass, y luego en tren desde Elleusburg. ¿Y la mujer? ¿Salió todo bien?

—Si, a las mil maravillas —intervino Milt, y agregó disculpándose—: Ahora mismo íbamos a volver, señor.

—¡Hum!

—Lamento mucho, señor, haberme llevado a Clara en una excursión de esta clase...

—No lo culpo a usted particularmente. Cuando a esa joven se le mete una idea en la cabeza, todos nos convertimos en muñecos. ¿Acaso no me arrastró a mi por todas las Montañas Rocosas? Y tengo que confesarlo, Clara: el viaje me ha sentado bien. Pero ahora empiezo a sentirme como un ser humano otra vez, y ya ha llegado el momento de que asuma la dirección. Tomaremos el tren de la tarde para Seattle, Clara. El viaje ha sido muy interesante, pero creo que es mejor ponerle punto final aquí. Daggett, ¿quiere usted llevar el «Gómez» a Seattle? Beach me ha dicho que su coche ha quedado completamente inutilizado. ¿Perdió algún dinero con él?

—No, señor. Tenía la cartera en el bolsillo. Pero, de todos modos, he de volver al «cacharro» para sacar la ropa.

—Bueno, entonces, ¿quiere llevar mi coche? Puede cobrarme lo que guste, hasta cincuenta dólares, por ese servicio.

—Preferiría no cobrar...

—Es un negocio absolutamente digno... Yo, en su caso, no dudaría ni un segundo.

Ahora, si su ridículo orgullo no le permite aceptar, lléveme el coche de cualquier manera. ¡Vamos, Clara! Tengo un auto esperando. He traído las maletas y hay que apresurarse para llegar a la estación. ¡No, nada de réplicas! ¡Al trote!

En la estación, Clara y Milt estuvieron bajo la vigilancia de Mr. Boltwood, quien se mostraba sumamente irritable, pues cada dos minutos anunciaba que el tren se retrasaba dos minutos. Los jóvenes se paseaban a lo largo del andén, hablando en voz baja, muy sumisos pero muy unidos en espíritu por la complicidad de su aventura.

—¡Hermoso sitio para terminar un viaje transcontinental! —se lamentó Clara—. ¡El patio posterior de la casa de Mr. Johnny Kloh, con un montón de latas a la vista!

—Sin embargo, tú no llevaste el coche hasta allí. Tú viaje terminó arriba, en las montañas.

Mr. Boltwood se dirigió apresuradamente hacia ellos:

—¡Otro minuto más de espera! ¡Me gustaría saber qué sucede!

—¡Sí, papá!

Cuando el impaciente Mr. Boltwood se alejó de ellos, Clara apretó la mano de Milt y susurró:

—Ya ves, soy una cautiva. Pensé que era la dueña y señora de mi padre, pero él ha tomado las riendas. Con la imaginación está ya de vuelta en su oficina, dirigiendo y mandando. Probablemente encargará a Jeff que me imponga disciplina. Tú no querrás que me cambien, ¿verdad? Acude a tomar el té, a casa de Gilson, en cuanto llegues a Seattle.

—El té... Ahora que estamos tan cerca de los Gilson, empiezo a sentir miedo. No sabría qué hacer. He oído que uno tiene que manejar al mismo tiempo una taza de té, un bocadillo, un pedazo de tarta y una conversación entera. Derramaría el té y tiraría migas al suelo y, probablemente, me mandarían echar por medio del mayordomo.

—¡No pasará nada de eso! Y si algo sucede, ¿qué importa? ¿No comprendes? ¡No importa nada!

—¿De veras? Clara querida, ¿sabes por qué emprendí este viaje? En Shoenstrom te oí decir que ibas a Seattle. En ese momento decidí que yo también iría, y que me haría amigo tuyo, costara lo que costase. ¡Pero soy tan torpe!...

—También yo he sido torpe al guiar el coche, y tú me enseñaste a no serlo. Tal vez yo pueda enseñarte algunas cosas. Estudiaremos juntos, de noche. Yo soy una mujer enteramente ignorante, una muchacha inútil. ¡Conviérteme en una auténtica mujer!

—¡Querida..., querida...!

Mr. Boltwood se acercó a ellos.

—¡Por fin llega el tren! ¡Qué bien dormiremos esta noche en casa de los Gilson! Les telegrafíé para que fueran a la estación —dijo, y desapareció de nuevo.

—No sabes cuánto me alegro de que tu padre aparezca de vez en cuando, porque tengo un miedo terrible de dejarme vencer por la desesperación —dijo Milt—. ¡Dios! Creo que ya oigo el tren. Clara, Clara querida...

—Milt, ¿te estás declarando? Por favor, apresúrate, pues llega el tren. ¿No es absurdo?... Algún día tendrás que hacerlo de nuevo, con toda formalidad, ante la gente de mi mundo, aunque nosotros dos sabemos que ya estamos unidos. Hemos estado mucho tiempo juntos; no somos sólo unos compañeros de baile... Cuando seas ingeniero, me llamarás y yo iré corriendo a Alaska. Y algunas veces iremos de visita a Brooklyn, como un par de bombas explosivas... Aquí está el tren. ¡Oh, apresúrate en tus estudios! Donde vayas, allí iré yo también. ¡Pero apresúrate, apresúrate! Si, papá, las maletas están aquí. Telefonéame en cuanto llegues a Seattle, y yo te daré una lección privada sobre la manera de tomar el té... Sí, papá, yo tengo los billetes. Me alegro, querido, que el viaje termine así, de golpe, y me vuelva a la realidad. Así me doy cuenta de que he estado contigo constantemente desde que te despedí en Dakota, cuando me miraste con los ojos abiertos y llenos de tristeza, como un chico, y... Si, papá, el *pullman* está atrás. ¡Sí, voy!

—¡Es... espera! ¿Sa... sabías que iba a declararme?

—Sí. Lo sabía desde el Yellowstone. Estuve pensando en la manera de rechazarte cortésmente. Pero no pude hacerlo. Tú eres como el Rojo; te pegas y hay que aguantarte. Además, he descubierto que...

—¿Me quieres?

—¡No sé! No podría decirlo... Pero me gusta estar a tu lado cuando conduces, y apoyar la cabeza en tu hombro, y... ¡¡¡Sí, papá, voy!!!

XXIV

EN SU PROPIO CIRCULO

Mr. Henry B. Boltwood se hallaba dormido con todo decoro en un asiento del vagón, y Clara, en la amplia plataforma posterior, estaba sentada, inmóvil, absorta aparentemente en la contemplación del paisaje montañoso y los campos cultivados.

Al volverse para seguir a su padre hasta el tren, Milt la había cogido por los hombros y la había besado.

Durante media hora, aquel beso había permanecido como una perceptible presión tibia sobre sus labios. Y, durante media hora, Clara había sentido el alivio de dejarse deslizar a través de las montañas sin el esfuerzo de tener que conducir, confiada en la pericia del misterioso e invisible maquinista que, desde su puesto conducía mecánicamente. Ella le había cantado alegremente a su padre, ante la proximidad del Pacífico. Su nerviosismo se había exteriorizado con ruidosa alegría.

Pero cuando su padre se marchó para dormir un poco, Clara ya no pudo ocultarse a sí misma con el velo de la charla la gran decisión que había tomado en el andén de la estación. Entonces se sintió sola, muy asustada... y muy ansiosa de revocar la decisión. No podía pensar con claridad. No podía imaginar a Milt Daggett como un muchacho de aire solemne, metido en un chaleco de lana ordinario, parado en el andén, bajo una luz otoñal, saludándola con las manos a medida que el tren se alejaba y desaparecía en la distancia y la oscuridad.

Sólo atinaba a murmurar en medio de un pánico creciente: «Estoy loca, ¡Rematadamente loca! ¡Comprometerme con ese muchacho sin saber cómo va a desenvolverse! ¿Aprenderá algo además de Ingeniería? Lo confieso, me gusta darle unos golpecitos en la mejilla y... su beso me dejó asustada, pero... ¿No lo odiaré cuando lo vea entre gente *bien*? ¿Puedo presentarlo a los Gilson? ¡Oh, he cometido una locura! Estaba muy excitada por la estúpida aventura con Dlorus... y muy segura de ser una heroína

romántica..., y... ¡Oh, no soy más que una muchacha irresoluta que se ha metido en un verdadero lío!»

Amenazada por la oscuridad y el peligroso airecillo helado de las montañas al no trepar ya el tren por las faldas rocosas sino bajar resoplando por los desfiladeros y sobresaltarla con sus bruscas sacudidas como si le fallaran los frenos. Clara no podía soportar la desierta plataforma, pero aún menos soportaba la idea de ir a sentarse en el vagón, bajo la mirada presuntuosa de los turistas, gente tan incapaz de comprender su idilio como de apesadumbrarse por su tragedia. Caminó, guardando el equilibrio, hasta el pasillo que servía de vestíbulo. Allí en aquel oscuro, frío y trepidante lugar lleno de olor a goma y a metales engrasados, en medio del traqueteo metálico, Clara trató de penetrar con la mirada las tinieblas que huían al costado: trató de imaginarse que el tren se la llevaba hurtándola al enemigo implacable que la perseguía: su propio yo.

Mr. Boltwood apareció, satisfecho y contento, para llevarla a comer. El no tenía problemas dignos de meditación, sino un sano interés por la sopa. Sin embargo, la observaba a través de la angosta y brillante mesa, y parecía estudiarla. Súbitamente, Clara comprendió que su padre era un hombre muy sabio. Su mirada sugería: «Estás preocupada, querida», pero su voz no se aventuró más que a contar algunas historias reanimadoras, a las cuales ella, sumida en su melancolía, no tenía más que asentir maquinalmente.

La observación de dos viajantes de comercio, después de la comida, le produjo a Clara horror y satisfacción a la vez. Milt había elegido a aquella gente. Uno de ellos, un joven delgado y de rostro franco, se le parecía algo, a pesar de su pelo alisado, de su cadena de reloj que le cruzaba el chaleco, de sus calcetines de seda castaños y de sus zapatos con punteras grises y botones de perlas. El otro semejaba una bola de manteca. Ambos hacían gala de una voz áspera y pomposa; la voz inculta, llena de orgullo, que se oye en los departamentos para fumar. El delgado estaba rugiendo:

—Sí, señor, tiene una gran proposición allí. Créame, es una magnífica proposición. Tiene una gran fábrica, se lo digo yo. Puede hacer mondadientes como para competir con Michigan. Está apilando una terrible cantidad de dinero. Ahora tiene una casa con dieciocho habitaciones, todas con decoraciones diferentes.

Clara pensó en Milt. ¿Haría caso también de *grandes proposiciones* cuando el agujón romántico y la fe se le hubieran embotado, y lucharía para que reconocieran el valor de sus... mondadientes? ¿Gozarían de prestigio sus creaciones en los restaurantes ferroviarios? ¿Apilaría el dinero?

Luego, sus inquietudes se desvanecieron ante la excitación de la llegada a Seattle y el encuentro con su anfitrión, Eugene Gilson, primo de Clara y rico propietario de un gran

aserradero. Procedía de una antigua familia de Brooklyn Heights. Se había casado con Eve Gontz, de Englewood. Era muy aficionado a la música y hasta escribía breves y jocosas letras; conocía la dirección de las mejores tiendas de Nueva York. Pertenece, pues, al propio círculo de ella, y Clara se disponía, concluido el viaje, a cobijarse en su amistad.

Las luces se fueron haciendo más numerosas. Apareció una fábrica iluminada con arcos voltaicos. Luego, el equipaje, los mozos, el amontonamiento de pasajeros ansiosos en los pasillos... La bajada al andén; gorras encarnadas; el paso de la locomotora que los había conducido, echando vapor... La procesión hasta la salida; caras detrás de la verja: Eugene Gilson y Eve agitando las manos; besos, gritos de «¿Cómo les ha ido?» y «¡Oh, un viaje estupendo!»... La enorme estación; pasajeros de aspecto curioso, *coolies* japoneses en apretado racimo, leñadores... El coche de los Gilson, muy silencioso... El equipaje acondicionado por el chófer, en lugar de serlo por sus propias manos cansadas... Las calles, envueltas en una calma extraña después del barullo del tren... Seattle y la costa de poniente, por fin alcanzados.

¡Cuántas cosas agradables y encantadoras existían en el mundo, de las cuales Clara se había olvidado! El coche de los Gilson tomó por la loma de Queen Anne hasta llegar a una casa señorial de estilo georgiano, edificada sobre un promontorio, con ventanas francesas, una terraza apropiada para tomar el té y un gran vestíbulo de caoba y esmalte blanco, donde se percibía un aroma de rosas y desde el cual podía verse la gran chimenea encendida de la sala contigua. La tibia suavidad del ambiente y el afecto lleno de confianza de los Gilson la reanimaron completamente; con un cansancio alegre y satisfecho subió las escaleras hasta su dormitorio, alhajado con dibujos de Bakst una cama ancha con dosel y una mesa de noche sobre la que había una lámpara eléctrica negra y anaranjada y una colección de ensayos de Arthur Symon.

Clara se dejó hundir en el lecho, restregó sus mejillas contra la colcha de seda extendida al pie de la cama, y exclamó: «¡Oh, las camas con dosel son necesarias! No puedo vivir sin ellas. ¡No puedo! Nadie tiene derecho a impedírmelo. —Mentalmente golpeó el suelo con el pie—. No quiero vivir en una cabaña y lavar la ropa. No vale la pena tanto sacrificio.»

Tomó un baño, levemente perfumado, en una bañera empotrada en la pared de mármol de su propio cuarto de baño. Se secó con una toalla turca, absurdamente enorme y deliciosa. Luego se puso una de las espumosas batas de Eve Gilson. Se vistió con exquisita lentitud; no de la forma apresurada con que se echan las ropas sobre el polvo y la suciedad del camino, en un cuartucho de hotel lleno de malos olores, sino caminando voluptuosamente con los pies descalzos sobre las alfombras aterciopeladas. Después hizo una lánguida inspección de las curvas y colores de los frívolos dibujos de Bakst,

Plank y Helen Dryden, y dirigió sendas miradas a la riqueza del tocador y a las cortinas de terciopelo que la separaban del mundo vulgar.

Sintiéndose revivir en aquel cómodo ambiente como una orquídea en el denso aire tropical, Clara se puso su camisa más fina, sus más frívolas medias de seda. Con un gozo enervado de ensueños, percibió la suavidad de su piel, y lamentó la rojez de sus muñecas y las callosidades que el manejo del volante había producido en sus manos.

Sí, estaba contenta de haber realizado aquella aventura, pero mucho más contenta de haber arribado felizmente a su propio mundo de belleza. Una vez era bastante; no volvería a intentarlo.

No pensaba en absoluto en Milt Daggett.

Esplendorosamente soñolienta y esplendorosamente segura de que a su debido tiempo se sumirla no en un miserable lecho del hotel, con durezas que le lastimarían la espalda, sino en una plumosa suavidad de sueño, Clara descendió a la sala, y en un sofá junto al fuego, con una caja de bombones a su lado y un par de almohadones en la espalda, habló de su aventura y de los amigos y parientes que hablan quedado allí en el Este.

Eugene y Eve Gilson la interrogaron con pirotécnico regocijo sobre la «gente rara que debía de haber encontrado en tan largo camino». Con una ligera y oculta desazón, Clara comprendió que no debía mencionar a Milt —y tuvo miedo de que su padre lo nombrara— ante personas como sus primos, que daban por sentado que aquellos que no vivían en grandes casas ni jugaban al *bridge* o al *golf* eran «raros», cuando no «vulgares»; que creían bueno al Oeste en tanto se pareciera al Este, y que ellos, aunque del Oeste, eran tan superiores al mundo obrero como el mismo Brooklyn Heights.

Clara trató de eludir el recuerdo de Milt mientras desarrollaba, ante el modelo de auditorio que formaban los Gilson, una improvisación sobre el tema del viaje. Con ciertas exageraciones no intencionadas y ciertas inexactitudes en la relación de los acontecimientos, describió a los granjeros y peones, los hoteles increíbles y los garajes. Verdaderamente, se habían convenido en inverosímiles para ella. Era obvio que aquella elegante muchacha no podía haber tomado en serio a una Dlorus Kloh o a un joven mecánico que pronunciaba mal.

Eve Gilson había estado en Brooklyn quince días antes. Al saberlo, Clara exclamó apasionadamente:

—¡Oh, por favor, cuéntamelo todo! ¿Qué novedades hay por allí?

—Me divertí mucho con Amy Dorrance —dijo mistress Gilson—. Por supuesto, Amy es un poco tonta, pero es una chica muy elegante. Una de las tardes que pasamos juntas nos divertimos muchísimo. Almorzamos en el Ritz, fuimos a una *matinée* y vimos a un

hombre interesantísimo... Gene se pone espantosamente celoso cuando lo elogio... Estoy segura de que era un violinista. Era simplemente exquisito. Me dieron ganas de besarlo. Ahora Gene va a decir: «¿Por qué no lo hiciste?»

Y Gene dijo:

—Bueno, ¿por qué no lo hiciste?

Clara rió, sintiéndose perfectamente feliz, murmuró:

—Sería estupendo oír a un buen violinista otra vez. ¡Oh! ¿Qué hacía George Worlicht cuando estuviste allí?

—¿No te parece maravilloso Georgie? —dijo aguadamente Mrs. Gilson—. Me hace lamentar mis treinta y seis tristes años. Creo que lo voy a adoptar. ¿Sabes? Casi ganó la copa de tenis en Long Brauch.

Georgie tenía un pequeño bigote y una renta —la renta suficiente para sostener el pequeño bigote—, cantaba inofensivamente, siempre estaba a punto de ganar copas de tenis y siempre decía, por lo menos una vez en cada reunión: «La base del *savoir faire* consiste en saber cuándo se debe ser rudo con la gente que lo merece.» Gozando del calor del fuego y deslizándose en un nimbo perfumado de exquisita somnolencia, Clara vio a Georgie como un héroe y como un sabio. Pero el resplandor del fuego le hería los ojos y sus párpados no podían permanecer abiertos... Y en sus oídos había un suave murmullo de abejas sobre un prado distante, salpicado de oro... Y Gene la ayudaba a subir la escalera... Y el sueño la sumergía como en un baño de aguas dulces... Tuvo que sentarse para encontrar los botones, los broches y los lazos. Dejó las prendas en el lugar donde fueron cayendo. De todo aquel lujo nada le causaba más placer que no tener necesidad de tomar precauciones contra las ratas, los escarabajos, las cucarachas y sus repugnantes congéneres, que, en algún lejano y fantástico viaje efectuado en su niñez ingenua, parecía recordar haber visto en su propio cuarto. Después se hundía en un lecho que semejaba una marea de espuma con todos los colores del arco iris; se hundía profundamente, profundamente...

Y ya era por la mañana. Clara advirtió que la luz matinal pretendía acariciar las superficies de caoba, cristal y terciopelo anaranjado. Solamente un idiota dejaría aquel lugar para deambular por las carreteras, mendigando a los sucios encargados de los garajes que le llenaran los depósitos del coche con gasolina y aceite.

Los niños estaban tomando el desayuno. Eran unos niños de una especie muy diferente a los chicos sucios y harapientos que había visto junto a las carreteras. El robusto Mason, con su cabellera llena de rizos, y Virginy, con su cabellera ondulada, de un rubio de ceniza, que enmarcaba la delicada carita, parecían dos ángeles. Se

incorporaron, hicieron una reverencia y le rogaron con aguda entonación:

— ¡Oh, prima Clara, por favor, cuéntanos tu viaje!

Después del desayuno, Clara fué a la terraza para contemplar el paisaje.

En Seattle, todos, lo mismo los millonarios que los trabajadores, hablan del paisaje. El paisaje es para Seattle lo que para otras ciudades es el servicio de coches, la sala de conciertos o el precio del carbón. En todas las reuniones de Seattle se discute la cuestión de si es mejor el panorama del lago Unión o el de los Olympics, y cuando son corteses, los jefes de oficina preguntan a sus mecanógrafas a medida que van llegando: «¿Cómo esta el paisaje esta mañana?» Todos los negocios de compraventa de terrenos y propiedades incluyen una referencia al paisaje, y todo hijo de la ciudad tiene el más firme convencimiento de que nadie en Tacoma posee un paisaje como el del monte Rainier.

Mrs. Gilson informó a Clara que ellos disfrutaban de la más hermosa vista de Seattle.

Abajo estaba el puerto, cuyos diques penetraban profundamente en el agua, llenos de buques a los que el humo de las chimeneas animaba. Eve Gilson explicó que eran vapores de la *Blue Funnel*, línea que hacía la travesía a Vladivostok y el Japón. Los nombres, nada más que los nombres, despertaron en el corazón de Clara un deseo inexpresado, vagamente relacionado con un tal Milt Daggett que allá en el Oeste Medio, entre el barro y la lluvia había soñado con montañas de púrpura, cerezos en flor y el mar. Pero ella apartó el deseo y, levantando los ojos hacia las montañas, paseó la mirada por encima de ellas —no eran de púrpura, sino de plata purísima, con estrías negras— hasta los Olympics, a sesenta kilómetros de distancia.

Sería agradable acampar allá arriba, en compañía de un muchacho con un chaleco de lana deteriorado, que cantase al vigilar el café...

Apresuradamente, Clara volvió la vista hacia la izquierda, a través de la ciudad, que brillaba con sus nuevos rascacielos de resplandecientes cornisas y múltiples filas de ventanas, con una vitalidad mucho mayor que la de su vetusto Brooklyn. Más allá de la ciudad se veía una nube parda y sombría, pero a medida que ella miraba parecía que algo iba surgiendo de los vapores, más arriba de la nube, algo suspendido allí como una luna llena mortecina, algo majestuoso, anonadador..., y comprendió que estaba mirando la cima del monte Rainier, a cuyo pie la ciudad parecía un montón de cristales de cuarzo en la base de una torre.

«Es un campo de aterrizaje apropiado para los ángeles», pensó.

Era, en verdad, algo más importante que las mesas lujosas, las colgaduras de terciopelo y los baños perfumados.

Pero Clara huyó de la tentadora senda que le abría este pensamiento, y suspiró con tristeza: «¡Oh, sí! El sabría apreciar el Rainier, pero ¿cómo... cómo se las arreglaría para tomar una toronja? ¡No debo ser tonta! ¡No debo!» Entonces advirtió que Mrs. Gilson la estaba observando, y tuvo que decir algunas frases adecuadas sobre el paisaje, antes de huir hacia adentro..., de huir de su propio yo, majadero y preguntón.

Por la tarde fueron en automóvil a la loma del Capitol. Visitaron varias casas elegantes, en las cuales Clara conoció a la misma clase de gente que acostumbraba a tratar en su círculo de Brooklyn, y los intervalos entre las visitas fueron empleados en contemplar el paisaje. La sensata miss Boltwood, haciendo un descubrimiento filosófico, se hizo esta reflexión: «Después de todo, he podido ver tanto desde este hermoso coche como desde un desvencijado «cacharro». Es una tontería tener que sufrir para ver las cosas. Sí, seguiré andando un poco más, pero no como una vagabunda. Pero, ¿qué le diré? ¡Dios mío, ahora puede llegar en cualquier momento, trayendo él coche! ¡Oh! ¿Por qué... por qué... por qué fui tan alocada en el andén de aquella estación?»

XXV

EL PRINCIPE ABISINIO

Snomialmie Pass estaba entre montañas erizadas de rocas agudas y troncos quemados, pero la carretera parecía de terciopelo, con sus anchas y cómodas curvas. Milt se sentía en la gloria, remontando tentadoras cuestas y dejándose deslizar con exquisita suavidad por las pendientes, en el poderoso coche. «¡En adelante, nada de «Teals» para mí!», exclamaba a menudo, en el éxtasis de llevar el volante. El «Gómez-Dep» simbolizaba su nueva vida.

De esta manera llegó al lago Washington, al otro lado del cual se hallaba la ciudad de sus sueños, la ciudad del Pacífico... y de Clara. No había ningún *ferry-boat* a la vista, de modo que bordeó el lago, entró en una avenida adoquinada y siguió a través de bosques silvestres, villas suburbanas y pequeñas calles comerciales, hasta la una región de molinos y factorías desde donde podían verse ya los barcos.

Y a cada minuto andaba más despacio, víctima de una creciente nerviosidad.

Los largos kilómetros de avenida adoquinada; los imponentes molinos, con miles de trabajadores parecidos a él; la agitación que le producía el encontrar cada tres minutos una población más grande que Shoenstrom; la extraña vista de los vapores y de las peligrosas rutas del mar, todo le deprimía, haciéndole percibir cuán pequeña era la parte del mundo que conocía y cuán enorme y desdeñoso debía de ser aquel mundo para los Milt Daggetts.

«¡Hum! —gruñía—. Aquí vive una buena cantidad de gente. No creo que, pensando en personas como yo, pierdan mucho tiempo Bill MacGolwey y el Profesor Jones. Minneapolis no me impresionó mucho que digamos, pero hay que reconocer que allí no lo reciben a uno con mares y montañas. Y no tuve necesidad de meterme en un barrio de casas elegantes y conocer a las amistades de Clara..., ni pensar si tenía que dar la mano al estilo de la lucha libre o al del griego clásico. ¡Qué chimenea tiene ese aserradero! No ha

sido mala idea ponerle encima esa rejilla para las moscas, pues así las pobres no se caen en las llamas. En aquella pila habrá seguramente un millón de pies cúbicos de madera. No, no puede haber tantos. Y aquí hay una ebanistería más o menos miserable... Todo lo que tengo, multiplicado por diez, no me alcanzaría para comprar un sillón Morris. ¡Diaaaaablo! ¿No se acabarán nunca las casas? ¡Hola! Eso será un autobús. El chófer se ha reído de mi. ¿Tendré a toda la ciudad en contra? ¡Oh, Milt! Eres joven y sabes qué le puede suceder al diferencial de Heinie, pero aquí no te necesitan. Hay muchos que se dedican a los automóviles. ¡Diablo, qué edificio! ¡Nueve pisos!»

Había pensado detenerse en un hotel, lavarse y correr a ver a Clara. Pero, bueno, ¿no sería mejor dejar el coche en un garaje público, para que los Boltwood lo tuvieran a su disposición en cuanto lo necesitasen? Sí, era lo mejor; de esa manera él podría dar una vuelta y observar el ambiente antes de enfrentarse con el enemigo.

Fué al garaje público, lo que terminó de anonadarlo. Era un edificio de ladrillos esmaltados y tejas de color, con una oficina de paredes de vidrio, donde trabajaban jóvenes empleados vestidos como ángeles. Uno de ellos llevaba un clavel en el ojal, según pudo notar Milt.

—¡Ajá! ¡Voy a escribir a Ben Sittka que de aquí en adelante debe ponerse su mejor traje dominguero y la flor más hermosa que encuentre para ir a trabajar al «Red Trail»!

Subió por el plano inclinado hasta una estancia inmensa, que albergaba millones de coches nuevos y relucientes en hileras perfectamente rectilíneas. Rogó a un empleado negro, vestido no con un mono caqui, sino con una librea castaña:

—¿Dónde puedo atracar este barco?

El príncipe abisinio le alargó una tarjeta y, en tono absolutamente impersonal, contestó:

—Llévelo por el pasaje hasta el ascensor.

Milt había seguido las líneas naturales del tránsito hasta llegar allí; no había hablado con nadie; las palabras del príncipe constituían la bienvenida que le daba Seattle.

Obediente, avanzó junto a la hilera próxima de coches, tan imponentes con su brillo y potencia que hubieran considerado como un insulto la presencia de un «cacharro». Otro empleado le indicó con la mano el ascensor, y Milt trató de que no se transparentara la sorpresa cuando el coche empezó a moverse, no hacia adelante, sino hacia arriba, como si se hubiera convertido en un aeroplano. Cuando se terminaron estas aventuras, cuando se hubo hecho afeitar y cortar el pelo; después de lavarse las manos y mirar un escaparate que contenía diez billones de metros de sedas sobre un pedestal de madera pulida y brillante como raso; cuando hubo contemplado con profunda desazón un cine teatro en

cuyo interior podía caber diez veces la población de Shoenstrom; después de recibir las amonestaciones de un policía por andar esquivando los vehículos en un cruce a través del tránsito, y de haber pasado ante un hotel lleno de diplomáticos, mármoles y caviar... ¡bueno!, ya no pudo retrasar más el telefonar a Clara, y humildemente, desde un locutorio que parecía una caja de paraguas, llamó a la casa de Eugene Gilson y oyó una voz femenina que dijo «¿Sí?» en un tono que quería significar «¡No!» Entonces se aventuró a preguntar:

— ¿Podría hablar con miss Boltwood?

Según le dijeron, miss Boltwood había salido.

Milt no lo lamentó. Por el contrario, abandonó el locutorio telefónico experimentando una profunda sensación de alivio.

Milt estaba enamorado de Clara; pensaba en ella con una ternura anhelante; era la meta de su vida. Durante todo el viaje a Seattle, sus pensamientos y sus recuerdos se habían condensado enteramente en ella. Pero ahora, de pronto, Clara se había vuelto demasiado importante para él. En ella se reflejaban aquellas grandes tiendas, aquellos edificios de oficinas con hábiles abogados y cirujanos, aquellos tranvías desdeñosos y aquel publico indiferente que se paseaba con sus hermosos trajes. Todo aquello era demasiado para él lo apartaba de sí desesperadamente, como si le faltara aire para respirar. Y Clara pertenecía a aquel conjunto.

Le envió por correo la tarjeta del coche depositado en el garaje con estas palabras: «Te mando el resguardo del coche. No sabía si podrían tenerlo en la casa. Traté de hablarte por teléfono. Te llamaré otra vez cuando haya alquilado una habitación, etc. Espero que te vaya muy bien. M. D.»

Salió para la Universidad. En el tranvía se tranquilizó. Pero no experimentó la alegría del triunfo. Ya no podía considerar a Seattle como una ciudad mágica, la Bagdad de las modernas caravanas, con Alaska y el Oriente a un lado, los bosques al Norte, y al Oeste el vasto imperio continental del trigo. La veía entonces como un lugar donde era necesario trabajar arduamente para poder vivir; donde los atareados policías lo despreciaban porque no sabía qué tranvía tomar; donde era casi imposible recordar ni aun los nombres de las calles, que se sucedían interminablemente; donde los conductores decían: «¡Suba de prisa!», y donde no había sitio para silbar ni tiempo para contar un chiste a un MacGolwey en el mostrador de un restaurante como el «Old Home».

Encontró la Universidad y habló con el encargado de Secretaria sobre su ingreso en la Escuela de Ingenieros. La Y. M. C. A.⁹ le dio una lista de cuartos para alquilar. Y, dado su modesto alquiler, eligió un cuchitril en un piso situado sobre una pastelería, una habitación de techo bajo que probablemente serviría para atajar la lluvia, pero que no

tenía otras virtudes. Estaba provisto de unacama, una mesa, un escritorio deteriorado, dos sillas duras e incómodas y una venerable litografía que representaba a una niña con rizos sacudiendo con irritación el dedo índice ante un gatito.

La patrona consintió en permitirle que llevara un hornillo de petróleo para cocinar sus comidas. Compró el hornillo, una caja de harina de avena, una lata de jamón y media docena de huevos, además de un plano de la ciudad, una abultada Geometría y un libro de Algebra. Recorrió las páginas, palabra por palabra, pacientemente, con avidez concentrada, como si acabara de hallarse ante el problema de una transmisión que funcionase mal. Ni una sola vez se detuvo a considerar cuan estupendo sería casarse con Clara, o cuan terrible casarse con miss Boltwood.

Tres horas habían pasado cuando se levantó de un salto, restregándose los ojos, y atacó el jamón y los huevos, ya desagradablemente fríos. Luego salió a la calle.

Soportó de nuevo el escarnio de los conductores de autobuses y tranvías hasta que encontró la loma de Queen Anne y, en ella, la residencia de Eugene Gilson. Después de dar una vuelta en torno suyo, se deslizó a hurtadillas por la verja de entrada y se dirigió a la casa. Agotado por la intensidad del estudio, necesitaba el estímulo de una sonrisa de Clara. Pero al mirar los grandes cuadros de los ventanales y el brillo de las columnas blancas del porche iluminado, le pareció que no podría obtener aquella sonrisa. Se sentía como un campesino en la Corte. Parapetado tras el cerco de alheña, observó el movimiento de la casa. Se celebraba en aquel instante una especie de reunión de sociedad, o... ¿cómo llamaría aquella gente a las reuniones? Llegaban lujosos automóviles; se oía el eco de las risas. Atisbó las medias de seda y vio movimiento de gente en un salón de tonos plateados y azules, mientras oía el sonido de la música.

Por fin vio a Clara. Estaba bailando con un joven tan decorativo como aquel odioso Jeff que había conocido en Frathead Lake, pero más joven que Saxton, de cabello negro y rizado. Por primera vez en su vida, Milt sintió deseos de matar. La rabia le hizo temblar todo el cuerpo al ver cómo el joven abrazaba despreocupadamente a Clara.

Luego le pareció, al verla pasar de nuevo tras la ventana, que no la conocía en absoluto. Una vez había hablado con una muchacha que se le parecía, pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo. El podía conocer un «Gómez-Dep» y apreciar un buen traje deportivo, pero aquella joven pertenecía a un mundo incomprensible para él. Su cabello, lleno de caídas y rizos, era todo un acertijo ¿Cómo habría podido arreglarlo de aquel modo? ¿De qué estaría hecho su traje de tarde: de seda, muselina o de qué? Los desnudos hombros, suaves y empolvados, parecían inquietantes. ¿Cómo se atrevía aquel muñeco a bailar con ella? Y su rostro, que había parecido siempre tan alegre y franco, flotaba entonces, al pasar por la ventana, pálido e ilusorio como un retazo de niebla. El

impaciente anhelo por verla, por estar con ella, se trocó en un temor torpe y receloso. Recordó, sin resentimiento alguno, que una vez, sobre una colina de Dakota, ella le había prohibido con frialdad que la siguiera.

Gozando con su propio martirio, para acabar de convencerse de lo tonto que había sido al soñar con miss Boltwood, se puso a contemplar a los otros huéspedes. Les adjudicó una aureola de gloria que tal vez no tenían. Había chicas pulidas como marfil; había también un hombre corpulento, de *smoking*, con un semicírculo de bigotes y unos ojos que aun desde lejos parecían estar dando órdenes. Este último debía de ser un banquero o un gran contratista.

La fácil camaradería de todos ellos fué lo que principalmente hizo sentir a Milt que era extraño a aquel mundo. Si un sirviente hubiese aparecido en aquel momento ordenándole que se retirase, seguramente habría obedecido sin intentar ninguna explicación.

Se alejó de allí y abandonó el lugar, demasiado triste para pensar en lo desgraciado que se sentía. Ya en su habitación, tomó el Algebra de nuevo. No tuvo, durante un cuarto de hora, vigor suficiente para abrirla. En medio de su languidez, sentía debilidad en los brazos y pensaba que los dedos iban a dejar caer el libro. Por fin, lentamente, abrió el Algebra...

A la una de la madrugada estaba leyendo Algebra, con el rostro aún sombrío, pero no tanto como antes. Por la mañana, con indiferencia, telefoneó a Clara.

—¡Hola! ¿Miss Boltwood? ¡Oh! Soy Milt Daggett.

—¡Ah! ¿Cómo te encuentras?

—Yo... ¡Oh!, ya estoy instalado. Puedo ingresar en la Escuela de Ingeniería sin dificultad.

—Me alegro.

—¿Qué?... ¿Te gusta Seattle?

—¡Oh, sí! Las montañas... ¿Te gusta a ti?

—¡Oh, si! El mar, y todo... Es una gran ciudad.

—Esto... ¿Cuan... cuándo te veremos por aquí? Papá tuvo que regresar al Este. Te dejó recuerdos. ¿Cuan... cuándo...?

—Bueno... Supongo que estarás muy ocupada con tus amistades y fiestas y..

—Sí, efectivamente, lo estoy, pero... —El tono cauteloso y desconcertante se trocó en un grito desesperado—: ¡Milt! Necesito verte. Ven esta tarde a las cuatro.

—¡Si!

Milt entró en la tienda de un sastre remendón.

—¿Me plancha el traje mientras espero? —le preguntó jadeando.

Le dieron un par de pantalones prestados, cortos y con amplios bolsillos, y se sentó detrás de una cortina de cretona a leer una revista vieja, mientras el sastre, un yugoeslavo, rociaba, estiraba y planchaba su traje con una serie de golpecitos.

Tardó diez minutos en lustrarse los zapatos, y veinte minutos en quitarse de los dedos las manchas de betún.

A las cuatro menos un minuto entraba por la verja de la residencia de los Gilson.

Pero había llegado a la loma Queen Anne a las tres. Durante una hora había vagado por la calle empinada, mirando en la lejanía los barcos anclados, alternando el anhelo de ver a Clara con la no muy segura resolución de no presentarse en su casa, de no volver a verla jamás.

Entró temblando en el vestíbulo, esperando algún acontecimiento, alguna escena emocionante, pero ella lo recibió con estas palabras:

—¡Oh, qué agradable visita! Eve hizo preparar unos pastelillos especiales para nosotros.

Milt se quedó helado.

—¡Qué..., qué hermosa casa! —murmuró, tomando apenas la mano que ella le alargaba sin gran efusión.

—Si, es muy bonita. Mis primos tienen una espléndida posición. Eso de que los habitantes del Oeste son muy llanos y democráticos no es más que una fábula. Aquí se oye hablar de *sociedad* mucho más que en todo el Este. Los grupos parecen espantosamente aislados.

Mientras hablaba, Clara iba caminando hacia el salón contiguo, hacia un taburete tapizado. Milt se dirigió taconeando a un sillón de brazos, y ella continuó afanosamente —: Todo el mundo cuenta el caso de una pobre señora, una dama encantadora que había hecho fortuna con unas minas de sal o algo por el estilo, que llegó aquí hace poco tiempo, con millones y millones de dólares, y trató por todos los medios de abrirse camino en la sociedad, sin ningún resultado. A lo que parece, está aquí tan fuera de lugar como lo estaría en Londres. Tú y yo no somos tan exclusivistas, ¿verdad? Sin embargo...

Su «tú y yo» era demasiado bondadoso, como si ella hubiera tratado de infundirle confianza, como si supiese que para él era imposible sentirle a gusto. Con una cortesía

sumamente estudiada, con una sonrisa que sintió como fuego en sus mejillas contraídas, Milt murmuró:

—¡Oh, no! No, nosotros... No, yo creo...

Si sabía lo que creía, no lo podía decir. Mientras trataba de averiguar que se había hecho de todos los temas de los cuales se podía hablar en el mundo, apareció una doncella llevando algo extraordinario: una pequeña mesa roja con estantes y ruedas en las patas, llena de vasijas de plata, pasteles y bocadillos, estos últimos asombrosamente pequeños y delgados.

La doncella, almidonada como su traje, parecía crujir. Lanzó una mirada a Milt... Clara no lo había puesto tan nervioso como para hacerle pensar en su traje, pero la doncella sí. Estaba seguro de que ella sabía que él mismo había lustrado sus zapatos, y cuántos años tenía su traje. Empezó a repetirse mentalmente: «Debo comprar un traje, un traje hecho, mañana mismo. Que no me olvide: debo comprar un traje mañana.» Deseaba pedirle disculpas a la doncella por estar allí... No se hubiera atrevido a enamorarse de la doncella... Y hubiese matado al hombre que le dijera que él era lo bastante tonto para enamorarse de miss Boltwood.

Sorbió el té, dejó caer migas al suelo, sufrió, jadeó y paseó la mirada por la agobiante cantidad de cuadros, mesas, sillas y consolas de la habitación, preguntándose qué uso darían a todo aquello, mientras Clara parloteaba :

—Sí, no fuimos exclusivistas durante nuestro viaje. ¡Y cuánta gente rara encontramos! ¡Oh!, esta expresión, «gente rara», me suena a algo familiar. Pero... ¡Qué divertida fue aquella mañana en Pelago!... ¿Era Pelago? ¡Por Dios! Ya me estoy olvidando de todos esos pueblecitos. Me refiero al lugar donde le dimos un susto a aquella pobre hostelera que me quería cobrar de más.

—Sí. —Milt pensaba en todo lo que Clara olvidaba ahora—. Sí. Por cierto que le dimos su merecido. Esto... ¿Recibiste la tarjeta de depósito del coche?

—¡Oh, sí! Muchas gracias. Has sido muy amable al molestarte.

—¡Oh, de ninguna manera! No hay de qué... Esto... ¿Te gusta Seattle?

—¡Muchísimo! Los paisajes, las montañas... ¿Te gusta a ti?

—También a mí me gusta. Siempre tuve deseos de ver el mar.

—Sí, y... es una hermosa ciudad —dijo Clara.

—Sí, y... han de hacer grandes negocios aquí —añadió Milt.

—Sí, hacen... ¡Oh, Seattle me gusta...!

Milt había saltado de la silla, rozando la mesita del té, sin hacer caso de la oscilación ni del tintineo de las tazas de porcelana. Con una mano cogió a Clara por el hombro y dijo:

—Escucha. Los dos estamos divagando, Clara. Yo quiero gustarte, pero no soy..., no soy como aquella señora cuya historia contabas, que se quería introducir en sociedad. Se perfectamente lo que piensas. ¡Dios santo que lo sé! Tú piensas que no me hallo a la altura de las personas a quienes has tratado estos días... Por lo menos, que todavía no estoy a su altura. Bien, seremos buenos amigos. —Sin miedo, con todo su temor convertido en ternura, le levantó el mentón con la punta de los dedos y la miró fijamente, sonriendo. Pero el valor se le estaba acabando. Deseaba huir. Se apartó bruscamente, gruñendo—: Bueno, ahora es mejor que vuelva a mi trabajo.

El grito de Clara fué patético:

—¡Oh, no te vayas! —Estaba al lado de él, tirándole tímidamente de la manga—. Comprendo lo que quieres decir. Me gusta que seas tan comprensivo. Me gustas, de veras. Eres un compañero ideal. Vamos... ¡Oh!, vamos a caminar un poco. Y tratemos de reír otra vez.

Milt, decididamente no quería quedarse. En aquel momento no la amaba. La consideraba como una joven estimable, quien, a pesar de haber sido tan estúpidamente criada y educada, había demostrado tener mucho ánimo y valor en el camino..., que era donde él desearía estar. Esperó en el vestíbulo, mirando con disgusto su vieja gorra, mientras ella subía corriendo a ponerse un abrigo.

En silencio, como dos extraños, salieron de la casa y descendieron hasta un barrio de casas pobres, que parecían unas excrescencias de la falda de la loma. Poco tenían que decirse, y ese poco era una reminiscencia cortés de incidentes que no interesaban a ninguno de los dos.

Cuando volvieron a la residencia de los Gilson, Milt se detuvo en el portón de la verja y se quitó la gorra, con gran serenidad.

—Buenas noches —dijo ella alegremente—. Llámame pronto.

Milt no respondió «Buenas noches». Dijo:

—Adiós. —Pensó que se despedía para siempre. Tomó la mano de Clara, la dejó caer en seguida y bajó apresuradamente la loma, diciéndose que aquella misma noche se marcharía de Seattle.

Por esta razón, sin duda, corrió a tomar un tranvía para llegar a una tienda antes de la hora del cierre, se precipitó hacia un empleado sorprendido y le compró un traje nuevo de sarga azul, un par de zapatos extrañamente parecidos a unos que había visto aquella

misma mañana en el patio de la Universidad, y un sombrero gris de fieltro, de forma tan clásica que hubiera podido usarlo el propio Woodrow Wilson.

Pasó la velada estudiando Álgebra y Geometría, y comentando consigo *mismo* lo bien que lo pasaba sin pensar en Clara.

De pronto, dándose cuenta, se echó a reír.

«Lo que haces, querido Milt, es fingir que no quieres a Clara, para ocultarte a ti mismo que vas a volver corriendo a ella en cuanto tengas una oportunidad. Ahora en serio, muchacho: Clara es imposible para ti. Nada puedes intentar. Va que has cometido la tontería de dejar tu casa... ¡Ay, Dios! Desearía no haber comprometido esta habitación para todo el invierno. Desearía no haberme matriculado en la Universidad. Pero ya que estoy aquí, aquí me quedo. Por lo menos durante un año. Después volveré a Shoenstrom. ¡Oh, y a...! ¡A ella le gusté!»

Estaba pensando en la joven maestra de mejillas rosadas a quien había llevado un trecho de camino, allá en Dakota. Recordaba su delicadeza, su admiración.

«Después de todo, hubo alguien que no me consideró un pueblerino. Si volviese en coche la próxima primavera, podría encontrarla y...»

XXVI

UNA CLASE SOBRE INGENIERIA Y «OMELETTES»

De algo estaba seguro Daggett, y era de que, ya que había ingresado en la Escuela de Ingeniería, debía obtener su diploma de ingeniero mecánico. La mayoría de sus condiscípulos eran más jóvenes que él. Tenía que apresurarse. Haría en dos años el trabajo de cuatro.

Jamás hubo un estudiante del primer curso, ni aun el más aplicado de ellos, que viese menos a sus condiscípulos, que pensara menos en actividades fuera de las aulas que concentrarse con mayor ahínco todo el universo en sus estudios.

Milt había vendido el garaje, por correo, a Ben Sittka y a Heinie Rauskukle. Disponía de dinero suficiente para vivir dos años, aunque algo estrechamente. Su vida era tan simple y tenía tan escasas distracciones como en Shoenstrom. Estudiaba mientras preparaba sus parcas comidas: prendía sobre la pared papeles con fórmulas matemáticas y diagramas mecánicos, repasándolos mientras se vestía... o mientras se empeñaba en domar sus zapatos nuevos, que eran espléndidos, crujientes y demasiado estrechos.

Además de las clases de Ingeniería asistía a las de Inglés, Francés y Ejercicios de Composición. Su vida estaba tan exenta de diversiones como la de una chica sabihonda que se preparase para ser profesora de latín.

Cuando no estudiaba o hacía violentos ejercicios en el gimnasio, o asistía a conciertos y conferencias.

Observando la vida en torno suyo, había descubierto que la mejor manera de aprovechar el tiempo era evitar la compañía de sus condiscípulos. Su continuo fumar en pipa, bostezar, arrellanarse en un sillón y formularse mutuamente la placentera pregunta: «Y ahora ¿qué hacemos?», ocupaba unas cuatro horas al estudiante de tipo corriente. A Milt no le hubiera disgustado hacerlo también, como le habían gustado las largas charlas sobre naderías con MacGolwey en el «Old home», pero no podía

permitírsele. Tenía que prepararse para...

Este era el punto en el cual sus reflexiones se paraban en seco. Veía claramente cuál era el método para prepararse, pero no tenía la menor idea de para qué se estaba preparando. En el instante en que volvió a decidir que se casaría con Clara, vio que su único porvenir posible era la instalación de maquinarias en Alaska, haciendo vida de célibe; y en el momento en que se contentaba con la perspectiva de un campamento de ingeniero en las soledades de Alaska, sus pensamientos volaban locamente en seguimiento de Clara.

A pesar de su distanciamiento voluntario, Milt no era impopular en su clase. Los estudiantes de ingeniero no tenían, en general, gran interés por los bailes, los deportes atléticos o el periodismo escolar, lo cual los diferenciaba de los alumnos de otras carreras. Eran de más edad y tenían más conciencia de que había de luchar por la existencia. Y el alegre saludo de Milt: «¿Qué tal, muchachos?», y su manera de agitar la mano, como si despidiera a un buen cliente de su garaje, revelaban que era «un buen chico».

Pero había un grupo de estudiantes cuyo trato buscaba Milt. Es verdad que había sido sincero cuando despreciaba a los que querían ascender en la escala social. Pero es verdad también que los compañeros a quienes buscaba eran la flor y nata de la Universidad. La satisfacción con que ellos recibían su homenaje habría disminuido, sin embargo, si hubieran tenido conocimiento lo poco que a Milt le importaba lo que pensarán de él, y de la despiadada manera con que los utilizaba como modelos con el único propósito de complacer a miss Clara Boltwood.

Las Universidades de los Estados admiten complacidamente que, aunque Yale, Harvard y Princeton puedan ser tildadas de presuntuosas, las demás Universidades constituyen el refugio de un mito llamado *democracia escolar*. Pero no hay Universidad, en ninguna ciudad más o menos importante, en la cual los herederos de la riqueza de tal ciudad no introduzcan todas las distinciones sociales que imperan en la misma. La categoría de sus familias, su lugar en la aristocracia sin blasones, determinan en que club o cofradía deben ingresar, y la cofradía determina con quiénes —varones y mujeres— deben intimar. Los hijos e hijas de Seattle y Tacoma, los descendientes de las viejas familias que podían trazar su genealogía desde el año 1880, trataban con toda amabilidad a los pobres pobladores del valle de Yakima y a los nuevos habitantes de Idaho, pero no los invitaban, sino por excepción, a sus residencias de las dos lomas y del bulevar.

Sin embargo, Milt seguía a aquellos plutócratas, y en ellos estudiaba el calzado, los modales, los cigarrillos y la falta de interés por la Teología. Los saludaba diciendo: «¡Hola, Smith!» o «Buenos días, Jones», como si le fuesen simpáticos, pero sin importarle

un ardite si él lo era a ellos o no. Y así, sin precipitarse, entró un día en el domicilio de su cofradía, para preguntar cuál era el tema que se iba a tratar en la reunión del día siguiente y charlar con sus compañeros. Se sentó a fumar una pipa, con aire alegre pero silencioso, y ellos parecieron aceptarlo. En el momento en que alguno, resentido por la intrusión de Milt, le hacía preguntas impertinentes, éste le dirigía aquella mirada peculiar con la que más de una vez había vuelto afable y cortés hasta al hijo de un millonario. Pronto supieron que él entendía de automóviles mucho más que cualquiera de ellos, y como los automóviles los apasionaban en alto grado, lo consideraron como sabio. Milt carecía en absoluto de afectación y de pretensiones; su presencia, pues, les era agradable.

Pero hay una cuestión en la cual ellos habrían pensado si hubieran sabido que, ya despierto en su lecho por la mañana, Milt repetía sin sonreír:

«El pelo, siempre bien alisado por detrás. Nunca abultado. No se debe cortar demasiado sobre las orejas.

«Matisse es un artista popular. Entre los encumbrados está de moda reírse de él, mientras que los periodistas del colegio lo aplauden a rabiar.

»*Bliux* y *Severan* es la camisería más elegante y de más lujo.

»La mejor forma de caer mal es nombrar a los dirigentes obreros.

«Nunca hay que decir *Mucho gusto en conocerlo*.

Hay que mirar, entre aburrido y condescendiente, y decir: *¿Cómo le va?*»

* * *

Durante las tres primeras semanas de su estancia en Seattle sólo había visto a Clara una vez, el día de su visita. Dos veces la había llamado por teléfono. En una de aquellas grandes ocasiones, ella lo había invitado para ir con la familia al teatro —léase cine—, y él, sintiendo un gran dolor, se había negado. La otra vez ella le había dicho que quizá se quedara en Seattle todo el invierno, y que un día cualquiera irla a buscarlo a su casa para hacer la «gran caminata del siglo», a lo que Milt había respondido. «¡Oh, sí!» diez o doce infelices veces, sintiéndose muy solo al colgar el receptor.

Luego ella le escribió una esquila invitándolo al último *lunch* dominguero que se efectuaba en la casa de los Gilson, y que era toda una fiesta, a la cual llamaban *bruncheon*¹⁰. La hora acordada eran las diez y media. Casi todos los invitados llegaron a mediodía, pero Milt apareció a las diez y treinta y un minutos, y sólo encontró a un mayordomo

soñoliento.

Esperó cinco minutos en la sala, sintiéndose como un cobrador. Un hombre de mediana estatura, de rostro amable, ni feo ni bien parecido, irrumpió de pronto en el cuarto, diciendo atropelladamente:

—¡Oh, Mr. Daggett! ¡Cuánto siento haberlo hecho esperar! Es una vergüenza. Venga, sírvase alguna cosa: en estos *bruncheons* no hay etiqueta. ¿Juega al *bridge*?

—Muchas gracias. ¡Oh, no!

El huésped insistió en hacerlo pasar al comedor —de estilo inglés, o, por lo menos, de cierto parecido a los comedores de estilo inglés—, donde los riñones, las salchichas y las *omelettes* esperaban en las fuentes colocadas sobre los aparadores. Mr. Gilson sirvió café y siguió salmodiando:

—Hágame el favor de probar estos riñoncitos. Generalmente son muy ricos. Miss Boltwood me dijo que usted se portó muy bien con ella y con su padre durante el viaje. Debe de haber sido una excursión magnífica. ¿Se va a quedar en la ciudad mucho tiempo? ¡Ah, sí! Clara dijo que usted iba a la Universidad... Ingeniería, creo, ¿no? ¿Ha visitado nuestros talleres de aserrar troncos? Visítelos algún día... Pruebe la *omelette* antes de que *se* enfríe. Por favor, apriete ese botón; vamos a pedir que traigan más. Sí, preséntese cualquier día en el aserradero y se lo haré mostrar todo. ¿Cómo encontró las carreteras en la última parte?

— Espléndidas —dijo Milt—. En muy buen estado.

Mrs. Gilson se precipitó en el cuarto, con una sonrisa, un *super-sweater* y una falda deportiva totalmente inadecuada para cualquier deporte, excepto los juegos de naipes, dando alaridos al entrar.

—¡Qué vergüenza, Gene! ¿No es éste Mr. Daggett? ¿Cómo le va? Ha sido muy amable al venir... Por favor, pruebe los riñoncitos. Generalmente son muy buenos. Y las *omelettes*, antes de que se enfríen. Gene, puedes llamar para que traigan más. ¡Por amor de Dios!, dame un poco de café, Gene. Miss Boltwood bajará en seguida, mister Daggett. Ya nos ha contado la suerte que tuvieron al encontrarlo a usted en el camino. ¿Le gustó el viaje? ¿Cómo están las carreteras?

—En muy buen estado, señora —respondió Milt.

Clara llegó, lozana y serena, con un vestido blanco de tafetán, y exclamó con coquetería:

—Debía haberme imaginado que serías más puntual que los demás. ¡Cuánto me alegro de verte!... ¿Has probado los riñones? Por favor, sírvete uno... ¡Oh!, veo que ya tienes una

omelette. ¿Cómo te va en la Universidad?

— ¡Oh, muy bien! — respondió Milt.

Comió abundantemente, con aire complacido, y lanzó una mirada a sus zapatos nuevos para cerciorarse de que estaban tan brillantes como al salir de su casa.

De pronto, sin saberse por dónde, entró ronroneando una señora corpulenta y movediza:

— ¡Hola, hola! ¿Es posible que estén todos levantados? Mr. Daggett. Sí, hágame el favor de llevarme adonde están los riñoncitos.

Y un hombre con cabellos de abuelo y una risita de colegiala entró gritando:

— Buenos días. Esperaba que estuviéramos solos para el *bruncheon*... ¿Podremos jugar unas manos de *bridge*? ¡Oh, buenos días. Mr. Daggett! ¿Le gusta Seattle? Muchas gracias. Si, nada más que dos.

Luego Milt dejó seguir la conversación, que giraba en forma de espuma burbujeante sobre las tortillas, los riñones y el café. La gente empezó a llegar, saludándose unos a otros con inclinaciones de cabeza, como si fueran demasiado conocidos para preocuparse de hacerlo ceremoniosamente. Todos hacían a Milt una reverencia encantadora y lo olvidaban en seguida para dedicarse a los riñones y a las salchichas. El joven tomó asiento, sintiéndose solo, con su taza de café, hasta que Clara, despojándose de la sonrisa ficticia con que había estado escuchando una relación de pesca a varios señores, se deslizó hasta la silla vecina a la de Milt y le preguntó con interés:

— ¿Te atienden bien, Milt?

— ¡Oh, sí! Muy bien, gracias.

— No has venido a visitarme.

— ¡Oh, es cierto! Es que... estoy estudiando mucho.

— Esa es una razón muy original. Pero, dime, ¿es verdad?

— Te lo juro.

Súbitamente sintió la necesidad — los hombres enamorados son como niños para hacer confidencias a la amada — de contarle todo lo referente a sus clases y a sus amistades, y de hacerse compadecer por su cuarto desmantelado y por la comida que él mismo cocinaba. Pero alrededor no se oían sino voces proclamando las excelencias de los riñones, y como en aquel momento Clara levantaba la vista con gran vivacidad al ver llegar a un nuevo invitado, Milt contuvo su impulso, y luego, recapacitando, halló que no tenía absolutamente nada que decirle.

Se despidió con agradecimiento de las tortillas y los riñones, y escapó.

Aquel día caminó muchos kilómetros tratando de recordar qué aspecto tenía Clara.

XXVII

LOS DEFECTOS DE LA COMODIDAD

—¿Qué te pareció mi amigo Daggett? —preguntó Clara a Eve Gilson, una vez terminado el *bruncheon*.

—¿Cuál era?... ¡Ah!, el muchacho que encontraste en el camino. Bueno, realmente, no me fijé bien. Me imaginaba, por la forma en que te referiste a él, que era muy alegre y decidido, aunque más bien tosco. Pero no me llamó la atención. Parecía perfectamente educado, pero un poco pesado.

—No, no era ése. Era aquél... ¿Por qué jugaste espadas? —se interrumpió Clara, extrañada.

Estaban en la sala, descansando después del bullicio del *bruncheon*. Clara había permanecido con los Gilson el tiempo suficiente para que éstos se olvidasen ya tranquilamente de ella y se mostraran en su presencia afectuosos, bromistas y naturales, demostrando, cuando algo les preocupaba, que aún en su exaltada posición social existían motivos de disputa.

—Insisto en que deberíamos haber invitado a Belle Torrens —dijo con inquietud Mrs. Gilson—. Tarde o temprano, tendremos que recibirla aquí.

Mr. Gilson pensó intensamente.

—Pero es la persona más aburrida del mundo, y su marido no hace más que tramar planes para perjudicarme en los negocios. ¡Oh, a propósito! ¿Hiciste arreglar el grifo del lavabo del cuarto azul? Gotea sin cesar.

—No. Me olvidé.

—Bueno, *desearía* que te fijaras en ello. Gotea sin cesar.

—Ya lo sé Tenía intención de telefonar al fontanero... ¿No puedes llamarlo mañana, desde la oficina?

—No, no tengo tiempo para esas minucias. Pero desearla que lo hicieras tú. Sigue goteando...

—Ya lo sé. No hay medio de cerrarlo. Bueno, recuérdamelo mañana por la mañana.

—Me voy a olvidar. Es mejor que lo apuntes ahora. Si sigue goteando de esa manera, es seguro que algo se va a estropear. Y quisiera que le dijese al cocinero japonés que no le ponga tanto perejil a las tortillas. Dime, ¿cómo quedarían con una salsa de manteca por encima?

—¡Ah, no! Las *omelettes* deben ser secas. La manteca las pondría muy grasientas. Además, con el precio de la manteca...

—Si, pero les darla mejor sabor... Apunta ahora mismo que está estropeado el grifo del lavabo del cuarto azul, no sea que te vayas a olvidar. ¡Ah!, ¿por qué, cielo santo, apareció por aquí John Martin? ¡Es tan aburrido!...

—Lo sé, pero... Siempre es agradable ir a su casa. ¡Oh, Gene! Me gustaría que alguna vez te acordaras de no hablar tanto de negocios. Tú y Mr. Martin estuvisteis hablando del precio de la madera por lo menos durante media hora.

—No es verdad. Apenas si hablamos de ello. ¡Oh!, ¿qué automóvil piensas usar esta tarde? Si vamos a casa de los Barnett prefiero el coche cerrado... Pero probablemente tú saldrás antes que yo, porque tengo que leer algunos informes... Prometí a Will dar un paseo con él. Podrías salir en el coche pequeño... Tal vez quieras conducirlo tú misma... No, me olvidaba de que la palanca de cambios se escapa un poco... Bueno, puedes ir de todos modos y mandarme luego el coche. Sin embargo, apenas habrá tiempo...

Escuchándolos, como si oyera una comedia, Clara sintió de pronto deseos de gritar: «¡Por favor, déjense de tonterías! Voy a subir y ahogarme en el lavabo del cuarto azul. ¿Qué importancia tiene todo eso? ¡Caminen! ¡Tomen un tranvía! ¡Dejen de preocuparse tanto!»

Su rabia tenía origen en el sentimiento de su culpabilidad. Sí. Milt había sido común, vulgar. ¿Era Clara la causante? ¿Por obra de ella se había trocado su alegre ignorancia en un atontamiento lleno de cautela? Además, se sentía sofocada por el exceso de comida. Deseaba salir de allí, estar en la carretera, con la cabeza despejada, forzando la marcha, sintiéndose un ser humano independiente, y que Milt no estuviera muy lejos.

Mrs. Gilson estaba diciendo:

—Mattie Vincent es una muchacha muy agradable.

—Más bien aburrida, diría yo —bostezó Mr. Gilson.

Mattie era la séptima, entre sus recientes invitados, a quien él calificaba de aburrida.

—Te equivocas. Por supuesto, no baila sobre las mesas ni cita a Maeterlinck, pero tiene un instinto seguro de la corrección y de la elegancia. Su casa es muy bonita, y cada objeto es perfecto y está en el lugar apropiado. Aunque no se trate más que de una rosa, ella la elige de manera que armonice con el ambiente... Tiene, además, una vajilla preciosa... Me muero de envidia cada vez que veo sus platos de Lowestoft. ¡Y de qué manera tan suave reprueba todo lo que sea de mal gusto! Me acuerdo de aquella vez en que un profesor, estando de visita en su casa, habló del movimiento radical obrero, y Mattie no hizo más que sonreír y decirle: «¡Si le parece, no dejemos entrar leñadores sucios en esta sala... Les disgustaría tanto a ellos como a nosotros, ¿verdad?»

«¡Oh, al diablo con la vajilla! ¡Habría que ahorcar a todas esas solteronas de contestaciones brillantes! —pensó Clara, rabiando en silencio—. Y, en particular, ¡maldita sea la vida cómoda y regalada!»

Trató de romper el hechizo de las preocupaciones en que se debatían los Gilson. Con toda hipocresía, se dirigió al dueño de la casa para adularlo:

—¿Qué es lo más apasionante que estás haciendo ahora en tus fábricas, Gene?

—¿Apasionante? —preguntó Mr. Gilson dudando—. ¿Qué quieres decir?

—¿No te parecen apasionantes los negocios? ¿Por qué los haces entonces?

—¡Oh! ¡Bueno!... Naturalmente, si, son apasionantes en cierto modo. Bueno... Ahora estamos muy ocupados en conseguir capital para fabricar tarros de caramelos. El asunto promete dejar grandes ganancias. Tenemos un método nuevo para cortarlos. Pero no estarás interesada en la maquinaria, ¿verdad?

—No, por supuesto. Tú no cansas a Eve con tus problemas de negocios, esos horribles problemas que dan dolor de cabeza, ¿no es cierto? —dijo Clara arrullándolo con coquetería.

—Naturalmente. Creo que ningún marido debe molestar con sus negocios a la esposa. El hogar debe ser un lugar de paz y tranquilidad.

—En efecto —dijo Clara.

Pero lo que pensaba era esto: «Milt, lo que me aflige ahora no es pensar cómo puedo introducirte en los círculos elegantes, sino en que te estropearías y desvirtuarías si tal cosa ocurriera. ¡Oh!, esta muelle existencia, entre terciopelos y cristales, me ha echado a perder. Una agonía eterna por los lavados de los cuartos azules es un precio demasiado alto, aun para las camas con doseles. ¡Quiero andar, salir de viaje, vivir!»

Aunque aquella tarde, después de haberse puesto de acuerdo en que Mr. John Martin

era un ser aburrido, los esposos Gilson decidieron visitar a Mr. John Martin. Y llevaron consigo a la pobre Clara.

Mr. Martin era un hombre soltero, a quien le gustaba recibir a sus amistades. Cuando los Gilson llegaron a su villa, cerca de la bahía, había allí una docena de matrimonios encopetados. Entre ellos se hallaban dos matronas jóvenes que Clara no conocía aún: Mrs. Corey y Mrs. Betz.

—Ya todos la conocemos de nombre, miss Boltwood —dijo Mrs. Betz—. Usted viene del Este, ¿verdad?

—Si —contestó Clara, tratando de ser cordial.

Ambas señoras se miraron rápidamente, y Mrs. Corey se lanzó a la carga:

—¿De Nueva York?

—No. De Brooklyn. —Clara había tratado de dar una respuesta lo menos corta posible.

—¡Oh! —Se repitió el cruce de miradas. Mrs. Corey añadió con vivacidad—: Yo nací en Nueva York. ¿Conoce usted a los Dudenant?

Clara conocía a los Dudenant. Había bailado muchas veces con Donald Dudenant, que era un tonto. Pero el diablo se apoderó de ella y, con horror de Eve Gilson, dijo adoptando un aire estúpido:

—No..., no, pero creo haber oído el apellido.

La mirada condenatoria se volvió a repetir.

—He oído decir que usted ha tenido aventuras muy interesantes..., que ha hecho un largo viaje en automóvil... Debe de haberse encontrado con gente terrible en las carreteras, ¿verdad? —intervino Mrs. Betz.

—Sí. Todo el mundo piensa lo mismo, pero a mi me pareció excelente la gente que encontré —aseguró Clara.

—Yo siempre he dicho que la gente ordinaria puede ser muy agradable —dijo Mrs. Corey con aire protector. Antes de que Clara pudiera matarla (no había a la vista más arma homicida que un colador de té), Mrs. Corey prosiguió—: Aunque creo que somos demasiado bondadosos con los trabajadores; la situación obrera se está poniendo inaguantable aquí en el Oeste, y le aseguro que para conservar una doncella actualmente hay que tratarla como si fuera una condesa.

—¿Y por qué no tratar a las doncellas como unas condesas? Son mucho más dignas de consideración que ellas —dijo Clara con dulzura.

No puede asegurarse que Clara hubiera dedicado mucho tiempo a leer a Carlos Marx, a asistir a mítines sindicalistas o a coser banderas rojas, pero en aquel instante se sentía una revolucionaria completa. Hubiera mandado ejecutar sin ningún reparo a Mrs. Corey y a la bella Mrs. Betz. Toda la burguesía le producía disgusto. Buscó alrededor a algún criado japonés, para llamarle «camarada», y de nuevo pensó en el colador de té como arma asesina. Soportó con paciencia las combinadas y exclamatorias explicaciones de Mrs. Corey, Mrs. Betz y Mrs. Gilson, junto con las de Mr. John Martin, sobre los defectos inherentes a todas las doncellas, y cuando la tormenta hubo pasado dijo con un tono que parecía rezumar miel y jarabe:

—Usted estaba hablando de los Dudenant, ¿verdad, Mrs. Corey? Ahora los recuerdo. ¿No es una lástima que el pobre Donald sea tan idiota? Su padre es, realmente, un viejo majadero muy simpático.

—Yo —observó Mrs. Corey en el colmo del horror— considero a los Dudenant como unas personas exquisitas. Supongo que nos estamos refiriendo a dos familias diferentes. Yo hablo de los Dudenant de Manhattan, no de los de Brooklyn.

—¡Oh, sí! Yo también me refiero a los de Manhattan, los que hicieron su fortuna vendiendo paños de imitación de lana durante la Guerra Civil —explicó Clara con suavidad.

Ahí mismo terminó la bienvenida de Mrs. Corey y Mrs. Betz. Clara, sin sombra alguna de la inquietud que este pensamiento le hubiera causado tres meses antes, reflexionó: «¡Cómo me detestan!»

Los esposos Gilson tenían que hacerle muchas observaciones a Clara sobre su manera de comportarse en el viaje de vuelta. Pero ella, que había sonreído siempre y que se había portado como una invitada obediente, movió los hombros y estalló:

—¡Esas dos señoras son unas idiotas! Unas impertinentes empleadas bien vestidas. Me

gusta Seattle. Es una ciudad espléndida. Y adoro a tanta gente sencilla, real y buena como he encontrado aquí. Admiro el progreso que se advierte en todas partes, y sé cuán milagrosamente se ha transformado el campamento minero en esta hermosa ciudad. Pero, ¡por Dios!, no hay que olvidarse de los buenos mineros y de su arduo trabajo. Las distinciones sociales del hombre son completamente ridículas en las ciudades americanas que hace veinte años apenas tenían algo más que aceras de madera y cafetines. No me importa que se trate de Seattle, Minneapolis, Omaha o Denver; me resisto a tomar en cuenta a la *duquesa* de Corey y a la *baronesa* de Betz, y a todas las otras imitaciones del oro, por maravillosas que parezcan. Cuando unas pedantes como Mrs. Corey y Mrs. Betz tratan de impresionarme con su superioridad sobre los trabajadores y su extrema aristocracia oriunda del Este, me cansan sencillamente. ¡Yo soy el Este!

Hizo las paces con los Gilson aquella misma noche. Se había arrepentido razonablemente de no seguir el juego de sus amables anfitriones, pero en lo íntimo de su corazón acariciaba un agradable pensamiento. Se acordaba de cuán alegre y espontáneamente había prometido una vez, allá en la carretera, ir a visitar a Milt y hacerle la comida. Pensaba en ello con nostálgica ansiedad. La habitación no sería probablemente muy bonita; quizá no tuviera luz eléctrica: pero sería muy divertido freír huevos otra vez, verle lavar los platos, charlar y hacer bellos planes para el futuro, todo sin preocuparse por las opiniones de Mrs. Corey y Mrs. Betz.

En la tarde siguiente, el coche cerrado no estaba ocupado, y Clara lo obtuvo en préstamo, con el soberbio chófer griego.

Le dio una dirección, no lejos de la Universidad.

El chófer observó:

—Perdón, señorita. Creo que ese número debe de estar equivocado, porque queda en un barrio pobre.

—Puede ser. Pero ése es el número que me interesa.

El chófer arqueó las atenienses cejas, y Clara lamentó no llevar consigo el mortífero instrumento de colar té. Cuando se detuvieron frente a una confitería barata, abrió la portezuela del coche con tan rígida reserva que Clara pensó seriamente en darle un bofetón.

Clara subió las escaleras y golpeó la primera puerta del vestíbulo del piso alto. Acudió un gran delantal, al cual iba agregada una mujer soñolienta; de la masa de mujer y delantal emergieron, en medio de un bostezo, las siguientes palabras:

—El cuarto de Mr. Daggett está al fondo, a la derecha.

Clara llamó a una puerta que había sido en diversas épocas azul, amarilla y encarnada, y que a la sazón era de los tres colores. No hubo respuesta. Giró el pestillo, abrió y entró.

Tanto la pobreza de la habitación como el orden que reinaba en ella la impresionaron profundamente. El entarimado, sin alfombra, estaba bien barrido. No había más que un solo plato y una sola cuchara, pero estaban bien fregados y habían sido colocados sobre un estante cubierto con papel de periódico, en una alacena hecha con un cajón de jabones. Detrás de una cortina de cretona se hallaba, solitario en su percha, el traje nuevo de Milt. Sobre el borde del palanganero de hierro, fregado y puesto a secar, había un trapo viejo y deshilachado. Al ver esto, al imaginarse a Milt lavando los platos, las lágrimas asomaron a los ojos de Clara.

No había más que un cuadro en las paredes: un grabado de una joven sacado de una revista teatral. El nombre había sido cortado. Al mirarlo pensativamente, Clara observó que la actriz se parecía mucho a ella.

El otro ornamento del cuarto estaba constituido por una figurita de cartón piedra que representaba un gato, y que era un recordatorio de lady *Vere de Vere*. Clara lo levantó. Pegado al fondo había una etiqueta con el precio: cinco centavos.

Fué el precio lo que le traspasó el corazón. Cruzó el cuarto y se dejó caer en la cama gimiendo: «¡He sido una estúpida... una estúpida... una estúpida! ¡Tantas comodidades: automóviles de lujo, baños de mármol...! ¡Oh, pensar tanto en esas cosas y no quererlas para *el*! ¡y Milt viviendo tan modestamente!... ¡El, que hubiera sabido apreciarlas, metido en esta covacha y arreglándola todo lo posible!... ¡Y mientras tanto, yo avergonzándome de Milt en vez de luchar por él!... Soy de la misma índole que las Corey y las Betz. Me siento avergonzada, ¡amargamente avergonzada!»

Tabaleó nerviosamente sobre la cama.

Raspó una manchita de huevo de una fuente.

En cuanto estuvo en su casa, escribió una esquela a Milt invitándolo a tomar el té al día siguiente.

XXVIII

LA CHAQUETA DE MAÑANA DE MR. HUDSON B. RIGGS

Ahora surge en nuestra historia Mr. Hudson B. Riggs, un poco tardíamente y haciendo una rápida salida, con su chaqueta de mañana un tanto estrecha en los hombros y una festiva sonrisa en sus labios apretados. Parecía tan irreal como las palmas artificiales de los velorios. Pero en su breve aparición tuvo una poderosa influencia sobre el progreso de la carrera social de Milton Daggett.

Mr. Riggs había llegado a una magnífica posición en la ingeniería minera de Alaska, pasando por el trabajo en las granjas, la cuadrilla de peones, el oficio de capataz, la administración, y luego la exploración de minas. Sus gruesas manos evidenciaban esta evolución. Su propósito en la vida consistía en complacer a su esposa, lo cual jamás podía conseguir. Ella llevaba lentejuelas en los trajes y su corsé crujía; sonreía nerviosamente, y podía decir sólo con echar una ojeada más veloz que el disparo de una cámara fotográfica para instantáneas ultrarrápidas, si una nueva amistad era digna o no de ser cultivada. En ese aspecto había colocado a Mr. Riggs en una situación de absoluta seguridad y, también, de absoluta desdicha en sus tratos sociales. Mr. Riggs se había acostumbrado a contener todos sus impulsos, y se mostraba sumamente cortés con los jóvenes badulaquea a quienes deseaba tener en su oficina... para poder tratarlos de igual a igual.

En el tercer gran té ofrecido por los Gilson en honor de miss Clara Boltwood, todo lo que deseaba Mr. Riggs era escurrirse hasta el porche y tocar los nuevos discos en el gramófono. Pero los reproches que había oído a su esposa la última vez que había hecho esto le convencieron de que no era un método de huida prudente y valedero. De manera que se quedó parado junto a la chimenea —protegido, por lo menos, de un lado—, comiendo bocadillos de lechuga, a los que calificaba mentalmente de alimento para vacas, y escuchando a una brillante muchedumbre femenina que profería incomprensibles epigramas, de los cuales sólo captaba alguna, frases: «Vale la pena verlo»; «Perdió la pelota cerca del segundo hoyo...»; «Niñera competente...»; «Son unos

demonios»; «Es exquisito»; «La persona más absurda...»; «La nueva doncella...»; «Muchas gracias». Deseaba que alguien se acercase a él y le diera la oportunidad de ser agradable. Sabía que podría soportar mucho mejor el viaje de vuelta con su esposa si había sido amable con personas que le disgustaban.

Lo que Mr. Riggs no sabía era que un joven vestido de azul, con aspecto de jugador de tenis, lo estaba observando. Y no porque tuviese la habilidad de descubrir a sus compañeros de purgatorio, sino porque siempre era muy obsequioso fuera de la oficina. Mr. Riggs se inclinó profundamente varias veces, hasta casi derramar su taza de té, cuando el joven vestido de azul se dirigió hacia él y le dijo:

—Tengo entendido que usted se dedica a negocios de minas en Alaska, Mr. Riggs.

—¡Así es!

—¿Irá usted pronto para allá?

—No, ahora no.

—Yo espero ir a Alaska algún día... Estudio Ingeniería en la Universidad.

—¡Oh! ¿De veras? —Mr. Riggs dejó violentamente su taza sobre una mesa. (Su esposa le diría después que la había colocado en un lugar poco adecuado, pero no importaba.) Se inclinó hacia Milt y le dijo entre dientes—: Invíteme a fumar un cigarrillo. No sé si se puede fumar aquí, y no quiero ser el primero en hacerlo. ¡Ah, Alaska! ¡Quisiera estar allí! No se puede imaginar, muchacho, lo bueno que parece el té tomado en un jarro de lata, y lo insulso que resulta en estas tazas de porcelana. Vea, amigo mío, yo no sé nada de usted, pero me gusta su aspecto, en cuanto esté listo para irse a Alaska, venga a verme, que yo trataré de ayudarlo. ¡Pero no vuelva nunca de allá!

Cuando la burbujeante muchedumbre empezó a moverse hacia la puerta, Milt se dispuso a partir también. Aunque la nota de Clara le había dado la impresión de que ella se sentía un poco sola, durante todo el té no le había dicho más que esto:

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! ¿Conoces a Dolly Ransome? Dolly, éste mi simpático amigo Milton Daggett. Acompáñalo y hágalo feliz.

Dolly no lo hizo feliz en absoluto. Habló de tenis, relatando con lujo de detalles la suerte que tuvo al batir en tres *sets* a una tal Sally Saunders. Ahora bien, Milt estaba aprendiendo a jugar al tenis. Dedicaba dos horas semanales al tenis, dos al baile y dos al *bridge*. Pero prefería limpiar depósitos de aceite a cualquiera de aquellos pasatiempos elegantes. Hay que admitir que durante todo el tiempo que estuvo escuchando con rostro amable a Dolly pensaba en lo que ocurriría si él interrumpiese el parloteo veloz y lleno de exclamaciones y risitas de Dolly con un estentóreo: «¡Cierre el pico!»

Cuando creía retirarse a salvo, tratando de aparecer como si él también estuviera buscando su «Packard», Clara se deslizó hasta él, silenciosa como una sombra, y le susurró casi al oído:

—Por favor, no te vayas. Quiero hablar contigo. ¡Por favor! —Había un temblor de ansiedad en su voz, que desapareció de pronto al dirigirse apresuradamente hacia la puerta y asegurar allí que «de veras, Seattle le gustaba muchísimo».

Milt retrocedió hasta el vestíbulo. Allí se puso a examinar una consola sobre la cual había un curioso jarrón blanco y negro, con una sola pluma de pavo real y un espejo dorado que brillaba sobre la pared gris.

«Muy artístico. Me gusta ese espejo. Parece una laguna al atardecer. Pero no vale la pena esclavizarse por eso. Yo no pienso ser otro Riggs. ¡Pobre diablo! Se parece más a un criado que cualquiera de estas doncellas. Me da una lástima enorme. Podrá quitarse la chaqueta, sentarse a fumar a gusto... ¡cuando esté muerto!»

Todos los invitados se habían ido. Los Gilson estaban arriba. Clara llegó corriendo, cogió a Milt por la manga, lo obligó a sentarse junto a ella en el sofá de la sala, y luego suspiró y se pasó la mano por la frente con tal aire de cansancio que Milt sólo pudo decir:

—Espero que no te hayas movido demasiado.

—No. Sólo..., sólo he hablado demasiado.

Haciendo un esfuerzo, Milt añadió:

—Miss Ransome, esa muchacha que juega tan bien al tenis, es muy simpática.

—¿Si?

—Sí. Es muy... es... ¿Qué noticias tienes de tu padre?

—¡Oh, ya está trabajando de nuevo!

—¿Le sentó bien el viaje?

—Estupendamente. Parece otro. —Y luego, cambiando de tono, añadió—: Milt, háblame de ti. ¿Qué haces? ¿Qué estás estudiando? ¿Cómo vives? ¿Es cierto que tú mismo te haces la comida? ¡Oh, cuéntamelo todo! ¡Quiero saberlo todo!

—No hay mucho que contar. Principalmente, me dedico a los Matemáticas. Tengo que repasar, porque hace tiempo que estoy alejado de ellas. Mis conocimientos de los motores son superiores a los de la mayoría de mis compañeros. Esto me ayuda. Y en cuanto a mi vida..., bueno, sigo siendo conservador. ¿Sabías que vendí el garaje?

—¡Oh, no sabía nada!

Milt se extrañó de que ella lo dijera como si estuviese avergonzada, pero continuó suavemente:

—Sí, conseguí un precio bastante aceptable. Pero, claro está, no quiero que me vaya a faltar dinero, así que gasto lo menos posible. Y... —Se miró las uñas, silbó uno o dos compases, movió la cabeza y agregó tímidamente—: Y estoy aprendiendo a jugar al *bridge* y al tenis.

—¡Oh, querido! —Fué un grito de angustia. Clara se golpeó las manos por un momento antes de murmurar—: ¿Cuándo vamos a tomar lecciones de baile y a causar sensación en un campo de tenis como Dolly Ransome?

—No sé... —la atajó Milt. Luego, mirándola con franqueza, confesó—: No creo que esto suceda, Clara. No puedo hacerlo. No sirvo para esas cosas, ni para estos tés. Ya sabes lo torpe que soy. Casi volqué una taza, por poco le piso el vestido a una señora y... ¡Oh, no es que les tenga miedo! Habiendo visto un poco más de cerca a esa gente, he advertido que son como todo el mundo. Pero no puedo adquirir sus maneras. No puedo concentrar mi pensamiento sobre el modo como se debe tener en la mano una taza de té.

—¡Oh!, esos detalles no importan nada, ¡nada! Por otra parte, todo el mundo te considera simpático... Lo único que sucede es que tú eres muy reservado y no pueden ver la fuerza, el valor y toda esa bondad y dulzura que llevas dentro. Y en cuanto a tus modales... Dios sabe que no soy el ayuda de cámara del novelista P. G. Wodehouse, pero te voy a enseñar todo lo que sé.

—Clara, te lo agradezco muchísimo, aunque me parece que he cambiado de idea. Ya me he desanimado. Hoy estuve observando aquí a ese pájaro llamado Riggs. Es un individuo normal, o lo era, pero ahora simplemente se ha perdido en el tumulto. Yo no quiero ser una sombra más entre un millón de habitantes. No me encuentro a gusto en Seattle; es tan grande que me siento como una hoja en un bosque de pinos de Noruega. Pero Nueva York sería muchísimo peor. No quiero ser un Mr. Riggs.

—Sí, pero... ¡yo no soy una Mrs. Riggs!

—¿Qué...?

Milt no terminó de preguntarle qué quería decir. Clara estaba en sus brazos murmurando:

—¡Me siento tan sola!...

La paz reinaba en la estancia; el sol poniente inundaba los ventanales y se sumergía en el espejo del vestíbulo, pero ellos no prestaron atención, no advirtieron sus brillantes destellos.

No percibieron nada hasta que el sonido de unos pasos volvió a Clara a la realidad. Se desprendió rápidamente de los brazos de Milt, levantándose de un salto, y al verse reflejada en el cristal de un cuadro murmuró llena de vergüenza:

—¡Mi pelo!... ¡Está todo revuelto!

Milt la había seguido; estaba a su lado, rodeándole los hombros con un brazo.

—Querida...

Ella suplicó:

—¡No, por favor! Tengo miedo. Vamos... ¡Oh!, vámonos a dar un paseo, una vuelta, antes de que te marches.

—¡Escucha, querida! Escapémonos a la ciudad. ¡Hagamos una exploración y no volvamos hasta bien entrada la noche!

—¡Si! Vamos.

Caminaron desde la loma de Queen Anne, cruzando la ciudad, hasta los diques. No había nada en sus infantiles exclamaciones: «¡Oh, mira eso!», «¡Qué hermosa noche!», «¡Oh, un auto de Minnesota! ¿De quién será?», que delatara la pasada escena de íntimo acercamiento.

Dieron un paseo por una calle en alto que recorría toda la dársena. Vieron un vapor que estaba cargando rieles y provisiones para el ferrocarril de Alaska. Dieron gritos de entusiasmo ante un grupo de lanchitas pesqueras. Observaron a un grupo de hombres que trabajaban fuera de hora, desembarcando salmón de Alaska.

Atravesando la ciudad, llegaron al barrio japonés, con sus callejuelas retorcidas, sus oscuras alamedas y los pasajes con escalones que se perdían en la falda de la colina. Sonrieron a niños de ojos negros, y entraron en un restaurante japonés, donde probaron pescado crudo, camarones y raíces, todo remojado en un aceite muy denso y de bastante buena calidad.

Guiada por Milt, Clara descubrió un templo donde no sólo había candelabros, luces movibles, músicas insinuantes, alfombras, grandes escaños y voces oratorias, sino desheredados de la fortuna, jovencitas devotas y pequeños estantes con textos bíblicos. Se detuvieron en una esquina para escuchar a un miembro de la Hermandad de Pentecostés, a un adventista y a un magnífico negro que proclamaba con voz de barítono que el día del Juicio Final sería el 11 de abril de 1923, a las tres de la mañana.

Clara percibió en las callejuelas del barrio japonés, en los cines baratos, en las fondas de los trabajadores, una vida multiforme, de ritmo rápido, impaciente; y le pareció que allá, en la casa de lechos con doseles y paredes de apagados tonos grises, la vida se

ahogaba entre la blandura de los ricos almohadones. La muestra de gozo que daba a Milt en cada esquina de aspecto típico y la sencilla elocuencia de los oradores callejeros la conmovieron. Y cuando vio que una dependienta acariciaba la mano de un apuesto mocetón, dejó deslizar la suya en la de Milt, quien la apretó dulcemente.

Retornaron por fin, con aire tímido, a la residencia de los Gilson. Junto a la verja, Milt exclamó riendo:

—¡Hermoso paseo! Hemos de repetirlo pronto.

Clara se limitó a contestar:

—¡Oh, si! Me ha gustado mucho. Muchísimo.

Milt tiró su hermoso sombrero nuevo y la cogió por los brazos, preguntando:

—¿Es posible que me quieras? ¡Por favor, Clara, yo no sé jugar al amor! Estoy loco. Sólo vivo pensando en ti. ¿Podré llegar a ser de la clase de hombres que a ti te gustan?

—¡Querido! —Clara se dirigió con firmeza no solamente a él, sino a los Betze, Corey, Gilson y Saxton—. No olvides ni por un momento que toda esa gente, tanto aquí como en Brooklyn, que parece estar en las alturas y vivir para las diversiones, no es en el fondo más que gente común, con una capa de barniz, y tú vas a tener el mejor de los barnices, si consideras que vale la pena adquirirlo. En mi opinión, tal vez no valga...

—Bueno, pero dame un beso... —la interrumpió Milt.

—¡No! Por favor, no. No acabo de entender nuestra situación, ni aún ahora. ¿No podríamos ser simplemente camaradas, por algún tiempo? Sin embargo..., ¡yo te quiero!

Huyó. Cuando llegó al vestíbulo advirtió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

* * *

Fué a la tarde siguiente...

Clara estaba hecha un ovillo sobre la colcha bordada de su cama, pensando en bombones y en Brooklyn, en la encrucijada del Yellowstone Park, en frituras de maíz, en ropa interior de satén —*¿o crépé de Chine?*—, en el monte Rainier y en Milt, cuando Mrs. Gilson entró en su cuarto y preguntó con un tono tal de indiferencia que despertó las sospechas de Clara:

—¿Estás ocupada?

—No. No mucho. ¿Sucede algo?

—Hay una visita. Baja y verás a un hombre muy simpático que acaba de llegar de Alaska.

Clara se empolvó con parsimonia, bajó lentamente la escalera y entró en la sala, encontrándose con... Jeff Saxton, Mr. Geoffrey Saxton o sea, la cumbre de Brooklyn Heights, parado junto a la chimenea y recibéndola con una sonrisa.

XXIX

EL AMOR ENEMIGO

Pero a la segunda mirada dudó si era Jeff, tenía el rostro intensa y uniformemente tostado, y en él resaltaba el blanco de los ojos. Las manos estaban enrojecidas por el sol. En una de ellas se veía una gran cicatriz. Las tenía apoyadas en la cintura en actitud desafiante. No parecía el mismo. Llevaba unos pantalones y una chaqueta de terciopelo, con camisa de franela caqui.

Pero su sonrisa, con su sereno aire dominador, era la de Jeff, lo mismo que la gracia de su porte; y fué la voz familiar de Jeff la que la saludó, desvaneciendo su paralizado asombro:

—¡Hola, amiga! ¿No te he visto en alguna parte, allá en Montana?

—¿De dónde sales? ¡En nombre del...!

—Acabo de llegar de Alaska. Tuve que correr desde California. ¿Cómo estas, princesita?

Tendió una mano hacia ella, luego las dos, implorantes, pero ella no se precipitó hacia él como en Flathead Lake. Se aproximó con cautela y le dio un apretón de manos. Buscó refugio en un sillón y, con gran cordialidad, le dijo:

—Cuéntame todo lo que has hecho.

Jeff la observaba. Clara empezaba ya a asustarse, al pensar en la firme determinación con que la perseguía el recién llegado. Pero Jeff, tranquilamente, se sentó en una silla y accedió a complacerla.

—Ha sido un viaje realmente agitado. No sabía que me iba a gustar tanto traqueteo y que iba a soportar tan bien la falta de comodidades y otros inconvenientes. No es que el viaje haya sido peligroso, no; pero sí accidentado. Tuve que recorrer en canoa más de cuatrocientos kilómetros con un guía indio, haciendo escala cada veinte o treinta

kilómetros, y manteniendo el equilibrio de los rabiones de vez en cuando. El Gran Jefe por poco se ahoga en uno de ellos. De noche acampábamos en unos lugares que parecían el sitio de origen de todos los mosquitos del mundo. Una mañana me desperté justamente a tiempo para matar a un oso pardo que se disponía a comerse mis botas.

—¡Oh! —exclamó Clara admirada, y repitió la exclamación, sintiéndose algo embarazada.

No se había hecho ningún comentario, pues Jeff no hubiera echado a perder su triunfo agregando detalles, pero ambos comprendían que habían cambiado de pronto los papeles. A la sazón, ella era un ser débil, pues se quedaba metida en casa, mientras él se convertía en un arrojado expedicionario; y así como Jeff la había admirado en Flathead Lake, a ella le correspondía admirarlo en aquellos momentos, y a él aceptar serenamente su posición de héroe.

Clara no estuvo muy lejos de la adoración al preguntarle:

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

—¿Esto? ¡Oh, no es nada!

—¿No quieres contármelo?

—Te digo la verdad. No tiene importancia. Simplemente, un individuo borracho me hirió con un cuchillo. No tuve necesidad de tocarlo siquiera; si lo hubiese hecho me habría visto muy comprometido. El Gran Jefe fué quien me libró de él.

—¡Oh! ¿Te hirió con un cuchillo? ¡Oh!

Clara corrió hacia él. Sintiendo conmovida, le dio unos golpecitos en la cicatriz y lo miró con los ojos humedecidos. Luego trató de retirarse, pero Jeff retuvo su mano y la miró como si penetrara todos sus pensamientos. Se sintió débil. ¿Cómo podría escapar?

—¡Por favor! —murmuró, temblorosa.

Si él continuaba reteniéndole la mano un momento más, ella se arrojaría en sus brazos completamente perdida, Jeff era...

¡Oh, tenía demasiada edad para ella! Sí, y era demasiado paternal. Sin embargo..., con Jeff se sentiría protegida, y su vida sería cómoda y digna.

Pero, en el fondo, todo su ser clamaba por correr junto a Milt, su camarada. Advertía con agitación el deseo que la dominaba de huir con él, de descubrir, unidos de la mano, el mundo multiforme, y de reírse frente a la vida sin temor a perder la dignidad... Por miedo a la bondad y a la caballerosidad de Jeff, libertó su mano de un tirón. Luego fingió una sonrisa, como una pugilista hábil.

Al volver a sentarse, tartamudeó:

—¿Qué... qué tal?... ¿Te pareció interesante Alaska?

Pero esta vez él no la dejó escapar. La siguió con paso felino, a pesar de toda su gravedad, y muy serenamente abogó por su caso:

—Querida Clara, esas pocas semanas de lucha con la Naturaleza fueron una revelación para mi. Y voy a tener que pasar muchas más, pues parece que allá me necesitan. Existe cobre en abundancia, y hay también muchos problemas de organización y transporte que, según parece, yo puedo resolver mejor que los otros, aunque, por supuesto, soy completamente incapaz en lo que se refiere a los problemas de ingeniería. Sin embargo, he aprendido algo, y voy a arreglarlo todo de manera que pueda ir allá por lo menos una vez al año. El verano próximo haré una excursión mucho más larga... Veré las montañas, que son magníficas. Hay allí curiosos pueblos de aspecto ruso. Me dedicaré un poco a la pesca... En fin, haré vida de vagabundo. Será realmente hermoso y grande. Mejor aún que tu espléndido y valiente viajecito a través del...

—¡No fui valiente! Soy llorona como un nene —dijo Clara, contradiciéndolo con el aire de una niña díscola.

Jeff no discutió. Se limitó a sonreír y luego la definió plácidamente.

—Tú eres la chica más valiente que he visto en mi vida, y eso es más sorprendente aún considerando que eres esencialmente exquisita...

—Soy una desordenada.

—Muy bien. Eres desordenada. Yo también lo soy, y me gusta serlo. El año próximo, cuando vaya a Alaska, quiero que tú me acompañes. ¡Clara! ¿No te imaginas cuánto he pensado en ti durante estas semanas? Tu recuerdo me ha guiado por las soledades salvajes...

—Es... Me alegro. —Se levantó de un salto, rogando—: Jeff, querido, ¿te quedarás a tomar el té? Tengo que subir corriendo a empolvarme la nariz.

—No, hasta que me hayas dicho que estás contenta de verme. Querida niña, el tiempo ha transcurrido y.. No. Ya no eres una niña. Eres una mujer. Y si yo no he sido un hombre sino una máquina de oficina, esas épocas ya han pasado. Ahora me anima el espíritu de la aventura. ¡Hombre y mujer! ¡Mi mujer! Eso es todo lo que digo ahora, pero... ¡Oh, Clara, te necesito tanto!...

Jeff atrajo hacia su hombro la cabeza de ella, que por un instante descansó allí. Pero, al levantar la vista, Clara vio su edad reflejada en la piel granulada del cuello.

«Me necesita —pensó—. Pero será siempre dominador. Aun a los cincuenta años yo no

seré más que una niña para él. ¡Qué característico de su maldita superioridad es derrotar al pobre Milt aun en las aventuras..., y hacer después el papel de hombre modesto!»

—A ti... a ti siempre te gusta dominar... —suspiró Clara.

Por primera vez en tantos años de relación, el orgullo de Jeff sufrió un colapso. La apartó de sí y con tono patético se lamentó:

—¿Por qué tratas siempre de herirme?

—¡Oh, querido! No trato de ofenderte.

—¿Es porque te duele lo que he podido realizar gracias a mi iniciativa?

—No comprendo.

—Si yo tengo la idea de una reunión o de un paseo, tú crees que me gusta dominar. Si medito profundamente las cosas, dices que soy pesado.

—¡Oh, no lo eres! No ha sido mi intención...

—¿Qué eres entonces? ¿Una verdadera mujer, o una de esas coquetas que se divierten atormentando a un hombre porque ha sido bastante tonto como para enamorarse en serio?

—No soy así... De veras, Jeff, no soy así. Es que tú... tú no me comprendes... Es que no estoy enamorada de ti. Te quiero mucho y te admiro, pero...

—Yo voy a hacer que te enamores de mí. —Sus dedos le apretaron el brazo como tenazas; pero ella, lejos de enojarse, se sintió conmovida—. Pero no lo voy a intentar ahora... Olvídate del hombre de las cavernas de Alaska. Recuerda que ni siquiera he usado la palabra «amor». No he hecho más que charlar de fiords, o como se llamen, pero uno de estos días... No. No lo haré. Quiero quedarme en Seattle un corto tiempo para hacer excursiones y alegres comidas al aire libre... Pero, ¿preferirías que tampoco hiciera eso? Estoy... —le soltó el brazo y se pasó la mano por la frente—. No puedo soportar que me consideres como un muñeco fraternal. ¡No puedo soportarlo, no puedo!

—¡Por favor, Jeff, quédate ¡Saldremos a pasear y nos divertiremos. Escalaremos el Rainier, hasta donde podamos llegar.

Jeff se quedó. Aquella tarde, en el té, se mostró ocurrente y entrometido. Clara vio como lo admiraban los Gilson y dos muchachas que habían ido de visita. Sintió inquietud. Y cuando Mrs. Gilson le rogó que dejara el hotel y fuese a quedarse con ellos, Jeff rehusó, dirigiendo a Clara una rápida mirada que le hizo daño.

«Quiere que yo me sienta libre. En realidad, tiene más consideraciones conmigo que Milt. He ofendido a Jeff, y hasta su orgullo se vino abajo. Y le he estropeado la vida a Milt

por entrometerme. Y he lastimado los sentimientos de los Gilson. Y no soy un motivo de satisfacción para mi padre. ¡Oh, no sirvo absolutamente para nada!», concluyó.

XXX

LOS VIRTUOSOS CONSPIRADORES

Mr. Geoffrey Saxton, con cutis de Alaska, *smoking* de Nueva York y actitud de Piccadilly, conversaba con el matrimonio Gilson mientras Clara terminaba de vestirse para ir al teatro.

Mrs. Gilson observó:

—Clara es muy simpática. Nosotros hemos llegado a quererla muchísimo. No podemos pasar sin ella. Pero parece que no sabe qué camino seguir. Está desorientada. ¿Quién es ese muchacho, Daggett, el estudiante universitario, que parece gustarle tanto?

—Bueno, ya que habla usted de él... Yo no tenía intención de tocar ese punto, a menos que lo hiciera Usted. Quiero portarme caballerosamente con él. ¿Qué le ha dicho Clara? —preguntó Jeff confidencialmente.

—Nada, excepto que es un joven ingeniero, terriblemente valiente y lleno de otras muchas virtudes incómodas, que encontró en Yellowstone Park, o en algún otro sitio, y que la salvó de un oso... o quizá de un vagabundo... En fin, de algo igualmente peligroso.

—Eve, yo no quiero ser altanero, pero la verdad es que ese joven Daggett es una persona muy desagradable. Ha estado aquí en su casa, ¿verdad? ¿Qué le pareció?

—Nada de eso. Es silencioso e insulso como una infusión de manzanilla, pero perfectamente inofensivo.

—Entonces es más inteligente de lo que suponía. Daggett es cualquier cosa menos insulso e inofensivo, y si puede aparecer como tal... Parece que es hijo de un vulgar trabajador del Oeste Medio; no es ingeniero ni nada parecido. En realidad, es chófer o conductor de taxi. Se encontró con Clara y Mr. Boltwood por el camino, y, de un modo u otro, se captó sus simpatías. Lejos de ser callado y no tener características propias, parece como si tuviera un extraño encanto personal que... —Jeff suspiró— que no puedo

explicarme. ¡Simplemente, no lo entiendo!

»Me encontré con él en Montana. Iba acompañado por el individuo más extravagante y atroz que he conocido, un tal Rojo Westlake o algo así, ¡un verdadero bandido! Trató de que Boltwood y yo nos interesásemos en la más burda de las estafas mineras, sugiriendo que debíamos asociarnos con él para engañar al público. Y ese Daggett era su compañero; los dos viajaban juntos. Pero quiero ser absolutamente imparcial. No estoy *seguro* de que Daggett tuviera conocimiento de la falta de honradez de su camarada. Además, no es eso lo que me preocupa, sino que es un individuo imposible, tosco como un trozo de hierro en bruto. Cuando se lo propone, puede arreglárselas para pasar inadvertido, pero si le dan una oportunidad...

»Creo que no exagero si digo que a las cinco y media estará comiendo en mangas de camisa, para pasar después la velada leyendo el diario, sin zapatos y con los pies encima de la mesa. Pero Clara (ya saben que ella tiene espíritu quiijotesco) cree que porque ese sujeto le arregló un neumático en la carretera, o algo parecido, se encuentra en deuda con él, y cuanto más despreciable es ese tipo más se siente ella en la obligación de ayudarlo. Ha habido asuntos de esta clase... ¡Oh, es horrible pensarlo! Pero ha habido cosas, ustedes lo saben, de muchachas tan espléndidas, finas y bien educadas como Clara, que han sido atrapadas en matrimonios desiguales por su lealtad a un aventurero sin escrúpulos.

—¡Oh! —gruñó la señora.

—¡Dios mío! —se lamentó Eugene Gilson, alegre ante la posibilidad de la tragedia.

—En realidad —dijo Jeff con entusiasmo—, no he exagerado nada.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Mrs. Gilson.

Y su esposo, que tenía ideas rápidas, exclamó:

—¡Jeff, usted debería raptarla y casarse con ella!

—Me gustaría. Pero tengo demasiada edad para esas locuras.

Los dos se apresuraron a asegurarle que aún era una criatura con dientes de leche. Jeff, halagado, sugirió:

—Les diré lo que podemos hacer. Por supuesto, es una treta antigua, pero excelente. Creo que Daggett no ha venido mucho por esto casa. ¿Por qué no invitarlo continuamente y ponerlo en contacto con Clara hasta que ella se despierte, vea toda su tosquedad y se harte de él?

—¡Magnífica idea! —gritó Mr. Gilson—. Lo invitaremos para todo, desde la comida de nueve platos con servilletas de la abuela Eaton, hasta los *lunchs* fríos con leche y jamón

recién sacados de la nevera. Cuando Clara no lo invite, lo haré yo.

XXXI

LA COCINA INTIMA

Milt se acostumbró a la sala de los Gilson. Ya no se sentía azorado en presencia de tanta abundancia reluciente, aunque al principio, sin sospechar siquiera que existía el recurso de los decoradores profesionales, estaba convencido de que, para crear aquel ambiente, los Gilson tenían los conocimientos más extensos del orbe. Ahora miraba con familiaridad los paneles blancos, los consolas con candelabros de plata, los espejos, el inevitable sofá, inevitablemente respaldado por la lámpara de pie con pantalla de color de amatista, y la mesa cubierta de arquetas de plata y de retratos con marcos repujados. Le gustaba el atractivo reflejo de la luz sobre el terciopelo y las maderas barnizadas.

No fué la sala, sino la cocina, lo que le sobrecogió.

En Shoenstrom había sabido ya que existían salones hermosos, pero confiaba en su experiencia respecto a las cocinas. Estas, según su filosofía, eran pequeños cuartos de piso de ladrillos, llenos de olores, provistos de una mesa cubierta de hule y de un fogón con horno, generalmente deteriorados, un estante o alacena con cacharros y una pila de platos sucios.

Pero la cocina de los Gilson tenía la eficiencia de un laboratorio y el pomposo aspecto de una peluquería de lujo. Sintiendo un respetuoso temor, Milt contempló las paredes de azulejos blancos, el piso de corcho, la cocina de gas, grande como la de un hotel, el refrigerador de esmalte y níquel, que llegaba hasta el cielo raso, las mesas forradas de cinc, y una caja de utensilios que parecía de material quirúrgico. Todo esto le atemorizó; el lujo asiático de los *grandes* Gilson le parecía más imponente que nunca. La cocina de los Vanderbilt debía de ser parecida... Y tal vez la del rey Jorge V.

Vió la cocina en una ocasión en que había sido invitado insistentemente a una cena íntima por Mr. Gilson. A la servidumbre le habían dado asueto. Los Gilson, Clara, Milt y Jeff Saxton preparaban ruidosamente su propia comida. Mientras la señora de la casa

batía huevos y hacía café, su esposo e invitados ponían la mesa y sacaban el jamón y la ensalada de la nevera.

Milt se propuso ayudar diestramente, pero en silencio. Cuando supo que iba a comer con Mr. Geoffrey Saxton, que había reaparecido, su primera impresión fué de pánico, pero luego tomó una resolución. Dejaría que Saxton representase su papel de hombre altanero y poderoso, que desplegara la magnificencia de sus ropas y sus adjetivos, como lo había hecho en Flathead Lake. En tanto, él, Milt, se dedicaría al trabajo. Ayudaría en la cocina, sin hacer caso de la pedantería de Jeff.

Sólo que... Jeff no fué pedante. Saludó a Milt con un: «¡Ah, Daggett! ¡Cuánto me alegro!» y Milt no tuvo ocasión de ayudar. Fué Jeff quien se le anticipó y con un agradable: «¡Déjeme a mí!... Yo entiendo de cocina», le arrebató el jamón y la ensalada. Fué Jeff quien encontró los platos para la cena, mientras Milt se preguntaba desatinadamente cómo una sola familia podía usar toda aquella cantidad de diferentes clases de loza. Fué Jeff quien se precipitó a ayudar a Clara para llevar la mesa con ruedas del té, y así aprovechó la oportunidad de hablar con ella, cosa para la cual Milt había estado maniobrando durante los últimos cinco minutos.

Cuando se hubieron sentado, Jeff volvió su rostro radiante hacia Milt, diciéndole con respeto:

—He pensado muy a menudo en usted, Daggett, durante una excursión que hice recientemente. Su presencia me hubiera sido muy útil.

—¿Dónde fué eso? —preguntó Milt con desconfianza, sin atreverse a comer el jamón frío con los dedos y esperando a ver qué hacían los demás.

—¡Oh, en Alaska!

—¿En... Alaska? —Milt estaba asombrado.

—Sí. Sólo fué un viaje de negocios. Allí se me presentó un problema sobre el cual desearla que me aconsejara.

Se mostraba humilde. Y Milt se sentía azorado.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Quisiera saber si se podría usar teléfono inalámbrico en Alaska. Pero no entiendo nada de electricidad. ¿Podría decirme cuál sería el coste de una instalación de telefonía sin hilos con un radio de cien millas?

—¡Oh! ¡No lo sé!

—¡Oh, perdón! Bueno, ¿podría entonces decirme algo sobre la telefonía sin hilos?

—No. Tampoco sé nada de eso.

Milt había tratado de contestar con la mayor amabilidad posible, pero, sin embargo... Odiaba más la obsequiosidad de aquel endemoniado ser que su frialdad en Flathead Lake. No estaba seguro, pero le parecía que los Gilson se hablan tocado con el pie por debajo de la mesa, y Clara, a pesar de su invariable sonrisa, no parecía feliz. ¡Qué lejos de él la sentía!...

—No tiene importancia, realmente. Pero yo no sabía... Así que usted ha empezado a estudiar Ingeniería en la Universidad de Washington, ¿no? Tal vez conozca a Gid Childers, hijo del senador Childers, perteneciente a una encantadora familia...

—Lo he visto. Tiene un «Stutz»... No, el suyo es un «Mercer» —suspiró Milt.

Se despreciaba por ello, pero no podía evitar cierto temblor en su voz. Gente con «Mercer»...

Clara parecía querer hablar. Carraspeó de una forma muy delicada y femenina. Pero Jeff no hizo caso y continuó muy afectuosamente, dirigiéndose a Milt:

—Si hay algo en que yo pueda ayudarlo, no deje de comunicármelo. Nuestra oficina está en relación con varios ingenieros de su Facultad. Mantienen correspondencia con nosotros. ¿Conoce por casualidad al doctor Philgren?

—¡Desde luego! ¡El doctor Philgren es maravilloso! —exclamó Milt.

—Si. Creo que es muy buena persona. Aspira a ocupar un puesto en nuestra Compañía. Tal vez se lo concedamos. Dígale que usted es amigo mío, y le ayudará en todo lo posible.

—Gracias —dijo Milt atragantándose.

—Y ahora que estamos en familia, ¿cómo marchan sus asuntos económicos? ¿Le interesaría que yo le presentara a algunas casas de ingeniería, donde usted pudiese encontrar algún trabajo para las horas libres? Con eso podría hacer algún dinero para...

¡Maldito aire afectuoso y paternal!...

—Gracias, pero no necesito trabajar. Tengo dinero suficiente —contestó Milt irritado.

—¡Cuánto me alegro! —La voz de Jeff era suave como la miel—. Es usted afortunado. Yo tuve que luchar bastante en Princeton.

¿No estaba Mr. Gilson comparando la camisa de seda de Saxton con la de algodón de Milt, y a la luz de esta comparación, no se reía de su jactancia y de la modestia el otro? Milt se sintió sofocado. Sentía picor en la cabeza y sus omoplatos estaban húmedos. Cuando Saxton se volvió hacia Clara, cacareando: «¿Un poco más de jamón, querida?»,

Milt se odió a sí mismo. Estaba casi en la dramática y desagradable situación de un hombre en pijama, con un pijama no muy fino, que se ha quedado aprisionado en el pasillo de un hotel al cerrársele inadvertidamente la puerta. Se encontraba en el estado de ánimo de un perro callejero en una exposición del Kennel Club¹¹. Tenía una débil sospecha de las intenciones de Saxton, pero, ¿qué podía hacer?

Aún se sintió más desplazado de aquel ambiente cuando la familia lo olvidó por completo y se puso a hablar de gente que él no conocía ni de nombre.

Se quedó sentado en su lejana isla desierta, comiendo jamón y deseando no haber salido de Shoenstrom.

Clara había recobrado la voz. Parecía hacer esfuerzos para atraerlo a la conversación, de manera que la familia pudiese apreciarlo. Después de dudar y fruncir el entrecejo, consiguió decir:

—Esto..., ¡oh!..., ¡ah!..., ¡Milt! ¿A cuánto se vende ahora la gasolina?

* * *

A las nueve, Milt dejó la casa donde se celebraba aquella cena íntima y encantadora. Dijo: «Tengo que ir a estudiar... Geometría Analítica», como si fuera una mentira, y lanzó un «Buenas noches» a Saxton como si odiase a su generoso benefactor. A Mrs. Gilson, por más amable que quiso ser, no pudo sino decirle: «Gracias por haberme invitado.» Todos lo acompañaron hasta la puerta. En el momento en que ya se creía libre, Saxton le suplicó:

—¡Oh, Daggett! Estaba discutiendo con un amigo... ¿De qué color son las vacas Holstem-Frisias? ¿Coloradas?

—Negras y blancas —contestó Milt con prontitud.

Mr. Gilson apenas pudo contener lo risa.

Milt se detuvo un instante en la terraza, enjugándose la frente, y sin pensarlo más decidió irrevocablemente no volver a ver nunca más a Clara o a cualquiera de sus amigos. ¡Nunca más!

* * *

Milt había recibido de Mrs. Gilson una nota invitándole a compartir su palco la primera noche de una corta temporada de ópera. La mitad del día se la había pasado tratando de encontrar una forma cortésmente ruda de negarse.

Una chiquilla llegó de la pastelería de abajo, preguntando:

—Diga, ¿es usted Mr. Daggett? Una mujer quiere hablar con usted por nuestro teléfono. Dígale que nosotros no somos recaderos de nadie. Que no podemos dejar la tienda para llamar a los inquilinos de arriba. No vamos a andar trotando por toda la ciudad... ¡Oh, un níquel! ¡Oh, gracias! No se fije en lo que dice mamá; ella siempre está protestando.

Una vez en el teléfono, oyó la voz agitada de Clara:

—¡Milt! Te espero aquí, en el Cine Imperial. Ven en seguida. Tengo algo que decirte. Estaré en el vestíbulo. ¡Apresúrate, por favor!

Cuando irrumpió en el vestíbulo del cine, Clara estaba ya allí, mirando aguadamente una serie de fotografías. Corrió hacia él, lo cogió por las solapas y le dijo atropelladamente:

—¿Te han invitado a la Opera? Quiero que aceptes y les echés a perder el juego. Estoy segura de que hay un complot. Lo que ellos quieren es demostrarme que no estás acostumbrado a grandes sombreros, saxófonos, tules y viudas empingorotadas. ¡Derrótalos, derrótalos! Vete a la Opera y muéstrate bien altivo y desdeñoso. ¡Puedes hacerlo! ¡Sí, puedes! Y no te olvides: debes ir con traje de etiqueta. Ahora tengo que marcharme corriendo.

—Pe... pero...

—Por favor, no faltes. Confío en ti. ¡Oh, di que sí!

—¡Sí!

Clara desapareció en el coche cerrado de los Gilson. Milt estaba resplandeciente de alegría por la lealtad de ella, y furioso contra los conspiradores.

Pero nunca se había puesto un traje de etiqueta. ¿Cómo podría conseguirlo? ¿Cómo se sentiría con él? ¿Qué haría con los faldones del frac? ¿Los abriría o los enrollaría hacia arriba para sentarse? ¿Y no se darían cuenta, por su estúpida timidez, de que el frac no era una prenda adecuada para él? Oía ya los murmullos en la calle: «Vean a ese tipo. Lleva un frac alquilado, y se cree un elegante.»

Porque, naturalmente. Iba a alquilar un frac. Nadie los compraba..., excepto los plutócratas como Mr. Henry Boltwood.

Se paseó aguadamente por toda la calle, de un extremo a otro, espiando a través de los escaparates de las camiserías hasta ver a un empleado de cara bondadosa. Lo encontró en *Ye Pall Mall Toggery Shope & Shoes*. Era un joven de rostro franco, que estaba mirando por el escaparate como si pensara en ir de misionero a la India. Milt adoptó un aire ceñudo, entró resueltamente y le dijo con tono fraternal:

—Diga, joven, ¿no tiene por ahí uno de esos libritos que le explican a uno todo lo que hay que ponerse yendo de frac?

—Seguro —contestó el empleado bondadoso.

Al oeste de Chicago, «Seguro» quiere decir: «Algo de eso hay», y: «¡Si!», y: «En suma, me inclino a pensar que debe de haber ciertos vestigios de exactitud en su curiosa opinión», y también: «Usted está mintiendo, pero no puedo decírselo».

El joven de rostro bondadoso sacó de la parte posterior de un mostrador un magnífico folleto ilustrado con fotografías de un Apolo vestido con prendas que se describían como «Hermosos Atavíos Americanos. Elegantes Novedades y Fantasías». Las páginas centrales catalogaban fielmente las corbatas, camisas, puños, gemelos, zapatos de baile, botas y sombreros para usar con trajes de mañana, de tarde y de noche, trajes de montar, de jugar al tenis y de duelo.

Con ayuda del empleado, Milt eligió una camisa que parecía una armadura; una corbata blanca que, entre sus manos grandes y enrojecidas, parecía tan pálida y menuda como un pececillo; un chaleco con abertura curva y enorme como una vuelta del río Missouri; una botonadura, y unos gemelos de perlas. Por primera vez, excepto durante dos o tres visitas a las tiendas de repuestos para automóviles en Minneapolis, se sintió poseído por la fiebre del comprador. Los largos y brillantes mostradores, los pulidos estantes, las cajas resplandecientes y las hileras multicolores de corbatas, constituían un hermoso espectáculo lleno de tentaciones. Revolvió un grupo de corbatas, que crujían agradablemente, y, haciendo un esfuerzo, salió de allí.

Compró también un par de zapatos de charol, que le costaron exactamente el doble de lo que se había propuesto gastar. Luego adquirió un periódico donde encontró el siguiente anuncio:

SILBERFARB, EL SASTRE DE LA BUENA SOCIEDAD

SE ALQUILAN TRAJES DE ETIQUETA

Elegancia y calidad

A pesar de la elegancia y calidad de los trajes de mister Silberfarb, su establecimiento estaba situado en un entresuelo, sobre una pastelería, y a él se subía por una escalera carcomida a cuyos lados colgaban en sucesión los descoloridos anuncios de las restantes oficinas de los pisos altos: «J. L. y T. J. O'Regan. Detectives privados»: «Iglesia Espiritualista *El Cenit*. Mensajes por el Reverendo Lulu Panghouse»; «Mme. Lavourie, Baños sulfurosos», etcétera. El aire denso y con olor a podredumbre de la escalera y el pasillo sugería un ambiente de mezquindad y trapacería. Milt advirtió que sentía ganas de pelearse con alguien, pero como no había nadie a la vista se deslizó por el tabique del pasillo y aporreó la puerta en cuyo cristal se leía el nombre del sastre de la buena sociedad.

Entró resueltamente en el desván. La luz de la única ventana se hallaba velada por una hilera de ropas negras con olor a moho, que se extendía a ambos lados como un depósito de infelices cadáveres indecentemente colgados en perchas. Sobre una mesa, larga y tosca como la de una carpintería, un judío de corta estatura, sin cuello, sin afeitarse y sudoroso, estaba zurciendo unos pantalones bajo la escasa luz de una lámpara de gas. El judío se restregó las manos y adoptó un aire de benevolencia.

—Quiero alquilar un traje de etiqueta —dijo Milt.

—Tengo justamente lo que usted necesita.

El hombrecito se desdobló, galopó a lo largo de la hilera, tomó el primer traje que le vino a mano y regresó triunfante para desplegarlo ante el ceñudo rostro de Milt, exclamando:

—¡Precioso, caballero, pre-cio-so!

Milt contempló con disgusto las costuras brillantes y los ojales raídos. Toda la personalidad del traje se hallaba desintegrada. Lo que le gustó fué el penetrante olor a gasolina que despedía.

—Esto está inservible —gruñó—. Ante este sacrilegio, Mr. Silberfarb alzó las manos al cielo y miró a Milt de arriba abajo, fríamente. Sus ojos, brillantes a pesar de su rojez, lo acusaban de ser un patán indigno de usar traje de etiqueta. Milt se sintió un poco humillado, pero insistió—: No sirve. Yo quiero un traje de calidad.

—Bien... Este resultó excelente a un profesor de la Universidad que daba un baile, pero si usted lo dice...

Con el aire resignado de quien tiene que tomarse una molestia desacostumbrada, Mr. Silberfarb volvió a colocar la estropeada prenda en su sitio, suspirando con alardes de paciencia al recorrer la hilera en busca de otra. Croó luego en señal de triunfo y volvió con un pesado artefacto con cuello y puños de terciopelo, fijando su vista, que se había

vuelto huraña, en el exigente parroquiano.

—Aquí tiene. Ahora no podrá alegar nada. Ni un defecto. Si usted quiere calidad, esto es lo que le conviene... Y le vendrá como un guante. ¡Oh, es el colmo de la elegancia!

Desprendiéndose del hechizo de aquellos ojos despreciativos, Milt abrió el folleto y estudió las indicaciones. En una nota decía: «No deben usarse nunca cuellos o puños de terciopelo con traje de etiqueta.»

—Tampoco sirve. Prohibido el terciopelo —observó.

Entonces el hombrecillo, como un loco, empezó a correr en círculos. Arrojó la prenda sobre la mesa, se golpeó las manos y aulló:

—¿Qué quiere usted? ¿Qué quiere? ¡Es una prenda de ciento cincuenta dólares! Me la vendió uno de los caballeros más ricos de la ciudad al marcharse al Japón.

—Bueno, mándesela de nuevo al Japón. Yo quiero algo decente. Si usted no lo tiene, me iré a otra parte.

Instantáneamente, el sastre se volvió afectuoso:

—¿Qué le parecería un elegante *smoking*? —preguntó con aire tentador.

—No. Aquí dice... Déjeme ver... ¡Oh, sí, aquí está... Aquí en el libro dice que para ir al teatro con damas no se debe usar el traje «para comidas, llamado también *smoking*, sino...»

—¡Oh! Los que escriben esos libros no saben nada. ¡Nada absolutamente! Los hacen de cualquier manera.

—¡Hum! Sea como fuere, tengo que seguir las indicaciones. En una fábrica de automóviles siempre saben más de aparatos de ignición que en un taller de mecánicos de pacotilla.

—Bien dicho. Bueno, usted es muy difícil de complacer. Le voy a dar un traje que tengo reservado, pero deberá dejarme diez dólares de depósito en vez de cinco.

Mr. Silberfarb, con muestras de regocijo, abrió una vitrina que se hallaba detrás de la fila de muertos colgados y sacó un frac que a Milt le pareció casi decente. Se lo probó y halló que le quedaba bastante bien. Pero entonces descubrió al sastre en el momento en que, para que le sentara mejor, le estaba haciendo un rollo de tela en la espalda. Volvió a protestar Milt, y otra vez el sastre sufrió las agonías de la muerte y dijo con aire desesperado:

—Pero, ¿qué desea? No es elegante llevar la chaqueta muy ajustada. Todos los caballeros la usan holgada y suelta.

Al fin, después que Milt hubo recorrido la mitad del camino hacia la puerta, Mr. Silberfarb convino en que una prenda como aquélla no podía quedar bien a cualquier persona sin sufrir algunas alteraciones.

Le quedaba un poco grande, y las mangas eran demasiado largas, pero al examinarse Milt en su cuarto, poniendo el espejo sobre el escritorio, luego sobre la silla, después sobre el piso, y, finalmente, para tener una vista completa desde lejos, en el vestíbulo, se convenció con indecible deleite de que «tenía un gran aspecto metido en aquel artefacto». Su rostro claro, su pelo brillante y sus hombros cuadrados parecían hacer juego con la vestimenta.

Se puso el abrigo y salió en dirección al teatro, sintiendo la satisfacción del hombre que sabe que nadie se va a mofar de él. Los zapatos le apretaban alternativamente los dedos y los talones; los pantalones le producían calambres en la cintura, y sospechaba que la corbata se le corría de un lado al otro. No obstante, subió al tranvía contento de si mismo, y tomó asiento con el aire de un millonario magnánimo, hasta que...

Otro hombre vestido de etiqueta subió al coche, y Milt observó que llevaba sombrero de copa, una bufanda de seda y un par de guantes de cabritilla blanca, que sacó de un bolsillo para examinarlos.

¡Había olvidado el sombrero! Llevaba puesto el corriente, de fieltro gris. Podía pasarse sin los guantes, pero el sombrero de copa... Las instrucciones lo indicaban... ¡Oh, estaba perdido!

Se levantó el cuello del abrigo para ocultar la corbata blanca, trató de esconder cada uno de sus zapatos debajo del otro, y cambió su actitud de hombre superior por la de un digno individuo corriente con ropa corriente ¿Se había dado cuenta el conductor, o alguno de los pasajeros, de que era un ser disfrazado de etiqueta y sin sombrero?

En cierto momento, el genuino caballero de etiqueta lo miró fijamente. Milt volvió la cabeza y soportó el hipotético insulto lleno de vergüenza.

Demasiado débil para otra cosa más que para sufrir, se sintió arrastrado hacia el teatro, la opera, los caballeros de sombrero de copa..., hacia Jeff Saxton y la exposición al ridículo.

Pero el éxito obtenido en su trato con el sastre le enseñó que el arte de vestirse no es un secreto privativo de los iniciados, y que algún día él también podría llegar a dominarlo. Este pensamiento fué suficiente para curar las heridas de la subconsciencia. «Llegaré a algo», se decía a si mismo.

Los Gilson y sus invitados no habían llegado aún. Se despojó del abrigo y lo dobló sobre su sombrero de fieltro, para que nadie advirtiera la clase de sombrero que

ocultaba. Esta operación lo dejó expuesto a las miradas de todos los que estaban esperando en el vestíbulo. El desacostumbrado resplandor blanco de su pernera le hacía sentirse desnudo e indecente... «son muy hermosos estos chalecos... Deben de hacerlos con cuellos de piqué viejos...»

Soportó su martirio hasta que llegaron los Gilson, Clara, Jeff Saxton y una señora joven y resplandeciente, cuyo apellido, según entendió Milt, era Corey.

¡Y Saxton no llevaba sombrero de copa, sino un sombrero blando..., y parecía no darle importancia!

Milt se irguió, los siguió a través de los múltiples peligros del vestíbulo, a lo largo de una hostil hilera de personas tiasas y con rostros despreciativos, hasta un estrecho corredor carmesí, una escalera de caracol, un pasaje secreto, un oscuro y misterioso cuartito... Al fin entró en un cuarto al que le faltaba una de las paredes, y por el lado abierto le pareció ver a diez trillones de personas en un gran pozo, de las cuales nueve trillones le clavaban la vista y se daban cuenta de que había alquilado el traje. Acalorado, se llevó por delante una o dos sillas y, por fin, le permitieron descansar en una estúpida sillita dorada, en el rincón más alejado del palco.

Una vez allí, en salvo, se sintió mucho mejor. Excepto los guantes blancos de Jeff, Milt no pudo encontrar mucha diferencia entre ambos. Y los caballeros del palco vecino no tenían guantes. Milt se cercioró bien de ese detalle, y gozó inmensamente con la comprobación. Miró a Clara y la sonrisa llena de lealtad que ella le dedicó lo tranquilizó por completo.

Había algo... ¿Qué era lo que trataba de recordar? ¡Ah, si! Cuando trabajaba como mecánico en el molino harinero de Shoenstrom, a los dieciocho años, el patrón trataba frecuentemente de atormentarlo, para hacerle «montar en cólera», como decía Milt, hasta que descubrió que la única salvación consistía en sonreír, como si supiera mucho más de lo que decía. Y el resultado era el mismo, ya fuese la sonrisa real o fingida. Si miraba al molinero de arriba abajo, sonriendo cínicamente, éste lo dejaba en paz. «¿Por qué no...?»

Saxton se inclinó hacia él, preguntándole con melosa respetuosidad:

—¿No cree usted que la nueva escuela musical, que se podría llamar «puntillista», confunde las disonancias con la intensidad del tono?

Milt sonrió con aire protector.

—Ya...

Saxton esperó algo más. Arqueó los dedos de la mano derecha juntando las puntas del pulgar y del mayor, se quedó pensativo, y atacó de nuevo:

—¿Cuál le gusta más, la música italiana o la alemana ortodoxa?

Milt sonrió como un par de tíos ante un nene inteligente, y dijo a Saxton con tono de benevolencia:

—Ambas tienen sus méritos.

Clara estaba enojada, pero los Gilson y Mrs. Corey, pendientes de las palabras de Jeff, se sentía muy orgullosos de él. Milt vio que, salvo sus vestimentas y peinados, eran exactamente iguales a los componentes de una de aquellas bandas de vagabundos ociosos que, allá en Shoenstrom, se aprovechaban de los muchachos recién llegados a la ciudad.

Saxton se puso de mal humor. Entonces Mrs. Corey, con el rostro lleno de animación, suplicó a Milt:

—Por favor, ¿cuál es el tema melódico de la ópera que vamos a oír? Confieso que me he olvidado.

Milt dejó de sonreír. Ante las miradas llenas de interés de los demás, dijo con claridad:

—No tengo ni la menor idea. No sé nada de música. Espero que algún día podré tener a mi lado a una mujer inteligente como usted, Mrs. Corey, para que me ayude. Debe de ser maravilloso conocer todo lo referente a este arte tan bien como usted, señora. Me gustaría que me explicase la... obertura... Se llama así, ¿verdad?

Mr. Gilson resopló, y mientras el rostro de Mrs. Corey se encendía, el de Clara mostró visible satisfacción. Milt había intentado insultarla, pero se había perdido en los vericuetos del insulto. Comprendió que era mejor dejar las cosas así, en estado de aparente seguridad, y se recostó en la silla, sonriendo de nuevo, como si estuviera esperando. Pero Mrs. Corey no explicó la obertura, sino que, dirigiéndose atropelladamente a Mrs. Gilson, se puso a hablarle de las condiciones de su doncella número dos.

La ópera era *L'Amore dei Tre Re*. El asombro de Milt no tenía límites. Para él, que nunca había asistido a una ópera, le parecía absurdo el convencionalismo de que una muchacha no pudiera oír a un hombre que tronaba a cuatro pasos de ella, y deseaba que los cantantes hicieran algo más que balancear los brazos.

Descubrió que moviendo su silla hacia adelante podía acercarse a Clara. Su mano se deslizó por el pequeño espacio que los separaba y tocó la de ella. Clara dirigió una mirada sorprendida hacia atrás, entrelazó sus dedos con los de Milt y luego los oprimió dulcemente contra la palma de su mano. Milt se perdió en un mar de ensueños.

Solemnes reyes de mantos rojos, con antiguas coronas de oro macizo incrustado de

pedrería; el estruendo de los tambores y las trompetas, y el paso de los estandartes bajo una torre; una mujer alta y pálida, velada por la niebla de los sueños; un mundo espiritual donde el alma ejercía su poder sobre dominios invisibles: todo esto vio, oyó y gustó en la música. Ignoraba cómo se desarrollaba la acción o cuáles eran los méritos del canto, pero soportó el aburrimiento que le causaba el espectáculo gracias al nido de amor y felicidad que le ofrecía mano de Clara. Y se la apretaba con tanta fuerza que sentía el latido de la sangre en sus dedos.

* * *

En la estrechez de su habitación, cuando se hubo diado el encantamiento, reflexionó de ésta manera: «¿Cuánto tiempo más podré mantenerme así? Tarde o temprano perderé los estribos con Jeff y no me permitirán que vuelva a ver a Clara. Le pegaré un buen puñetazo. Eso sería una vulgaridad, lo comprendo, pero... Supongo que ese individuo, Michael, en *Youth's Encounter*, no hablaría de pegar puñetazos. Pero no importa... Si le asesto a Saxton un buen golpe... De todas formas, ya no me asusta entrar en recintos lujosos. Mi cerebro es tan bueno como el de ellos. Que me den una oportunidad y lo verán. Pero lo malo es que están todos contra mí. Y siguen las reglas de lucha de la *Unión Atlética*: «Está prohibido golpear, patear, tirar del pelo, pinchar y estrangular». ¿Cuánto tiempo podré contenerme? Cuando pierda la paciencia...»

Lentamente, el puño de Milt se fué cerrando, y subió luego con el ademán de un golpe a la mandíbula, pero se quedó a medio camino y, abierta la mano, llegó hasta el rostro para oprimir las sienes, mientras suspiraba:

«No, no sucederá así. Ni siquiera puedo hacer eso. Ahora estoy empeñado en problemas más importantes. Se pasaron los tiempos en que podía arreglar los asuntos a puñetazos. Ahora tengo que ser más... más diplomático. ¡Oh, Dios, cuánto echo a menos a Bill Mc Golwey! No. No es cierto, ahora no podría soportar a Bill. Clara me ha cambiado completamente. ¿Dónde me encuentro, dónde? ¿Por qué se me ocurrió comprar aquel cochecillo?»

XXXII

EL ARISTOCRATA DE LOS SEMBRADIOS

Era una inocente esquelita de Jeff Saxton, una esquelita humilde y cortés. Decía que Jeff tenía una invitación para el Astoria Club y deseaba que Milt le honrase almorzando con él. Pero Milt la dejó caer sobre la mesa y se puso a dar vueltas alrededor, como si se tratara de un telegrama descubierto súbitamente en un cajón del escritorio después de horas y horas pasadas esperándolo.

Parecía más peligroso rehusar que aceptar la invitación. Milt se lustró los magníficos zapatos nuevos; planchó, con una plancha bastante estropeada, los hermosos pantalones nuevos; hizo cien veces el nudo de la corbata azul con lunares, cuyas puntas delanteras persistían en quedarse cortas, cobrando nuevas fuerzas cada vez que la anudaba de nuevo, y apareció a tiempo en el orgulloso portal del Astoria Club.

Era la primera vez que pisaba un club.

Miró el piso de mosaico encarnado que había a la entrada, y luego su vista se perdió, a través del vestíbulo, en un gran salón que tenía las sillas aparentemente más grandes y mullidas del mundo y unos retratos, hechos al óleo, de distinguidos ancianos. En aquel salón estaba el noventa por ciento de los representantes de la riqueza y el poder de Seattle tirándose de los mostachos y leyendo los periódicos, ajenos al solitario intruso que estaba fuera, en el vestíbulo.

Un pequeño zulú de ajustado pantalón azul y botones dorados clavó sus ojos en Milt, mientras un joven empleado, grande, pálido y suave, se dirigía a él con antipático acento:

—¿Míster...?

—¿Está Mr. Ge... Ge... Geoffrey Saxton? —tartamudeó Milt.

—No está, señor.

El *señor* sonó como si dijera: «Y usted lo sabe». El flamígero guardián se retiró a un

estrecho rincón detrás del escritorio y se olvidó por completo de su presencia.

—Me ha citado para almorzar aquí —insistió Milt.

El empleado levantó la vista, herido y desalentado al ver que no había terminado con el personaje.

—¿Quiere pasar y esperar allí? —gruñó.

Milt pasó y tomó asiento *allí*, que era un cuartito tapizado de azul y con unas sillas tan duras que parecían colocadas de intento para descorazonar a los cobradores. Esperó dando vueltas y vueltas a su sombrero, hasta que vio entrar en el vestíbulo a Jeff Saxton, delgado, erguido y firme como el bastón que llevaba colgado del brazo. Milt se precipitó hacia él, buscando un refugio donde ocultarse de las suspicaces miradas del empleado. Por quince segundos le tuvo un infinito afecto.

Y Jeff parecía corresponderle. Con exquisita solicitud lo condujo al guardarropa y le enseñó la gran sala de fiestas y el salón de billares, por donde cruzó Milt, erguido y con mirada tranquila, pero temblando interiormente al pensar que alguno de aquellos canosos caballeros de bigote recortado pudiera notar su presencia. Lo hizo pasar luego a un *grill-room*, que era algo así como el producto del cruce de un salón imperial chino con una taberna vienesa, donde imploró a su amigo Milt que le hiciera el favor de probar el riquísimo plato de costilla de cordero a la inglesa con patatas *au gratin*.

—Quería verle de nuevo antes de que emprendiéramos el regreso al Este, Daggett —dijo afablemente.

—Gra... gracias. ¿Cuándo se marcha?

—Estoy tratando de convencer a miss Boltwood para que nos vayamos lo antes posible. La temporada de sociedad está comenzando en el Este. A ella le gusta el hermoso y recio Oeste, y a mi también. Sin embargo, cuando pensamos en las nuevas y atrayentes obras de teatro, en los bailes, los conciertos y el contacto con el gran mundo... ¡Oh, ciertamente, dan muchas ganas de volver!

—Así es —arriesgó Milt.

—Nosotros, Mr. Daggett... Bueno, voy a llamarlo Milt, como Clara. No sabe el placer que nos ha causado el conocerle. Ustedes, los muchachos del Oeste, poseen un coraje firme y bien equilibrado, que nos causa envidia a los viejos prudentes como yo. Le recordaré siempre con mucho agrado.

—Gra... gracias. Yo también.

—Y sé que lo mismo le ocurrirá a Clara.

Milt comprendió que estaba siendo objeto de un juego sucio. Casi obedeció al impulso de negar a Saxton el derecho de hablar por Clara. Pero aún no sabía adonde quería conducirlo, y como Saxton continuaba sonriendo y agasajándolo, tan grasiento como las chuletas de cordero, Milt no podía menos que devolverle la sonrisa, mientras tentaba deliberadamente la pata de la mesa para ver si estaba lo bastante suelta como para arrancarla en caso de necesidad.

Saxton se puso optimista.

—De hecho, tanto Clara como yo esperamos que algún día, cuando Usted haya terminado su carrera, volvamos a verle allá en el Este. Pienso... Como le digo, querido amigo, le he tomado una gran simpatía, y espero que no considerará usted una intromisión de mi parte el que le aclare que, a pesar de su encantadora amistad con Clara, usted no ha podido conocer probablemente la importancia de los Boltwood. Creo que debo explicárselo para que pueda aquilatar debidamente el privilegio que hemos tenido, tanto usted como yo, en conocerlos. Mister Henry está considerado, si no como un hombre de extraordinaria riqueza, como uno de los intelectos más agudos de los círculos financieros de Nueva York. Pero además de eso es un hombre de gran cultura y de elevado espíritu. Por supuesto, los Boltwood son demasiado modestos para referirse a ello, pero le diré que él fué quien patrocinó y contribuyó a la organización de la famosa Orquesta Sinfónica de Brooklyn. Y sus antepasados se remontan a... Su padre fué un juez federal, y el hermano de su madre fué general en la Guerra Civil y, después, embajador. Así que puede usted vislumbrar algo de la posición que ocupa Clara en ese delicado, tranquilo y firme círculo social del viejo Brooklyn. El propio Henry Ward Beecher recibió felicitaciones por haber sido invitado a cenar con los Boltwood de su época, y...

No, la pata de la mesa no estaba suelta, de modo que Milt, súbitamente repuesto, sólo pudo atacarle verbalmente.

—Indudablemente, es muy hermoso pertenecer a una de esas viejas familias. Es como... Ya que nosotros, como usted ha dicho, nos conocemos bastante ahora, creo que también puedo decírselo... Mi padre procedía de una familia de esa categoría social. Mi abuelo paterno era juez, allá en Maine, y durante la guerra el padre de él fué bastante amigo del general Grant.

Este tributo que rendía Milt a su ascendiente era leal, pero inexacto. El juez Daggett, que no perteneció a la magistratura, pues sólo fué juez de paz, había visto al general Grant sólo una vez, y eso en compañía de todos los otros funcionarios del distrito 14 de Maine.

—Mi padre fué un *pioneer*. Era médico. Tuvo que abandonar todas sus comodidades y la vida fácil del Este para ayudar a abrir el Oeste a la civilización, pero creo que valía la

pena. Hacia las más difíciles operaciones sobre una mesa de cocina, mientras el cochero cloroformizaba el paciente. Yo me siento orgulloso de él. Como usted dice, entusiasmo y anima pertenecer a la vieja aristocracia de los Peregrinos.

—¡Oh, es muy interesante! —gruñó Saxton.

—¿Le gustaría ver el daguerrotipo de mi abuelo?

—¡Oh!, sí, sí, gracias. Sería interesante. Muéstrémelo cuando... Sí, como le iba diciendo, Clara tiene en perspectiva un magnífico porvenir. Hay tanta gente que espera verla casarse bien... Y es natural con su extraordinaria combinación de gracia e inteligencia. En suma, creo que los dos podemos estar contentos de...

—Sí. Tiene razón. Y la cualidad mejor de Clara es la facilidad con que deja a un lado todos los prejuicios sociales para salir de excursión y acampar en cualquier parte, como un ser humano normal —explicó Milt.

—¡Ah, sí! Sin duda, sin duda. Aunque... aunque, sin embargo, tales aventuras no son apropiadas a su naturaleza. Me figuro que estará cansada por ese viaje tan largo. ¡Pobre muchacha! Por otra parte, ella no es muy fuerte...

—Por supuesto. Es muy valerosa. Estoy seguro de que viajando se pondrá más fuerte. Usted nunca la ha visto subiendo una cuesta peligrosa... Me inclino a creer que quien no la haya visto en esos trances, no la conoce.

—No quiero contradecirle, amigo, pero yo me inclino a creer, por el contrario, que quien no la ha visto en un baile de la Liga Juvenil, con un vestido de Poiret, no puede conocerla. ¡Vamos, vamos! No sé cómo nos hemos desviado a entonar este coro de alabanzas en favor de Clara. Lo que yo quería era pedirle su opinión sobre el «Pierce-Arrow». Pienso comprar uno. ¿Le parece a usted que...?

* * *

De regreso a su casa, Milt iba reflexionando con íntima satisfacción: «Conseguí devolverle la pelota. No pudo atemorizarme con sus insinuaciones de que no tratara de introducirme en la aristocracia. Y mentí con desparpajo. Pero... ¡diablos! Ahora tengo que vivir a la altura de mi noble familia de Nueva Inglaterra... ¿Sería obrero o leñador el padre de mi abuelo?... ¡Da lo mismo! De ahora en adelante soy un Daggett de los Daggett.

Subió a su cuarto vanagloriándose:

«Soy como mis antepasados. Me crié en la hermosa ciudad de Shoenstrom, que fué fundada por una colonia de yanquis llegados de Vermont bajo la dirección de Herman Skumautz. Me estaba prohibido jugar con los chicos de los holandeses, y... —abrió la puerta— el pastor de Shoenstrom me enseñó griego...»

Se detuvo, con el corazón oprimido. Tendido sobre la cama, agitando un cigarrillo y haciendo visajes, se hallaba Bill Mac Golwey, propietario del «Old Home Lunch» de Shoenstrom, Minnesota.

—¡Cómo!... ¿De... de dónde diablos has salido? —tartamudeó el destronado aristócrata a su íntimo amigo Bill.

—¡Hola, cara de limón, pies planos, nariz de cangrejo, hijo de la miseria! ¡Canastos, qué agradable es volver a verte, Milt!

Bill se había levantado y le estaba estrechando vigorosamente la mano en el colmo de la alegría, convencido de que al encontrar a su amigo se acababan todas las contrariedades de la vida. Y Milt descubrió, taciturno, el arte de la diplomacia. Bill era su amigo, si, pero...

Ya era bastante duro tener que cargar consigo mismo.

Se imaginó a Jeff Saxton mirándole de soslayo desde la puerta, y mientras daba unos golpecitos en el hombro de Bill y le endilgaba el epíteto que, de Chicago hacia el Oeste, simbolizaba el colmo del odio y también del cariño al encontrarse, le pareció que alguien le había robado el estómago, dejándole en su lugar un bloque de hielo.

Tomaron asiento, uno en una silla y el otro en la cama. Las orejas de Bill estaban rojas de contento mientras Milt preguntaba:

—¿Cómo demonios viniste aquí?

—Te contaré, amigo. Shoenstrom estaba tan triste y solitario sin tu presencia, que cuando Ben y Heinie tuvieron tu dirección y compraron el garaje, yo pensé: «¡Bueno, vamos a hacerle una visita!»

Milt se estaba fijando —y esta observación hecha a pesar suyo le dolía amargamente— en que Bill tenía la cara sucia, la cabeza llena de polvo y los botones del traje convertidos en terrones de barro, mientras Bill continuaba:

—Me figuré que tal vez podría encontrar trabajo aquí en algún restaurante, y que podríamos vivir en la misma habitación. Vendí mi clientela del «Old Home» por cien dólares. Pensaba viajar en gran plan, sobre almohadones. Pero apareció Pete Swanson y me invitó a ver las ciudades primero, y nos largamos en seguida, y en Minneapolis conocimos a un par de chicas... ¡qué chicas, muchacho! ¡De rechupete!

Bill le guiñó a Milt... y Milt se sintió enfermo. Conocía el concepto que tenía Bill de las muchachas *de rechupete*. ¿Era aquél el individuo con quien había tenido tanta amistad? ¿Eran aquellas las ideas que pocos meses antes encontraba él tan naturales y tan divertidas?

—Y me acorralaron en una alameda, más allá de la avenida Washington, y allí me sacaron los últimos veinte pavos que me quedaban, dejándome más limpio que una patena. Así que les dije: «Si te he visto no me acuerdo», y cogí la maleta y me vine para acá. Te hubieras muerto de risa viéndome cómo tenía que arreglármelas para conseguir comida. ¡Ah, pero no soy tonto! Un día, una *Frau* azuzó a su perro contra mi, y le di una buena patada en el hocico, y... ¡Oh, fué un viaje estupendo!

Milt hacía esfuerzos para no escuchar la voz que le decía, con rabia creciente: «Y ahora pretende que yo lo mantenga, después de haber tirado todo su dinero. ¡Despilfarrador! ¡Vagabundo! Querrá que le presente a Clara... Lo mataré antes de permitirle que la manche siquiera con la mirada. ¡El muy cerdo, con sus chicas de *rechupete*!» Milt trataba de oír solamente la otra voz interior que le decía: «¡Confía tanto en ti!... Te daría su camisa si la necesitaras... ¡Y no esperarías a que se la pidieses!»

Milt se mostró cordial:

—¿Qué vas ha hacer, muchacho?

—Bueno. Lo primero que pienso hacer es pedir prestados diez dólares y unos pantalones.

—Desde luego. Aquí está el dinero. Lástima que no tenga unos pantalones para prestártelos. Pero, escucha: aquí tienes otros cinco dólares: puedes comprártelos en la tienda de la otra manzana, en esta misma acera. ¡Anda ahora mismo!

Se rió de Bill, le golpeó el brazo y... lo instó a que se apresurara a salir... Tenía que quedarse solo para pensar.

Pero Bill besó los quince dólares, se los metió descuidadamente en el bolsillo y se arrastró hasta la cama, bostezando.

—¿Qué prisa hay? Tengo un sueño terrible... ¡Eh, Milt! ¿Qué te parece si abriéramos un cafetucho aquí, los dos juntos? Te pagaron bastante por el garaje...

—¡Oh, no! ¡No, no, no! No es que me disguste, Bill, pero, ¿sabes?... Bueno, tengo que guardar lo poco que tengo para poder seguir mis estudios en la Escuela de Ingeniería.

—¡Estupendo! Con el café podrías ganar dinero, trabajando de noche. Y nos divertiríamos enormemente, porque aquí no ha de faltar gente alegre.

—No. Yo... yo estudio por la noche. Yo... Bill, el hecho es que ahora me he hecho amigo

de algunos compañeros de la Universidad, y a veces salgo con ellos.

—¡Ajá! ¿Cómo has podido cambiar así? Lechuguinos presumidos y repelentes... Y las mujeres son todavía peores. Te lo digo yo, Milt; esas fulanas de sociedad, llenas de ringorrangos, pueden parecemos muy bien a nosotros, que somos unos patanes, pero en el ambiente de ellas son tan escandalosas como cualquier modistilla vampiresa.

—¿Qué sabes tú de ellas?

—¡No te enojés! Yo no hago más que prevenirte. A mi no me gusta ver que un amigo ande metido entre gente que lo desprecia porque no tiene dinero. Eso es todo. ¿Has conocido a damas de la alta sociedad?

—Sí. Las he conocido.

—Bueno, a ver si me las presentas alguna vez.

—Veremos... Ya..., ya hablaremos de eso. Ahora tengo que ir a una clase de Matemáticas, Bill. Ponte cómodo. Estás en tu casa. Yo volveré a las cinco.

Milt no tenía que ir a ninguna clase. Salió con paso resuelto, llevándose un libro bajo el brazo. Pero cuando llegó a la esquina, la resolución resultó fingida, y el libro de matemáticas resultó ser *Merchants of Cathay*, una novela que Clara le había dado en el Yellowstone y que él había rescatado del desastre del «cacharro».

Se quedó parado, mirándolo. Lo abrió con entristecida ternura. Acababa de ser arrancado de un mundo de palabras hermosas y serena dignidad, de elevados montes y camaradería con Clara en las refulgentes mañanas, para volver al polvo y al barro de Shoенstrom... ¡De la ópera el restaurante barato! No podía soportar a Bill Mac Golwey, ni que éste diera por sentado que Milt pertenecía al arroyo como él. Se desesperaba por no ser un genio capaz de combinar la amistad de Bill Mac Golwey con la de Clara Boltwood. Pero ni una sola vez, en medio del torbellino de tribulaciones que lo envolvió en aquella esquina, pensó en la posibilidad de que Bill le gustase a Clara. Conservaba el suficiente sentido común para saber que, aunque Clara fuera capaz de atravesar un desfiladero, jamás podría descender hasta las exigencias de Shoенstrom y de un Bill Mac Golwey.

Estuvo paseando durante una hora, y volvió para encontrarse con que en una ciudad como Seattle, donde imperaba la sobriedad, el astuto Bill había conseguido una botella de *Bourbon* y se hallaba en un momento de inestable beatitud. Quería bailar; anunciaba que iba a bailar.

Milt lo llevó al cuarto de baño, común para todos los inquilinos del piso, y lo metió debajo de la ducha, pero el cuerpo mojado resbalaba de sus manos, y Bill se ponía a piruetear de forma grotesca. Lleno de euforia, empezó a bailar en la bañera, salpicando el

sagrado traje nuevo de Milt con agua jabonosa. Luego se escapó del baño, y así, desnudo como estaba, continuó la danza en el cuarto de Milt, hasta que le venció el sueño, y una melancolía inmensa le hizo echarse en la cama bañado en llanto. Y nada más.

La habitación se fué oscureciendo rápidamente. Los faroles de la calle enviaban un resplandor mortecino. La muchedumbre nocturna empezaba a desfilar, y el piano chillón de un cinematógrafo vecino martilleaba los oídos. Bill roncaba con ronquidos entrecortados. Milt estaba sentado, inmóvil, sintiéndose muy viejo, muy cansado y demasiado aplastado por la desdicha para aterrizar por la proximidad del momento en que Clara y Jeff conocieran a Bill y descubrieran el verdadero mundo a que ambos pertenecían.

No era tan románticamente leal, tan inhumanamente heroico, en honor a la verdad, como para no pensar en librarse de Bill. Pensó en ello una y otra vez. Pero siempre se sentía desarmado por la confianza ingenua, absoluta, que Bill había depositado en él, y moviendo la cabeza se hundía de nuevo en la niebla tenebrosa.

¿Para qué empeñarse en seguir adelante? ¿Acaso no era él, después de todo, otro Bill Mac Golwey?

Si lo era no volverla a cruzarse en el camino de Clara.

Durante algunos minutos abandonó definitivamente todo anhelo de conquistar una situación elevada.

Cuando Bill se despertó, dispuesto a dar cuenta del resto de la botella y decidido a salir para divertirse un rato, Milt lo acompañó a pasear por las calles, enseñándole la ciudad. A la mañana siguiente, muy contrariado, faltó a las clases para llevarle a ver los muelles.

Aquella tarde, cuando ambos se hallaban en la habitación sin saber qué hacer, y Bill estaba admirando sus nuevos pantalones, jactándose de no haber gastado más que tres dólares en ellos y censurando a Milt por haber comprado zapatos de diez dólares, se oyó un golpe en la puerta. Milt se levantó a regañadientes, creyendo que iba a encontrarse con la patrona, y abrió la puerta a... miss Clara Boltwood, Mr. y Mrs. Gilson y Mr. Geoffrey Saxton.

La mirada de Saxton pasó sobre él y se fijó en Bill, mientras sonreía levemente, diciendo con aire de condescendencia:

—Creí que era nuestro deber hacerle una visita, así que aquí estamos, pero rogarle que nos dé una taza de té.

Bill dejó de rascarse la cabeza pero miró a Clara con la boca abierta. Clara devolvió la mirada y contempló el pelo revuelto de Bill, sus rojas muñecas, su chaqueta arrugada y

grasienta, su expresión de impertinente estupidez. Luego lanzó una mirada interrogativa a Milt, el cual contestó atragantándose:

—¡Oh, si, si! Por supuesto. Me alegro de que hayan venido. Pasen... Vamos a tomar el té. ¡Cuánto me alegro! Adelante...

XXXIII

EL TE

—Mi amigo Mac Golwey de Shoenstrom, que ha venido a pasar una temporada a Seattle. Bill, éstas son unas personas que conocí en el viaje —explicó Milt.

—Mucho gusto. Tome una silla. Tome otra silla. ¡Oye, Milt! Deberlas tener más sillas si sueles recibir tantas visitas encopetadas ¡Ja, ja, ja! ¿Te parece que me marche para dejar mas espacio? —ofreció Bill amablemente.

— ¡Oh, siéntate! —le ordenó Milt.

Todos tomaron asiento. Cuatro de ellos lo hicieron en la cama. El oído interno de Milt captó una muda risita de Saxton y los Gilson. Hizo esfuerzos paro hablar pero no pudo. Bill lo miró y al advertir su mudez, acudió galantemente en su ayuda:

—Así que se conocieron durante el viaje, ¿eh? Milt es un gran explorador. Sirve para todo. Allá en Shoenstrom siempre decíamos que no hablo en toda la comarca nadie mejor paro arreglar un auto descompuesto.

—Veo que usted es un antiguo amigo de Mr. Daggett, ¿no? Me alegro de conocerlo —dijo Mrs. Gilson.

—¿Amigo? Oiga Milt y yo nos criamos juntos. Y después, cuando muchachos, hemos andado juntos por todas partes trabajando en las granjas durante los veranos y pescando gobios... ¿Han cogido un gobio alguna vez? Es el pez más escurridizo que existe, y tiene unas espinas que se le clavan a uno como lanzas. Digan, ¿no les ha contado Milt lo que nos divertimos un día en un baile en una granja? Había un montón de muchachos allí, y yo le dije a Milt: «Oye, chico, vamos a pincharles los neumáticos. Luego nos esconderemos detrás de la pila de estiércol y así veremos bien el espectáculo». Tal vez estuviera yo un poco achispado, a decir verdad, pero Milt nunca bebe, casi nada, porque es un muchacho de juicio, y muy recto...

—¡Bill! —ordenó Milt—. Tenemos que conseguir té. Aquí tienes dinero. Vete corriendo a la tienda de la esquina y trae té y un poco de crema. ¡Ah!, compra también tres o cuatro tazas. ¡Apresúrate!

—¡Allá voy! El patrón manda. Damas y caballeros, ¡hasta luego! —exclamó Bill, con la cara radiante. Le hizo un guiño a Jeff Saxton, giró en el aire, sobre un dedo sucio, su sombrero roto, y emprendió la marcha a grandes zancadas.

—Es un muchacho encantador, realmente original —comentó Mrs. Gilson.

—¿Era amigo también del señor Rojo? —preguntó Saxton.

Antes de que Milt pudiera contestar. Clara se levantó de la cama, observó a los Gilson y a Jeff con marcado disgusto, y se dirigió a Milt con estas palabras:

—¡Pobre muchacho! Estaba atrozmente azorado. Eres muy bueno al portarte bien con él. Creo que hay que ser siempre leal con los antiguos amigos.

—Así también lo creo yo —barbotó Mrs. Gilson—. Tal conducta es digna de todos los elogios. Y nosotros debemos hacer oigo por él. Voy a invitar a Mr. Daggett y a Mr. Mac Gollups..., ¿se llama así?..., a comer en casa esta noche. Quiero que él me cuente algo de su niñez, Mr. Daggett. Debe de ser muy interesante.

—Lo fué —musitó Milt—. Fué pobre y miserable. Tuvimos que trabajar duramente... Tuvimos que luchar para conseguir instruirnos..., y nadie nos enseñó las reglas de cortesía.

—¡Oh! ¿Y su padre, ese buen médico?... ¿Fué acaso nada más que una... inspiración? —Esta vez Jeff no se tomó el trabajo de ocultar su desprecio.

—Sí. Lo fué. Desdeñó la oportunidad de hacerse rico para dedicarse a salvar hijos de granjeros sin cobrar sus honorarios.

—Es verdad. Me gustaría haberlo conocido. Nos sería útil tratar a hombres como él en medio de la cómoda vida que llevamos en las ciudades —dijo Clara suavemente, dirigiéndose no a Milt sino a Jeff.

Mrs. Gilson había permanecido callada, esperando con la paciencia del gato frente a la ratonera, hasta que pudo continuar:

—Pero usted no me ha dicho que iré a mi casa esta noche. Por favor, acepte mi invitación. Supongo que a Mr. Mac Gollups no le importará tener que vestirse para la comida, ¿verdad?

Con azucarada devoción, Milt le devolvió un suspiro:

—No, señora, no. A Mr. Mac Golwey no le importa la vestimenta. Es un excéntrico.

—¿Pero usted lo hará ir?

Milt empezaba a rehusar con tacto, cuando Gene Gilson no pudo contener mas la risa y estalló por fin, cubriéndose el rostro congestionado con un pañuelo, que intentaba meterse en la boca.

Entonces, violentamente, Milt bombardeó a mistress Gilson:

—¡Muy bien! Iremos. Bill le hará mucha gracia. Es la primera vez que sale de su pueblo. Se reirán mucho de él. ¡A mi me cree elegante! Y me es fiel como un perro. ¡Oh, es un caso! ¡Ja, ja, ja!

Milt habría seguido en el mismo tono, y el matrimonio Gilson se habría marchado descontento, si no hubiera llegado Bill llevando un paquetito de té infame y cuatro tazas decoradas con cabecitas de cupidos y muchos adornos dorados.

Milt preparó el té, sin preocuparse de los visitantes, mientras Bill los entretenía con cuentos rabelesianos de la época de la cosecha, cuando el sudor pegaba a las espaldas las camisas polvorientas. Habló también de lo que se divertieron él y Milt en una ocasión en que se habían puesto de acuerdo para transportar una pila de desperdicios y se llevaron los melones del dueño de la finca; de las borracheras con cerveza en el establo de Melrose: de aquella vez en que había derramado una palangana de agua sucia sobre la cabeza de un vigilante, desde una ventana del hotel de St. Klopstock, y habían huido por el tejado.

Mrs. Gilson lo animaba. Bill estaba sentado, con los ojos semicerrados, gozando con los relatos de la vida pueblerina. Saxton y Gilson no ocultaban su malhumorado desprecio.

Pero Clara, después de frotarse nerviosamente la punta de los dedos, había dejado de prestar atención a Bill y a la revelación de la vida rústica de Milt. Se levantó y acudió silenciosamente a su lado, para ayudarlo a preparar el escaso té.

Ella susurró:

—No les hagas caso. Milt. A mi no me importa nada. Seguramente vuestra infancia ha sido mucho más divertida que la que hemos posado nosotros, metidos en cochecitos con colchas de encajes y en manos de niñeras rezongonas. Pero me doy cuenta de lo que te sucede. ¿Te avergüenzas de haber sido un pirata de las praderas?

—¡No, no me avergüenzo! Éramos unos chicos salvajes e hicimos muchas barbaridades..., pero estoy contento de haberlas hecho.

—Yo también. No podría soportar que te avergonzaras de ello. Óyeme, y fíjate en mis sabias palabras. Esos tontos, sin ningún género de duda, están tratando de hacerme comprender que la relamida miss Boltwood, de Brooklyn, Heights, es una extraña para ti.

Bueno, lo que están consiguiendo es que me sienta una extraña... para ellos.

—¡Clara! ¡Querida! No te importa Bill.

—Sí. Me importa. Y a ti también. Te has alejado de él.

—No sé, pero... Hoy ha sido un día de prueba.

—Sí, lo ha sido. Porque puedo tolerar a tu amigo Bill Mac Golwey..

—¡Entonces, te importa!

—Tal vez. Y si llego a pensar que Bill no es... ¡oh!, bastante bueno, me basta recordar que no tuviste más compañía que la suya durante mucho tiempo, y entonces me siento mucho mas animosa de recompensarle.

—¡Oh, no me compadezca!»! No puedo soportarlo. Después de todo, vivía en un buen pueblo, y le gente era buena...

— ¡No, no! Si yo no te compadezco, Milt. Lo que quiero decir es que tu vida no puede haber sido tan divertida una vez pasada la adolescencia. Shoenstrom, después de algunos años de vivir en él, ha de ser un poco aburrido. La gente que escribe ensalzando los encantos de la vida aldeana se preocupa de vivir en algún suburbio de Long Island.

—¡Clara! —susurró Milt desesperadamente—. El té ya está. ¡Oh, querida! Me estoy volviendo loco con estas manzanas, tratando de festejarte y teniendo que festejar a toda la tribu de los Gilson. ¡Escapémonos!

—No. Primero quiero que se convenzan de quién eres realmente... De lo que sé que eres.

—¡Pero no puedes...!

—¡Chist! Espera un poco. Se me ha ocurrido el plan más fantástico, más terriblemente cruel, para vengarme de los prejuicios sociales... —Y, volviéndose, anunció airosamente —: ¡El té, queridos míos! Jeff, toma el jarro. ¿No es divertido?

—¡Oh, si! ¡Muy divertido! —asintió Jeff con aire protector.

Cara no se sintió ofendida. Les hizo beber el té ácido y probar los bocadillos de pan y mantequilla, que parecían de cartón. Instó a Bill a que siguiera sus relatos, y cuando la insistente Mrs. Gilson invitó de nuevo a los parias a comer en su casa, Clara asombró a Milt, y aún asombró más a su prima diciendo:

—¡Oh, si! ¡Por favor, Milt, no te hagas rogar! —Milt consintió con aire rudo—. Pero primero —agregó Clara dirigiéndose a Mrs. Gilson —quiero que llevemos a los muchachos a... ¡Oh, tengo una idea magnífica! ¡Vamos todos! Tenemos que ir en el coche.

—¿Eh? ¿Adónde...? —insinuó Mr. Gilson.

—¡Ah! Ese es mi secreto. ¡Vamos!

Clara se precipitó a la calle, obligó a todos a acomodarse rápidamente en el lujoso coche y susurró una dirección al chófer.

A Milt no le interesaba mucho aquel paseo. Bill mostraba con demasiada evidencia no estar acostumbrado a aquella clase de automóviles. Se limpió los zapatos, llenos de barro seco, en los almohadones de los asientos, y se disculpó azorado. Luego dijo:

—¡Caracoles, qué buena idea! ¡Un teléfono para mandar al chófer! —Y añadió después—: ¿Esas flores, las del vasito ese, son verdaderas?

Pero los Gilson y Jeff Saxton estaban muy contentos... hasta que el coche dejó la avenida para entrar en una calle enlodada, flanqueada de casuchas encaramadas como cabras en las eminencias laterales de aquella profunda hendidura. Era una calle que no había cambiado desde los tiempos primitivos de Seattle.

—¡Por Dios, Clara! Supongo que no nos llevarás a ver a tía Hatty, ¿verdad? —aulló Mrs. Gilson.

—Pues allí vamos. A los muchachos les va a gustar conocerla.

—¡Uh, no! Realmente...

—Querida Eve, Jeff y tú planeasteis nuestro té de hoy, asegurándome que me interesaría ti piso de soltero de Milt..., que, por otra parte, yo ya conocía, de modo que no fué una sorpresa tan grande. Ahora me toca dirigir a mi. —Luego explicó a Milt—: La tía Hatty está emparentada con nosotros. Es tía de Gene y prima cuarta mía, y creo que también es pariente lejana de Jeff. Vino al Oeste cuando era joven y tuvo que luchar mucho, pero es de Brooklyn Heights y pertenece a los círculos de Gramercy Park, North Washington Square y Back Bay, aunque ha perdido contacto con ellos. Por eso quería que la conocieras.

Milt se extrañó de la imperceptible capa de cemento que había endurecido los rostros de Saxton y de los Gilson.

En silencio, salvo algunas corteses observaciones de Clara sobre faldas estrechas y maderas de construcción, el alegre grupo llegó al pie de una escalera de tablas inseguras que subía por un pequeño barranco de arcilla hasta un *cottage* que producía el efecto de una gallina que hubiera estado echada durante demasiado tiempo. Milt notó que Mrs. Gilson trataba de quedarse en el coche cuando éste se detuvo, y oyó que su esposo le decía en voz baja:

—No, Eve. Le ha tacado el turno a Clara. No puedes retirarte del juego.

Clara hizo que la siguieran por los listados escalones hasta un porche sin pintar, en el cual estaba sentada una anciana muy respetable, muy pulcra y muy interesante, que sostenía con su marfileña mano un pañuelo bordado y una pipa de arcilla negra.

—¡Hola, querida Clara! Has roto la costumbre de los parientes... Has venido a visitarme dos veces en menos de un año —exclamó la anciana.

—¿Cómo le va, tía Harriet? —dijo Mrs. Gilson con una carencia total de entusiasmo.

—¡Hola, Eve! Siéntense en el parapeto. Aunque esos pollos lo han puesto asqueroso, ¿no es cierto? Traigan algunas sillas. Hay dos que no se caen... generalmente. —La tía Harriet era muy chistosa.

El grupo se sentó lúgubrementemente en círculo en sillas desvencijadas, con el terciopelo hecho jirones, y en taburetes de madera. Parecían recién llegados de un entierro en un día nublado.

Clara era el alegre empresario fúnebre, y Mrs. Gilson la viuda, embargada por el dolor.

Clara, señalando a Milt, se dirigió a la tía Hatty alzando la voz:

—Este es aquel muchacho tan simpático que encontré durante el viaje, y del cual creo que ya le hablé, tía Hatty.

La viejecita examinó a Milt, mientras la delicada piel que le rodeaba los ojos se arrugaba, y cloqueó:

—Hijo, aquí hay algo que marcha mal. Usted no armoniza con mi familia. ¡Qué va! Si parece un verdadero norteamericano... No usa monóculo, y apuesto a que no puede hablar con acento neoyorquinolondinense. Clara, me avergüenzo de que hayas introducido a un ser humano en la tumba de los Boltwood-Gilson-Saxton, y que esperes...

La sonrisa de Mrs. Gilson desapareció definitivamente. Fué en un momento torpedeada, minada, ametrallada y bombardeada, hundiéndose sin dejar un remolino, mientras su dueña decía con acre sequedad:

—Tía Hatty, no sea grosera.

—¿Yo? —La anciana dio una chupada a la pipa. Luego dejó caer los codos sobre las rodillas—. ¡Por Dios, qué difícil es contentar a ciertas personas!

—Tía Hatty, me gustarla que Milt supiera algo de nuestras familias. ¡Adoro tanto las viejas historias!... —imploró Clara donosamente.

—¡Clara! —protestó Mrs. Gilson.

—¡Oh, cierra la boca, Eve, y no seas tan mandona! —dijo la anciana con verdadero

enojo—. Hablaré todo lo que quiera. ¿Te han estado fastidiando, Clara? ¿O a tu muchacho? Oiga, joven, estas familias son feroces. Yo me crié en Brooklyn, pasé por todas las escuelas, aprendí a tocar mal el piano y a pronunciar mal el francés, con la mejor gente de allá. Luego el padre de Gene y yo vinimos juntos al Oeste porque él pensaba hacerse rico robando tierras a los indios. Pero fracasó y quedamos en la miseria. Yo tuve que lavar ropa. Aprendí muchas cosas. Aprendí que el nombre de Gilson puesto junto al de un minero, valía tanto como el de éste. Sin embargo, el padre de Gene triunfó al fin. En realidad hubo algo de un robo en una lancha cargada de pieles..., y yo no volví a jactarme de mi parentela De todos modos, cuando Gene vino al mundo, su padre ya era rico, es decir, aristócrata.

»Esta aristocracia del Oeste es doblemente peor que la presuntuosa de Boston o de Nueva York, porque siquiera en esos lugares las familias han sido ricas desde un tiempo mucho más largo. Algunas adquirieron su fortuna robando tierras en 1820, y otras vendiendo ron de Jamaica y esclavos negros antes de la Revolución. Dichas familias gozaron de respetabilidad por tanto tiempo, que saben bien que nadie, excepto un inglés puede poner en duda su sangre azul. ¡Y qué tono azul tan bonito da el dinero a la sangre! Pero aquí, en este país de Dios, los *marqueses* de los aserraderos y los *barones* de los ganados se sienten aún turbados. Todavía sus hermosas mujeres, a pesar de hacerse peinar por los mejores peluqueros y de patrocinar las mejores fiestas de caridad, sienten a veces temor de que alguien piense que no tienen inteligencia o abolengo.

»Por lo tanto, tratan mal a toda persona de clase inferior, como usted y como yo, para que comprendamos bien lo importantes que son. Pero yo los conozco, muchacho. Me pasan una pensión para que me quede aquí, fuera de su camino, pero yo leo las notas de sociedad en los periódicos y me divierto de lo lindo... Cuando hay una gran recepción y hablan de las perlas de Mrs. Vogelant y de la hermosura de su hija política, me acuerdo del tiempo en que regentaba una fonda para mineros...

»Bueno, también en el Este ocurre lo mismo, si nos remontamos un poco más. Clara, tú eres una buena chica y me duele decirlo, pero la verdad es que uno de tus bisabuelos fué palafrenero y su primer dinero lo hizo apostando a los caballos. ¡Oh, no debería hablar de esto! ¿Te molesta, querida?

—¡En absoluto! ¿Acaso no es delicioso que Norteamérica sea una nación tan democrática, sin castas de ninguna clase? —dijo Clara.

Mrs. Gilson se levantó precipitadamente, chillando:

—Ustedes pueden quedarse si gustan, pero yo tengo que vestirme para la cena, y si he de llegar a tiempo...

—Sí, yo también tengo que irme —balbució Saxton.

Milt notó en su labio inferior las marcas que hablan dejado los dientes.

Es preciso reconocer que todos ellos olvidaron a la anciana por un momento. Milt insinuó con aire de pedir disculpas:

—Sinceramente, no creo que Bill ni yo podamos ir a comer esta noche. Mrs. Gilson. Se lo agradecemos muchísimo, pero... ha sido tan repentina la invitación...

Clara volvió a le carga:

—De ninguna manera, Milt. Ustedes no pueden faltar. Ha sido Eve misma quien los ha invitado. Estoy segura de que ella estará encantada.

—Encantada —dijo Mrs. Gilson, con la expresión de quien ha tomado aceite de ricino y duda de la unidad del Universo.

Se notó un aire circunspecto en los adioses a tía Harriet. Cuando ya todos se iban, la anciana llamó a Milt y le dijo en voz baja:

—¿Alboroté el avispero? Ese fué mi propósito. Es el único solaz, aparte de la pipa, que puede permitirse una anciana digna, después de llegar a los ochenta y dos años y empezar a dudar de todo lo que le han enseñado. Venga a visitarme, hijito. Ahora, váyanse y derrote a Gene Gilson. No le tenga miedo a su mujer. ¡Adelante!

—¡Lo haré! —exclamó Milt.

Aún tuvo otra sorpresa antes de subir al coche.

Bill Mac Golwey, que había presenciado en silencio toda la escena, completamente azorado, cogió a Milt por la espalda y le espetó lo siguiente:

—Adiós, querido. No quiero meterme en tu vida ni ponerte en apuros, ¡Diablo! Nunca me imaginé que fueras capaz de relacionarte con gente tan empingorotada como la de esa pandilla, pero yo sé cuándo estoy de más. Fuiste demasiado delicado no invitándome a que me marchara. Me voy por mi cuenta. Eres el mejor amigo que he tenido en mi vida y... ¡Buena suerte, muchacho! ¡Que Dios te bendiga!

Bill emprendió una rápida carrera, y dejando atrás el *cottage* de la tía Harriet se perdió en una loma arenosa y baldía. Milt alcanzó a verlo por última vez cuando, sobre la cúspide de la loma. Bill se detuvo un instante para mirar hacia atrás y se restregó los ojos.

Entonces Milt se volvió resueltamente, descendió por la escalera y dijo a los Gilson con una calma extraña:

—Gracias por la invitación a comer, pero siento no poder aceptarla. Clara, ¿quieres acompañarme a recorrer unas cuantas manzanas?

En el medio minuto que tardó en bajar las escaleras, Milt había reflexionado con tanta intensidad que se olvidó de Bill, llegando a la conclusión de que había sido muy egoísta. Sólo había pensado en la opinión que aquella *gente bien* podía formarse de él, en lugar de comprender que su deber consistía en salvar a Clara de sus pulidas garras. Pero no lo expreso de esta manera, sino así:

«¡Es una vergüenza! Yo, temblando de miedo por la manera de vestirse la gente, en lugar de enfrentarme con ellos e impedir que asfixien a Clara... ¡Dios mío, sería espantoso que ella terminara casándose con Jeff Saxton! ¡Tengo que salvarla, no por mi, sino por ella!»

Pudo haber sido por la tía Harriet, pudo haber sido por la resolución de Milt, pero el hecho fué que Mrs. Gilson contestó casi sumisamente:

—Bueno, si así le parece... ¿Te gustaría caminar, Clara?

Ya en marcha, Milt preguntó a Clara:

—¿Contenta de escapar?

—Sí. Y contenta de que hayas rehusado la invitación. Ya me estaba cansando de tanta insistencia con la comida.

—Es la última vez que veo a los Gilson.

—Y yo tengo que volver a casa. Espero que los Gilson me perdonen algún día —dijo Clara.

—Creo que tu conversación con la tía Hatty no te ha ayudado a ganar las simpatías de los Gilson...

—No. Deben haber quedado resentidos para el resto de la vida. ¡Oh, estas complicaciones sociales son peores que cualquier peligro real, que un incendio o un terremoto!...

—¡Oh, estas complicaciones... no existen! Las creamos nosotros, como las reglas de los juegos de naipes. ¿Qué diablos nos importa la opinión de la gente que nos desagrada? ¿Y quién marcó a esa gente el papel social que se atribuyen? ¿Acaso el presidente nombró a Saxton jefe de la «Comisión de Vestuario» o algo por el estilo? ¡Si se trata de simples seres humanos, lo mismo que los reyes y los mineros! No tenemos enemigo con quien pelear. No nos importa más que tú y yo, los dos solos, y si permanecemos unidos, entonces toda la sociedad es nuestra, porque nosotros somos toda la sociedad.

—Sí... si; pero, querido Milt, yo no quisiera ser una proscrita.

—No lo serás. A la larga, si tú no tomas en serio a esos aristócratas, ellos se sentirán

impresionados ante ti.

—No. Eso lo dicen los cuentos y los editoriales optimistas de los periódicos; pero no es verdad. Y tú no sabes lo agradable que es figurar en sociedad. Yo siempre he frecuentado los círculos sociales, y consideraba espantosos a los que no figuraban en ellos. Pero... ¡Oh, no me importa! ¡No me importa! Contigo... soy feliz. Eso es todo lo que sé y todo lo que quiero saber. Me he superado. He llegado al pináculo de la sabiduría, que consiste en saber cuándo se es feliz. Pero Milt, querido, esto lo digo porque te amo. Sí te amo. No, no me beses. Sí, es demasiado... Es *demasiado* público, y quiero hablar seriamente. Tú no tienes idea de lo fuertes que son y lo arraigadas que están las distinciones sociales. No, las desprecias simplemente porque no las conoces.

—No. No las despreciaré. Voy a aprender a comportarme debidamente. Es probable que los Estados Unidos tomen parte en la guerra. Yo seré oficial de ingenieros. Aprenderé de los oficiales universitarios a conducirme en sociedad. Y volveré a Brooklyn con insignias y medallas, y... ¿me esperarás?

—¡Oh sí! Pero... ¡Milt! Si entramos en la guerra, ¡debes tener mucho cuidado de que no te maten!

—Así lo haré, si tú insistes. ¡Dios mió, Clara! No sé por qué lo he pensado... ¿Te das cuenta de que ha ocurrido algún milagro? Ya no eres miss Boltwood, ni yo un individuo llamado Daggett. Hemos estado siempre, aun cuando nos queríamos, con una valla interpuesta entre nosotros. Teníamos que explicarnos y defendernos y luchar... Pero ahora somos *nosotros...*, y el resto del mundo ha desaparecido, y...

—Y lo demás ya no importa —dijo Clara.

XXXIV

EL PRINCIPIO DE UNA HISTORIA

Se celebraba una comida campestre de despedida a Clara y a Jeff Saxton, en las Cascadas, cerca de Snoqualmie Falls. Era una fiesta en regla, sin Milt. Mrs. Gilson se proponía demostrar a Clara que ellos tenían un espíritu de aventura tan fuerte como el de aquel horrible Daggett. Por tal razón no hizo uso del coche cerrado, sino que se contentó con el «Locomobile» de siete asientos, especialmente preparado para la excursión.

Se mostraron rudos y salvajes. No llevaron doncella. El chófer era la única ayuda con que podían contar los Gilson, Clara, Jeff y Mrs. Betz, amante provisional de la naturaleza, para la audaz tarea de instalar dos mesas plegadizas, cubrirlas con manteles de hilo y abrir la canasta de provisiones. Clara deseó poder robar algo de la canasta para Milt. Había termos con café caliente, bocadillos de anchoas y de *foie-gras*, tortas de crema con almendras y una ensalada de pollo con grandes pedazos de carne blanquísima sumergidos en un mar de mayonesa.

Cuando terminó el ágape y salieron a relucir los cigarrillos, que el chófer encendió con una lamparilla de alcohol, se tendieron sobre las mantas de viaje, gruñeron un poco y elogiaron los encantos de la naturaleza y el placer que produce afrontar sus peligros.

«¿Qué sucede? ¿Dónde está la falsedad? Son... ¡oh, son tan corteses!... No creen en lo que dicen ni se atreven a decir lo que creen. ¿Será eso?», se atormentaba Clara.

De pronto se quedó en suspenso. Acababa de descubrir que estaba mirando un mechón de pelo rubio y un rostro que se esbozaba detrás de un arbusto de manzanilla.

—¡Por vida de...!

Se quedó con la boca abierta. Estaba tan sorprendida que no supo por vida de quién hacía la exclamación. Habló juiciosamente con Jeff Saxton sobre Upper Montclair, el tren

subterráneo y el tenis. Luego se levantó para examinar las montañas, caminó un trecho, descendió a una hondonada y cayó sobre Milt Daggett, exclamando:

—¿Cómo, en nombre del cielo...?

—Descubrí adónde ibais. ¡Mira! Tengo un «cacharro». Lo alquilé. ¡Vamos! Dales esquinazo ¡Márchate conmigo! —Al final de la hondonada había un «Teal» nuevo más brillante que la antigua carroza perdida, pero tan graciosa e incómoda como la otra.

—No puedo hacerlo. Me gustaría, pero... sería una grosería. No puedo hacerlo, tanto por ellos como por ti mismo. Ahora bien, no te pongas triste.

—No. Nunca más volveré a estar triste, porque tú estás enamorada de mi y no debo estar triste.

—¡Ajá! De modo que estoy enamorada de ti... ¡Pareces un niño presumido!

Clara le volvió la espalda. Milt se lanzó hacia ella, le cogió las manos por detrás, le besó el cabello y murmuró:

—¡Sí, lo estás!

—¡No lo estoy!

—Bueno, entonces no lo estás. ¡Dios mío, eres preciosa! Tu cabeza huele a canela y a gatitos limpios. Es mejor que te escapes conmigo en el «cacharro» y no te vayas en ese enorme «Loco» que habéis traído.

—Si —respondió Clara con aire de desafío—, para avergonzarme de mí misma. Soy una nueva edición de mi antepago, el palafrenero que apostaba en las carreras de caballos.

—Probablemente. Y yo una nueva edición de mi antepasado el juez. Te voy a adiestrar para que sepas conducirte con mis elegantes amigos.

—¡Eso sí que merece la pena!... ¡Oh, por favor, dejemos esas tonterías! Estamos hablando como chiquillos. Me consideras como una colegiala botarate. ¡Y me gusta! Es tan... ¡Oh, no sé!..., tan humano, supongo... Ahora, apresúrate, dame un beso y márchate de aquí antes de que sospechen.

—Escucha.

—¿Qué?

—Me encontraré con vosotros accidentalmente en la carretera. Te invitaré a pasar a mi coche. ¿Accederás?

—Sí. ¡Hazlo! ¡Oh, somos unos niños perdidos en el bosque! ¡Adiós!

Claro volvió junto a los excursionistas y observó:

—¿Cómo se llama aquella flor que está en la falda de la montaña?

El imponente «Locomobile» se deslizaba majestuosamente en su viaje de regreso cuando fué insultado por la presencia de un congénere de ínfima clase que apareció dando saltos por un camino lateral. El vulgar conductor los saludó con un aullido rústico. El chófer de los Gilson se detuvo fastidiado.

—¡Cómo!... ¡Hola, querido pueblo! —bramó el bandido social.

—¡Oh, buenas tardes! —saludó Mrs. Gilson.

Jeff Saxton se puso rojo como un tomate.

—¿Te gusta mi nuevo cochecito, Clara? Es muy pequeño, pero corre o más de setenta kilómetros por hora. Ven a probarlo, ¿quieres, Clara?

—Yo... —Clara aparentó confundirse ante la impropiedad de la sugestión. Miró a Mrs. Gilson, que respiraría como si le estuvieran dando éter, y añadió, como dudando—: Bueno... Si me puedes llevar directamente a casa...

—Desde luego —convino Milt.

Cuando el «Loco» se hubo alejado detuvo el «cacharro» junto a una cuneta, echó el freno de mano y besó delicadamente a Clara, que se había hecho un ovillo en el asiento.

—¿En serio que tenemos que volver en seguida? —suplicó él.

—¡Oh, no importa que no volvamos más! Internémonos en las montañas. Pensemos que estamos cruzando el Continente otra vez.

Abetos que pasaban vertiginosamente, rocas iluminadas por el sol, nubecillas que flotaban sobre un abrupto desfiladero... Incluso las huellas, las que se desviaban de la carretera, las cunetas... Clara parecía una parte de todo aquello. Y podía ser *ella misma*, buena o mala, ignorante o culta, con aquel muchacho a su lado. Todo lo cual lo expresó con el discurso más elocuente que había pronunciado en su vida, es decir:

—¡Oh, Milt!

Y pensó: «¡Qué alivio es no tener que ser graciosa, ni verme obligada a decir epigramas o aforismos como sucede con Jeff! —Y luego—: Pero, ¿habré sido realmente graciosa y sutil? ¿No seré, si me quitan el barniz que me recubre, mucho más parecida a Milt de lo que supongo?»

Y habló de nuevo en alta voz:

— ¡Oh, esto es...!

— Por supuesto que lo es — la interrumpió Milt. Había salido del camino lateral para tomar un atajo.

Cruzaron un vallecito elevado. Las lluvias habían hecho desbordar un arroyo hasta que éste, invadiendo el camino, había pasado el otro lado dejando en el medio una fuerte corriente de agua de poca profundidad. Milt se detuvo al margen.

— Aquí debemos dar le vuelta — suspiró.

— ¡Oh, no! Podemos cruzar. No es muy hondo, y el lecho es de guijarros — observó la rediviva exploradora.

— Sí, pero mira enfrente. La subida es muy empinada. No podemos escalarla.

— ¡No importa! ¡Intentémoslo! De un modo u otro saldremos. Te apuesto veinte centavos — dijo la delicada señorita a quien Mrs. Gilson estaba protegiendo.

— Muy bien. ¡Adelante!

El «cacharro» pasó el terraplén y se inclinó hacia adelante hasta que el pequeño *capot* quedó muy por debajo de ellos, como si fuera a rizar el rizo; chapoteó en el agua, llenando de salpicaduras amarillas el vestido de lana rosada de Clara: se enderezó y prosiguió su marcha hacia el terraplén opuesto, trepó dos pulgadas resbaló hacia atrás y se quedó allí, en medio del agua burbujeante, convertido en una lancha automóvil.

— No se puede hacer nada — gruñó Milt —. ¿Estás asustada?

— De ninguna manera. ¡Me gusta el paisaje! Estamos en el campo... Se ven arbustos por todas partes... Oye cómo ríe el arroyo al pasar bajo los estribos del coche.

— ¿Te gustarla quedarte aquí conmigo?

— ¡Me encantaría!

— ¡Oye! Se me acaba de ocurrir... ¡Clara! ¿Tienes ya el billete de vuelta?

— ¿El billete? Sí, ¿por qué?

— Bueno. Estoy seguro de que si lo devuelves te darán el dinero que te costó. En este aspecto no habrá dificultades.

— ¿Pero me quieres decir en qué estás pensando? — preguntó Clara.

— ¡Oh, por supuesto! Estaba pensando... No me resigno a que tengamos que pasar toda la juventud esperando... Tendría que estar dos o tres años en la Escuela de Ingeniería; tal vez tuviera que ir a la guerra, y luego conseguir trabajo; siempre estaría solo como una

tortuga en un patio de pollos, y mientras tanto tú harías el papel de dama fiel y constante en Brooklyn... Creo que lo mejor es que nos casemos mañana, y...

—¡Por Dios! ¿Qué dices?

—¿Quieres volver junto a los Gilson de Brooklyn?

—No, pero...

—Querida, ¿no podemos hacer una locura, siquiera una vez, ahora que somos jóvenes?

—¡No me bombardees de ese modo! Déjame pensar. Hay que ser prácticos, aun en las locuras.

—Yo lo soy. Tengo más de mil dólares del garaje, y puedo trabajar de noche, como sugirió el querido Jeff. Tendremos un pisito, Clara...

—¡Oh, déjame pensar! Supongo que yo también podré ir a la Universidad y aprender un poco de cocina y puericultura, decoración y arte de dirigir una casa, etc. Tengo mucha más necesidad que tú de ir a la escuela. Aparte de vestidos, *bridge* y piano, que por cierto lo toco muy mal, y conseguir buenas butacas en el teatro, no sé nada absolutamente.

—¿Nos ca...saremos ma...ñana?

—¡Hum!...

—¡Piensa en la cara de Mrs. Gilson cuando lo sepa!

¡Y en Saxton... y en Mrs. Betz!

Clara le respondió con un beso, al cual agregó:

—Siempre que podamos sacar el coche de este río..., ¡accedo!

—¡Oh, querida! ¡Querida mía! ¡Cuántas cosas románticas pensé para decirte y me las he callado! Rosas, estrellas, ángeles... —Las he oído otras veces, pero nadie se me declaró nunca en un «cacharro» metido en un río. ¡Oh, Milt! ¡La vida es una fiesta! Lo acabo de saber. Si me besos otra vez de esa manera, ambos nos caeremos al agua. A propósito, ¿podremos sacar el coche?

—Me parece que si, poniendo las cadenas. Tendremos que quitarnos los zapatos y los medias y los calcetines.

Tímidamente, apartándose un poco de él. Clara se quitó las medias y los zapatos, transformándose en una joven vikinga, de blanco cuello y rubios cabellos alborotados... Un marinero, en suma, de la tripulación de Erico el Rojo.

Se deslizaron hasta el estribo y luego se sumergieron en el agua. La frialdad de la corriente les arrancó agudas exclamaciones. Chapoteando y riendo, mientras la ropa se le

pegaba al cuerpo, Milt se agazapó detrás del coche para introducir el gato debajo del eje posterior, y Clara, en medio del agua rumorosa que le salpicaba el rostro con heladas gotitas, se agachó a su lado para poner las cadenas, endurecidas por la falta de uso.

Treparon nuevamente al coche, gozosos como un par de gitanos. Clara se limpió una gran mancha de barro que le había saltado a la mejilla, y exclamó con una seriedad y una naturalidad que Jeff Saxton, que tan bien creía conocerla, jamás habría supuesto en ella:

—¡Diablo, espero que ahora podrá trepar este bicho!

Milt puso en marcha el motor, dio marcha atrás y apretó el acelerador. El coche arrancó levantando remolinos de agua enlodada, chocó con el borde empinado, se quedó allí por un instante y luego empezó a trepar lentamente, produciendo la sensación de que a cada segundo podría precipitarse de nuevo en el fondo.

Entonces, de pronto, se encontraron a salvo en la orilla. Pareció imposible que hubieran estado sumergidos allá abajo, en el arroyo. Se lavaron mutuamente las caras llenas de barro, riéndose con algazara; se frotaron las piernas con las medias y los calcetines y recuperaron parte de su aspecto civilizado. Luego, entonando canciones sentimentales, dieron vuelta, encontraron otro camino y se dirigieron a un picacho.

—¿Qué habrá detrás de ese cerro? —preguntó Clara.

—Más montañas, más y más... Y nosotros vamos a continuar subiéndolas eternamente. Esa es nuestra vida.

—Sí, sí, siempre que podamos conseguir gasolina...

—¡Oh, tienes razón! —dijo Milt.,

—Hablando de eso... ¿Sabías que tengo un poco de dinero, unos cinco mil dólares, de mi propiedad?

—Pero... Entonces, es imposible. Un muchacho vagabundo se casa con una dama de gran fortuna...

—¡No! No es así. Yo te he aceptado. ¿Crees que voy a perder al único compañero real y verdadero que he tenido en la vida? Yo estaba muy triste y solitaria en la escalinata de los Boltwood... hasta que llegó Milt y silbó con impertinencia, obligando a la solemne niña llena de encajes a jugar a las bolitas... ¡Ten cuidado con las curvas! ¡Cielos, cómo he de cuidarte! ¿Hay curso de cocina en tu Universidad? ¡No, no... me beses... en... una... curva!

Este es el principio de la historia de Milt y Clara Daggett.

Concluido el preludeo y levantado el telón ante el drama verdadero, ellos se enfrentan ahora con las necesidades y las alegrías de un mundo cambiante. No sin pequeñas risas y

horas estériles, un poco esclavos todavía de la ignorancia y del malestar que produce el tener que habitar por largos periodos grises en el fondo de valles polvorientos, a la vista de los picachos que raras veces se alcanzan, ellos, sin embargo, comienzan su drama con la ventaja de haber descubierto que ni Shoenstrom al Brooklyn Heights constituyen la integridad de la vida, con la cósmica grandeza, importantísima en este tedioso mundo, de creer en el espíritu romántico que hace inextinguible a la juventud.

FIN

Título original:

FREE AIR

Versión castellana

Ricardo Atwell de Veyga

Portada de Chaco

© Ediciones Cisne 1961

Depósito legal B. 1769-1961

Número Registro 5800/57

15-07-2013

Scan Lerele V.1 Joseiera & Lerele



-
1. Esta frase podríamos interpretarla libremente de este modo: "Estoy cansado de oír la forma en que hace usted el negocio, ¡maldito sinvergüenza!" (*N. del T.*)
 2. "Una vez a la semana suele aparecer alguien por aquí, y entonces he de abandonar mi trabajo y salir bajo la lluvia. Vea como tengo las botas cubiertas de barro. Con dos dólares no hay para pagarlas." (*N. del T.*)
 3. ¡Malditas botas! ¡Márchese de una vez! (*N. del T.*)
 4. *Free air*, que significa también "*aire gratis.*" (*N. del T.*)
 5. Río bello.
 6. ¿Cómo te va con el trabajo?
 7. Calesín de un solo asiento.

8. Artemisa. Arbusto que abunda en la región. (*N. del T.*)
9. *Young Men's Christian Association*: Asociación de jóvenes Cristianos.
10. Comida única que reemplaza al desayuno y al almuerzo
11. Club Canino.